DONDE NACE MI CONDENA



BEA MELWORREN



Donde nace

mi condena

Bea Melworren

DONDE NACE MI CONDENA

BEA MELWORREN

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

☐ Registrado en Safe Creative.
☐ Autora: Bea Melworren.
☐ Portada: Nerea Martín.
☐ Corrección: María Luisa Bt y Marta Oiribot.

Edición: Mayo 2025.

Para Emma.
Por demostrarme cada día que sí puedo a pesar de todo.
Para todas las mujeres de mi vida, porque no hay un lugar más seguro en el mundo que aquel que construimos juntas.

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

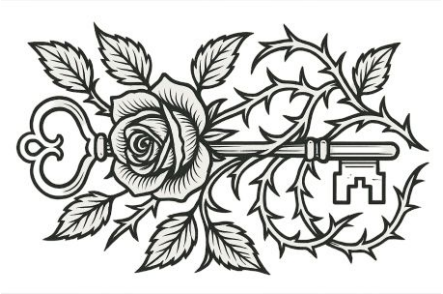
25

EPÍLOGO

PRÓXIMAMENTE

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO



En un pequeño pueblo cerca de Londres.

Era un día normal, como cualquier otro en aquella parte de Inglaterra. La vida transcurría con una calma y tranquilidad que a veces se antojaba aburrida.

Grace volvía a casa, con el ruedo de la falda empapado y los zapatos llenos de lodo porque el camino estaba embarrado por la lluvia de aquella mañana. Había ido a entregar un vestido que su madre había arreglado a una de las mujeres del pueblo, después pasó por la tienda y recogió el encargo de su padre.

Empezaba a oscurecer y aceleró el paso, a cierta hora los caminos no eran un lugar seguro para pasear, por suerte el bulto que llevaba no pesaba y eso le permitía ir mucho más rápido.

Vivía a las afueras junto a sus padres, en una pequeña granja que les proveía de todo lo necesario para sobrevivir. Gracias a los excedentes de las hortalizas que plantaban y a los arreglos de ropa que su madre hacía, ella podía tomarse con calma su camino a seguir.

Lo que se esperaba de una mujer como ella era que se casara con alguno de los jóvenes de su zona y comenzara a tener hijos que continuaran el linaje de su familia, pero cuando pensaba en esa posibilidad y repasaba los posibles candidatos… su futuro se tornaba oscuro y desesperanzador. Estaba confusa con respecto a ello.

Por suerte, sus padres, conocedores de su inquietud, no la insistían para que tomara una decisión precipitada. Según le habían

dicho la noche anterior, respetarían su decisión fuera cual fuese, siempre que ella lo hiciera de corazón. Esa confianza en su criterio la reconfortaba y tranquilizaba a partes iguales.

Sonrió agradecida. Sus pocas amigas no corrieron con su misma suerte: andaban ya comprometidas o incluso casadas y a punto de ser madres.

No aborrecía el matrimonio, pero en el fondo de su alma anhelaba encontrar el amor. Aunque sonase fantasioso e incluso irreal, soñaba con hallar a un hombre que la viese como un igual, valorase sus ideas y la escuchase, así como su padre trataba a su madre.

Perdida en sus pensamientos recorrió los últimos metros, se desvió en una intersección hacia el camino de la izquierda y frente a ella apareció su hogar. Apresuró el paso inconscientemente, deseando deshacerse de aquella ropa mojada y entrar en calor.

Subió los tres escalones de madera de su casa, se quitó las botas para no manchar la sala, colocándolas al lado del felpudo de lana gris. Empujó la puerta y el olor a quemado la sorprendió, pues no era propio de su madre un despiste así al cocinar.

Dejó sobre la mesa el paquete que llevaba y caminó los pocos pasos que la separaban de la cocina. Nada podía haberla preparado para la escena que allí encontró. El grito de Grace resonó en la pequeña estancia mientras sus ojos miraban el horrendo recibimiento.

Sus padres maniatados, amordazados, heridos, tumbados sobre su propia sangre en el suelo de la cocina.

Antes de poder reaccionar y correr hacia ellos, alguien la sujetó con fuerza por el brazo, zarandeándola sin piedad mientras la joven continuaba chillando.

—¡Silencio! —ordenó aquel ser despreciable que la apretaba el brazo sin cuidado alguno—. Tú te vienes con nosotros, es una pena que ellos hayan acabado así.

—¿Qué les habéis hecho?

—Cuando un árbol cae en medio del camino debe apartarse —comentó sin ningún tipo de remordimiento—. Les ofrecí dinero y lo rehusaron, en otras circunstancias me hubiese marchado de aquí,

pero sé que me pagarán muy bien por vos. Caminad, ya no podéis hacer nada por ellos. Están muertos.



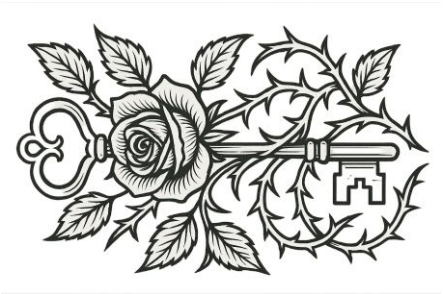
Aquellas palabras aún resonaban en su cabeza y, junto a ellas, la imagen de sus padres la atormentaba día y noche. No era para menos, aquel hombre la había llevado hasta una casona en la que la recluyeron. Una fría y húmeda habitación en el sótano en la que estaba a punto de ahogarse.

Por las noches oía a otras mujeres como ella llorar, lamentarse, hablar en voz queda unas con otras dándose ánimos, pero Grace era incapaz de pronunciar palabra alguna. Gracias a lo que acertaba a oír, poco a poco se fue haciendo a la idea del futuro que la esperaba: su cuerpo sería usado una y otra vez por los hombres que pudieran pagar el precio de sus captores.

Cada vez que escuchaba pasos acercándose a su puerta se le encogía el estómago, anticipándose al momento en que sus secuestradores decidieran comenzar a vejarla.

Sabía que esa situación se iba a producir tarde o temprano y, a pesar de sus rezos, con el paso de los días su esperanza se iba desvaneciendo.

1



Los pasos del lord resonaron sobre el encerado suelo del *hall* de su hogar. Cerró la puerta tras él y observó la temblorosa luz que iluminaba aquel espacio.

Eran cerca de las dos de la madrugada, estaba agotado. Dejó la llave sobre un mueble de mármol blanco y se quitó el abrigo, colgándolo en el perchero. Era extraño hacerlo por sí mismo, aunque gratificante.

Por primera vez en diez años, su mayordomo no le había esperado en la puerta hasta su llegada para atenderlo. Era algo insólito en él, pero que el lord le había ordenado que cambiase el día anterior.

El buen hombre lo había visto nacer, en deferencia a su edad y a la dedicación mostrada durante todo aquel tiempo, decidió librarle de aquella tediosa tarea. A pesar de sus reproches, había aceptado su sugerencia.

En los últimos meses, Liam no sabía a qué hora iba a llegar a casa. A medida que sus negocios y los de su mejor amigo, lord Blackwood, crecían, también lo hacían sus compromisos, que siempre incluían copas e incluso alguna partida de cartas a altas horas de la madrugada.

No podía negar que muchas veces disfrutaba de aquellos placeres de la vida.

«¿Quién no lo haría?», sonrió. Pues cada vez que sus pensamientos rondaban por aquellos lares, pensaba en aquel hombre que consideraba su hermano: Ramsey, admiraba su

determinación: se mantenía firme en sus convicciones, rechazando aquello que no le gustaba, centrándose en el trabajo y su familia. Para sus coetáneos era demasiado raro; para quienes lo conocían, un hombre digno y fiel a sus principios.

En el fondo de su alma le gustaría parecerse a él. Dejar a un lado los convencionalismos sociales, viviendo sujeto por su propia ley.

Caminó rumbo a su despacho. El calor que desprendía la chimenea lo incitó a sentarse en el sofá que tenía frente a ella. Se recostó y cerró los ojos mientras repasaba mentalmente el posible acuerdo al que había llegado aquella noche con lord Allard. Si salía bien, tanto él como Ramsey dispondrían de un aumento de capital muy sustancioso.

Una de las jóvenes doncellas que servían en su casa apareció apresuradamente frente a él, a la espera de su petición. Negó con la cabeza sin mirarla y la oyó salir de su despacho con rapidez. Podía servirse un whisky por sí solo, si así lo deseaba. Sin duda, su mayordomo era quien había dado la orden.

«¡Viejo testarudo!», pensó con una sonrisa al recordar la discusión que habían tenido el día anterior. No, él no tenía la confianza que Ramsey profesaba a Jana, su ama de llaves, pero Giles era lo más parecido a un padre desde que el suyo había decidido echarse a la mar.

Añoraba a su progenitor, sus cartas ya no satisfacían su curiosidad y un ligero temor a que pereciera lejos de él lo hacía enfurecer. Aun así, cuando respondía a sus misivas, tan solo le trasladaba sus buenos deseos, guardando para sí su necesidad de verlo a salvo.

Se recostó contra el sillón, dejó la mente en blanco escuchando el crepitar del fuego y sintió una punzada de dolor en la sien derecha. Era su mal recurrente, una herida de guerra producida por una pelea que nunca debió empezar. Eran cuatro contra uno… Salió victorioso, pero los golpes que recibió le dejaron secuelas.

Cuando no dormía lo suficiente, o estaba muy tenso, su cabeza se rebelaba contra él.

—Milord —la voz de Giles, acompañada de un ligero zarandeo en el hombro lo despertaron sobresaltado.

Miró al hombre con seriedad, sin demostrar la perturbación que corría por sus venas, jamás se permitía bajar la guardia, ni siquiera en sus dominios.

Al notar los primeros rayos de luz asomando por la ventana, se tragó el reproche que se alojaba en su garganta.

—¿Qué ocurre?

—Kaine lo manda llamar, han encontrado lo que estaban buscando. Lo está esperando en el vestíbulo.

—Por fin. —Liam se levantó con agilidad y recorrió el pasillo hasta donde le esperaba uno de los hombres en los que más confiaba.

Kaine era el responsable de seguridad, no solo de sus empresas y las de Ramsey, sino también de la familia que el segundo había formado junto a su esposa. Era tan alto como Liam: cuando iban juntos, ambos impactaban… no era para menos teniendo en cuenta todo lo que entrenaban para mantenerse en buena forma.

—Milord, el comandante me pidió que lo informara por si desea acudir al lugar —dijo con parquedad.

—Es la última casa, y el terror que instauró lord Cronwell habrá acabado. ¡Por supuesto que quiero ser testigo de ese momento!

Brian, ese maldito lunático, había resultado ser el peor delincuente con el que se había tropezado jamás. Detrás de su fachada de lord respetable, se escondía un ser despreciable capaz de coartar la libertad de más de cien mujeres para explotar y obtener beneficio con ello.

—Lo tengo todo preparado —aseguró Kaine, ajeno a los pensamientos del lord.

Liam asintió, tomó su abrigo y siguió a su responsable de seguridad hacia el carruaje que los esperaba frente a su casa. El viaje fue corto; el lugar era accesible a pesar de hallarse a las afueras de Londres. Eso ponía de manifiesto la impunidad con la que lord Cronwell había actuado durante años.

Desmontó con rapidez del pescante y se encontró de frente con Simon Wells. Eran amigos gracias a la relación que este inició con Ramsey. Al principio, el carácter de ambos chocó como un tren descarrilado, pero con el paso de los días y la paciencia de su hermano nació la confianza que hoy se profesaban.

—Comandante —lo saludó Liam, alargando su mano y recibiendo un afectuoso apretón por parte de Simon.

—Lord McAlister tenía claro que vendría en cuanto supiera que las últimas pistas nos habían llevado hasta aquí.

—Se lo prometí a lady Blackwood, no podía faltar a mi palabra.

—Lo sé, ninguno de los dos estamos exentos de cumplir con la dama. Por lo que sabemos, tan solo quedan tres hombres en la casa, hemos interceptado a otros tres que volvían, además traían consigo a varias mujeres.

Liam asintió y no pudo evitar pensar en la mujer de su hermano: si Iara viera aquel lugar y cómo estaban las jóvenes, se escandalizaría. Decidió que omitiría aquella parte; no, no necesitaba saber los moratones que adornaban la piel de aquellas jóvenes, ni las miradas perdidas que exhibían.

Los tres hombres pasaron a su lado rumbo a la casa y ni siquiera levantaron la cabeza para mirarlos. Estaban rotas, aquellos malnacidos las habían quebrado a base de abusar de ellas. No merecían vivir, pero para su desgracia debían mantenerse dentro de la ley y no tomarse la justicia por su mano.

—Sufro el mismo mal, os lo aseguro —comentó Simon, al cual no se le había pasado por alto la mirada que dirigió el lord a los tres hombres que esperaban para ser trasladados a la comisaria.

—Por desgracia no podemos solucionarlo a nuestra manera.

—No, pero me encargaré de que reciban el peor castigo posible.

—No esperaba menos —afirmó Liam, sabiendo que debía darse por satisfecho, aunque no le pareciese suficiente.

—Cuando esté todo despejado podrá entrar, milord. ¿Está de acuerdo?

Liam asintió a su pesar, pues le hubiese gustado descargar su furia sobre el rostro de alguno de esos despreciables seres.

Se colocó a un lado, junto a Kaine, ocupando el papel que le correspondía. Simon alzó la mano, atrayendo la atención de su equipo, a continuación, empujó la puerta de madera. Varios de sus hombres se apresuraron a entrar y en poco tiempo tomaron el control de aquel siniestro lugar.



Grace no podía dormir. Llevaba horas tumbada sobre el camastro mirando el techo y rezando en voz baja por su vida.

Hacía días que nada tenía sentido, pero lo ocurrido el día anterior la había mantenido alerta toda la noche. Sus secuestradores la sacaron de aquella granja junto con otras tres muchachas tan asustadas como ella. Las taparon la cabeza con una capucha durante el viaje en carruaje y no se la quitaron hasta que estuvieron frente a un grupo de hombres perfectamente vestidos, en un amplio salón sobre una tarima enmoquetada.

No eran campesinos, sino hombres despiadados con poder examinándolas como si fueran animales. Sufrieron su escrutinio, incómodos comentarios en susurros y el peor de todos se fijó en Grace. Era unos centímetros más alto que ella, con el pelo rubio y ceño fruncido, se alzó de su silla y subió al escenario para inspeccionar a la joven. Recorrió su cuerpo de arriba abajo y decidió comprarla por una cantidad desorbitada de dinero.

Grace se estremeció ante la mirada siniestra de su futuro torturador, pero la sostuvo, desafiándolo aun estando aterrada. Hasta que él trató de tocarla, ella rehusó el contacto y lo único que consiguió es que se mofara de su reacción automática.

—Me pertenecéis, he pagado lo suficiente para que seáis mía por el tiempo que yo quiera —la informó sin un atisbo de remordimiento.

—Yo no…

—Sois mi regalo de cumpleaños —afirmó interrumpiéndola con el desdén asomado a sus ojos negros—. En dos días iré a por vos y comenzará la fiesta, de cómo os portéis conmigo dependerá cómo os trataré —le aseguró y después ordenó a sus captores que se la llevasen.

Cuarenta y ocho horas que ya corrían raudas en su contra. La desesperación se estaba apoderando de ella con cada minuto que pasaba. Se permitió llorar mientras trataba de buscar una salida, y siempre encontraba la misma: la muerte.

Aunque iba en contra de todas sus creencias, se le antojaba una opción mejor que convertirse en el juguete de un lord. Se levantó, observando a su alrededor las posibles opciones; no había demasiadas, pero tenía que tomar una decisión cuanto antes.

Unos cortes en su muñeca deberían bastar, pero ¿con qué? En la estancia no había nada lo suficientemente afilado para rasgar su piel, la comida la recibía en un bol de madera y…

Se acercó a la puerta, donde aún estaba la bandeja con la cena sin tocar. Cogió el recipiente y lo vació con la intención de romperlo. Un montón de gachas pegajosas e incomibles se desparramaron, revolviéndole el estómago.

«¿Desde cuándo no ingería alimento alguno?». Mucho tiempo a tenor de cómo respondía su cuerpo ante cualquier movimiento, con lentitud y sin energía. Estaba a punto de desmayarse cuando algo la puso en alerta.

Escuchó ruidos fuertes, voces y pasos aproximándose. «¿Qué estaba pasando?». Con cada sonido iba retrocediendo hasta que su espalda chocó contra la pared y se deslizó muy despacio hasta sentarse en el suelo, junto a la cama, en la más absoluta oscuridad.

Temblando de miedo.

Antes de que pudiera prepararse para lo que iba a suceder, la puerta de su habitación se abrió con estruendo. Un hombre alto y uniformado apareció en el vano, miró alrededor sin alzar el candil que llevaba, chasqueó la lengua y se marchó.

No la había visto.

Grace permaneció quieta, atenta a lo que pasaba, anonadada observando por la apertura de la puerta cómo unos hombres se apresuraban a sacar de allí a otras jóvenes. Estaba confusa y asustada, pues no sabía si podía o no confiar en ellos.

Agachó la cabeza, tratando de volverse invisible.

—¿Ya están todas fuera? —La voz profunda y modulada de un hombre llegó hasta ella. Se estremeció, estaban demasiado cerca.

—Parece que sí, milord, aunque según el registro debería haber una joven más.

—Habrá que encontrarla.

Hablaban de ella, estaba segura, pero no se movió. Estaban fuera de la habitación y con un poco de suerte no la encontrarían. Solo quería que la ignorasen, que no cerrasen la puerta. Estaba a un paso de la libertad.

Contuvo el aliento mientras oía los sonidos que llegaban del resto de la casa. Cuando ya todo se tranquilizó, o así lo pensaba, Grace alzó la cabeza y se encontró con la figura de un hombre en el vano de la puerta. Se encogió sobre sí misma tratando de esconderse, pero no fue suficiente. La había visto.

—Señorita, es hora de irse. La policía ha apresado a los hombres que dirigían este lugar. —La voz serena y grave de aquel hombre tuvo un efecto tranquilizador en ella.

Se levantó lentamente y cuando alzó la vista se quedó prendada en la mirada de aquel hombre que la escrutaba con seriedad.

—Entonces se lo agradezco, han llegado justo a tiempo para evitar un mal que iba a destrozarme —balbuceó en un murmullo apenas audible.

El miedo que sentía le estaba corroyendo el alma.

—Debemos irnos, el comandante tendrá que hacerle unas preguntas y luego podrá volver a su hogar.

La joven asintió sin pronunciar palabra, pues se le había formado un nudo en la garganta al oír la palabra hogar. Ya no existía.

Apretó los labios y controló a duras penas las lágrimas que se amontonaban en sus pupilas. Pasó frente al lord con la cabeza agachada, dejándose guiar hacia la salida.

El frío de la madrugada la golpeó cuando salió de aquel infernal lugar. El panorama a su alrededor era extraño y la hizo retroceder dos pasos chocándose contra Liam.

—Perdone mi torpeza —masculló entre dientes, mirándolo—, milord —añadió al percatarse de la elegancia de su vestuario.

No obtuvo respuesta del hombre y se apresuró a apartarse unos pasos de él, amonestándose por su error.

Observó la escena, había una veintena de hombres repartidos frente a la vieja casa. Algunos custodiaban a los tres malnacidos que las tenían retenidas, un par hablaban con las mujeres de una en una y otros parecían preparados para presentar batalla si era necesario.

Estaba impresionada ante aquel despliegue, aunque ella solo anhelaba desaparecer. No deseaba que nadie la preguntase nada. Necesitaba llorar hasta que la presión de su pecho disminuyese, pensar en el incierto futuro que la esperaba y despedirse de sus padres a su manera.

Estaba tan absorta en su propia desazón que no se percató de que el lord la miraba con cierta curiosidad, como si quisiera descubrir cada uno de sus secretos.

Kaine hizo una seña hacia el lord, confuso ante su actitud, más aún cuando este negó con la cabeza y se mantuvo al lado de la joven. Estudiaba con detenimiento cómo se retorcía las manos sin parar, con la desconfianza asomando en su rostro.

Cuando finalmente el policía se acercó a Grace, esta ya no sentía el frío de la mañana. Había conseguido dejar de temblar gracias a una capa que le había proporcionado Kaine.

—Buenos días, soy el comisario Simon Wells.

—Comisario, no sabe cuánto agradezco su intervención en este asunto —respondió la joven con la voz temblorosa—. Mi nombre es Grace Russ.

—¿Cuánto llevaba aquí encerrada, señorita Russ?

—¿Puede decirme qué día es hoy?

—Diecisiete de octubre. —A ninguno de los presentes les pasó desapercibido el rictus de dolor que apareció en el rostro de la joven.

—En ese caso llevo diez días encerrada, sin saber bien cuándo era de día o de noche.

—¿No ha salido de este lugar? —la intervención inesperada de lord McAlister la sorprendió.

Grace no contestó, intimidada ante la mirada de aquel hombre que parecía saber descifrar hasta sus pensamientos.

—Ya está a salvo, cualquier cosa que nos diga puede ayudarnos a terminar con este problema.

—Le aseguro que Simon jamás iría en contra de la ley, puede confiar en él —la rotundidad en la voz del lord tranquilizó sus temores, asintió en un gesto apenas perceptible, inspiró aire y se dispuso a exponer su vergüenza.

—Ayer me subastaron junto a otras tres jóvenes —señaló Grace sin ocultar la repulsa que aquello le producía—. Yo tuve suerte, pues no me quedé allí… En cuarenta y ocho horas iban a venir por mí.

—¿Reconocería a los hombres que estaban presentes en ese momento?

Grace negó con la cabeza y retrocedió unos pasos con la mano en alto. Lo que menos deseaba era volver a ver a aquel indeseable. Antes de que pudiera seguir alejándose, Liam la sujetó con delicadeza por el brazo y la hizo colocarse en el lugar que acababa de abandonar.

—No tiene nada que temer —afirmó el lord.

La joven temblaba bajo su mano, la soltó con suavidad para no aumentar su incomodidad.

—Debemos actuar con rapidez para proteger a otras mujeres como vos —le explicó Simon, aunque por el gesto desesperado de la joven ya podía imaginar cuál iba a ser su respuesta.

—Comandante, no creo que pudiera hacerlo, no lo miré a la cara —mintió Grace, pues solo quería olvidar aquello y marcharse tan lejos como pudiera.

—Entiendo —afirmó Simon, intercambiando una mirada con Liam, ambos estaban seguros de que ella no era sincera en ese instante, sus propios movimientos la delataban—, si recuerda algo, espero que me lo haga saber.

—Por supuesto.

—¿Ha sufrido algún daño a manos de esos hombres?

Grace inspiró hondo, controlando a duras penas las lágrimas y asintió con demasiada efusividad.

—El peor que podría acontecer: mi cuerpo está intacto, pero mi corazón no.

La tristeza en las palabras de la joven hizo que Liam se acercara a ella, era un gesto instintivo e impulsivo, como si quisiera protegerla

—El día que me raptaron —continuó explicando la joven—, al regresar a casa encontré a mis padres maniatados —una lágrima rodó por la mejilla— ya sin vida, en la cocina. Fue algo tan horrible

—divagó perdida en aquel recuerdo—, traté de socorrerlos, pero ni siquiera me dejaron acercarme. Aún están allí.

—Lamento su dolor —respondió el comisario logrando que ella volviera a alzar la mirada hacia él—, nadie debería ser testigo de una situación tan horrible como esa.

La respuesta del hombre consiguió serenarla un poco, hubiese esperado desidia, y, sin embargo, parecía realmente apenado por su suerte.

—Os agradezco vuestras palabras. ¿Cree que podrá añadir eso a su lista de cargos?

—Me encargaré de que se haga justicia —aseguró el comisario, jamás se acostumbraría a presenciar la destrucción de las víctimas.

Grace asintió aliviada, parecía sincero, era un rayo de esperanza en aquella tormenta. Le facilitó los datos que el comisario le solicitó sin omitir detalle alguno. Esos asesinos merecían pagar por la muerte de sus padres.

Las jóvenes a su alrededor comenzaron a dispersarse. Algunas aceptaron subir a los carruajes de los oficiales, otras en cambio rechazaron la ayuda, deseosas de alejarse cuanto antes de aquel horrible lugar.

—Eso es todo, señorita —Simon le entregó un pedazo de papel con la dirección de la comisaria—. En unos días necesitaré que pase por allí para confirmar su declaración y firmar la denuncia.

—Así lo haré.

—Ahora iremos hasta su casa, ¿quiere que la acerquemos?

—No creo que pueda volver a traspasar esas puertas —respondió Grace, temblando ante la idea de ver de nuevo a sus padres de esa forma.

—Lo comprendo, podemos dejarla en otro lugar, quizás con algún familiar.

—No hay nadie a quien pueda recurrir —susurró la joven, incómoda ante la presencia del lord. No entendía por qué este no se había marchado aún, siendo partícipe de su conversación con el agente—. No se preocupe por mí, comisario, sabré cuidarme sola.

Simon hizo un leve gesto de asentimiento. Tras mirar significativamente al lord, se disculpó y fue en busca del resto de su

equipo. El día aún no había acabado para ellos, la parte de los interrogatorios solía ser agotadora y no digamos los dichosos informes, pero, a pesar de la carga de trabajo, se sentía dichoso por haber cerrado aquel caso, parcialmente.

«¿Quiénes serían los compradores de doncellas vírgenes? Sin duda alguna un grupo de lores y pares que se sentían por encima de la ley». No contaban con él, estaba decidido a apresarlos, aunque pusiera en peligro su carrera.

Grace cerró los ojos por unos segundos, tratando de controlar las lágrimas a duras penas, sabiendo que por muchas que derramase no podía cambiar el hecho de haber perdido a sus padres.

Inspiró hondo, mientras expiraba abrió los párpados y se quitó la capa de los hombros. Frente a ella aún estaba el lord cuya mirada era inescrutable junto a su hombre de confianza. Dobló lentamente la capa mientras su cabeza se llenaba de incógnitas sobre aquel enigmático lord que no perdía detalle de sus movimientos.

«¿Acaso él tenía algo que ver con sus captores?»

No parecía el tipo de hombre que necesitaba soltar unas monedas para meter a una mujer en su cama, pero tampoco lo parecía el que la había comprado la noche anterior.

Tembló sin poder evitarlo y cuando le entregó a Kaine la prenda de abrigo que le había prestado, dio un respingo hacia atrás al sentir la mano del hombre al rozar la suya.

—Le agradezco su cortesía, a ambos —aseguró mirando por un segundo al lord—. Adiós.

Grace hizo una ligera reverencia sin alzar la vista hacia ellos, después se giró buscando el camino que habían tomado los carruajes. Se irguió y comenzó a caminar rumbo a ninguna parte, solo le importaba que estuviera lo suficientemente lejos de aquel lugar y de los recuerdos que este le proporcionaba.

Kaine, que no era ajeno a la incertidumbre del lord, le dio unos segundos para ver si tomaba una decisión más allá de observar la huida de la joven, pero si Liam tenía algo que decidir, no parecía ser el momento en que lo iba a hacer.

—¿Quieres que la detenga? —preguntó Kaine unos minutos después ante la falta de reacción de su señor.

—¿Por qué habrías de hacerlo?

—Esa joven está en apuros.

—Nuestra misión era rescatarlas, Kaine. Hemos cumplido con ella.

A pesar de sus propias palabras, Liam no conseguía apartar la mirada del deambular de la joven. El último grupo de mujeres la adelantó y la algarabía, junto a las conversaciones en alto, contrastó con la actitud derrotada de Grace.

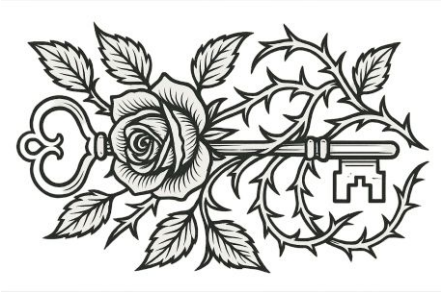
—Le espera un futuro incierto, ojalá le vaya bien —aseguró Kaine abatido, pero él no tenía una opción real para ayudar, ni podía ir en contra de los deseos del lord.

Liam estaba confuso: en los últimos meses habían rescatado a muchas mujeres como Grace, algunas incluso en peores condiciones que ella, pero por alguna razón que desconocía, solo esta última había suscitado cierto interés en él.

No, no era un romántico empedernido, mucho menos un enamoradizo patológico, pero quizás el haber escuchado su historia, el saber que los tentáculos de lord Cronwell también la habían herido, a pesar de que este estaba bien recluido en la cárcel, o quizás el detenerse a observar el dolor y la angustia reflejados en su mirada, había despertado en él cierto interés.

Sacudió la cabeza, negando sus divagaciones y subió a su carruaje junto a Kaine. Dio la orden al cochero y este emprendió la marcha rumbo a la casa de lord Blackwood… Tenían que celebrar su éxito.

2



Grace temblaba y lo llevaba haciendo durante todo el trayecto hasta aquella majestuosa casa. Mucho más cuando la instaron a entrar en ella sin ni siquiera llamar a la puerta, pues quien la acompañaba usó su propia llave.

Le faltaba el aire, sentía que su corazón se desbocaba por momentos.

Observó el amplio *hall* de tonos nacarados, retorciéndose las manos y sin comprender por qué no se había negado ante la orden recibida. ¿Había perdido el juicio, o la desesperación por encontrarse sola y desamparada la habían vuelto una inconsciente?

«¿Cómo iba a salir de aquel problema?»

Oyó que alguien se acercaba a donde estaban y retrocedió en busca de la puerta, pero antes de que pudiera recorrer algunos metros, una mano sobre su antebrazo la detuvo y la mirada fría del hombre que estaba a su lado la traspasó.

—No va a marcharse de aquí —la voz dura del lord la hizo estremecer.

—Le aseguro que no recuerdo quién me hizo esto —se apresuró a decir, pensando que aquel hombre, en realidad, estaba implicado con sus secuestradores—, ni quién me compró… —afirmó encogiéndose ante su propia mentira—. Si quiere, desapareceré hoy mismo de Londres, pero le ruego que me deje ir.

—Ha venido hasta aquí por su propia voluntad —le recordó él sin un atisbo de compasión en su mirada.

«¿En manos de quién estaba?», pensó Grace, congelada ante la situación incómoda en la que se hallaba, «¿cómo podía engañar al

comisario Wells en su cara y luego arrastrarla hasta allí?».

—Deje de retorcerse y serénese.

—Cumplí su orden —siguió diciendo Grace a pesar de la manera cortante con la que él se dirigía a ella—, subí a su carruaje porque me instó a ello, pensando que solo deseaban acercarme a la ciudad.

—Y eso he hecho.

Grace se estremeció y agradeció que él la soltara justo cuando un hombre y una mujer elegantemente ataviados aparecieron frente a ella. Por alguna razón que desconocía, la presencia de aquella dama alivió un poco sus miedos, pues, aunque sorprendida por verla en la entrada de su casa, la sonrió tranquilizándola.

—¿Va todo bien? —preguntó Iara, la condesa de Richmond, al observar la escena que tenían frente a ellos y que era tan inusual.

—Simon encontró la última casa que regentaban los hombres de Lord Cronwell —explicó Liam con parquedad, su cuñada no necesitaba saber todos los detalles por el bien de su embarazo—. Había más de veinte mujeres en aquel lugar, pero ya son libres.

—No sabéis cuánto os agradezco vuestra implicación en este asunto, Liam —aseguró Iara ajena a las miradas que compartían su esposo y el que consideraba su cuñado. Atrás quedaban los recelos que había sufrido al conocerlo, aunque no fue un camino sencillo de recorrer.

—No hay nada que agradecer, jamás pensé que alguien pudiera llevar la maldad hasta un grado tan tremendo y…

—Si me disculpan, debo marcharme —la suave voz de Grace interrumpió a Liam y los tres la miraron—. Lord McAlister tuvo a bien acercarme hasta Londres, pero debo emprender camino y no deseo interrumpir sus obligaciones. Estaré eternamente en deuda…

—Dijisteis que no teníais dónde ir —intervino Liam con brusquedad, sorprendiendo a sus anfitriones.

—Debo solventar ese problema, milord, pero dudo que…

—Quizás lady Blackwood pueda ayudaros o incluso proporcionaros un trabajo, por eso os he traído frente a ella.

Grace abrió los ojos, sorprendida ante aquella inesperada noticia.

No, sin lugar a dudas no comprendía a aquel hombre que la miraba como si quisiera descubrir cada uno de sus secretos.

—Ahora entiendo —señaló con dificultad la joven—, mas no deseo ser una carga, milord, y…

—Iara, os ruego que os ocupéis de esto —pidió Liam, sintiendo que perdía el control de sus impulsos ante la actitud de la joven, algo que no solía acontecer con facilidad—, quizás así Grace entienda que no pretendo hacerle daño.

—Yo, yo no…, ¿de dónde saca esas conclusiones?

—De cómo se estremece cada vez que me dirijo a vos —afirmó girándose hacia ella, provocando que ella temblase, constatando con su gesto que no erraba en su percepción—, ¿o acaso cree que puede negarlo cuando lo estoy viendo con mis propios ojos?

Iara resopló: podía llegar a entender que Liam se sintiese molesto por la desconfianza de aquella muchacha, pero intuía que, al seguir tratándola así, de forma dura e inflexible, lo único que podrían esperar era que Grace quisiera salir huyendo de allí.

—Le ruego que no se preocupe por mí —dijo la joven alzando la cabeza con un gesto que a Liam le pareció demasiado grosero.

—Ya lo estoy haciendo… muy a mi pesar —aseguró Liam sin ningún tipo de delicadeza—, aquí puede tener un futuro, que se tornaría muy incierto si traspasa esas puertas. No tiene dónde quedarse, no dispone de medios, ni de nadie que la acoja… Las oportunidades para vos son muy limitadas.

—Lo sé —masculló entre dientes la joven. Sintiendo una opresión en el pecho ante la situación que tenía frente a ella y la dureza con la que él la presentaba frente a sus ojos.

—Pero si prefiere irse, hágalo, y quizás la vea dentro de unas semanas en alguna de las tabernas que ofrecen compañía a hombres como yo.

—¡Liam! —el llamado de Iara y las lágrimas de Grace lo hicieron maldecir por su grosería. Se cruzó de brazos y se giró para observar a la mujer de su hermano, que lo censuró con la mirada.

—Iara, no he dicho nada que no sea cierto y vos lo sabéis.

—Sí, pero el hecho de presentarlo con tanta crudeza no va a impedir que ella deje de sentirse mal ni desorientada —le aseguró con un aire de reproche que no sorprendió ni molestó al lord.

—Es solo la verdad —concluyó Liam, dando por finalizada la conversación, pero Iara no estaba dispuesta a pasar por alto aquella descortesía.

Dio un paso hacia él con los brazos cruzados bajo el pecho y la lengua preparada para un buen duelo dialéctico.

—Liam, ¿por qué no me acompañas? —intervino Ramsey desviando la atención de su mejor amigo, que miraba a su esposa con gesto serio.

—Será lo mejor.

—Iara se ocupará de nuestra invitada y no permitirá que se marche por el momento.

La condesa asintió conforme, dispuesta a dejar de lado la discusión para favorecer a la joven que se frotaba las manos con excesiva fuerza frente a ella.

Liam esbozó una sonrisa hacia su cuñada, asintió y se colocó junto a Ramsey. Ambos vieron como Iara tomaba la iniciativa e invitaba a Grace a acompañarla a la cocina para que esta pudiera desayunar algo. Por su parte, Ramsey inició el camino que llevaba a su despacho, donde Jana, su ama de llaves, ya había dispuesto dos tazas de café para ellos.

—Esos malnacidos mataron a sus padres y Kaine no hacía más que animarme a ayudarla, así que detuve el carruaje frente a ella y le ordené que subiera —soltó el lord con rapidez, sin que Ramsey le hubiese preguntado—. No lo dudó ni un segundo y lo hizo. Y llegamos aquí y comienza a desconfiar de mí, de nosotros.

—Es lógico, no nos conoce, Liam —le recordó Ramsey sin necesidad.

—No puedo evitar sentirme ofendido por su actitud —aseguró Liam, soltando toda la frustración que sentía—, ¿acaso cree que podríamos hacerla daño?

—Según entiendo, la tenían retenida contra su voluntad y acabas de decir que mataron a sus padres. Tiene que estar aterrada —expuso Ramsey, pues la actitud de su hermano no era razonable.

—No solo eso —continuó Liam, ajeno a las emociones que transmitía con su deambular errático frente a Ramsey—, la han

vendido a algún miserable como si solo tuviera valor por su virginidad. Llegamos a tiempo.

—¿Por eso has decidido implicarte?

—No pretendo hacerlo —contestó tras unos segundos de incertidumbre—, pero la mirada reprobatoria de Kaine era demasiado intensa, tendré que recordarle cuál es su puesto con prontitud.

Ramsey alzó una ceja, sorprendido por la actitud de su hermano, no era un hombre influenciable, ni siquiera por él, por eso no acababa de comprender por qué estaba actuando así. Aunque era consciente de que esa muchacha había conseguido impresionarlo de alguna manera que Liam no estaba dispuesto a admitir.

—Entiendo.

—Tan solo pensé que quizás Iara necesite una dama de compañía y tal vez así Grace tenga una buena vida, lejos de los bajos fondos.

Ramsey se limitó a asentir dándole tiempo a organizar sus ideas. Se sentó detrás de su escritorio y lo vio pasear desgastando la alfombra que adornaba su despacho.

—No pienso hacer nada más por esa joven —anunció tras unos minutos de silencio—. Lamento su situación, pero no es mi responsabilidad.

—Parece una muchacha inteligente que tuvo la terrible suerte de encontrarse con la desgracia en su camino. Le irá bien.

—Exacto, y ahora vamos a trabajar.

Ramsey no se opuso, pues aún podía ver cierta desazón en el semblante de su hermano. Se limitó a asentir, abrir los últimos informes y preguntarle sobre las negociaciones llevadas a cabo la noche anterior.



Grace daba gracias mientras comía de forma pausada, arropada por el calor de la cocina y la conversación entre Jana e Iara. Las observaba con disimulo para no molestarlas, pero la relación entre ambas mujeres parecía tan familiar que la sorprendió. Sobre todo,

cuando la propia lady Blackwood hundió las manos en la masa del pan que tenía que preparar la sirvienta.

Grace se atragantó y atrajo la mirada de ambas mujeres.

—¿Estáis bien? —le preguntó Iara con una sonrisa en el rostro.

—Sí, milady.

—Grace, me gustaría que olvidaras los formalismos dentro de esta casa. Ninguna de las personas que viven en ella los utilizan, somos una gran familia. Podéis llamarme Iara.

—Veo que pronto serán un miembro más —comentó la joven un poco abrumada por la petición de la dama.

—Sí, me quedan pocos meses para dar a luz.

—Todos estamos deseando conocer al pequeño de la familia —aseguró el ama de llaves.

Jana se acercó a la mesa y le ofreció más té a Grace, que no dudó en aceptar.

—No era consciente del hambre que tenía acumulado —se excusó la joven.

—No te disculpes, niña. Aquí recuperarás fuerzas, incluso encontrarás tu camino, sea el que sea.

—Me alegro tanto de que Liam decidiera traeros, Grace.

La joven no contestó, colocó las manos alrededor de la taza para calentárselas y soltó un suspiro. Estaba confusa, cansada y asustada. Cuando su mente comenzaba a recordarle lo sola que se había quedado, se le formaba un nudo en la garganta y las lágrimas amenazaban con desbordarse.

Iara terminó de amasar el pan y lo colocó junto al fuego para acelerar la fermentación. Después se lavó las manos y cogió su propia bebida.

—No quería molestaros mientras desayunabais —aseguró la condesa sentándose frente a la joven con una sonrisa en los labios.

—Gracias —Grace bajó la cabeza y enrojeció recordando la escena anterior—. No pretendía mostrarme desagradecida, pero en ningún momento se me informó de que sería traída a esta casa; cuando pedí que pararan el carruaje, me ignoró y después fui incapaz de volver a repetirlo, la mirada de lord McAlister es…

—Aterradora, lo sé —respondió Iara sorprendiéndola—, me costó un tiempo comprender a Liam, pero os aseguro que es un hombre de honor y jamás os haría daño.

Para sorpresa de Jana y de Iara, los ojos de Grace se inundaron de lágrimas que no tardaron en correr libres por sus mejillas. Iara alargó la mano por encima de la mesa y tomó la de la joven sin decir nada.

No podía ni imaginar el horror que había vivido, pero sí recordaba cada una de las palabras que lord Cronwell la había dicho a ella meses atrás con el fin de doblegarla a su antojo. Odiaba a aquel hombre y su desdén hacia las mujeres.

—Perdonad —se disculpó Grace cuando, tras secarse las lágrimas con un pañuelo que le acercó Jana, consiguió articular palabra—. Ha sido horrible, la incertidumbre de no saber cuándo comenzaría el calvario, recordar que habían matado a mis padres por obtenerme, entender que no valía nada mi vida, solo mi cuerpo y mi virtud. ¡Estoy tan abrumada! Hace unas horas mi futuro era incierto y…

—Pero eso acabó, Grace —la interrumpió Iara con la intención de tranquilizarla—, estáis a salvo en esta casa.

—No tengo nada que ofrecer, soy una simple campesina, milady —la angustia de la joven conmovió el corazón de Iara aún más y una creciente necesidad de ayudarla se apoderó de ella.

—Cuando yo llegué aquí solo era una institutriz —la revelación de aquella verdad dejó muda a la joven—. Es una historia que os iré contando poco a poco, pero ahora debemos decidir cuál va a ser vuestra habitación, pues deseo que os quedéis junto a nosotras.

—Así es —aseguró Jana tomando las riendas de la conversación —, en una casa como esta siempre hay multitud de tareas pendientes y aunque Iara está embarazada se empeña en seguir haciendo lo que no le corresponde. Dos manos más nos vendrán muy bien, siempre que tú quieras, niña.

Grace asintió, tan emocionada que se sentía incapaz de pronunciar ni una sola palabra, su suerte había cambiado tan rápido que temía cerrar los ojos y despertar en el lúgubre lugar del que la habían liberado.

—Pero debes ser consciente de algo —añadió la condesa con el fin de prevenirla—, mi marido y lord McAlister son hermanos, a Liam solo le falta dormir en esta casa, así que seguramente lo veas cada día. Espero que eso no sea un problema para vos, Grace.

—Por supuesto que no —se apresuró a asegurar la joven, dispuesta a soportar cierta incomodidad si eso se traducía en tener un techo sobre su cabeza y un trabajo que la mantuviera ocupada—, como podría yo venir a generar inconvenientes a su hogar, sabré ocupar mi lugar.

—No esperaba menos, entonces, Jana, te parece si miráis lo de la recámara. Mientras yo iré a informar de la decisión que hemos tomado.

—Por supuesto.

Iara se levantó con cierta dificultad pues ya empezaba a costarle hacer algunos movimientos y recorrió el pasillo rumbo al despacho de su marido. Llamó con suavidad golpeando la puerta hasta que la permitieron pasar.

Recibió una sonrisa cariñosa de parte de Ramsey y la mirada curiosa de Liam, que se levantaron en cuanto la vieron entrar.

—Lamento interrumpiros, pero me parecía importante que supierais la decisión tomada.

—Me la imagino estando Jana y tú de por medio, querida —respondió Ramsey con una media sonrisa asomada a su cara.

—Y no os equivocáis. Grace va a quedarse con nosotros, espero que estéis de acuerdo, Liam.

—Por supuesto. Como le he comentado a Ramsey, esa muchacha no es mi responsabilidad, Kaine me empujó a ayudarla y me dejé convencer —afirmó el lord para sorpresa de Iara—. Aun así, celebro que haya tomado una decisión inteligente al quedarse en esta casa, en la mía solo podría ordenarla como sirvienta.

Iara asintió mientras las palabras de Liam hacían que tuviera una idea, quizás un poco descabellada, pero que sabía que podía resultar conveniente. Ramsey la miró consciente de que su mujer estaba a punto de anunciar algo importante, incluso lord McAlister notó el cambio en el semblante de su cuñada.

—¿Qué estáis pensando, querida?

—En que, si nosotros la apoyamos, Grace podría tener una opción mejor que servir en una casa.

La afirmación de la condesa enmudeció a los dos hombres, cada uno sopesó la idea desde su perspectiva, llegando a diferentes conclusiones.

—Iara, no creo que debáis implicaros a ese nivel —comentó Liam con cierta censura reflejada en su voz.

—Es una joven educada, Liam, y ha sufrido una pérdida enorme. Se merece tener un buen futuro por delante.

La defensa de su cuñada no hizo mayor efecto que un gesto de disgusto en el rostro de Liam. Intuía que le costaría convencerlo, pero sabía que acabaría cediendo ante su idea.

—No me gusta lo que estáis sugiriendo, Iara —aseguró el lord a la defensiva.

—Lo sé y lo entiendo —añadió la condesa tratando de apaciguarlo y hacerlo entrar en razón—, pero dudo que ella pueda hacernos daño, al contrario, está muy agradecida con vos y con nosotros.

—¿Quieres que nos convirtamos en sus tutores? —preguntó su marido, aunque estaba seguro de que era eso justamente lo que deseaba su esposa.

—Creo que sería bueno para ella.

Liam resopló, incómodo ante la situación que se presentaba, solo pretendía ayudar a una extraña a que no acabase siendo otra prostituta más en las calles de Londres, y había logrado que su vida se complicara de una forma inexplicable.

Debía enfrentarse a la inconsciencia de su hermano y la mujer de este.

—¿Vais a llevarla de baile en baile hasta que encuentre un marido adecuado? —interrogó, mirándolos alternativamente al ser conocedor de que ninguno de los dos eran amigos de recepciones, bailes y compromisos sociales.

—Quizás no sea necesario eso, me he comprometido con mis tíos a acudir a algunos actos sociales y podría llevarla conmigo —comentó Iara sin necesidad, pues ambos ya lo sabían.

—Me parece buena idea —coincidió Ramsey. Liam volvió a resoplar, agotado, pues intuía que nada de lo que pudiera argumentar conseguiría hacerlos cambiar de opinión—. Así se distraerá, quiero que le dejes claro que no debe tener prisa, que puede tomarse el tiempo que necesite para sentirse a gusto e incluso que si no desea participar de este proyecto lo respetaremos.

—Por supuesto, ella está de luto y yo a punto de ser madre, nos lo tomaremos con calma. No quiero que se sienta presionada, ni piense que deseamos deshacernos de ella, solo quiero que tenga la oportunidad de progresar que no tuvo Alina —afirmó Iara sin poder evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al pensar en su prima.

Ramsey asintió comprendiendo la postura de su esposa: aún le dolía lo acontecido con su prima, era un peso del que le costaría desprenderse. Iara se despidió de ambos antes de que su cuñado comenzase de nuevo a objetar sobre lo que para ella era una gran opción. Salió del despacho con mil ideas rondándole la cabeza y un objetivo, el más importante: convencer a Grace de que se merecía una buena vida.

—Envejeceré antes de tiempo a este ritmo —señaló Liam agotado, cuando la puerta del despacho se cerró, dejándolo solo con Ramsey.

—Iara estará bien, yo mismo pienso acompañarla a alguno de esos eventos, aunque no me apetezca y sé que no serán muchos. Dafne es sumamente cuidadosa con su sobrina y con su condición.

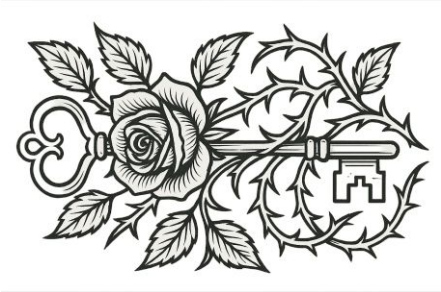
Liam se sentó en el sillón que ocupaba antes de que Iara los interrumpiera. Por un segundo, su mente voló y se imaginó a Grace entre satenes y en algún baile, rodeada de ansiosos pretendientes. Sí, con el vestido adecuado y las indicaciones oportunas nadie podría imaginar de dónde la había rescatado.

Y tuvo que admitir que, a pesar de sus recelos, se alegraba de que aquella joven obtuviera un futuro mejor gracias a ellos, pues no pensaba desvincularse de aquella situación a pesar de lo que había afirmado minutos antes.

¿Cómo podría hacerlo si su hermano iba a estar metido en ese problema junto a su flamante esposa? Su labor principal en la vida era velar por ellos, así lo sentía, pues a fin de cuenta eran las únicas

personas que podía considerar parte de su familia además de a su padre.

3



El traqueteo del carruaje sobre las empedradas calles de Londres impedía pensar a Grace, trataba de sonreír bajo la atenta mirada de Iara, pero por más que se esforzaba no lo conseguía. La incertidumbre era más fuerte que su deseo de agradar a la condesa.

Cuando minutos antes de salir del hogar de los Blackwood, aquella mujer elegante y de trato afable le comunicó sus intenciones, tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo. Parecía tan dispuesta a ayudarla y tan lógica su percepción que algo en su interior quiso considerarlo posible. Así que cedió y se montó en el carruaje junto a Iara y a Kaine, el hombre de confianza de Ramsey.

—Grace —la muchacha dio un respingo en el asiento y se apresuró a mirar a su benefactora—, solo vamos a buscar unos cuantos vestidos. Los míos no os quedan bien —comentó la condesa sin necesidad, puesto que la muchacha era consciente de que era un poco más alta que Iara y tenía los senos más grandes que ella.

Notaba como el corsé del vestido gris de paseo que llevaba se clavaba debajo de su pecho, pero no se atrevería jamás a comentarlo en voz alta, menos frente a un hombre.

—Lady Blackwood, yo…

—Os ruego que me llaméis por mi nombre si queremos que el resto del mundo nos considere primas, debe haber familiaridad entre nosotras.

—Lo intento, Iara —señaló la joven con un gesto de disculpa en su rostro—, pero no entiendo ¿por qué hacéis esto?

Iara alargó su mano y tomó la de la joven entre las suyas con afecto, ignorando lo arrepentida que estaba Grace por haber dejado que su lengua hablara sin pensar. Estaba acostumbrada a cuestionar lo que no entendía, pero sabía que no era lo habitual.

—Antes de conocer a Ramsey no podía imaginar la vida de otra manera a lo que tenía, me dedicaba a sobrevivir y a ver cómo Alina, mi prima, se perdía. Ella eligió un camino del que no pude salvarla y aún me pesa en la conciencia que haya sido así. Cuando ayer aparecisteis en mi casa y supe vuestra historia…

La condesa se interrumpió, las lágrimas en sus ojos eran el reflejo de un profundo dolor que aún la acompañaba. Grace se maldijo por haber preguntado por ello, por cuestionarla si quiera.

—Lamento vuestra pérdida.

—Permitidme compartir con vos mi dicha, mi camino, lo que tengo —solicitó la condesa conteniendo su emoción a duras penas.

—Iara, yo os agradezco en el alma la confianza que habéis depositado en mí. Temo decepcionaros, no estar a la altura de vuestras expectativas.

Iara sonrió, la muchacha que tenía enfrente no sabía lo valiosa que era, la belleza interior que desprendía, ni la conexión que sentía con ella desde que la había visto.

—Jamás podríais defraudarme, tan solo quiero daros las oportunidades que os merecéis, y para ello necesito la ayuda de Gillian, aparte de mi modista, se ha convertido en una buena amiga.

Grace estaba demasiado acongojada para contestar nada, se limitó a asentir hacia la condesa y componer su mejor sonrisa justo cuando el carruaje se detuvo frente a la tienda. Kaine las ayudó a bajar por la escalinata del coche de caballos y dio la orden pertinente al cochero. Después se quedó fuera de la tienda sujetando la puerta para que las mujeres pudieran entrar.

La muchacha estaba tan asombrada, recorriendo con la mirada aquel amplio lugar lleno de telas, encajes, tules… que apenas escuchó el intercambio de saludos entre ambas mujeres.

—Es un placer conoceros, milady —la voz serena y afable de Gillian Smith la devolvió a la realidad.

Era una mujer imponente, más alta que ella y con una melena cobriza que sujetaba con un simple pasador de plata.

—Señora Smith, el placer es mío —balbuceó sintiéndose muy pequeña en aquel lugar, tan distinto a las sencillas tiendas en las que su madre compraba las telas que utilizaba.

—Lo primero que necesito es tomar vuestras medidas, Iara ya me informó de lo que requiere para su día a día. Yo haré lo propio y pronto podrán volver a casa.

—Quizás no sea necesario —ambas mujeres la miraron, Iara sorprendida, Gillian un poco molesta por lo que consideraba un desplante de parte de la joven—. Mi madre me enseñó a coser —balbuceó Grace, explicándose—, ella tenía una gran habilidad y tal vez con lo poco que sé, pueda confeccionarme algún que otro vestido o arreglar los que Iara, perdón lady Blackwood, ya no use.

La modista sonrió entendiendo la zozobra que motivaba sus palabras, la joven estaba abrumada por la generosidad de la condesa y era algo admirable.

—Hagamos una cosa, permítame que os tome las medidas, a fin de cuentas, ambas las necesitamos —comenzó a decir Gillian colocando las manos ligeramente sobre los hombros de la muchacha y llevándola hacia el lugar donde medía a sus clientes.

—Pero yo no dispongo de la capacidad económica para hacer frente a este gasto.

—No os preocupéis por nada, prima —Grace se estremeció ante aquella mentira y lo real que parecía en los labios de la condesa.

—Lady Blackwood y yo nos ocuparemos de eso.

La modista la instó a quitarse el vestido que llevaba tras uno de los biombos de roble y después, ataviada solo con las enaguas y la camisa interior, la hizo colocarse sobre una peana de madera para comenzar con su labor.

—Me alegra saber que su madre le enseñó este noble oficio —comentó mientras le medía la espalda a fin de conseguir que se relajase.

—Ella tenía un gran talento —aseguró la joven notando como sus ojos se llenaban de lágrimas sin derramar—, aunque sus trabajos eran más sencillos, para gente humilde.

Quiso retractarse en cuanto aquella frase salió de sus labios, sabía que era demasiado reveladora de quién era realmente. Miró hacia Iara en busca de algún gesto que le indicase si estaba enfadada por su explicación, pero la mujer se limitó a sonreírle desde el suave diván beige en el que estaba sentada.

Gillian la miró con cariño, colocándose frente a ella, para medirle el torso y Grace estuvo a punto de echarse a llorar.

—Estoy segura de que era una artista y posee la misma capacidad que ella. ¿Qué le parece si le dejo escoger una de mis telas? —la sonrisa de la joven iluminó su mirada llorosa—, yo realizaré una serie de vestidos para vos, más elaborados y vos podréis hacer el vuestro, estoy deseando ver todo lo que sabe.

—Me gustaría —afirmó la joven en un murmullo apenas audible —, sería una manera de sentirme más cerca de mi madre.

Gillian le entregó un suave pañuelo de lino. Grace no sabía en qué momento el torrente de lágrimas había decidido ponerla en evidencia, pero ahí estaba, frente a aquellas dos mujeres que la miraban con expresión tierna, rota, llorando por sus padres.

Iara se acercó a ella y la abrazó con tanto cariño que la muchacha tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sollozar más fuerte de lo que ya lo hacía. Poco a poco se fue tranquilizando, hasta que el dolor se quedó en su pecho, agazapado, dispuesto a aparecer en cualquier momento.

«¿Algún día dejaría de sufrir así?», se preguntó mientras el cariño de la condesa la sostenía.

Media hora después, con las medidas ya tomadas, volvió a vestirse y se acercó al mostrador junto a la que se había convertido en su prima, casi su salvadora.

La modista había aprovechado para elegir varias telas, colocándolas sobre la alta mesa. Grace no pudo evitar reparar en una verde, con una tonalidad intensa, arrugó la nariz, recordando lo que su madre le había contado tiempo antes.

—¿Qué ocurre? —cuestionó Gillian al ver el gesto de la joven.

—Quizás no es importante —respondió Grace pasando los dedos por encima de la tela.

—Debo discrepar, milady. Su expresión ha sido bastante elocuente. No tema hablar con libertad —la animó la modista—, este es un lugar seguro.

—Mi madre me dijo hace poco que la tela verde era mejor no usarla —comenzó a decir la joven con tono dubitativo—. Al parecer, ella tenía la teoría de que algo con lo que se teñía podía hacer daño a quien llevaba el vestido o incluso quien preparaba la tela. Ella misma se negó a usarla una vez que se lo encargaron expresamente.

Grace bajó la mirada hacia las manos de la modista buscando algún indicio que la dijera si era ella la que preparaba aquella tela.

—Últimamente me piden bastantes vestidos de ese color —aseguró la mujer—, pero cuando uso la pieza para confeccionarla, acaba doliéndome la cabeza, se convierte en un malestar persistente que en ocasiones me ha impedido trabajar al día siguiente.

—En ese caso, permítame recomendarla que no la use. Entiendo que las clientas se lo pidan, pero no merece la pena que exponga su salud por darles gusto.

—Os haré caso, milady —señaló la modista admirando la consideración de aquella joven.

Iara y Grace se despidieron de Gillian después de que esta preparase el paquete que se iba a llevar la segunda para confeccionar su propio vestido. Aquello le producía cierto temor, no quería estropear la tela, pero al mismo tiempo deseaba honrar las enseñanzas de su madre, demostrándose a sí misma que era capaz de confeccionar algo por sí sola.

Kaine las acompañó de vuelta a casa. La muchacha no podía evitar maravillarse de la capacidad de concentración de aquel hombre, controlaba cada movimiento que había a su alrededor, no parecía que se le escapara ningún detalle.

En cuanto llegaron al hogar de los Blackwood, Grace pidió permiso para subir a su recámara, quería comenzar con aquella empresa que tenía entre manos. Iara sonrió y la vio subir las escaleras con precipitación.

—Gracias por acompañarnos.

—No tiene por qué darlas, milady. Continuaré con mis obligaciones.



Kaine salió de aquella casa con cierta prisa pues llegaba tarde. Sus pasos lo llevaron rumbo al lugar donde entrenaba junto a sus hombres. Una amplia estancia que antaño reunía lo más dispar de la sociedad londinense: desde maleantes hasta lores, dirigido por quien tuvo a bien criarlo.

En cuanto entró en el amplio espacio con las paredes revestidas de madera de caoba, sus hombres lo saludaron, mostrándole el respeto que le tenían. Dos horas después, y tras supervisar el entrenamiento de forma implacable, los dejó marchar.

—No os esperaba por aquí, milord —comentó mientras el último de sus muchachos salía de la amplia estancia, mirando hacia el lugar donde se encontraba el lord, junto a la puerta.

—Necesito entrenar —aseguró Liam caminando hacia él, quitándose la chaqueta y la camisa. Mostrando el torso desnudo y musculoso al igual que su oponente.

Kaine se puso en guardia, algo en la mirada del lord le advertía de que aquello no iba a ser un entrenamiento cualquiera. Había rabia en sus ojos y ese tic característico en el izquierdo. La tensión podía palparse en el ambiente.

Liam acortó la distancia que los separaban. En cuanto estuvo lo suficientemente cerca de Kaine, soltó el primer puñetazo, que este esquivó con maestría. No requería más aliciente que ese. Ambos hombres comenzaron su particular batalla. Cuando Liam lanzaba su puño contra Kaine, este lo esquivaba, buscando devolverle el golpe.

Poco a poco la escena se recrudeció, sobre todo cuando Kaine recibió un golpe del puño izquierdo del lord, tras esquivar el derecho. En aquel momento, los títulos nobiliarios no servían de nada. Liam era un duro contrincante, pero Kaine contaba con muchas más horas de entrenamiento que el lord.

Le lanzó un golpe que le impactó en el estómago, doblándole hacia delante.

—Os habéis perdido muchos entrenamientos, Liam —afirmó Kaine dándole unos segundos para recuperarse, y volvió a la carga.

El lord se giró hacia la derecha justo cuando iba a recibir un nuevo lance de su contrincante, lo esquivó y lo golpeó en la espalda con furia, dejándole aturdido durante unos segundos.

—He estado trabajando.

—Lo sé —contestó Kaine girándose hacia el lord, tratando de golpearle de nuevo, pero su golpe no llegó al lord—. Os estáis convirtiendo en un señorito de despacho.

Liam enloqueció, se lanzó contra Kaine y lo agarró por la cintura con la intención de hacerle morder la lona. El hombre se desestabilizó ante aquel movimiento tan inesperado y cayó al suelo.

Liam estaba sobre él, con el puño en alto, dispuesto a golpearlo. Respiró hondo, controlando su furia, bajó el brazo lentamente y se apartó de su hombre de confianza, abatido. Por un segundo había perdido el control de la situación, todo lo que podía pensar era en herirlo sin piedad. Mas años de autocontrol le permitieron parar antes de cometer una locura.

—¿Qué os ocurre? —preguntó Kaine, sentándose mientras se frotaba la barbilla sin saber en qué momento él lo había golpeado justo ahí.

—Jamás volváis a meteros en mis decisiones —bufó Liam entre dientes mientras se frotaba los nudillos de la mano derecha con la izquierda.

—¿Todo es a cuenta de esa muchacha? —la sorpresa en la pregunta de Kaine le recordó lo absurdo que estaba siendo, enfureciéndolo aún más.

—Me impulsaste a recogerla, está metida en la casa de Ramsey y…

—Hace unas horas no quería entrar en la modista por no tener cómo pagar los vestidos. —Aquella revelación sorprendió al lord, él ya creía saber todo de esa joven, y ahí llegaba Kaine para desmentirlo—. Es una buena mujer y vos lo sabéis, sino no la hubieses recogido, por mucho que yo os dijera o insistiera.

Liam lo miró confundido ante sus palabras. No acababa de comprender qué le ocurría con esa muchacha, por qué sentía tanta rabia al ver cómo se expresaba o lo poco agradecida que parecía ser.

—Cuando la observé la otra madrugada, me recordó a mi madre —continuó diciendo Kaine sin esperar la respuesta del lord—, tenía la misma expresión de dolor en su mirada, temblaba. Estaba perdida, sin nada que ver con las otras mujeres, y pensar que pudiera sufrir su misma suerte…, acabar en las calles, a merced de quienes quisieran abusar de ella.

Liam asintió con la cabeza, conocía algo del pasado de Kaine, pero nunca se atrevió a cuestionarlo sobre ello.

—Mi madre era una buena mujer —prosiguió Kaine con tristeza—, pero cuando mi padre murió su suerte se tornó oscura, las deudas crecían y no quería que su hijo de seis años trabajara en las fábricas. Lo hizo por mí y todo fue bien hasta que un maldito borracho le rompió el cuello mientras poseía su cuerpo.

El silencio los envolvió, el lord observó al hombre en quien más confiaba buscando las palabras precisas. Odiaba que la gente que le importaba sufriera.

—Lamento vuestro dolor, amigo —comentó Liam sobrecogido ante aquella parte del pasado de Kaine que desconocía.

—Si Rolfe, el dueño de este lugar, no me hubiese considerado útil, quizás yo hubiese sido el siguiente en morir. Un muchacho de esa edad, solo en ese ambiente hostil, no tiene demasiadas oportunidades.

—Agradezco que no fuera así —afirmó Liam consciente de lo valioso que era aquel hombre para él—. Recuerdo cuando mi padre nos trajo a este lugar la primera vez, a Ramsey y a mí. Ya nos sacabas una cabeza y parecías enfadado con todo el mundo.

—No era para menos, Rolfe no hacia otra cosa más que darme las peores tareas. Yo enseñando a defenderse a dos señoritos de alta cuna todo lo que sabía. —Kaine sonrió ante la mirada perpleja del lord—. Era un insulto, o así lo sentía. Me equivoqué.

—Suele pasar.

—Si yo no hubiese superado mis prejuicios por vos y su hermano, hoy no estaríamos trabajando juntos, pero lo hice y descubrí mi

vocación. Creo que esa muchacha es trigo limpio, Liam.

—Ramsey también confía en ella —aseguró el lord, aunque no entendía bien por qué ambos hombres parecían tan seguros de ello.

—Pero vos no.

—Nunca confío en nadie, lo sabéis. Grace tendrá que demostrarme que merece mi ayuda.

Liam se alzó con agilidad y le ofreció la mano a Kaine para ayudarlo a levantarse. El hombre no dudó ni un segundo en levantarse con la ayuda ofrecida.

—Esforzaos por conocerla —le pidió Kaine—, quizás os sorprenda lo que tiene que aportar. Por el momento, Iara parece feliz de tenerla a su lado y ella no ha demostrado nada que pueda haceros desconfiar.

El lord no contestó.

No podía evitar que esa muchacha le resultara un mal innecesario, un desastre que no debía haber cometido, pero si era sincero consigo mismo, Kaine solo le había dicho una vez que si no pensaba ayudarla. Tras eso había sido su mente la que le había mostrado el oscuro futuro de la joven de dejarla a su suerte.

—Lamento haber descargado mi ira de esa manera, pero no sois ajeno a mis preocupaciones con respecto a mi hermano y su familia.

—Os entiendo, milord —dijo Kaine volviendo al trato correcto hacia su jefe—. Lo tendré en cuenta para futuras ocasiones.

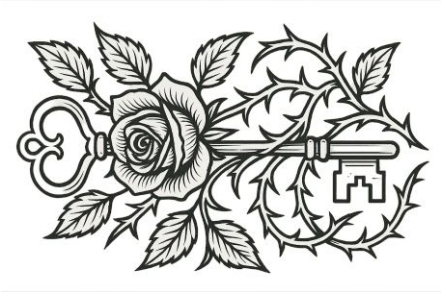
—Y yo os lo recordaré si osáis convertirme de nuevo en el paladín de alguna dama en apuros. No soy como Ramsey.

Liam se marchó con aquella afirmación resonando en sus oídos, su propia frase que lo atormentaba, pues en el fondo de su alma anhelaba parecerse un poco más a él, ser capaz de comportarse como un caballero y ofrecer todo lo bueno que había en él.

Solo una mujer había sido testigo de su bondad, la hermana de Ramsey. Con ella se permitió mostrarse como era sin miedo, pues lo trataba como a un hermano más, aconsejándolo y protegiéndolo. Desde su muerte no había vuelto a confiar en una mujer, aunque si era justo, Iara poco a poco derrumbó sus barreras, demostrándole que merecía su cariño y considerarla parte de su familia. Grace no

era ninguna de ellas y su postura era clara, no pensaba permitir que se volviera un problema.

4



Una semana llevaba Grace en aquella casa de dueños extravagantes. Se sentía bien a pesar de la pérdida de sus padres; respetada, acogida con cariño y envuelta en vestidos que jamás pensó que llevaría.

Se miró en el espejo y apenas reconoció a la persona que se reflejaba en él. Tenía el pelo recogido con maestría gracias a Jana y su vestido azulado era el más delicado que había tenido jamás.

Inspiró hondo tratando de tranquilizarse, aunque fue en vano. Estaba nerviosa, todo su cuerpo se tensaba en cuanto pensaba en que iba a enfrentarse por primera vez al escrutinio de una clase social que no era la suya, y dudaba de poder comportarse con el decoro y los modales que lady Iara y su tía le habían enseñado en esos días.

En realidad, estaba aterrada.

Antes de que pudiera seguir compadeciéndose de la chica humilde y sencilla que era, un par de golpes en la puerta la devolvieron a la realidad. Mary, la otra muchacha que atendía en aquella casa, entró con una sonrisa cálida en los labios.

—Me han pedido que venga a buscarte —anunció admirando el vestido de Grace.

—¿Qué pasaría si esto no sale bien? —preguntó la joven sin ocultar lo asustada que se sentía, necesitando una respuesta que iluminase su camino.

—Siempre puedes llevar una vida de trabajo y tranquila como la mía —respondió Marie con una sonrisa y una calma que Grace admiraba.

—No te parece injusto que yo reciba este trato, mientras tú…

—Iara me lo propuso hace meses, incluso Ramsey insistió en ello, pero no quiero eso para mí. Ellos son demasiado buenos, pero jamás aspiré a algo más de lo que tengo. Soy feliz y me conformo con ello.

Grace asintió con la cabeza sin saber qué responder ante aquello, no deseaba cuestionarla y en el fondo de su alma la entendía, pero algo en su interior la impulsaba a intentarlo a pesar del miedo, del desasosiego y el nerviosismo.

Salió de su recámara que estaba junto a las de Jana y Mary, fue rumbo al *hall* donde la estaban esperando. Lo que no imaginaba era que junto a Iara y su tía estuviera lord McAlister con gesto sereno y un traje de noche impecable.

En cuanto sintió su mirada sobre ella, contuvo el aliento y no lo soltó hasta que este apartó la vista de ella. No, no le gustaba aquel hombre, ni su manera de observarla como si quisiera conocer en qué pensaba en cada momento. Se sentía invadida y expuesta ante él.

—Ya estamos todos.

La alegría de Dafne, envuelta en tafetán rosa, contrastaba con la incomodidad de Grace y el repentino gesto de dolor de Iara.

—¿Estáis bien, Iara? —preguntó Grace justo cuando llegaba lord Blackwood hasta ellos.

—Creo que estoy un poco cansada —respondió Iara para sorpresa de todos los presentes, pues era la primera vez, desde que se conoció la noticia de su embarazo, que mostraba algún malestar.

Ramsey se apresuró a ofrecerle el brazo a su mujer y ésta no dudó ni un segundo en tomarlo para estabilizarse.

—Hija, si os encontráis indispuesta deberíais descansar por el bien de vuestro pequeño —afirmó la mujer con la preocupación asomando en su rostro.

—Pero, tía, es la primera vez que Grace se va a enfrentar a…

—¿Enfrentar? —Aunque no lo pretendía, en la voz de Dafne se reflejó cierto reproche ante la manera de expresarse de su sobrina —. Lo pintas como si fuera un mundo inhóspito deseando atrapar a las jóvenes vulnerables e inexpertas. Yo iré con ella y me aseguraré de que nadie la haga sentir mal o incómoda. Además, tu tío nos alcanzará en el teatro.

—Discúlpame, tía, es solo que… —comenzó a decir la condesa excusándose.

Dafne palideció, su respuesta había sido demasiado vehemente y cortante. En un tono que jamás usaba con su sobrina.

—Como bien sabéis, yo misma guardo mis recelos sobre esto —intervino Grace defendiéndola—. Iara solo trata de protegerme.

—Lo sé, lo lamento, a veces olvido que yo me sentía como vosotras cuando Bernard comenzó a codearse con ciertas personas de la alta sociedad —afirmó Dafne sintiéndose mal por haber respondido de esa manera a su sobrina.

—Creo que estamos todas un poco nerviosas —aseguró Iara con una sonrisa tranquilizadora en los labios—. Tía, confío en vos, sé que Grace no podría estar en mejores manos. Siento no poder acompañaros esta noche, pero no creo que sea lo mejor para mí.

—No os preocupéis, estaré bien —contestó Grace mientras las dudas la asaltaban. Saber que la condesa no iba a estar acompañándola era algo tan inesperado como preocupante.

—En ese caso, debemos marcharnos ya

Grace se estremeció ante la profunda voz de Liam. No entendía su insistencia en ir con ellas cuando estaba claro que apenas la toleraba frente a él. Se limitó a asentir y dejarse guiar fuera de la casa de lord Blackwood.

Estaba nerviosa, más aún cuando, tras subirse al carruaje junto a Dafne, lord McAlister se sentó frente a ella rozando ligeramente su pierna derecha. Grace no sabía hacia dónde mirar y el vaivén del carruaje hacía que se incrementase el contacto con el lord.

Casi dio un respingo cuando el cochero detuvo a los caballos y Liam se apresuró a bajar y ofrecerle su mano para que pudiera descender a su vez. Le dio las gracias con timidez y, para su sorpresa, el hombre le ofreció su brazo para guiarla.

Iba a rehusar con la excusa de que Dafne sin duda necesitaba más de su caballerosidad, pero no le fue posible, pues ya estaba siendo acompañada por su esposo, que les estaba esperando ansioso por saber por qué no estaba allí su sobrina.

Aceptó el gesto de Liam, inspiró hondo y, tratando de alejar los temores que le producía el verse rodeada de toda esa gente, avanzó

junto a su acompañante con la espalda recta.

Jamás había estado en un lugar como aquel, debería estar fascinada, pero el esfuerzo que tenía que hacer para no salir corriendo era suficiente para distraerla. Evitando que apreciara la majestuosidad de aquel edificio de elegantes balaustradas, suelos de mármol blanco y sirvientes con librea.

Cada paso que daban la acercaba más a aquella gente, que parecía no percatarse de la presencia de una intrusa entre ellos. El lord saludó a algunos conocidos, pero no se detuvo con ninguno y unos minutos después estaban tomando asiento muy cerca del escenario.

Hacía calor. Al fondo se oía la algarabía de la gente de su clase, mientras a su alrededor los murmullos eran quedos y las risas contenidas.

—Estáis demasiado nerviosa, milady.

El susurro de Liam, que se encontraba sentado a su izquierda mientras que Bernard y Dafne estaban detrás de ellos, la sorprendió.

Se giró hacia él, tratando de contener su lengua, pero al ver su ceja levantada no pudo evitarlo y contestó en un susurro que solo pudo escuchar él.

—Y el que me llaméis así solo lo va a incrementar.

—Es la manera correcta de dirigirme a vos —señaló el lord sin mostrar la incomodidad que le producía la respuesta de ella—. Ramsey es vuestro tutor y sois presentada como un familiar lejano de lady Blackwood, así os tratarán todos.

El recuerdo de aquella mentira hizo estremecer a Grace. Las dudas comenzaron a asediarla, el miedo estaba apoderándose de ella y le faltaba el aire. Si no fuera de mala educación, se levantaría y se marcharía de allí inmediatamente.

—Es una mala idea, pésima sin duda —murmuró y para su sorpresa el lord se inclinó hacia ella para poder escucharla mejor—. No puedo con esto, entiendo las buenas intenciones de lady Blackwood, mas considero que se equivocó conmigo —confesó, anhelando que él acallara sus temores de alguna manera, necesitaba ayuda.

—Estoy de acuerdo.

Aquella afirmación seca y fría la dejó desarmada, desorientada y herida. Contuvo a duras penas las lágrimas y se apartó de él lo máximo posible. Liam esperó con impaciencia para descubrir qué más iba a decirle aquella joven, sin saber que Grace había perdido la capacidad de hablar tras su grosería.

Por suerte la función empezó, Grace se concentró en la obra de teatro sin ni siquiera mirarlo de reojo, mientras su mente le repetía una y otra vez que tenía que abandonar aquel proyecto absurdo. Debería formarse para ser la mejor de las sirvientas; ese era su destino. Lo asumiría con la dignidad que sus padres la habían enseñado desde pequeña, pero el entusiasmo de Iara y la firmeza de sus convicciones la habían hecho considerar que la idea presentada era buena, factible…

Cuán equivocada estaba, por suerte solo había necesitado un evento y un comentario sagaz de lord McAlister para darse cuenta de su error.

En cuanto la obra terminó, Grace se levantó casi de un salto e, ignorando el brazo galante que le ofrecía Liam, alzó la cabeza dispuesta a seguir a Bernard y Dafne por entre la gente sin su ayuda.

—Os ruego que no me toquéis —le pidió al lord al ver que este trataba de sujetarla por el brazo para detenerla.

—No podéis salir corriendo de aquí —le recordó Liam, ignorando su petición y, tomando la mano de la joven, la colocó en su antebrazo sin delicadeza alguna.

—Imagino que aborrecéis todo lo que soy —susurró Grace, obligada a pegarse al lord al llegar a un pasillo donde se amontonaban los asistentes al acto social—. No os esforcéis en negarlo y mucho menos sigáis con el paripé de que deseáis ayudarme.

—Como bien intuye, no quiero hacerlo.

Liam estaba molesto con ella, no comprendía su actitud agresiva hacia él y mucho menos la fiereza con que lo miraba.

—Y entonces ¿por qué os prestáis a ello? —cuestionó la joven sin saber que estaba a un paso de perder la paciencia—, yo no os pedí que me arrastrarais hasta su…

—Lord McAlister, es un gran honor volver a verlo.

Liam se giró sorprendido consigo mismo, la discusión con Grace lo había hecho perder la noción de dónde estaban, había bajado la guardia, algo inaceptable para él. Compuso su mejor expresión en una fracción de segundo y saludó al futuro duque de Sussex, que no era consciente de la perturbación de Liam.

—Andrew, no le creía interesado en estas actividades —respondió al hombre de aspecto afable y rizos dorados que apretaba su mano.

—En realidad, he venido a acompañar a mi hermana —dijo el hombre con gesto aburrido. Era un poco más bajo que Liam y su complexión bastante delgada en comparación con este—, se ha presentado esta temporada en sociedad y no hay acto al que deje de acudir.

—Comprendo.

—Oh, discúlpeme, milady, no pretendía ignorarla.

Grace sonrió cohibida ante la atención de aquel lord y su sonrisa aprobatoria. Liam se apresuró a presentarla como la prima de lady Blackwood y la protegida del matrimonio.

—Es un honor conocerla, milady.

—El honor es mío. Milord, si desea hablar con su amigo, yo puedo ir a buscar a mis parientes —señaló Grace deseosa de apartarse de Liam, que la miró con el entrecejo fruncido al intuir sus intenciones.

—Lord Daventry y yo podemos vernos esta noche en el club.

—Por supuesto, en cuanto ambos terminemos con los compromisos familiares —señaló Andrew con una sonrisa cordial—. Entiendo que los condes quieren presentarla en sociedad y…

—En realidad no, milord. —Liam se tensó al oír aquello, era un desaire no solo a quién la preguntaba al haberlo interrumpido. Sino también a Ramsey e Iara—. Tan solo he venido por unos días a Londres y mi prima insistió en que debía acudir al teatro, ella iba a acompañarme, pero se sintió indispuesta en el último momento y Lord McAlister accedió a reemplazarla junto a mis tíos.

Grace sonrió tratando de no parecer alterada, acababa de soltar una de las mayores mentiras que había contado en su vida. Algo que aborrecía con toda su alma.

—Lamento escuchar eso —respondió el futuro lord. Desconcertado ante la manera directa de hablar de la joven—. Espero que lady Blackwood pronto esté recuperada.

—Se encuentra bien, se lo aseguro —añadió Grace con una sonrisa agradecida hacia su interlocutor mientras notaba como crecía la tensión de Liam.

—Por supuesto, en cuanto a vos, me gustaría tener la ocasión de compartir algún baile.

Liam vio como Grace enrojecía y negaba con la cabeza con vehemencia, olvidándose de ser comedida y pausada, como se esperaba de ella. «¿Acaso no entendía cómo debía comportarse frente a extraños?». Una cosa era que a él lo tratarse con cierta cercanía o que hubiese establecido una amistad con Iara, pero de ahí a mostrarse completamente cristalina había un abismo que parecía querer recorrer.

—No podrá ser, milord, mi marcha está próxima y no voy a acudir a más actos en los pocos días que me quedan junto a mi prima. Espero que me disculpe.

Liam tuvo que hacer un gran sobreesfuerzo para no bufar por su desafortunada respuesta.

—Quizás se concrete la próxima vez que nos visite —incómodo ante el desplante de la joven.

—Así lo esperó.

Lord Daventry hizo una leve reverencia hacia ella y, tras despedirse de la pareja, fue en busca de su hermana, ajeno al cruce de miradas que Grace y Liam se dedicaron.

Esta vez fue Liam quien, con excesivo ímpetu, retomó la marcha sacándola del teatro prácticamente corriendo. No quería darle otra oportunidad para desairar a nadie más.

Llegó hasta donde estaba el carruaje parado, con precipitación. Cuando se supo fuera del alcance de la vista del resto de asistentes a la función, se detuvo y enfrentó a la joven.

—¿A qué estáis jugando? —preguntó con los brazos cruzados y un gesto aterrador en el rostro—. Contestad —ordenó al ver que Grace se limitaba a agachar la cabeza y eludir su pregunta.

—A nada.

Su murmullo lo enervó aún más. «¿A qué demonios estaba jugando aquella mujer?». Era de todo menos tímida, pero no parecía querer mostrarle su verdadera cara.

—Miradme cuando pretendáis dirigiros a mí.

Grace mantuvo la mirada en el suelo, conteniendo su labia a duras penas. Una parte de ella quería enfrentarlo, pero también era consciente de que no debía hacerlo, pero «¿cómo detener la furia que corría por sus venas cuando la trataban mal?».

—La obra de teatro acabó y debemos marcharnos, milord.

—Alzad la cabeza —ordenó Liam, ignorando su tono sosegado y cruzando los brazos.

—¿Por qué habría de hacerlo? —la osadía de la joven al contestarlo estaba colmando su paciencia.

—Porque es de mala educación evadir mi mirada.

—¿Queréis ver si miento?, pues no, no está en mi condición hacerlo —Grace levantó la vista hacia él y se colocó en la misma postura del lord—. Es por eso que esta situación…

—Eso debo juzgarlo yo —sentenció con tanta fiereza que Grace dio un paso hacia atrás y su espalda chocó contra el carruaje—. ¿Por qué habéis afirmado que no vais a acudir a más actos?

La pregunta quedó flotando entre ellos durante unos segundos que a Liam se le hicieron excesivos. Estaba a punto de confrontarla de nuevo cuando el rostro de la joven mostró una determinación tan feroz como la suya.

Ahí estaba la verdadera Grace, aquella que había osado enfrentarlo cuando la llevó a casa de su hermano. Lo que le desconcertaba era porqué trataba de engañarlo, de mostrarle una actitud sumisa que no formaba parte de su carácter.

—Porque así va a ser —respondió Grace con contundencia, dispuesta a convencerlo y reafirmarse a sí misma—. Me equivoqué al decirle a lady Iara que aceptaba su plan, jamás debí entrar en este juego, este no es mi mundo, nunca quise casarme sin más y asumo mis limitaciones. Ocuparé mi puesto como sirvienta y en unos meses me iré de la casa de su hermano. Pero si lo desea, puedo irme hoy mismo y dejar de ser un incordio para vos.

—Grace, yo no tomo esas decisiones —comentó el lord con indiferencia y una clara intención de conocer si sería capaz de renunciar a los privilegios adquiridos en aquellos días.

—Yo misma se lo diré a los condes —aseguró sin saber lo impresionado que estaba el lord ante su decisión—, ambos lo entenderán, sobre todo la condesa. Ya puede dejar de preocuparse, de temer sobre mis intenciones y de mirarme como si le debiese la vida, aunque así sea.

Liam se quedó mudo, sobre todo cuando Grace se giró y se subió al carruaje sin ayuda de nadie, sujetando el ruedo de la falda y enseñando más de lo que el decoro permitía. Resopló hastiado, no entendía por qué le molestaba la actitud de aquella joven, su manera de enfrentarlo y de rechazar una vida cómoda solo por no asumir ciertas dificultades.

Se acercó al cochero, mudo espectador de la discusión que acababa de mantener con la joven, y le ordenó que se pusiera en camino con diligencia. Después regresó sobre sus pasos hasta la puerta y se detuvo antes de cerrarla.

—Jeoffrey la llevará a casa.

—Gracias, milord.

—Mañana lo verá de otra manera, estoy seguro de ello, milady —afirmó Liam con convicción, sería una inconsciente de no hacerlo.

—Nunca he sido una lady, ni pretendo serlo —respondió Grace tras unos segundos.

El torrente de improperios que cruzó la mente del lord al escuchar aquella frase lapidaria no se reflejó en su rostro. Era una ilusa, una inmadura y una desagradecida. Sin duda no estaba pensando con claridad.

—Ni Ramsey ni Iara estarán de acuerdo con su decisión.

—De nuevo discrepo con vos, la condesa me aseguró que respetaría lo que yo quisiera hacer. No se opondrá a mi cambio de rol.

—Estáis desperdiciando la oportunidad de vuestra vida. —Liam notaba cómo se incendiaba con cada una de las negativas de la joven, quería tender un puente hacia ella, demostrarle que no era el

enemigo a abatir, sin embargo, sus palabras no surtían el efecto esperado.

—No, estoy siendo coherente con lo que mi familia fue y lo que me tocaba ser, de seguir ellos vivos. No dejaré que me roben eso, aunque mi destino no sea una vida llena de hermosos vestidos, bailes y modales exquisitos. A partir de mañana no escuchará de mi boca ni media palabra. Buenas noches, milord.

Para sorpresa de Liam, Grace se inclinó hacia la puerta, la tomó con cuidado y la cerró. Una solitaria lágrima recorrió su mejilla cuando el carruaje inició la marcha. Se había permitido soñar con una vida diferente, con un futuro prometedor, y había entendido de manera abrupta que aquello era algo que no le correspondía.

Liam maldijo en voz alta, se sentía como un patán insensible, aunque sabía que no lo era. Tan solo trataba de ser coherente, o quizás no. «¿Qué le molestaba de aquella mujer?», se preguntó mientras paraba al primer carruaje que vio libre, rumbo al *White's*, el club de caballeros más selecto de la ciudad.

«¿Acaso era más snob de lo que imaginaba?»

No lo sabía, pero sí era consciente de cómo se tensaba su cuerpo cuando Grace estaba cerca de él. Deseaba apartarla de su camino, dejar de verla y olvidarse de que una vez tuvo a mal ayudarla.

«¿En qué demonios estaba pensando?»

Desde que Grace había aparecido en su camino, su estructurada vida parecía tambalearse.

Se bajó del carruaje tras pagar al cochero y apartó de su mente a aquella joven. Tomase la decisión que tomase, no le importaba. Si Ramsey insistía en ayudarla, no pondría objeción; pero tampoco tenía intención de participar de forma activa en ello.

—Andaba esperándolo, milord. —La voz melosa de una mujer le detuvo.

La miró de arriba abajo y negó con la cabeza. Aquel día no era una buena compañía para nadie y, por alguna razón que no alcanzaba a entender, no deseaba intimar con una mujer que era de otros. Siempre había sido así, cuando escogía una amante lo hacía con la certeza de que, mientras durara la relación, solo sería suya.

Vio que su rechazo trasformaba la estudiada sonrisa en una mueca de profundo asco, se encogió de hombros y reanudó la marcha hacia el interior del club. No era un hombre que tomase demasiado en cuenta los juegos femeninos, por lo general sabía que solo era una manera de manipular a los hombres y obtener lo que ellas deseaban.

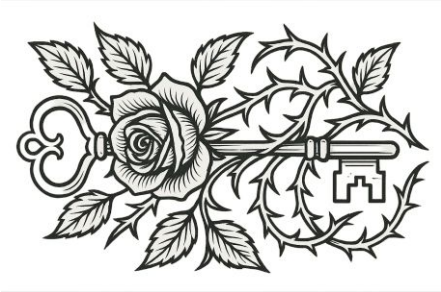
—Demonios —masculló entre dientes, deteniéndose en el umbral del club.

La realidad lo acababa de golpear con una contundencia inesperada que lo dejó mareado.

Gracias a su reflexión se dio cuenta de lo que le pasaba con Grace, ella parecía inocente, lucía como tal, pero su subconsciente la juzgaba por haberla encontrado en aquel lugar, culpándola por ello.

La debía una disculpa, pues había sido injusto en su trato y en la manera de hablarla, Grace era una víctima de lord Cronwell.

5



Grace estaba agotada, apenas había dormido, pensando en cómo enfrentar aquella situación; pero al alba su decisión estaba tomada, era la correcta, al menos así lo consideraba ella. Se aseó y vistió con rapidez, dispuesta a confrontar los inconvenientes que se le presentaban. Salió de su recámara y recorrió los pocos pasos que la separaban de la cocina, para ayudar a Jana con el desayuno.

La mujer le sonrió con afabilidad cuando la vio entrar y, tras observar la zozobra en la joven, le asignó una tarea, analizándola. No parecía la misma del día anterior.

Grace agradeció la orientación de Jana, pues por un instante la duda se apoderó de ella, necesitaba ocupar sus manos para no pensar. Aunque pronto comprendió que eso era imposible.

La vida allí era fácil y pausada, dudaba mucho que cualquier otra casa en la que pudiese acabar trabajando la tratasen de esa manera. Los condes no hacían distinciones ni los consideraban inferiores por ser de clase humilde.

Aquel detalle, que podía parecer insignificante para otros, para Grace había supuesto un alivio a su maltrecho corazón. Resopló notando que la angustia crecía en su pecho, ajena a la mirada preocupada de Jana.

—¿Os divertisteis anoche?

—Mucho —contestó la joven con una media sonrisa que no logró convencer al ama de llaves.

Así que Jana siguió indagando, tratando de alcanzar la verdad.

Grace, aunque un poco incómoda ante el asedio de su compañera de faena, respondió a las preguntas lo mejor que pudo,

centrándose solo en la obra de teatro y no en la compañía del lord ni en cómo la había hecho sentir su manera de tratarla.

Y pasó la prueba, o al menos así lo sentía ella, que no parecía percatarse de la creciente preocupación de Jana.

—¿Cómo se encuentra lady Blackwood? —preguntó en un intento de desviar la conversación hacia otros temas menos complejos.

—El médico le indicó a Iara que tratara de descansar todo lo posible, pero no ha querido mantenerse en cama —bufó el ama de llaves, y Grace sonrió ante el cariño que demostraba aquella mujer hacia la condesa.

—Imagino que ya se siente mejor —la defensa de la joven agradó a Jana.

—Eso parece, ¿por qué no la lleváis el té y os quedáis con ella haciéndole compañía?

—Pero debo terminar mis tareas y…

—Le vendrá bien que estéis junto a ella, y seguro que está deseando saber qué tal lo pasasteis anoche —respondió la mujer antes de que la muchacha pudiera negarse a su ofrecimiento.

Grace asintió cohibida, le hubiera gustado tener un poco más de tiempo para tranquilizarse y encontrar las palabras oportunas para comunicar a la condesa su decisión.

Respiró hondo, asió la bandeja que habían preparado segundos antes y salió de la cocina rumbo a donde se encontraba Iara.

Era un salón pequeño y acogedor, en donde Ramsey había ordenado colocar un escritorio y varias estanterías llenas de libros a fin de convertirlo en el santuario de su mujer. Iara adoraba aquel espacio, lo sentía muy suyo y, cuando no andaba haciendo alguna que otra tarea de la casa en compañía de Jana u ocupándose de la pequeña Marian, era el lugar donde se la podía encontrar.

La puerta estaba entreabierta, Grace la empujó ligeramente con el brazo y pidió permiso para entrar. La enorme sonrisa de Iara la recibió.

—Buenos días —respondió Grace al saludo de la condesa mientras se acercaba al lugar donde ella estaba sentada, un amplio sofá beige, y colocaba con cuidado la bandeja sobre la mesita de cristal que tenía enfrente.

—Qué bueno que traéis dos tazas, Jana me impidió entrar en la cocina hace un rato —afirmó Iara mientras se acomodaba en el sillón observando a la joven—. ¿Me acompañáis?

—Por supuesto.

Grace se tomó su tiempo, preparó el té de Iara con un terrón de azúcar y se lo acercó con cuidado para que no se derramase. Tras ello se sirvió su propio café, y mientras lo endulzaba intentaba buscar las palabras adecuadas para no desairar a aquella mujer que solo pretendía ayudarla.

Jamás le había molestado el silencio, pero su propia inquietud revolviéndola el estómago lo hacía insoportable.

—¿Cómo os encontráis?

—Mucho mejor, aunque el médico aprovechó para recordarme lo necesario que era para mí estar tranquila y descansada, delante de mi marido. En cuanto se fue Ramsey, tuvo a bien recordarme que soy la dueña de la casa.

—Tenéis mucha suerte.

—Más de la que jamás imaginé, aún recuerdo su rostro cuando le dije que íbamos a ser padres, pasó de la felicidad al terror en un segundo —comentó Iara con una sonrisa de diversión—. No es ajeno al esfuerzo que realizan las mujeres al ser madres y, aunque dichoso por el nuevo miembro, se preocupó por mí casi en el acto.

—Os aseguro que eso no es nada común.

—Lo sé, soy muy afortunada.

Grace sonrió, el amor que aquel matrimonio se tenía se veía en cada uno de sus gestos, era tan evidente que abrumaba a quien lo contemplaba.

—Hacéis bien en cuidaros —añadió la joven con una sonrisa que no se reflejó en su mirada.

—Intuyo que la velada no fue tan satisfactoria como esperábamos. —Grace se movió incómoda en el sofá, dio un sorbo a su bebida y tomó aire—. Puedo verlo en vuestro semblante. y me preocupa. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es, siento que no debí acudir a aquel lugar —confesó avergonzada.

—¿Alguien os desairó? —la preocupación de Iara era evidente. lo que hacía que Grace se sintiese aún peor.

—No, pero ambas sabemos que no es mi mundo, yo no tengo la formación que vos poseéis, tampoco el tiempo de adquirirla —se apresuró a explicar, teniendo la sensación de que no estaba haciéndolo bien al ver que el rostro de Iara se iba apagando.

—No hay prisa, Grace, no tienes que rendirle cuentas a nadie, solo busca tu camino.

—Ese lo tengo claro.

La rotundidad en la respuesta de la joven sorprendió a la condesa que, tras dejar la taza sobre la mesa, se dispuso a escucharla con atención.

—¿Con solo una noche?

—Sí, viví lo que tenía que experimentar y eso aclaró mis ideas. Me precipité al aceptar la idea y… he de ser consecuente conmigo misma.

Iara asintió intuyendo que lo siguiente que iba a compartir con ella la joven no le iba a gustar, y así fue, trató de disuadirla de su idea, pero Grace se mantuvo firme, aunque apenada por el disgusto que le estaba dando a la condesa.

Después de desayunar ambas mujeres fueron hasta la habitación de Grace. Iara se sentó en un alto sillón incapaz de encontrar las palabras adecuadas para hacerla cambiar de opinión.

—No deseo que te vayas —afirmó Iara mientras veía a la joven recoger los pocos vestidos que había aceptado de ella y los colocaba en la pequeña maleta—. En realidad, no es necesario, lo sabes.

Grace se encogió al percibir la angustia reflejada en las palabras de quien consideraba su amiga. No era fácil decir adiós, pero sí vital.

—Su tía me aseguró que me enseñaría todo lo necesario para desempeñar mi labor como corresponde. Es lo mejor —se repitió tratando de convencerse.

No era una decisión a la ligera, había usado toda la noche para analizar su problema y lo único que tenía claro era que debía poner distancia.

—¿Qué o quién os hizo sentir mal anoche?

Grace no respondió a su pregunta, no podía. Se encogió de hombros y guardó la última enagua en la bolsa de viaje. En el armario aún colgaban vestidos que no había estrenado y que jamás se pondría.

Iara observó la angustia que la corroía, las lágrimas sin derramar. Grace no quería irse, no tenía que hacerlo, pues allí también podría ser solo una doncella. Su marcha era por algo más evidente, comenzó a entender la magnitud del problema y el por qué la joven se estaba apresurando a hacerlo.

—Fue Liam.

—No.

Aquella negativa en un murmullo solo consiguió que Iara confirmase lo que sospechaba. Conocía a Liam tan bien como a su marido y sabía cómo se manejaba. Se levantó y recibió una mirada asustada de Grace.

—Sin duda alguna, su actitud os ha llevado a obrar como lo estáis haciendo. ¿Qué os incomodó de sus palabras? —Grace negó con la cabeza incapaz de reproducir aquella conversación llena de veladas acusaciones y sospechas de nuevo—. Hablaré con él y…

—Os ruego que no lo tengáis en cuenta —se apresuró a pedirle la joven evidenciando su nerviosismo—, no deseo generar un conflicto en su hogar.

—Sea lo que sea lo que te dijo, te impulsa a dejar esta casa —continuó Iara, notando cómo su enfado aumentaba por momentos.

Odiaba ver a esa joven con lágrimas en los ojos por el excesivo celo de su cuñado al proteger a su familia.

Había aprendido a querer a Liam, lo admiraba y valoraba, más después de verlo implicarse en destruir la organización de lord Cronwell a petición suya, pero su carácter desconfiado hacía que fuera imprudente en sus actos y palabras frente a personas inocentes como Grace.

Durante el tiempo que llevaba Grace allí, había surgido una amistad entre ellas… y la condesa no estaba por la labor de perderla tan rápido.

—No puedo vivir de su caridad, milady. Debo valerme por mí misma como vos hizo —comentó, desviando la conversación

deliberadamente.

—Te entiendo y admiro por ello —aseguró la condesa paseándose por la habitación para calmar su enojo—, pero Jana también puede enseñaros junto con Mary. No tenéis necesidad de buscar fuera el trabajo que yo puedo ofrecerte.

—No es posible. Siento no poder explicar nada más. —Iara no necesitaba conocer los detalles, lo había vivido en carne propia y sabía que Liam era implacable para defender a su familia.

La condesa sabía que estaba perdiendo la batalla. Esa joven era inofensiva, había sido privada de todo su mundo por culpa de unos malnacidos que la tomaron como si se tratara de una cosa y no de una persona.

—Os ruego que no sigáis insistiendo, milady. Su idea era buena, durante unos días me permití soñar con un mundo que no me pertenece, por suerte recuperé la cordura a tiempo y es hora de emprender mi verdadero viaje. Ha sido un honor conocerla y… —Grace se detuvo, estaba a punto de echarse a llorar y no quería hacerlo delante de aquella mujer que había llegado a considerar su amiga.

El peso de la soledad sobre su espalda era implacable. Inspiró hondo, tratando de recomponerse y esbozó un amago de sonrisa que no convenció a la condesa.

—Os voy a echar mucho de menos —afirmó Iara, claudicando muy a su pesar.

No quería convertirse en un obstáculo en el camino de la joven, debía respetar su decisión, aunque no la compartiera.

Grace tomó la bolsa y su capa. Salió de su habitación rumbo a la cocina para utilizar la puerta de servicio y evitar así que nadie la viera. Iara la siguió, maldiciendo por dentro a su cuñado, «¿por qué tenía que ser tan desconfiado con todo el mundo?».

Cuando Jana vio a la joven entrar en su cocina, tuvo claro que algo pasaba, solo tenía que ver el rostro serio de Iara y el compungido de Grace.

—Han sido muy amables conmigo estos días, de no ser por su generosidad yo…

Grace detuvo su despedida, pues en el vano de la puerta apareció lord McAlister acompañado de lord Blackwood. Desvió con excesiva rapidez la mirada hacia el suelo y aferró con tanta fuerza el asa de su pequeña bolsa de viaje que los nudillos se le pusieron blancos.

—Iara, ¿qué haces levantada? —preguntó Ramsey, acercándose a su mujer sin perder de vista cada movimiento que hacía Grace.

—Estaba despidiendo a Grace, ha decidido trabajar en casa de mis tíos y se marcha ahora mismo —aquella explicación no le gustó al lord, pues en los pocos días que llevaba la joven en aquella casa había visto que su mujer le tomaba cariño y la trataba como a una buena amiga.

—Sabe que apoyamos cualquiera de sus decisiones, Jeoffrey la llevará donde necesite.

—Gracias, respecto a los vestidos y…

—No —se apresuró a intervenir Iara—, son un regalo de mi parte, una pequeña ayuda en tu nueva vida —la condesa se adelantó y tomó su mano con cariño—, y ven a visitarme siempre que puedas. Me gusta tu compañía.

Grace asintió emocionada, con un nudo en la garganta que la impedía hablar.

Liam observaba la escena desde la barrera; por un lado, se sentía aliviado y, por otro, crecía el impulso dentro de él de detenerla. Vio que la joven se despedía con cariño de Iara y de Jana. También una pequeña mueca de pesar en su rostro y en cuanto a él, ni siquiera tuvo la delicadeza de sostenerle la mirada por un segundo, lo que lo molestó.

No estaba acostumbrado a que lo ignoraran y la furia con la que la joven había discutido con él el día anterior, era suficiente para saber que no estaba ante una mujer tímida.

—Grace, si en algún momento deseas volver, las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti.

—Agradezco su generosidad, milord.

Liam la vio salir de la cocina, con la espalda bien recta, rumbo al *hall* de la casa acompañada por su cuñada y él junto a Ramsey siguieron sus pasos. ¿Por qué? Lo desconocía e incomodaba a partes

iguales, pero ahí estaba escoltando a una joven sirvienta hasta la salida.

—¿Estás conforme? —la pregunta apenas audible de Ramsey sorprendió a su hermano.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Digamos que me había parecido percibir cierto interés de tu parte hacia ella —explicó con certeza para sorpresa de Liam.

—Os equivocáis, me es indiferente el rumbo que tome su vida.

A pesar de su negativa, Liam no apartó la mirada de Grace. Midió cada uno de los gestos de la joven y pudo percatarse de cómo, de manera muy consciente, evitaba dirigirse a él o incluso mirarlo. Estaba a punto de marcharse cuando el comisario Wells apareció en escena y saludó con efusividad a los presentes.

—Señorita Russ, me alegra encontrarla aquí, necesito hablar con vos.

—Comisario, estaba a punto de marcharme, pero… —comenzó a decir Grace.

—Ya veo, le pido solo que me espere en lo que comento con lord y lady Blackwood unos asuntos. Le aseguro que no le haré perder demasiado tiempo.

Grace asintió, muy a su pesar vio que los condes se marchaban y se quedaba sola con lord McAlister. «¿Por qué no se había ido con los condes?», se preguntó, pero lo que más la perturbaba era la manera intensa en que la miraba, «¿acaso no podía dejar de hacerlo?». La ponía nerviosa sentirse observada en cada paso que daba frente a él.

Cuando la situación se tornó insoportable, dejó su bolsa de viaje en el suelo, se ajustó la capa y tras disculparse en un murmullo, salió de la casa rumbo al bello jardín que esta tenía en la parte trasera.

Lo que menos deseaba era quedarse a solas con Liam y que este se viera en la obligación de hablar con ella. No, no podía soportar su escrutinio un segundo más.

Caminó sin prisa por el sendero que bordeaba la casa y, cuando llegó a la parte de atrás, se sentó en un banco de piedra a esperar.

Notó cómo la tristeza la invadía al entender que no volvería jamás a aquella casa. Odiaba las despedidas.

Sin pretenderlo, la imagen de sus padres se materializó en su cabeza e inmediatamente las lágrimas se apoderaron de ella. Los echaba de menos cada día, cada segundo de su tiempo. De no ser por su actitud, ellos estarían vivos o incluso si hubiese tomado la decisión de casarse antes…

Se ahogaba en su propia congoja, el peso de la culpa la consumía día tras día.

—Si se enferma no podrá irse —la voz del lord la sacó de la autocompasión devolviéndola a la realidad.

Se giró hacia él mientras se secaba las lágrimas con furia. Se alzó incómoda ante su presencia. «¿Por qué tenía que seguirla hasta allí?». Era absurdo, sentía su desprecio por ella, así se lo hacía ver cada vez que se dirigía a ella de manera cortante y fría, pero sin embargo la buscaba, como si disfrutase con su incomodidad.

Estaba cansada de aquella situación.

—Os consideraba mucho más inteligente —Grace se encogió de hombros, no deseaba hablar con él y mucho menos ser el blanco de sus ironías—. ¿No vais a contestarme?

Grace se mantuvo en silencio, pero la penetrante mirada de Liam tenía un efecto extraño en ella, no pudo refrenar la lengua por más tiempo.

—¿Qué podría deciros? —interrogó incómoda ante su escrutinio —, ya todo está claro y no hay nada más que valorar.

—Podéis empezar por el motivo que os impulsa a abandonar un buen lugar, un sueño…

—Sabéis bien por qué —la rabia volvía a estar presente en ella— o, mejor dicho, por quién.

—Jamás pensé que pudiera ejercer tanto poder sobre…

—Yo no elegí esto y vos me recordasteis mi lugar —la interrupción de Grace no le molestó, pues ya parecía que volvía a ser la mujer capaz de hablarle de frente que había conocido en aquellos días—. Iara, perdón, lady Blackwood supo convencerme de que me lo merecía por lo ocurrido. Me robaron mi vida y creí que podía aspirar a algo mejor, por encima de mis posibilidades.

—Es lógico.

—No, es una locura. No puedo tapar con un dedo el abismo que me separa de la condesa ni de vos, pero ya no importa, recapacité y tomé una decisión. Es lo mejor —en cada una de sus palabras se reflejaba la certeza que tenía de haber tomado el camino correcto—. Le ruego que ignore mi presencia, en cuanto el comisario hable conmigo me marcharé de aquí.

Grace no esperó su respuesta, era absurdo discutir con él, se giró rumbo al invernadero. Ya le había dado sus motivos, no había nada más que hablar. Quería correr, contuvo las ganas como pudo y en cuanto su mano rozó el picaporte metálico de la puerta de cristal la abrió, entró en el amplio espacio cubierto de diferentes plantas e inspiró hondo mientras avanzaba entre las cuidadas hileras aromáticas.

Su corazón latía con rapidez, mientras su cabello sufría la humedad de aquel espacioso recinto.

En su fuero interno deseaba que él la ignorase a partir de ese momento, estaba segura de que así sería, pero el sonido en la puerta y los pasos que se acercaban hasta donde se encontraba la indicaron que aquello no había acabado.

Se giró hacia él y cruzó los brazos, dispuesta para su siguiente ataque.

—¿Qué deseáis de mí? —preguntó Grace y, tras unos segundos sin obtener respuesta, se rindió—. Hoy mismo me voy de esta casa y no tendrá que volver a verme.

—Me gusta saber quién entra en esta casa, más que en la mía propia —anunció sin necesidad Liam, observando los hundidos hombros de la joven, «¿se daba por vencida?».

Por alguna razón que desconocía, aquello le molestaba, no parecía acorde a la imagen que tenía de ella.

—Hace una gran labor.

—Agradezco que lo valoréis.

Grace estaba incómoda, comenzó a caminar hacia la salida fingiendo que miraba las plantas que había a su alrededor, tratando de tomar cierta ventaja por si debía salir corriendo.

Liam seguía cada uno de sus pasos con más sutileza que ella, manteniéndose siempre a la misma distancia, la necesaria para sujetarla si Grace trataba de huir antes de que su conversación finalizara. La noche anterior lo había esquivado, no volvería a pasar.

—Quiero disculparme, milord —comenzó a decir Grace tratando de dar por finalizada aquel perturbador encuentro, sin mirarlo—, anoche me extralimité, por un segundo olvidé vuestro rango y traté de apoyarme en vos, pensando que entenderíais mis miedos, mi angustia. Lamento haberlo incomodado.

—No lo hizo.

La respuesta de él la sacudió con virulencia, «¿por qué tenía que ser tan desagradable y cortante?».

—En ese caso, no entiendo su grosería ni su manera de dirigirse a mí —dijo envalentonada ante aquella respuesta que no le aclaraba nada.

—Forma parte de mi carácter, no me dejo llevar por impulsos ni le doy importancia a lo que no lo tiene —su tono era monocorde, casi aburrido—. Veo que vos no sois así.

—No, no soy una maniática calculadora…

—Como yo, podéis decirlo, no pienso ofenderme.

Grace lo miró asustada, lo acababa de insultar y aunque la voz de Liam no había cambiado nada, debía de estar ofendido. Aun así, no lo parecía. Era demasiado difícil entenderlo y su impulsividad, uno de sus mayores defectos, no la ayudaba a calmar las aguas.

—Lo soy.

Aquella confesión envalentonó la lengua de Grace.

—No os entiendo, milord, primero casi me arrastráis hasta aquí, después os ofrecéis para acompañarme al teatro y más tarde, en una simple conversación inocente, despreciáis mi sentir y esperáis que no actúe después de esto. No tengo intención de convertirme en una molestia para vos.

—Os dais demasiada importancia.

Grace resopló cansada de aquel juego. En muy poco tiempo se marcharía, lord McAlister podría seguir con sus frases a medias y su mente retorcida atormentando a otra desgraciada, pero no a ella.

Por su parte, Liam la observaba, con la espalda erguida y el gesto serio. No se comprendía a sí mismo, ni entendía qué le hacía perseguir a esa joven.

—Gracias por su ayuda, milord. Con su permiso.

Grace se giró dispuesta a marcharse, pero Liam no pensaba permitirlo. La agarró por el brazo y la acercó a él. La distancia se redujo al mínimo entre ellos. El lord vio miedo en sus ojos, justo lo que había esperado. Aun así, no se detuvo, dispuesto a descubrir la verdad de una vez por todas.

—En realidad sois una desagradecida —aseveró, ignorando la incomodidad y el terror de la joven—, en los últimos meses he liberado a muchas mujeres de las garras de esos hombres, algunas quisieron agradecer mi intervención…

Grace se revolvió contra él, tratando de soltarse de su agarre. Comprendiendo la magnitud de lo que esas palabras escondían.

—Veo que entiende a lo que me refiero, eso hace que todo sea mucho más fácil.

—No —contestó Grace con firmeza ante la insinuación del lord.

—Será divertido —insistió Liam, intuyendo la caída. Estaba cerca, necesitaba llevarla al límite— y podría ser muy generoso contigo.

—Jamás —aseguró Grace sin un atisbo de duda, después inspiró hondo y alzó la mirada hacia aquel hombre que la estaba torturando sin motivo.

—Una parte de ti lo está deseando.

—¡Nunca haría eso! —afirmó con tanta rotundidad que nadie podría dudar de ella, ni siquiera Liam—. No soy como ellas, milord, tuve suerte y vos no vais a arrebatármela.

Liam intuyó su próximo movimiento segundos antes de que Grace lo ejecutara. Se apartó y la soltó librándose de un golpe que iba directo a su entrepierna. Sonrió con suficiencia, sabiendo que eso la enojaría aún más.

—Si sois complaciente conmigo, tendríais un futuro mejor que el que os espera.

—Os creía un hombre honorable, llegué a poner mi confianza en vos, cuán equivocada estaba.

Se giró con rapidez y trató de agarrar el pomo de la puerta, pero antes de que pudiera siquiera rozarlo, él la sujetó de nuevo esta vez con una delicadeza que la sorprendió. De un solo tirón podría soltarse, pero el miedo se lo impidió.

—Grace —la llamó Liam al ver que ella ni siquiera lo miraba, y necesitaba ver en sus ojos lo que sus labios no se atrevían a decir.

Notaba la tensión de la joven bajo su mano, aun así, no la retiró e inspiró hondo la tenue fragancia que desprendía su cabello. Alargó su otra mano y la tomó por la barbilla para obligarla a mirarlo.

Grace no opuso resistencia, su mente trataba de decidir cómo escapar de ahí con su virtud intacta y solo se le ocurría una forma, dándole el golpe que había esquivado segundos antes.

Sus miradas se anclaron, en la de ella había un temor genuino y en la de él una curiosidad que le impedía dejarla marchar.

—Me he equivocado con vos —aquella simple frase la dejó desubicada, esperaba un nuevo ataque, no algo que sonaba a disculpa—. A pesar de conocer vuestra historia, mi mente no paraba de recordarme dónde os encontré.

La respiración de Grace comenzó a aquietarse, quizás por el tono de voz de él, se había vuelto limpio y caballeroso, no arrogante y frío como en sus conversaciones anteriores.

—Os pido que me disculpéis por mi manera de trataros.

—Milord —lo llamó ella con una calma aparente que lo sorprendió —, si no piensa hacer nada inapropiado, le ruego que me suelte.

Aquella petición iba en contra de sus deseos, pero accedió para no seguir perturbándola, dejando que se apartara de él.

—La juzgué mal, pero ahora que ambos lo sabemos os ruego que os quedéis en esta casa, sigáis con el plan de Iara. Merecéis un futuro mejor.

Grace no sabía qué contestar, el cambio en él era tan abrupto que temía que en cualquier momento volviera a aparecer el Liam que tan bien conocía y que la había atormentado la noche anterior.

—Grace, ¿por qué no me responde?, ¿no le valen mis disculpas?

—Trato de comprenderlo, milord, pero es muy difícil teniendo en cuenta que apenas le conozco y… —Grace agitó la cabeza, había estado a punto de hablar de más y aunque él se estaba disculpando,

una parte de su ser le recordaba que no podía depositar su confianza en el lord.

Debía esforzarse por ser menos imprudente en su presencia.

—Os aseguro que soy sincero.

—También lo parecíais hace un momento cuando habéis tratado de propasaros conmigo.

—Eso no volverá a suceder, os lo garantizo —Grace no entendía aquel repentino cambio en su forma de tratarla —. Asumo mi error y pretendo enmendarlo ante vuestros ojos.

—No es necesario.

—No estoy pidiendo permiso, simplemente lo haré.

La joven lo miró con la desconfianza reflejada en su rostro, dio un paso hacia atrás, esperando el siguiente ataque, pero él no se movió.

—Debo ir a buscar al comisario, con su permiso.

Asió el pomo de la puerta y la abrió sin que él se lo impidiera.

—Sí os marcháis, me ocuparé de traeros de vuelta a esta casa.

Grace se estremeció ante la advertencia del lord. Se giró muy despacio para observarlo en busca de algo que la hiciera entender si él hablaba o no en serio.

—No podéis hacer eso —afirmó con toda la fortaleza que consiguió reunir, mientras trataba de descifrar el gesto en el semblante de aquel hombre que la miraba como si quisiera conocer cada uno de sus secretos.

No bromeaba, estaba tan serio que el miedo volvió a inundar a Grace.

—Lo haré, las veces que hagan falta. Nada me detendrá.

Liam recorrió los pocos pasos que los separaban y se apoyó ligeramente en el marco de la puerta, intimidándola con su gesto. «¿Cómo podía paralizarla con solo una mirada?».

—Pienso enmendar mi error, incluso buscaros un marido si es lo que anhela vuestro corazón, pero para ello debéis quedaros en esta casa.

—No voy a entrar en este juego, milord —contestó tratando de mantener el control de la situación, aunque le costaba al tenerlo tan cerca de ella.

—Va a ser divertido, ¿qué pensará Dafne cuando vea que su nueva doncella no es capaz de mantenerse en el lugar asignado? —El muy descarado sonrió ante el estupor de Grace, que pronto sintió que el enfado crecía en ella ante la actitud del lord.

—Os aseguro que os denunciaré con el comisario, incluso con lord Blackwood y…

—Sin embargo, si os quedáis, os garantizo que no os molestaré nunca más —aquella afirmación sonaba sincera, lo parecía incluso, pero «¿podía creer en él?»—. Ni siquiera os hablaré si así lo deseáis. Mi trato es justo, permitidme colocar cada cosa en su sitio por las buenas, será mucho más beneficioso para vos.

—No podéis estar hablando en serio.

—Lo hago, ¿queréis ponerme a prueba?

Aquella pregunta quedó sin respuesta, pues el comisario apareció en el jardín buscándola y Grace no pudo ignorar la llamada del hombre. Se apresuró a salir de allí como si se le hubiesen incendiado las enaguas, dejando atrás a un Liam pensativo.

—Señorita Russ.

El saludo del comisario la sorprendió con las mejillas enrojecidas y la respiración entrecortada. En su mente solo se repetía la pregunta malintencionada de Liam junto a su sonrisa de suficiencia.

«¿Qué diablos le pasa?», se cuestionó mientras observaba a Wells y se recomponía a duras penas.

—¿Se encuentra bien? —interrogó Simon con un gesto de preocupación en el rostro.

—Sí, comisario —consiguió responder Grace—, sé que tenía que haber acudido a la comisaría, pero estaba adaptándome a vivir y trabajar aquí. Lo olvidé, debe creer que soy…

—Cualquier persona cuerda trataría de apartar de su mente lo vivido.

—Le aseguro que eso es imposible —las lágrimas se amontonaron en sus ojos—, cada día me despierto con el recuerdo de lo sucedido, no puedo borrarlo y… me siento mal, fui una cobarde, ni siquiera me he ocupado de darles cristiana sepultura y…

Simon se adelantó, incapaz de ignorar la angustia que reflejaban las palabras de Grace, y apoyó una mano sobre las de ella.

—No debe preocuparse de eso, ellos ya descansan en paz, en tierra consagrada.

La mirada de Grace se iluminó, mostrando todo su agradecimiento a aquel hombre que no tenía obligación ninguna de ocuparse de sus problemas.

—No sabéis lo que significa eso para mí.

—Lo imagino —aseveró lamentando el sufrimiento de ella—. Tan solo quería recordarla que debe pasar por comisaria a firmar la denuncia, por mi parte le aseguro que no descansaré hasta arrastrar a todos esos hombres frente a la justicia. Está siendo más complicado de lo que esperaba, pero lo haré. Pagarán por cada mujer que ha sufrido en sus manos.

Grace asintió, no podía haber encontrado a alguien más entregado que ese hombre.

—Wells.

El saludo de Liam hizo estremecer a Grace, que apartó las manos para evadir el contacto del comisario. Simon miró a Liam, que se colocó junto a la joven con gesto indescifrable.

—Ramsey te pondrá al día de mis avances, aunque he de decir que no esperaba encontrarme en el callejón sin salida en el que me hallo.

—Sí necesitáis que investigue algo más, podéis contar conmigo.

—Te mantendré informado. Señorita Russ, no olvide acercarse a comisaría.

—Lo haré esta semana.

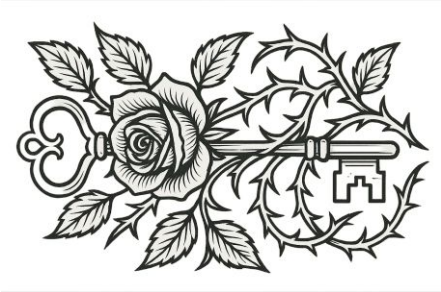
El hombre se despidió de ellos sin hacer ni un solo comentario del hecho de que, antes de su llegada, ambos estaban solos en el invernadero. La tensión entre ambos era evidente para un gran observador como él.

Grace se apartó de Liam en cuanto Wells se dio la vuelta, se cruzó de brazos y lo miró airada. El lord se limitó a levantar una ceja y sus palabras volvieron a hacerse presentes entre ellos. Algo le decía que Liam era muy capaz de cumplir con su advertencia.

—No le interesa ponerme a prueba —afirmó el lord antes de que ella pudiera comenzar a hablar.

Aquella frase fue suficiente para que Grace se mordiera la lengua antes de volver a iniciar una guerra que no estaba segura de poder ganar. Se giró con la cabeza en alto y se marchó de allí, en busca de un lugar donde esconderse.

6



El tímido sol de noviembre la acompañaba aquella mañana. Grace estaba en el jardín de lady Blackwood, una semana después de que Liam, de una forma extraña, la hubiese pedido perdón, para amenazarla segundos después.

Se inclinó sobre uno de los parterres y arrancó unas malas hierbas que habían salido en los últimos días. Le gustaba aquella tarea, le recordaba a su vida anterior, cuando junto con su padre arreglaban el huerto que tenían. En cuanto su mente rememoró aquellos momentos, las lágrimas inundaron sus pupilas.

Se arrodilló con cuidado y dejó que corrieran libres, deseando que algún día el dolor que sentía se apaciguara. Quería recordar a sus padres con afecto y amor, no desgarrada por su horrible muerte.

Iara llevaba un rato observando a la joven junto a Jana. Ambas mujeres habían salido a pasear por el jardín como cada día y al doblar la esquina de la casa se habían encontrado con los sollozos de Grace.

—¿De verdad es correcto lo que pretendo? —preguntó la condesa consternada.

Cada vez que veía la tristeza de Grace, no podía evitar pensar en si no estarían precipitándose en su idea.

—Bien sabes que el sentimiento por la pérdida de sus padres no se va a evaporar con rapidez. Se merece una buena vida.

—Soy consciente de ello —afirmó Iara ante la sensatez de la mujer que la acompañaba.

—La temporada acaba de comenzar y en breve no podrás acompañarla —continuó Jana, a lo que Iara asintió.

—Lo sé, además este baile es al único al que Ramsey acudirá con cierto interés —aseveró con una sonrisa en los labios—. No puedo torturarle con cientos de eventos y tampoco yo me sentiría a gusto. No es mi sitio, pero es la mejor situación para nuestra protegida. Iré a hablar con ella, espero que esté receptiva.

Jana asintió y vio a Iara recorrer los metros que la separaban para reunirse con la joven.

—Grace.

La voz de la condesa sacó a la joven de su aturdimiento, se giró levemente mientras se secaba las mejillas con una mano.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó alzándose y componiendo en su rostro la mejor de sus sonrisas.

—Quiero contarte algo, ¿me acompañas?

A pesar de la afabilidad de la mujer y de cómo la trataba, no podía evitar ponerse nerviosa.

—Por supuesto, Iara.

Ambas mujeres iban a sentarse en el banco de piedra, pero el sol empezaba a esconderse bajo unas nubes que anunciaban lluvia, así que decidieron volver sobre sus pasos y refugiarse al calor de la chimenea.

—La temporada está a punto de iniciarse, ya empiezan a haber ciertos eventos sociales —comenzó a decir Iara cuando estuvieron instaladas en su sala—. Lord Allard nos ha invitado a una recepción en su hogar. Ramsey no desea que acuda, nunca le han gustado, pero creo que puede ser beneficioso para ti y, tras un intenso debate, hemos aceptado la invitación.

La mirada de Grace voló hacia la salida mientras trataba de buscar las palabras adecuadas para declinar aquella idea.

—No me siento capaz —expresó con cierto temblor en la voz—. Solo de pensar en enfrentarme a todas esas personas…

—Lo sé, mas si no das el paso, no vas a soltar el miedo y la incertidumbre que albergas en tu interior.

—Iara, yo…

—Voy a estar a tu lado, igual que Ramsey. Cuidaremos de ti y juntas abriremos un pequeño camino. Te aseguro que no tenemos

prisa por que tomes ninguna decisión, pero cada vez me va a ser más difícil acompañarte por mi embarazo.

—Soy feliz siendo vuestra dama de compañía. No requiero nada más.

Iara tomó su mano con cariño.

—En ese caso, os pido que no lo veas como una imposición, sino que me ayudes y veles por mí en ese evento. No estaremos demasiado tiempo y quizás poco a poco vayas perdiendo el miedo a formar parte de ese mundo que nos es extraño a ambas.

Grace no pudo evitar sonreír ante la manera de convencerla de Iara, el vínculo que habían creado en aquel tiempo era lo suficientemente grande como para desairarla y no ceder ante su petición.

Y lo hizo, muy a su pesar.



Encontrándose con Owen, el sobrino de Ramsey, dispuesto a ayudarla y enseñarla a bailar sin pisar a su acompañante. Después de un par de clases llegó el día del baile.

No estaba preparada, era muy consciente de ello, pero iría a aquel lugar, compondría su mejor su sonrisa y trataría de pasar desapercibida. Tras ayudar a Jana a servir una temprana cena, se retiró a uno de los salones, tenía un nudo en el estómago que no la permitía comer y puso el gramófono.

La melodía inundó la estancia, cerró los ojos y trató de concentrarse en los pasos aprendidos. Era difícil, se amontonaban en su cabeza sin que lograse colocarlos en orden, aun así, disfrutaba de la música. Era una experiencia nueva y había descubierto que le encantaba.

—Necesita una pareja de baile.

Grace abrió los ojos sobresaltada, miró alrededor y se encontró con Liam en el vano de la puerta. «¿Cuánto tiempo llevaba observándola?». Se estremeció bajo la intensidad de su escrutinio y dio un paso hacia atrás al verlo entrar en la sala.

Durante aquellos días mantuvo su promesa de no molestarla. Lo había visto cada día, pero era correcto y esquivo con ella. Así como aseguró que sería.

—No es necesario, milord —contestó cuando fue capaz de hacerlo sin titubear bajo su intensa mirada.

—No comparto su opinión.

Liam le ofreció su mano, pero Grace ignoró el gesto, negó con la cabeza y apagó la música, dejando el lugar en un completo silencio.

—Si me disculpa, debo atender mis quehaceres —mintió.

La joven se dispuso a salir de la sala, pero antes de que pudiera hacerlo él la detuvo colocando una mano con delicadeza sobre su antebrazo.

—Tiene una capacidad de aprendizaje maravillosa, milady. Mi estimado sobrino solo ha necesitado dos…

—No me llaméis así —contestó Grace interrumpiéndole.

—¿Eso pensáis contestar cuando esta noche os presenten a alguno de los hombres que acudirán a la recepción?

Ahí estaba ese aire sarcástico que tan bien usaba con ella y que la obligaba a alzar la cabeza y enfrentarlo.

—No, ellos no saben quién soy, pero vos sí y …

—Sois pariente de Ramsey —Grace se estremeció ante aquella infamia—, una prima lejana de Iara… La protegida de ambos y, por tanto, también mía. Para ninguno de los pares del reino es un secreto la unión que mantenemos Ramsey y yo.

—¿Y eso qué significa?

—Que pienso ayudaros queráis o no.

Liam la soltó y Grace agradeció que lo hiciera porque su cercanía la perturbaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—No requiero nada de vos.

—Dudo mucho que Ramsey quiera bailar esta noche —continuó explicando el lord, ignorando su desaire—, no por vos, sino porque estará preocupado por si Iara vuelve a sentirse mal. Soy su mejor opción, cuando baile conmigo atraerá las miradas de muchos hombres dispuestos a conocerla.

—No quiero causar ninguna impresión. He decidido dejar a un lado esa absurda empresa. Si voy al baile, es como acompañante de

la condesa. No habrá ninguna presentación en sociedad, ni esta noche, ni ninguna otra.

Grace esperaba que él asintiera y se marchara ante su negativa, pero se mantuvo frente a ella, sin intención aparente de dejarla sola.

—Teméis que os descubran —afirmó el lord antes de que ella tratase de convencerlo de alguna de sus raras teorías—, mas no hay nada que deban saber.

Grace dio un paso atrás aumentando la distancia entre ellos, agradeciendo que él no la detuviese. Inspiró hondo, buscando qué decir.

—Ese no es mi mundo —afirmó la joven con determinación, sabiendo que si era lo suficientemente convincente, él podría hacer cambiar de opinión a Ramsey y a su mujer—. Me arrepiento de haber accedido a esta locura, pero por suerte la condesa entendió mi cambio de opinión. No iré a presentarme en sociedad.

—Aun así, Owen la ha estado enseñando a bailar.

—Solo accedí contagiada por su entusiasmo, pero esta noche no estará y mi función será muy distinta, soy la acompañante de su cuñada, nada más.

Para Grace el tema estaba zanjado, compuso su mejor sonrisa e hizo una leve reverencia dispuesta a macharse de allí. Liam recorrió el espacio que los separaba, sorprendiéndola ante su cercanía. No comprendía por qué su cuerpo reaccionaba cuando él estaba demasiado cerca de ella.

—De nuevo os dejáis llevar por vuestra inconsciencia y empieza a ser un tema demasiado repetitivo. Os creía inteligente, mas demostráis lo contrario.

—Solo porque no deseo ser parte de su mundo.

—Porque la mayoría de esos hombres podría otorgarle una vida cómoda, lejos de dificultades.

Grace se estremeció ante las palabras del lord, ella soñaba con algo más que un marido acaudalado que la mantuviera.

—Veo que no consideráis lo que he tratado de deciros desde que nuestros caminos se cruzaron, vengo de un hogar humilde, con unos padres que se dedicaron a trabajar para que no faltara un plato caliente en la mesa y a amarse. Enseñándome que, a pesar de las

dificultades y vicisitudes de la vida, la felicidad no era esquiva si se compartía el tiempo con quienes te querían.

—El amor es una mera ilusión teñida de novedad, cuando esta pasa se instaura la monotonía y el desapego.

Grace lo miró sorprendida, cómo podía afirmar aquello con tanta rotundidad y aparentar que estaba hablando de cualquier tema sin importancia.

—¿Cómo os atrevéis a hablar de tal modo?

—Disculpad mi sinceridad, pero sé que es así en la mayoría de los matrimonios, pocos he conocido que sigan amándose o siquiera lo hagan antes de casarse. Es una empresa que puede salir exitosa o convertirse en una auténtica ruina, dependiendo de lo acertado o no de la decisión.

—En ese caso, entenderá por qué no deseo continuar con esta absurda idea. No quiero sufrir la mala suerte de convivir con alguien que no me soporte y desee perderme de vista cada día. Iré al baile porque se lo prometí a lady Blackwood, pero será la última vez que me deje embaucar.

Antes de que Liam pudiera responder a aquello, la pequeña Marian apareció como una exhalación, entrando en la sala y corriendo hacia ella. Grace sonrió y se agachó para recibirla. Durante el tiempo que llevaba en aquella casa, la hija de los condes se había convertido en una gran compañera de juegos para ella, cuando estaban juntas se olvidaba de todo lo que había vivido.

—Pequeña granuja —la llamó Grace en un murmullo, así como su padre se refería a ella cuando tenía su edad—, ¿qué haces aquí? —preguntó mientras la alzaba en brazos y recibía un cariñoso y húmedo beso de los labios de la niña en su mejilla.

—No baño.

—Será posible, así que te has escabullido, aprovechando que Mary se hallaba ocupada llenando la tina. —Grace le hizo cosquillas bajo la atenta mirada de Liam.

Hasta ese momento no la había visto interactuar con la pequeña, pero el cariño que demostraba a la niña le hizo observarla desde otro prisma. No sabía por qué, pero desde que había enterrado sus

recelos, cualquier detalle que advertía en ella le producía una sensación extraña que no lograba reconocer.

—Tienes que bañarte, llevas toda la tarde jugando fuera y estás llena de barro, yo diría que también tienes detrás de las orejas —siguió diciendo Grace mientras le hacía cosquillas por el cuello y Marian soltaba una carcajada.

—Aquí está —dijo Mary sofocada cuando entró en la sala.

Llevaba un buen rato buscándola y ya estaba a punto de perder la paciencia. La niña en cuanto vio a la sirvienta escondió la cara contra el cuerpo de Grace.

—Acaba de aparecer por aquí—informó Grace un tanto cohibida al recordar que el lord era mudo testigo de aquel encuentro—, no quiere bañarse, pero quizás yo pueda ayudarte. ¿Me dejas que me ocupe yo?

—Pero debes prepararte para el baile —comentó Mary mirando de reojo a Liam que permanecía ahí estudiando toda la escena.

—No tardaré mucho en eso, yo la baño, Mary, no te preocupes. Pequeño patito, nos vamos al agua —añadió dándole un beso en la coronilla a la niña y saliendo de allí con ella en brazos, sin mirar al lord.

Liam la vio marchar seguida de Mary, tratando de comprender de qué había sido testigo. Sin duda Grace era cariñosa con la niña, pero ¿no se suponía que así debían de ser todas las mujeres? Liam lo desconocía, nunca se había preocupado de esos detalles que consideraba que estaban fuera de su control.

Esa joven se estaba convirtiendo en un dolor de cabeza que parecía no tener fin. Salió de la sala y fue en busca de Ramsey, quería contarle la última conversación que había compartido con la muchacha para conocer su opinión.

Grace hubiese deseado que el baño de Marian se alargara durante toda la noche, pero pronto le estuvo poniendo el pijama y dejándola con Mary para ocuparse de ella misma.

Regresó hacia su recámara, sobre la amplia cama estaba un bello vestido burdeos con mangas abullonadas, se detuvo un segundo a admirarlo mientras un irracional miedo la invadía. Estaba a punto de contar una mentira enorme a las más altas esferas de la sociedad

londinense y estaba segura de que en cuanto abriera la boca… la descubrirían.

Aun así, se vistió sin protestar después de asearse y aceptó con agrado que Jana le arreglase el pelo. Cuando se miró al espejo, no parecía ella, por un instante se creyó una dama, era imposible no hacerlo ataviada con aquel vaporoso vestido. Salió de su recámara y recorrió el pasillo hasta que, finalmente, alcanzó el vestíbulo, donde la aguardaban con silenciosa expectativa; él la recibió alzando una ceja con esa mezcla de ironía y curiosidad que tan bien manejaba.

«¿Qué diablos significaba aquel gesto?»

No lo sabía, lo único que tenía claro era que aquel hombre disfrutaba discutiendo con ella y llevándola al límite, a pesar de sus propias promesas o de cuánto deseara ella que la ignorase.

Aquellos pensamientos la acompañaron durante todo el trayecto a la casa de Lord Allard. No estaba atenta a la conversación que mantenían los condes y estos parecían no percatarse de su mutismo. Grace dio un respingo cuando lord McAlister abrió la portezuela del carruaje y le tendió su mano.

Sus ojos rozaron los de él y por un segundo se dejó embrujar por aquella mirada intensa y apasionada. Estaba abrumada ante la emoción que el lord le provocaba. Tratando de recomponerse, se dejó ayudar. Pensaba que ahí acabaría el contacto con el lord, pero este no la soltó hasta que Iara y Ramsey se unieron a ellos. Entonces Liam le ofreció su brazo y ella no fue capaz de negarse, no tenía motivos y no quería desairarlo.

Se agarró a él sin apenas apoyarse en su antebrazo, tratando de mantener la distancia, algo totalmente imposible pues Liam no se lo permitía, y se dejó guiar hacia el interior de aquella mansión.

Grace no pudo evitar sobrecogerse al traspasar las puertas de aquella enorme casa. Podría afirmar que era tres veces más grande que la de los Blackwood. Multitud de flores blancas adornaban el *hall* en diferentes jarrones y el mayordomo se adelantó para conducirles hasta el amplio salón del baile, donde saludaron a los anfitriones.

Notó cómo se le formaba un nudo en el estómago, mientras que su mirada recorría el lugar adornado con elegancia y lleno de personas distinguidamente ataviadas.

Se dejó dirigir por Liam, que era consciente de la inquietud que asolaba a su protegida, sobre todo porque cada vez que Iara y Ramsey le presentaban a alguna persona, ya fuera hombre o mujer, clavaba sus largos dedos en su antebrazo, como si temiera que fueran a atacarla en algún momento.

Deseaba ayudarla, pero ninguna de las frases que acudían a su mente le parecía digna de ser pronunciada, así que se mantuvo en silencio, acompañándola cual sombra hasta que acabaron cerca de la mesa donde se disponían las bebidas y le ofreció una.

Grace agitó la cabeza, consciente de que no iba a ser capaz de sujetar el cristal con el temblor de manos.

—Respire y trate de hacerlo con normalidad.

Grace asintió, pero apenas lograba conseguirlo mientras miraba alrededor en busca de la primera afrenta. Era un sentimiento tan irracional que no podía explicarlo, tan solo quería huir.

—Lo intento —masculló entre dientes, pero cada vez que inspiraba sus pulmones parecían cerrarse un poco más.

—Nadie la está observando —señaló el lord inclinándose hacia ella unos milímetros—, tampoco la han interrogado sobre su procedencia. No debe seguir teniendo miedo.

—Para vos es fácil decirlo —contestó la joven elevando el rostro para poder anclarse en sus ojos y centrarse en el enfado que le provocaba que él no la entendiera, «¿por qué aquel lord presuntoso y malintencionado no podía comprenderla?»—, este es su ambiente, sus coetáneos. Yo solo estoy interpretando un papel.

—Esfuércese, no me haga verla como si fuera una cobarde, pues no lo es.

El reto de él quedó flotando en el aire, sus miradas se fundieron en una sin importarles que estaban en público y no debían manifestar ningún tipo de emoción. Grace enrojeció, pero no agachó la vista, envalentonada y dispuesta a plantarle cara.

—Prefiero verla airada —continuó Liam sin un ápice de vergüenza —, con su furia dirigida hacia mí, que débil y dispuesta a huir. Esa nunca es la opción correcta.

—No soy como vos, milord.

—Y eso hará que ellos la acepten.

Aquella afirmación quedó flotando entre ambos, «¿qué quería decir con eso?», se cuestionó Grace justo cuando Iara y Ramsey se reunían con ellos. Lo miró bajo otra luz, mientras su cabeza elaboraba teorías incómodas. Liam estaba allí, lo había visto saludar a otros lores y se presentaban ante él con respeto o «¿quizás era miedo lo que percibía en sus ojos?».

Ninguno de los que se acercaban a ambos lores permanecían mucho tiempo junto a ellos, pero ni el marido de Iara, ni lord McAlister daban muestras de incomodidad por ello.

—Necesito descansar un poco —dijo Iara, agarrándose a Grace que la devolvió la sonrisa.

La joven se apresuró a mirar alrededor y encontró un par de sillas vacías cerca de donde estaban sus acompañantes. Grace ofreció su brazo a la condesa y ambas recorrieron los pocos metros que las separaban del lugar de descanso.

—Gracias, desde aquí podremos ver a quienes inauguren el baile.

—Estas reuniones son… eternas —respondió tan bajo que a Iara le costó entenderla.

—Sí, he acudido a alguna acompañada de mis tíos y definitivamente no son para mí.

—Creo que para mí tampoco.

Iara asintió y se giró hacia donde su esposo y Liam continuaban conversando con el anfitrión. Unos minutos después, cuando el hombre se separó de ellos vio que su cuñado miraba alrededor buscándolas y soltaba un suspiro aliviado al verlas cerca.

Algo exagerado, jamás lo había visto actuar así, aunque fuera a ella a quien estaba acompañando.

—Ya nos han encontrado —comentó con una sonrisa pícara que Grace no entendió.

Antes de que pudiera preguntarle, Liam se situó frente a ella y le ofreció la mano. Grace correspondió al gesto por no desairarle y, para su sorpresa, en cuanto se levantó, el lord la condujo hasta el centro de la sala donde otras parejas se distribuían para el vals que iba a iniciar el baile.

Liam ignoró la mirada horrorizada de la joven. Con decoro y decisión colocó sus manos en el cuerpo de Grace, retando a la joven

con su intensa mirada para que hiciera lo propio.

Grace estaba paralizada, dispuesta a huir, aunque eso supusiese un escándalo, pero en cuanto sonaron los primeros compases y el lord comenzó a guiarla, se aferró a él como si se tratara de lo único seguro en su vida.

—Se le permite sonreír —afirmó el lord en un susurro que solo pudo escuchar ella.

—¿Por qué no me lo ha pedido en vez de arrastrarme hasta aquí? —cuestionó la joven en cuanto pudo articular palabra, aquel hombre tenía el poder de enloquecerla y parecía dispuesto a hacerlo.

—Para evitar que se negase.

—Demasiado atrevido incluso para vos.

Liam alzó una ceja. «Aún no sabes nada de mí», pensó mientras rozaba con sus dedos la seda de su vestido.

—Por suerte no tengo que darle explicaciones a nadie y Ramsey sabía de mis intenciones. En cuanto a vos…

—Ya veo, juego en desventaja —señaló Grace, pero trató de componer su rostro para que nadie notara que estaba incómoda.

—Pensarán que la estoy torturando si sigue frunciendo el ceño como lo está haciendo —dijo Liam, disfrutando tanto de la incomodidad de la joven como de su cercanía.

—Al contrario, son sus pies los que sufrirán esta noche —aseguró la joven, justo antes de pisarle «sin querer»—. Lo lamento, milord.

La chispa de diversión en el rostro de Grace fue suficiente para que Liam no creyese en su disculpa.

—Sobreviviré, tan solo déjese llevar.

Esta vez se tropezó perdida en la sonrisa del lord. Liam no permitió que se cayera y la atrajo un poco más hacia él. Acortando el espacio que los separaba, Grace enrojeció, pero no se apartó, consciente de que de hacerlo se caería y ni la rapidez del lord podría salvarla de ese bochorno.

—Miradme a la cara, milady. Eso es —dijo cuando Grace alzó la vista y sus miradas se anclaron—, escuchad la música, sentid el ritmo y permitid que os guíe.

El susurro de él contra su oído la hizo estremecer.

Grace soltó el control de la situación y decidió confiar en él. Se dejó llevar entre sus brazos, tras cada movimiento estaba aquel experto bailarín. Cuando asomaba la duda, Liam la guiaba de vuelta al compás. Sus cuerpos se rozaban, la mano de él que descansaba sobre su cintura, abrasaba su piel, como si pudiera traspasar la elaborada tela.

Grace sentía que su cuerpo estaba enmarañado en un sinfín de emociones. Tras un giro contuvo la respiración, perdiéndose en el abismo que él abría frente a ella.

Una sonrisa de disculpa asomó a sus labios cuando lo pisó, está vez sin intención de hacerlo. Liam apenas lo notó, concentrado como estaba en seguir el compás y ayudarla.

Cuando la música cesó, Liam le ofreció su brazo y Grace no dudó en tomarlo, pues no estaba segura de poder avanzar entre los invitados sin tropezar. Sentía sobre sí las miradas curiosas de aquellas personas, tenía la extraña sensación de que en cualquier momento alguien gritaría que ella era una impostora.

Se obligó a respirar y sonreír tímidamente mientras Liam la conducía por el salón, alejándose de la zona del baile. Cada paso que daba fuera de aquel lugar tenía un efecto calmante en ella, hasta que la realidad la golpeó en el rostro sin ningún tipo de contemplación.

—No.

Aquella simple palabra en un murmullo inaudible y el temblor de la joven hicieron que Liam se pusiera a la defensiva.

Miró alrededor buscando al causante de aquella reacción en Grace.

Vio cómo se acercaba hacia ellos William Vane, duque de Avery, con un gesto decidido y una sonrisa falsa que lo previno. Grace dio un paso hacia atrás y trató de soltarse; pero Liam atrapó la mano de la joven que descansaba en su antebrazo, con la suya.

—No estáis sola.

Grace jamás podría afirmar que aquellas palabras salieron de los labios de Liam, pero sí notó la firmeza de su agarre y su férrea determinación de no permitirla huir.

—Lord McAlister. Milady —aquella voz era inconfundible para Grace, lo que más temía se había hecho realidad—. Le ruego que me presente a su acompañante, pues desde el momento en que posé mis ojos sobre ella, he quedado prendado de su belleza.

Grace se estremeció y se acercó al lord un poco más en un gesto que Liam interpretó con rapidez.

—Ella es lady Grace Russ, la prima de la condesa de Blackwood.

El rostro de su interlocutor adquirió un tono rojizo que evidenció lo que Liam sospechaba: aquel era el hombre que había comprado a Grace con descaro y alevosía.

Un malnacido capaz de lo más deleznable que podía hacer un hombre con poder: abusar de una mujer. Sintió que le hervía la sangre. Tenía que hacer un esfuerzo inmenso para no lanzarse sobre él y borrarle la sonrisa de un puñetazo. El tic de su ojo se intensificó y dio un paso hacia delante, dispuesto a actuar si era necesario.

—Milady, sería un honor para mí que me concediera el próximo baile —solicitó el hombre alargando su mano hacia ella.

Grace estaba aterrada y no era capaz de pronunciar ni una sola palabra. Su miedo la hizo temblar aún más. Quería desaparecer y marcharse de Londres tan lejos como pudiera de aquel ser.

Liam hacía un esfuerzo sobrehumano para no desatar su furia en medio de un salón de baile, rodeado de todos los pares del reino.

—Tendrá que ser en otra ocasión. —La profunda y contundente voz de Ramsey sorprendió a lord Avery, no así a su hermano —. Mi esposa desea retirarse, tanto Grace como ella no están acostumbradas a estos compromisos —añadió colocándose junto a la joven con la intención de hacerla sentir un poco más segura.

Desde la distancia, lord Blackwood había sido testigo de los cambios en el semblante de su hermano y de Grace. Por ello había decidido intervenir, pues temía que Liam cumpliese con la promesa que podía ver en su mirada.

—Os complace mantenerlas ocultas, Blackwood —el desdén en aquellas palabras traspasaba la fría cortesía que quería mostrar lord Avery.

—Como podréis imaginar, velo por la seguridad de mi familia, William —respondió Ramsey, sabiendo que eso lo incomodaría, no

tenían la suficiente confianza como para llamarse por su nombre.

Observó cómo su rostro enrojecía y sonrió con suficiencia, disfrutando de la incomodidad de aquel presuntuoso lord. Sabía bien que él no le desairaría, menos delante de tanta gente que, aunque parecían absortos en sus conversaciones de salón, seguían cada uno de sus movimientos desde que él se había posicionado junto a su hermano.

—Tendremos que contener las ganas hasta la próxima recepción, milady —siseó lord Avery inclinándose ligeramente frente a ella, sin ocultar la indignación que sentía ante la intervención de aquel par de hombres—, mas os aseguro que estaré esperando por vos.

La agitación de Grace se incrementó ante aquella amenaza velada y la intensidad de la mirada de aquel ser despreciable.

A pesar de estar rodeada de tanta gente y acompañada de lord McAlister y lord Blackwood, su instinto de supervivencia le gritaba que se marchara, que huyera… que ese hombre podía agarrarla, anunciar su verdad y llevársela sin que ninguno de los presentes tuviera a bien ayudarla.

Ella era una campesina, una huérfana, una mujer a la que tipos como lord Avery podía acceder sin ningún tipo de impedimento.

Liam se veía incapaz de ofrecer una cortesía más, no quería saber qué podía responder Grace, ni escuchar la despedida de Ramsey. Hizo un gesto apenas perceptible a su hermano. Afianzó la presa sobre la mano de la joven y, olvidándose de los protocolos o de lo que pudieran pensar quienes los vieran agarrados, la condujo fuera de aquella casa con precipitación.

No se detuvo en el umbral a esperar a los Blackwood, siguió hacia su propio carruaje negro y abrió la puertezuela con fuerza excesiva, instando a Grace a subir segundos después. Esta lo hizo sin pensarlo, envuelta en el miedo que le provocaba el hombre que tuvo la osadía de comprarla.

Durante los primeros minutos del trayecto ninguno de los dos habló, pero la joven notaba la mirada intensa del lord sobre ella, incomodándola hasta que el silencio estuvo a punto de ahogarla. Empezaba a sentirse aterrada por la rabia que veía en Liam.

—No debió bailar conmigo —aseguró con la voz temblorosa, esperando un estallido por parte de aquel hombre.

Liam se limitó a mirarla largamente con el ceño fruncido y un tic nervioso en el ojo izquierdo que cada vez se manifestaba más.

—No fue buena idea —afirmó Grace sin poder soportar por más tiempo el escrutinio al que era sometida. De repente, el carruaje en el que viajaban se convirtió en una jaula de la que estaba ansiosa por salir.

—Discrepo, así descubrí su falta de sinceridad.

Una losa de culpabilidad cayó sobre ella al entender el significado de aquella afirmación.

—Yo, no…

—Frente a Simon aseguró que no podría reconocer a quien la compró —recordó Liam, provocando que Grace se sonrojara— y esta noche lo ha hecho de manera muy convincente. Ni siquiera tiene que decírmelo con palabras, pues su cuerpo la ha delatado.

Grace tragó saliva, incómoda ante su reproche, incapaz de decir nada para excusarse. Agachó la cabeza, evitando su mirada airada.

—Yo… —comenzó a explicar, pero fue interrumpida por el lord.

—No insultéis mi inteligencia tratando de negarlo.

Le ordenó Liam con los puños apretados, mientras la idea de volver a la fiesta y enfrentar a lord Avery tomaba fuerza en su mente.

—Sabía que era alguien como vos —trató de justificarse Grace balbuceando mientras se retorcía las manos—, otro lord… supuse que lo conocería, incluso que podría tener cierta amistad con él.

—Jamás me juntaría con semejante escoria.

La fuerza que transmitía en cada palabra impidió que la joven dudara de él. Se estremeció bajó el escrutinio del lord y deseó que el carruaje recorriese las calles como una centella y esa incómoda conversación terminase por fin.

—No podéis juzgarme por tratar de sobrevivir —el ruego de sus palabras no parecía conmover al hombre que tenía frente a ella.

Liam la observó con detenimiento, incomodándola, haciendo que se moviera en el asiento y creciera su ansiedad mientras trataba de reconocer la zona por donde pasaba el carruaje.

Estaba deseando salir de aquel lugar y huir.

—Vos lo hicisteis conmigo —no, no pensaba dejarla escapar con facilidad—, decidisteis considerarme capaz de comprar a una mujer para satisfacer mis instintos.

Grace se sentía acorralada, herida y exhausta.

—¿Jamás lo habéis hecho? —preguntó la joven envalentonada, cansada de la actitud de aquel hombre.

Arrepintiéndose en el acto, sobre todo al ver que el ceño de Liam se fruncía aún más.

—Nunca con alguien que no quisiera estar conmigo. No soy un santo, Grace, pero tampoco un ser inhumano capaz de herir a una mujer como vos.

Liam se inclinó hacia delante haciendo que el espacio que los separaba fuera aún menor. Escuchó la respiración agitada de la joven y su furia se aquietó, no podía juzgarla por sentir miedo, la habían raptado matando a sus padres.

—Estaba aterrada —murmuró Grace rememorando aquel instante en que lo vio parado frente a ella mientras trataba de pasar desapercibida—. No podía pensar con claridad —las lágrimas sin derramar inundaban sus pupilas— y después, consideré que lo más sencillo era continuar con la mentira. Quise creer que no volvería a ver a esa persona.

—Se equivocó.

—No, no lo creo. Es un lord, un hombre poderoso y sé que me ha reconocido —Grace se mordió el labio inferior tratando de controlar las lágrimas—. Debo desaparecer, milord, antes de que decida buscarme.

Aquella frase quedó suspendida entre los dos.

—Es lo mejor para todos —afirmó Grace sin saber cómo interpretar la adusta mirada del lord y su silencio.

El carruaje se detuvo frente a la casa de los Blackwood y Grace trató de abrir la puerta, pero Liam se lo impidió, agarrándola por la muñeca, instándola sutilmente a mirarlo. Quería negarse, mas sabía que de hacerlo no lograría salir de aquel claustrofóbico espacio, así que se giró hacia él dispuesta a recibir su siguiente crítica.

—No pienso tolerar de nuevo vuestra falta de cortesía —aseveró Liam en cuanto los ojos de la muchacha se detuvieron en los suyos. Vio que se sonrojaba, e incluso intentaba soltarse de su agarre, pero el lord se mantuvo inmóvil.

—No os entiendo, milord —masculló Grace observándolo perpleja e incómoda a partes iguales—. Os propongo alejarme, evitar el problema y vos…

—Acabamos de presentarla en sociedad.

«Otra vez ese absurdo», maldijo la hora en la que accedió a decir semejante injuria, si no hubiese cedido, si se hubiese quedado en su sitio como una simple sirvienta, jamás la habrían encontrado.

—En dos bailes no se acordarán de mí —le recordó sin acritud ni vergüenza, era solo una realidad que aceptaba con elegancia—, es lo mejor. Ahora le ruego que olvide todo esto. Me prometió que se mantendría al margen de lo que pudiera pasarme y no deja de faltar a su palabra una y otra vez.

Liam aflojó el agarre de su mano ligeramente mientras trataba de recomponerse de su reproche.

—Quizás solo respondo a su provocación —señaló mientras su cabeza elaboraba una excusa a su propio comportamiento.

Grace resopló sonoramente, ignorando los buenos modales y masculló entre dientes algo que Liam no entendió o quizás no quiso comprender.

—Sois como un dolor de cabeza.

Aquella afirmación en tono monocorde indignó a Grace todavía más.

—No soy yo la que lo persigue cuando afirma no tener deseo de hacerlo —señaló enrabietada, incapaz de contener su lengua por más tiempo—. No lo invité esta tarde a interrumpirme, ni lo arrastré esta noche para bailar frente a todos —enumeró mientras veía que el lord movía el pie izquierdo con impaciencia—. Trato de hacer lo correcto, mientras vos os empeñáis en complicarme la existencia y presentaros en mi camino una y otra vez.

Había hablado de más, pero en ese instante no le importaba, tenía tanta ira en su interior hacia él y hacia todos los hombres que quiso resarcirse por cada afrenta recibida.

Liam estaba tratando de contenerse, de encontrar la respuesta correcta para su diatriba, pero ni él mismo entendía qué lo llevaba a comportarse como lo hacía ni a buscar su compañía.

—¿Tan difícil os resulta ignorar a esta pobre campesina?

Aquella pregunta formulada con tanto odio, lo dejó aún más aturdido y sin saber qué decir.

Tanto que la soltó y Grace aprovechó para bajar del carruaje antes de que él volviera a sujetarla. Se alzó la falda y corrió hacia la entrada principal, pero al llegar se la encontró cerrada.

—Mierda —masculló entre dientes, ignorando que el lord ya había llegado hasta ella.

Antes de que pudiera coger la aldaba para golpearla contra la madera, Liam sujetó su muñeca y la giró sobre sí misma hasta que de nuevo la tuvo frente a él. Vulnerable, airada y… bella.

Bajo aquella luz, la muchacha se le antojaba tan deseable como inalcanzable.

—Jamás pensé que me encontraría con una mujer tan inconsciente e insensata como vos —comenzó a decir Liam tratando de alejar de él ese irracional impulso que estaba creciendo en su interior.

Anhelaba besarla. Fundirse en su boca y acallar sus miedos, pues detrás de cada respuesta combativa podía intuir lo aterrada que estaba al haber sido descubierta.

Bajó la mirada hacia sus labios y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer en la tentación, pues aquello solo podría traerle aún más problemas.

—Grace, vuestra confesión puede llevar a Avery a prisión —continuó diciendo alejando aquella absurda idea que lo había asaltado. Jamás traspasaría ese límite, él no podía ofrecerle nada a aquella muchacha—. Lo que os hizo a vos y a esas mujeres es un delito.

—Quizás para vos sí, pero no para todos los hombres. Incluso vos habéis compartido el lecho de esas mujeres, ¿quién os dice que lo hacen por propia voluntad?

Liam se revolvió ante aquella percepción. Era casi un insulto para él. No, jamás habría hecho lo que lord Avery hacía.

—Nunca me planteé eso, pero tampoco forcé a ninguna mujer a corresponder mis atenciones.

—¿Quién os asegura que lo hacen movidas por un deseo genuino y no porque deben obtener algo de dinero?

—¡¡Basta!! —gritó el lord, incómodo ante sus acusaciones—. No dejaré que cuestionéis mis acciones cuando son las vuestras las que os han puesto en peligro.

—No pretendía que eso ocurriera —se defendió Grace.

—Era tan sencillo como decir la verdad, que podíais reconocerlo, que sabíais quién perpetró tal afrenta hacia vos. No seguiréis engañando a Wells, os enfrentaréis a esto y lo haréis con la misma dignidad con la que discutís conmigo.

Grace abrió la boca y la cerró después, no sabía qué decir, se sentía insultada y herida. La estaba llamando mentirosa en su cara y, lo peor, es que sabía que era así. Lo era desde que su mundo se torció tras la muerte de sus padres y nadie se sentía peor por ello que ella misma.

—Carecéis del derecho de tratarme así, milord —afirmó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas sin derramar.

La llegada de Iara y Ramsey hizo que Liam se apartara de la puerta, para abrirla después. Una vez Grace entró en el *hall*, salió corriendo hacia su recámara sin importarle qué podían pensar de ella, solo quería huir. Alejarse de aquel hombre que la torturaba sin ningún tipo de motivo.

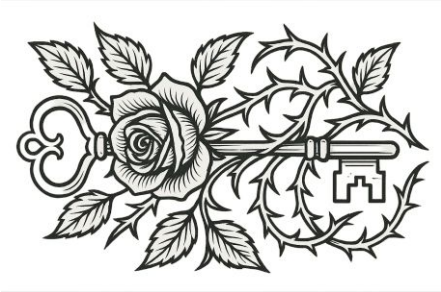
Había mentido, lo sabía, pero estaba en su derecho de olvidar lo acontecido y tratar de seguir viviendo.

Liam se encogió de hombros ante la mirada inquisitiva de su hermano y las insistentes preguntas de su cuñada. Sentía la ira recorrer su cuerpo, no por lo que Grace había dicho, sino por aquel maldito lord. Era una ira profunda e irracional, casi lo sentía una afrenta hacia él.

—Vayamos al despacho, hermano —la voz de Ramsey lo devolvió a la realidad por un instante.

Se limitó a asentir, incapaz de pronunciar ni una palabra, mientras en su mente se repetía las que le había lanzado Grace.

7



Ramsey era mudo espectador del deambular airado de Liam por su despacho. Llevaba desde que habían vuelto del baile tratando de contener las ansias de venganza de su hermano contra lord Avery. Había escuchado toda clase de improperios e incluso tuvo que recurrir a Kaine para bloquear la puerta e impedir que cometiera una imprudencia.

A pesar de todos sus intentos, sabía que Liam no iba a detenerse, en aquellas horas su furia no se había aquietado lo suficiente como para hacerlo pensar con claridad. Lo vio servirse su tercer whisky y acabar el contenido del vaso de un solo trago.

—El licor no consigue aturdirme lo suficiente.

—En ese caso deberías dejar de consumirlo —respondió Ramsey desde el cómodo sillón en el que estaba sentado junto a la chimenea —, requiero que tengas la mente clara y los puños controlados. Lord Avery cuenta con gran influencia, como bien sabes. Debemos hablar con Simon y trazar un plan de acción.

—Discrepo, Wells se verá coaccionado y…

—Hasta el momento no ha acontecido como alegas. Entiendo vuestra zozobra, incluso la comparto, mas debemos ser cautos, comedidos y prudentes. Si obtenemos pruebas contundentes, Avery caerá sin que nadie pueda impedirlo.

Ramsey recibió una mirada airada de su hermano, comprendía su mal, no era tanto por la acción de aquel desalmado, sino por la semilla que había germinado en su corazón y no se atrevía a aceptar. Mas Liam aún no estaba preparado para asumir aquellos sentimientos, y Ramsey lo conocía lo suficiente como para saber que

él tendría que darse cuenta por sí mismo para asumir su realidad y aceptarla.

Lo oyó maldecir entre dientes, mientras se sentaba en el sillón que estaba situado frente al suyo.

—¿Qué propones? —indagó Liam tras unos largos minutos que empleó para tranquilizarse.

—Dejar que el tiempo nos indique cómo avanzar en esta empresa. Pongamos a Simon sobre la pista de lord Avery y veamos qué sucede… Mientras tanto, mantente alejado de él.

Liam arrugó la frente, disconforme ante la petición de Ramsey. En su cabeza podía ver al lord recibiendo sus puñetazos hasta acabar en el suelo, malherido y suplicando una tregua. Iba a ser muy satisfactorio y era consciente de que ese momento estaba próximo.

—No puedo prometeros mi indiferencia —aseguró Liam, apretando los puños.

—Yo no conseguí hacerlo con lord Cronwell.

Lord McAlister miró a su hermano aturdido. Tras esas palabras, su mente, rauda e indiscreta, había pensado en Grace, en el segundo exacto en que la vio pegada a la pared, agachada y temblando, rezando por no ser vista. Debía reconocerlo: se le había encogido el alma al observarla así de vulnerable y aterrada.

Sin embargo, lo que su hermano insinuaba estaba lejos de ser su realidad. Grace no significaba nada para él.

Algo en su ser se revolvió ante aquella afirmación, agitó la cabeza y se concentró en regresar a la conversación que mantenía con Ramsey.

—Iara ya era vuestra compañera de vida en aquel instante.

—Jamás he aprobado la violencia, pero cuando tuve a Brian frente a mí anhelaba su muerte. Iara logró que recapacitase, mas, en vuestro lugar, ¿quién os detendría?

Liam se estremeció ante su cuestionamiento. No quería pensar que era la misma situación, ni que veía a Grace como Ramsey consideraba a Iara. Era absurdamente ilógico presentar aquel argumento, pero, por primera vez, no supo cómo rebatir ni a su propia mente ni a su hermano.

Se recostó contra el respaldo del sillón y cerró los ojos, oyendo el crepitar del fuego. Comenzó a rememorar la última discusión que había mantenido con Grace aquella misma noche: si no lo odiaba, faltaba poco para ello.

«¿Acaso no es eso lo que pretendo?». El ceño de Liam se arrugó ante sus propias cavilaciones. No lo sabía, su corazón se rebelaba contra él cuando la trataba con dureza, sin embargo, cuando se acercaba a ella de forma suave y sutil, apenas podía controlar las ganas de…

Abrió los ojos con rapidez y se levantó de un salto tambaleándose. Unos pequeños rayos de sol entraban entre las cortinas que cubrían la amplia ventana del despacho de Ramsey.

Se había quedado dormido y en su mente se repetían escenas de un sueño en el que Grace era la protagonista y sus cuerpos estaban más cerca de lo que el decoro permitía. Estaba enloqueciendo, ¿en qué momento comenzó a implicarse tanto con ella? Era un verdadero dolor de cabeza del que debía deshacerse cuanto antes.

Se llevó la mano a la frente mientras trataba de serenarse. En esas estaba cuando la puerta del despacho se abrió sin anuncio previo. Se giró en busca del culpable y frente a él apareció Grace con una bandeja de café.

A la muchacha le llevó unos segundos procesar lo que tenía frente a ella, mientras una expresión de asombro asomaba en su rostro.

—Con su permiso —balbuceó la joven tras unos segundos terriblemente eternos en que el lord le mantuvo la mirada.

Avanzó con cuidado por el espacio, temiendo que un movimiento brusco de su parte hiciera que se le cayera todo al suelo y colocó la bandeja sobre la mesa del despacho del lord. Suspiró aliviada y se giró para marcharse, con decisión y sin dirigir la vista a aquel hombre que no dejaba de escrutarla haciéndola sentir muy incómoda.

—Aborrezco cuando sus ojos me esquivan.

Grace se estremeció ante aquella murmurada frase.

—Debo volver a mis obligaciones.

La joven, sin alzar la mirada, trató de rodearlo para salir del enorme despacho que se le antojaba tan pequeño al compartirlo con aquel lord. Cada vez estaba más convencida de que ese hombre sufría algún mal del que ni él mismo era consciente… tan pronto podía ser grosero y brusco con sus palabras como parecía tratar de seducirla, algo altamente improbable.

Debía mantenerse lo más alejada posible de él si quería conservar la cordura.

Liam traspasó la barrera del decoro y la sujetó por el brazo, impidiendo su marcha. Tras ello, con la mano que le quedaba libre, le levantó ligeramente la cabeza, rozándole el mentón, hasta que sus ojos pudieron perderse en los de ella.

—Apenas habéis dormido.

—Vuestras ofensas de ayer fueron efectivas, milord —lo retó Grace molesta y confusa a partes iguales. «¿Por qué no se limitaba a ignorarla?».

—Estaba enfadado.

—Eso no lo justifica —aseguró la joven incómoda, tironeando del brazo para soltarse—, poseo la capacidad de gobernarme sola —afirmó tratando de alejarse de él lo más posible—. Soy una mujer adulta tratando de sobrevivir en este mundo inhóspito, y carezco de tiempo para perderlo con seres inmaduros como vos.

Durante la noche se había jurado que no volvería a hablarle, pero aquel hombre tenía la capacidad de sacarla de sus casillas y hacerla olvidar sus propias decisiones.

—Estáis jugando con fuego, milady —aseguró Liam con una media sonrisa asomando a sus labios.

—Como bien sabéis…

—No me corrija —la interrumpió, aumentando ligeramente la presión de su mano sobre el brazo de la joven—, pues esa es la única barrera que me impide traspasar unos límites que no me corresponden.

Grace se estremeció ante aquella velada insinuación. Aquel hombre tenía el poder de enloquecerla, de hacerla perder el horizonte, y no iba a permitírselo.

—Os ruego que no continuéis con esto.

Aquella petición hizo que Liam se diera cuenta de lo que estaba haciendo. La confusión se reflejó en su rostro, aflojó su mano y buscó la manera de reconducir la conversación.

Grace notó el cambio en él y lo aprovechó. Dio un paso hacia atrás soltándose de su débil amarre, cruzó los brazos y alzó la barbilla. Sacando a relucir toda la furia que la noche anterior se había quedado agarrotada en su garganta, mientras aguantaba el intenso chaparrón de sus reproches.

—No voy a permitir que sigáis con esto, milord. Cuando llegué a esta casa, asegurasteis que ya habíais cumplido conmigo, siendo así, os ruego que volváis a asumir ese rol de indiferencia. Es lo mejor para ambos.

—Grace…

El tono de advertencia en la voz de aquel insufrible hombre no la detuvo.

—No…, no uséis mi nombre —ordenó con furia.

Ignorando a su corazón que, insensato, había saltado en su pecho al oír a aquel lord pronunciar su nombre.

—Grace.

Volvió a decir el muy descarado, acercándose a ella lentamente con una media sonrisa que podría enloquecerla.

—No —respondió Grace alzando la mano, como si así pudiera detener su avance—, cada vez que os dirigís a mí, ya sea en buenos o malos términos, perturbáis mi paz. No me merezco eso y si no cejáis en vuestro empeño, tendré que marcharme.

—No os atreveréis a hacerlo.

La rotundidad y la advertencia escondida en aquella frase no logró el resultado esperado. Grace se mantuvo firme, dispuesta a enfrentarlo.

Liam traspasó el poco espacio que quedaba entre ellos, hechizado por el fuego que vislumbraba en sus pupilas.

—Fuera de estas cuatro paredes corréis un peligro innecesario —aseveró con seriedad en un intento de ¿amedrentarla?

Grace no lo sabía, ni siquiera entendía por qué su cuerpo reaccionaba agitándose cuando él se le acercaba.

—Puedo viajar lejos de Londres. No me encontrará jamás.

—No es una solución y no pienso permitirlo.

—¡¿Por qué os empeñáis en mantenerme aquí?! —estalló Grace en un grito que los sorprendió a ambos.

El tiempo se congeló en aquella guerra iniciada que ninguno quería perder. Liam no se entendía, pero no estaba dispuesto a ceder ni un ápice, él era el que siempre había controlado todo y ninguna mujer, por muy cabezota que fuera, lo haría cambiar de opinión.

Grace resopló, incómoda ante su cercanía y la tozudez que él demostraba una y otra vez. Sabía que ni siquiera le agradaba, tendría que ser muy fácil para él dejarla ir.

—Voy a ocuparme de lord Avery.

—No es necesario —trató de disuadirlo, pues la furia en la mirada de él había conseguido asustarla—, el comisario lo hará y todo esto habrá acabado. No quiero que siga perdiendo su valioso tiempo en resolver un problema que solo me concierne a mí.

—Lo voy a hacer —aseguró con tanta rotundidad que Grace no dudó ni por un segundo de que lo haría a pesar de las consecuencias—, le enseñaré cómo debe tratar a una dama.

—No soy una dama, milord, solo una sirvienta —Grace alzó la cabeza, envalentonada y cansada a partes iguales—. Tengo mucho que lavar, si me disculpa.

Grace trató de esquivarle de nuevo, pero Liam se lo impidió sujetándola por la cintura y atrayéndola hacia él con tanta fuerza que el cuerpo de la joven chocó contra el suyo.

El cruce de miradas se intensificó, la respiración de ambos se volvió agitada y sus corazones, confusos, se aceleraron ante la cercanía del otro. Liam no sabía qué decir, ni siquiera entendía qué lo había impulsado a hacer aquel movimiento, pero el resultado obtenido era extrañamente satisfactorio.

El sonido de unos pasos que se acercaban hasta donde se encontraban los devolvió a la realidad. Se separaron abruptamente justo cuando Ramsey traspasaba la puerta del despacho.

—Buenos días —saludó el lord mirando alternativamente a su hermano y a Grace, cuyas mejillas enrojecían por momentos—,

espero que mi sillón fuera lo suficientemente cómodo para ti, hermano.

—Por supuesto —respondió Liam mirando de reojo hacia Grace, que se retorcía las manos.

«¿En qué estaba pensando para traspasar aquel límite?». No, sin duda, el sueño de aquella noche, junto a la discusión que habían mantenido, fue suficiente para hacerle perder la cordura y tornarse impulsivo. No volvería a pasar, aunque tuviera que casarla con el primer hombre bueno que encontrase.

—Con su permiso, milord.

El susurro de Grace y el balanceo de su falda le hicieron seguirla con la mirada. Iba a ser complicado mantener la promesa que acababa de hacerse, pero estaba dispuesto a conseguirlo.

Por su parte, Ramsey se limitó a sentarse tras la mesa de su despacho y esperar a que Liam pusiese en orden sus ideas. No estaba en su intención apresurarlo, pero lo que había visto segundos antes confirmaba sus sospechas acerca de lo que sentía su hermano por su joven protegida.

Grace tuvo que hacer un gran esfuerzo para no correr por el pasillo lo más lejos posible de aquel hombre y su manera de tratarla. «¿Por qué se empeñaba en torturarla con su presencia?, ¿por qué se afanaba en rechazarla, para instantes después abrazarla a su cuerpo?».

La estaba llevando a la locura. Era demasiado obtuso y parco en sus palabras. Con el lord persiguiéndola en su mente, pasó la mañana realizando todo tipo de tareas: se ocupó del jardín, ayudó en la cocina con la comida y jugó con la pequeña Marian antes de acostarla a dormir la siesta. Buscaba caer exhausta, perder la capacidad de pensar, pero era imposible. Sobre todo, cuando a la hora de la comida, Liam se sentó frente a ella y pasó todo el tiempo buscándola con la mirada.

Estaban terminando de comer todos juntos, como se estilaba en la casa de los condes, cuando llamaron a la puerta de entrada y Jana se apresuró a atenderla, regresando a la mesa junto al comisario Simon Wells, con su porte distinguido y una sonrisa de disculpa en el rostro.

—Simon, bienvenido, esperaba su visita

—En cuanto leí su misiva supe que debía venir, lamento interrumpir su almuerzo.

—Si lo desea puede unirse a nuestra mesa —dijo Ramsey antes de que el comisario comenzara con los formalismos.

—Os lo agradezco, pero necesito hablar con la señorita Russ, si me permite me gustaría que me acompañara a caminar por Hyde Park.

—Aún no he terminado con mis obligaciones, comisario —contestó la joven un tanto confusa ante aquella petición.

—Es importante para la investigación, parece que avanzamos, pero requiero su ayuda.

El estremecimiento que recorrió la espalda de la joven la dejó helada, aun así, se alzó, se disculpó y salió de allí hacia su habitación para cambiarse de vestido. Eligió uno verde, de lana, que aún no había tenido tiempo de estrenar.

Tardó apenas unos minutos en alistarse, se trenzó el pelo y cogió la capa que más la abrigaba, tratando de no reparar en el nerviosismo que se había apoderado de ella. Regresó al comedor y allí se encontró con el comisario, Marie con su amable sonrisa y, por supuesto, Liam. Con gesto serio y el ceño fruncido. Grace tuvo que hacer un esfuerzo para no protestar.

«¿Por qué tiene que acompañarnos?», se preguntó mientras fruncía el ceño.

—Estoy lista —anunció ignorando a Liam con deliberación. Debía seguir marcando las distancias con aquel hombre y estaba dispuesta a hacerlo.

Esperaba que él comprendiera sus deseos y no siguiera incomodándola.

Salieron de la casa rumbo al carruaje de lord McAlister, el estómago de Grace se encogió cuando Liam le ofreció su mano para que pudiera subir a la cabina. No pudo rechazarla, pero rompió el contacto en cuanto traspasó la estrecha puerta de madera, sentándose con premura. Pidiéndole a Marie que se pusiera a su lado.

El traqueteo del viaje no hizo que Grace se relajase; entre la cercanía del lord con sus miradas inquietantes y la incertidumbre sobre lo que quería el comisario Wells de ella, su corazón estaba desbocado y apenas podía respirar. En cuanto el carruaje se detuvo, Grace no esperó al lord. Se alzó sorprendiendo a sus acompañantes, abrió la puerta y bajó, recogiéndose la falda como pudo.

A punto estuvo de caerse, pues el ruedo de la falda se enredó con el escalón. Tiró de él oyendo cómo se desgarraba y se alejó sin fijarse en las columnas jónicas que enmarcaban la entrada al parque, ni en el resto de carruajes que había alrededor.

Estaba al borde del abismo, envuelta en un miedo que no podía controlar. Desde lo acontecido durante la noche anterior, su mundo se había convertido en un lugar hostil y era consciente de que demasiado pronto debería enfrentarse al destino que le tocaba vivir.

—Grace.

La joven se giró con lentitud hacia Marie, que estaba a solo un paso de ella, en el rostro de la sirvienta se reflejaba preocupación y Grace se sintió un tanto reconfortada.

Quizás no estaba tan sola como ella pensaba. Sonrió ligeramente.

—Estoy bien —contestó en un intento de convencerse a sí misma.

—¿Puedo ser de ayuda?

—Os agradezco vuestra cortesía, tan solo necesitaba respirar aire puro —explicó, mientras sus ojos se alzaban, encontrándose con los de lord McAlister.

No podía descifrar qué estaba pensando, su rostro no mostraba expresión alguna, aunque sí podía imaginárselo. Sin duda, la estaría censurando por su falta de autocontrol y su manera inadecuada de bajar del carruaje.

—Al menos no ha venido a enfrentarse a mí —masculló entre dientes, pero lo suficientemente claro para que Marie la entendiera.

—Parece que poco a poco vas recuperando el color en las mejillas.

Grace se amonestó mentalmente por su indiscreción al mirar al lord. Debía recordar mantenerse a distancia de él si deseaba que él también lo hiciera.

—Creo que nunca me acostumbraré a esos espacios tan reducidos, prefiero caminar.

—Yo también —añadió Marie, guiñándola un ojo con una expresión de afecto en su rostro.

—Gracias, amiga.

Grace compuso su mejor sonrisa y, apoyándose ligeramente en el antebrazo de Marie, se atrevió a mirar a su alrededor. Hyde Park era un lugar bello, rodeado de árboles y con el murmullo del agua y los pájaros de fondo.

Estaban en uno de las zonas por las que paseaban los lores y las damas, allí se fraguaban alianzas y se iniciaban romances o se consolidaban con el paso de los días.

Si no fuera por el miedo que sentía, aquel espacio al aire libre se convertiría en su lugar preferido en Londres. No se había recuperado del todo cuando el comisario junto a lord McAlister se acercaron a ellas.

Grace notó cómo sus mejillas enrojecían ante la mirada serena de Wells y esperó la amonestación por su parte. No llegó, el hombre parecía tener el control de la situación y ella lo agradeció enormemente.

—Grace, necesito robarla un poco de su valioso tiempo, caminemos —sugirió Simon tras darle aquel tiempo prudencial para serenarse.

No era para menos teniendo en cuenta los temblores que presentaba. Le ofreció su brazo, la joven no dudó en tomarlo y dejarse guiar por el paseo principal adoquinado.

—No entiendo qué hacemos aquí, comisario —indagó Grace en un murmullo, inclinándose ligeramente hacia el hombre que la acompañaba.

—Es mi deber informarla de mis avances, cada día estamos más cerca de encerrar a quienes organizaban las casas que por desgracia conoce, por el momento hemos atrapado a un par de hombres más que se niegan a colaborar.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de la joven y su corazón se aceleró. Entre aquellos detenidos estaban los asesinos de

sus padres. Quería preguntar quiénes eran, anhelando un enfrentamiento que jamás ocurriría.

—Tiene toda mi atención.

—Lord Byron se niega a colaborar —prosiguió Simon, buscando las palabras adecuadas para no desvelar demasiado—, por suerte su mayordomo ha sido de ayuda a la hora de identificar a los últimos arrestados. Todos ellos habían pasado por la casa del lord e incluso escoltaron mujeres hasta él, por eso los hemos encontrado.

—Eso es una noticia maravillosa.

—Por desgracia no he conseguido que señale a ningún noble más.

La mente de Grace no tardó demasiado en hacer las conexiones. Se revolvió inquieta, mientras su corazón se aceleraba.

—Comisario, yo…

—Mis investigaciones han llegado a un punto ciego, Señorita Russ.

Simon se detuvo y la observó con el ceño ligeramente fruncido, aquella joven era inteligente y esperaba que supiera lo que iba a pedirla. Pudo ver cómo poco a poco el color abandonó la tez de Grace, cómo contuvo el aliento anticipándose a su petición.

Recibió su mirada aterrorizada y asintió ligeramente, continuando con su explicación.

—Hasta que Lord Blackwood me informó de que anoche fue capaz de reconocer al hombre que quería comprarla.

Un sonido ahogado salió de la garganta de Grace, era consciente de que tarde o temprano debería enfrentar las consecuencias de su injuria. Estaba avergonzada por su mentira, a pesar de que Wells no parecía realmente molesto. Casi podía oír la voz de su madre amonestándola por caer en semejante atrocidad.

Todo ello se mezclaba con el miedo que sentía, apenas había tenido tiempo de acostumbrarse a la idea de que lord Avery era real y no fruto de sus pesadillas.

El temblor de la joven se intensificó y Simon apoyó la mano ligeramente en las suyas apretadas.

—Comisario, lamento haber faltado a la verdad.

—Comprendo su zozobra y el por qué lo hizo, señorita, por mi parte no debe guardar temor en su corazón porque vaya a juzgarla con dureza. He visto a hombres aterrados, mucho más corpulentos que vos, usar el engaño a fin de no enfrentarse a sus demonios.

—Aun así, debe saber que no está en mi naturaleza conducirme de esa manera.

—Me hago cargo de ello, milady.

Grace respiró hondo, un poco más aliviada por haber aclarado aquel punto con ese hombre que trataba de ayudarla. Simon le ofreció de nuevo su brazo para continuar el paseo.

La muchacha estaba tan absorta en sus pensamientos que no era consciente de lo que la rodeaba.

—Hoy mismo iría a capturar a lord Avery si no pensara que, de hacerlo, el resto de alimañas desaparecerían de Londres

Había pasión y rabia en las palabras de Simon, mas no era suficiente para Grace, quería justicia. Necesitaba que fuera con tanta premura que pudiera aliviar su dolorida alma.

—Entonces ¿no piensa detenerlo?

Su propia pregunta la lanzó a un incómodo escenario, «¿qué importaba si ella había reconocido a ese ser?», él saldría impune y ella seguiría en peligro.

Se detuvo en seco, separándose del hombre, tratando de tomar una decisión rápida, pero nada de lo que se le pasaba por la cabeza parecía ser una buena opción.

—Señorita Russ —la llamó el comisario, observando los cambios que se producían en su semblante, pasando del dolor al miedo en apenas unos instantes.

—Lo mejor será que regrese a casa, comisario. Ya sabe quién fue y… no debe verme.

—No dude ni por un segundo que le haré pagar por lo que hizo —señaló con tanta vehemencia que Grace no pudo menos que creerlo—, pero antes requiero de su ayuda.

La petición pausada del comisario, junto a su mano extendida, la puso en un aprieto. No quería seguir con aquello, pero tampoco podía desairarlo, rechazando su invitación. Así que volvió a tomar su brazo y dejó que Simon la guiara por el sendero.

Se acercaban peligrosamente a aquellos grupos de personas que paseaban por el lugar, ya no había salida.

—Os ruego que me ayudéis. Mientras paseamos vaya mirando a los pares con los que nos crucemos, debemos seguir estrechando el círculo y sé que podrá identificar a los que acompañaban a lord Avery aquella fatídica noche. Tengo la certeza de que no era el único involucrado.

Grace se quedó muda, no quería hacerlo, al contrario, deseaba apartarse de aquel hombre y correr tan lejos como pudiera de aquella tortura.

—No lo haga —se estremeció ante aquella frase murmurada que respondía con exactitud a lo que estaba pensando—, sonría, hablemos de cualquier otro tema, demostrémosles que no han podido romper su alma. Engañémoslos.

A pesar de las certeras palabras del hombre, la joven temblaba y se aferraba al brazo de Simon como si este pudiera desaparecer en cualquier momento. Se dejó guiar por el empedrado paseo, trató de componer su mejor sonrisa sin mucho éxito y de corresponder a la animada conversación del comisario, pero por más que se esforzaba no podía relajarse.

De vez en cuando se le escapaba una mirada hacia Liam, que con gesto en apariencia aburrido e indiferente los acompañaba e ignoraba a partes iguales.

Grace hizo su mejor esfuerzo y, tras varios minutos, comenzó a relajarse, disfrutando de la compañía y del ambiente que la rodeaban. Entonces se lanzó a la tarea encomendada por Wells.

Observó los rostros de las personas con las que se cruzaban, ninguna de ellas estaban aquella noche que no quería recordar. Todo parecía en orden hasta que dio con aquel hombre que se colaba en sus pesadillas y la recordaba que era suya.

Se detuvo, tratando de marcharse, pero antes de que pudiera decirle algo al comisario, los ojos de aquel ser se posaron sobre ella. Primero pareció no reconocerla, después esbozó una sonrisa de suficiencia que le heló la sangre.

Grace tuvo que hacer un gran esfuerzo para no salir corriendo de allí, despavorida y gritando. Apenas podía respirar, mucho menos

cuando lord Avery comenzó a caminar hacia ella.

—Vayámonos, comisario, aún no hemos encontrado a quien busca —solicitó en un susurro mientras aquel detestable hombre se apresuraba a llegar hasta donde estaban.

—Es más fuerte de lo que piensa, señorita Russ, no permita que él la intimide —dijo Simon preparado para defenderla si era necesario.

Grace sintió la presencia de Liam muy cerca de ella, incluso podría jurar que había notado cómo sus dedos se posaban ligeramente en su espalda. Era absurdo, él jamás la tocaría, y, de hacerlo, ella debería sentirse incómoda ante un gesto tan íntimo.

Aunque fuese parte de su ensoñación, aquello logró tranquilizarla lo suficiente como para componer una mueca que pretendía ser una sonrisa afable.

Lord Avery se materializó frente a ellos y los saludó con excesiva efusividad, tratando incluso de rozar la mano de Grace, pero ella la apartó antes de que pudiera hacerlo.

—Me siento muy afortunado al volver a verla tan pronto, milady —aquella palabra, en boca de aquel hombre sonaba despectiva e hiriente.

—Milord —respondió como pudo Grace sujetándose con firmeza al comisario y haciendo una ligera reverencia.

—Me gustaría retomar la conversación de anoche, milady —señaló ignorando con deliberación a quienes la acompañaban—, lamenté que su marcha nos privara de un baile que ambos íbamos a disfrutar.

—Desconozco cuáles son sus intenciones, pero no puedo corresponder a las mismas —respondió Grace haciendo un gran esfuerzo para sonar lo más educada posible, aunque estaba deseando sacar toda su furia frente a él.

Lo odiaba con una intensidad tal que le incomodaba su sola presencia y cómo esta la alteraba. Su corazón se aceleraba al tenerlo frente a ella y el miedo recorría su cuerpo de un extremo a otro, agitando su respiración y enturbiando su claridad mental.

Alzó la mirada al ver que él no respondía y se encontró con una mueca de desagrado agazapada tras una falsa sonrisa de

condescendencia.

—Milady —señaló como si estuviera aleccionándola cual profesor en una escuela—, debe corresponder al cortejo con gratitud y agrado —Grace se estremeció ante el descarado reproche—. ¿Acaso su prima no ha sabido enseñarle cómo proceder frente a un caballero como yo?

—Milord, lamento no responder a su cortejo como desea, no está en mi intención acudir a ningún baile en un futuro cercano —dijo la joven obviando si aquello era o no un desplante, pero cansada de aparentar que él era un hombre respetable.

Era un ser despreciable, no merecía su título ni su condición social, al menos a los ojos de Grace. Esperaba que él desistiera en su empeño de llegar a ella, pero fue en vano, la mueca que simulaba ser una sonrisa sardónica se intensificó.

—En ese caso, solicitaré a su primo que me autorice a visitarla en su domicilio.

Aquello era una intimidación en toda regla, mucho más aterradora de lo que esperaba. Grace se mordió el labio tratando de contener su lengua, esa que la ponía en situaciones peligrosas sin proponérselo.

—No lo haga —solicitó y esta vez sí sintió la mano de Liam sobre su espalda.

Lord McAlister se había acercado a ella más de lo que el decoro permitía. Mudo espectador de una conversación que estaba enfureciéndolo por momentos. Podía ver la incomodidad de Grace en la forma en que se balanceaba sobre sus pies, la de Simon por cómo fruncía el entrecejo, pero era la suya la que lo preocupaba.

Notaba cómo con cada frase, cada mirada y cada media sonrisa de lord Avery hacia Grace, su ira aumentaba hasta niveles que no recordaba haber experimentado antes.

—Deme una oportunidad para demostrarle que mis intenciones son honestas.

¿A qué estaba jugando aquel hombre?, ¿pretendía cortejarla? Aquella absurda idea consiguió que Grace perdiera la poca fortaleza que le quedaba para enfrentarse a él. El miedo estaba agarrotando su cuerpo con cada segundo que pasaba en su compañía.

—Debería dirigir sus atenciones a otras mujeres —farfulló la muchacha odiándose por no ser capaz de mantenerse firme y esquiva ante él, pero aquella declaración era más de lo que podía soportar.

Estaba agotada, rota y herida.

—Solo me interesáis vos.

Aquel despreciable hombre se atrevió a acercarse a ella y trató de agarrar su mano, pero antes de que pudiera siquiera rozarla, Liam se interpuso en su camino y desvió aquel incómodo contacto colocándose delante de ella.

—Lord Avery, le sugiero que antes de tomarse ninguna libertad se asegure de tener el beneplácito de la familia y el interés de la dama aquí presente.

La rotundidad en las palabras de Liam hubiese sido suficiente para amedrentar a cualquier hombre, sobre todo si hubiese sido un gran observador, pues el tic del ojo del lord demostraba lo airado que se encontraba.

Sin embargo, el que tenía frente él alzó la mirada y lo observó con un deje de soberbia que consiguió enervar aún más a su oponente.

—Lord McAlister, no era mi intención ser irrespetuoso con su… ¿qué se supone que es de vos esta muchacha?

Grace vio que Liam cerraba los puños, la tensión que sentía era evidente en todo su cuerpo.

—Ella forma parte de mi familia —señaló con tanta convicción que nadie sería capaz de desmentirlo—, haré valer sus derechos y su honor frente a cualquiera que se propasarse, no lo olvide.

Para sorpresa de todos los presentes, Liam se giró hacia Grace, la tomó de la mano y comenzó a caminar dejando al resto tras de sí. El camino de regreso al carruaje se le hizo eterno mientras se concentraba en sacarla de allí. Con cada paso, se alejaba de la tentación de dejarle los nudillos marcados en ese rostro sonriente.

«Maldito desgraciado», repetía en su mente una y otra vez, junto con imágenes en las que el lord sangraba y agonizaba en el suelo pidiendo clemencia.

Cuando por fin estuvieron junto al carruaje, Liam la soltó y se permitió mirarla. Tenía las mejillas empapadas por las lágrimas que ese malnacido la había hecho derramar.

Motivado por la angustia y el llanto de la joven la tomó por la cintura y la atrajo hacia él, capturando su dolor entre sus brazos. Notó que su llanto se intensificaba ante su gesto. No quería soltarla y no lo hizo hasta que el comisario y Marie llegaron hasta ellos, anunciándose con excesiva fuerza.

—No debió hacer esto, milord —aseguró la joven en un murmullo, deseando que solo él lo oyera, pero Wells y Marie estaban lo suficientemente cerca para haberla oído.

—Suba al carruaje, se acabó. Wells deberá buscar otro modo de identificar a esos hombres —anunció Liam en un tono tan firme que no admitía discusión alguna.

—Así será, milord.

Lord McAlister agradeció que el comisario no discutiera su orden, no estaba dispuesto a ceder, menos al observar la turbación en su rostro cuando se sentó frente a ella en el carruaje.

Grace no pronunció palabra durante el trayecto. Estaba aturdida, dolorida, con los ojos rojos de tanto llorar y la certeza en su cabeza de que aquello solo era el preludio de los horrores que iba vivir en un futuro muy cercano. Cuando la casa de los Blackwood apareció frente a ellos sintió un cierto alivio, pero su mente estaba lista para recordarle que eso no la protegía de nada.

Bajó del carruaje ayudada por Marie, que permaneció a su lado mientras entraban en la casa y se dirigían hasta la sala donde estaba Iara. Cuando la condesa las vio aparecer supo que algo malo había pasado, si tenía en cuenta la expresión en el rostro de su protegida.

Se alzó con dificultad y se acercó a ellas. Escuchó el relato de Marie con atención y preocupación.

—Grace —la llamó la condesa tras escuchar toda la historia mientras la animaba a tomar asiento—. Estáis a salvo. No vais a volver a ver a ese hombre —le aseguró, apoyando una mano sobre las de la joven.

La joven alzó la mirada, en sus pupilas se reflejaba el miedo que sentía.

—Lo dudo, Iara —afirmó sin intención de desairarla, pero convencida de lo que consideraba probable—. Él sabe quién soy, se atrevió a cuestionar a lord McAlister sobre el parentesco que nos une, conoce mi mentira y estoy segura de que vendrá a por mí.

—Da igual lo que haga, no le permitiremos llegar hasta ti.

Grace quería creer que podían protegerla, que si ese lord venía a buscarla le impedirían llegar hasta ella, pero… no tenían obligación de hacerlo. ¿Por qué pondrían en riesgo su paz y tranquilidad enemistándose con lord Avery por ella?

La condesa estaba embarazada, casi en su recta final, lord Blackwood era un hombre respetable, un lord reconocido y admirado por sus pares al igual que lord McAlister. Y ella… Se miró las manos, ajadas de trabajar en el campo junto a su padre, de coser junto a su madre…

«¿Qué han visto en mí para que forme parte de su mundo?»

—Grace, os aseguro que no consentiré que os hieran.

—Os lo agradezco, milady —señaló con un hilo de voz, incapaz de compartir con ella lo que atormentaba su corazón.

Se alzó del sillón en el que la habían instado a sentarse y salió de allí en silencio. Necesitaba hacer algo para distraerse. Dejó que sus pies la llevaran hacia la cocina, allí Jana ya estaba preparando la cena. Grace se colocó a su lado y comenzó a pelar patatas, tras ello fue encadenando una tarea con otra hasta la extenuación.

El tiempo transcurrió raudo, Jana sirvió la cena en el comedor mientras Grace terminó de recoger todo.

Tras ello salió al patio por la puerta de la cocina. Empezaba a oscurecer, hacía frío, pero necesitaba un poco de aire. Se apoyó contra la helada pared y cerró los ojos. El silencio parecía envolverla, por un instante se permitió pensar que lo ocurrido aquella tarde era fruto de su imaginación. Que lord Avery era solo un fantasma que trataba de colarse en sus sueños, que no era una amenaza real.

Notó cómo su corazón comenzaba a apaciguarse, mientras el aroma de la lavanda inundaba sus pulmones.

Un ruido extraño la sobresaltó, abrió los ojos y miró alrededor, por un instante solo vio la amalgama de sombras que la rodeaba. Inspiró hondo a punto de tranquilizarse hasta que un movimiento la

volvió a poner en alerta. Frente a ella una figura oculta entre las sombras la observaba.

Chilló y se giró con rapidez. Abrió la puerta. Entró con tanta precipitación que tropezó y estuvo a punto de caerse.

—¡No! —exclamó aterrada, tratando de cerrar la puerta sin conseguirlo—, ¡¡imárchese!!

Su grito no consiguió su objetivo, no sabía quién la acechaba, pero sí que estaba intentando entrar, empujando la puerta para que no pudiera cerrarla.

—Liam —murmuró, las fuerzas comenzaban a fallarle, quien fuera estaba a punto de traspasar el umbral y llegar hasta ella—¡¡¡Liam!!! —gritó tan alto como pudo, pidiéndole al cielo que la escucharan.

Grace se rindió soltando la puerta justo cuando Lord McAlister seguido de Kaine y lord Blackwood entraban en la cocina con precipitación.

La madera se abrió y en el umbral apareció el hombre que trataba de entrar, alargó la mano, pero antes de que pudiera rozarla, Liam estaba delante de ella.

Kaine salió corriendo tras el extraño y Liam iba a hacer lo mismo cuando notó que alguien tiraba de su chaqueta. Se giró, con gesto de preocupación hacia la joven.

—No vayáis tras él, os lo suplico.

Liam la agarró por los brazos con sumo cuidado tras evaluarla, consciente de que ella estaba a punto de desvanecerse.

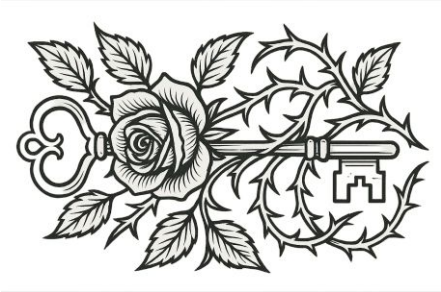
—No podéis privarme de esa satisfacción —señaló ligeramente consternado, quería hacer justicia.

—Os lo ruego, milord, yo…

La voz de la muchacha se volvió un murmullo inaudible y, si no hubiese sido porque Liam la sujetó por la cintura, se habría caído contra el suelo. La alzó en brazos con cuidado, ajeno a la atenta mirada de Ramsey.

Lord McAlister observó a Grace con detenimiento, estaba pálida, exhausta, con una sombra oscura bajo los ojos. La sujetó contra él y salió de la cocina rumbo a la habitación de la joven. En su mente crecía un único deseo y estaba dispuesto a cumplirlo.

8



La noche había caído sobre Londres junto a una niebla espesa que dificultaba el deambular de los pocos valientes que estaban en las calles de Mayfair a aquellas horas intempestivas. Las luces de las casas se iban apagando y era el momento en que los negocios clandestinos y la vida nocturna tomaba el control de la ciudad.

Liam se bajó del carruaje con expresión adusta y los puños apretados, preparado para la batalla. Recorrió la larga y empedrada calle hasta la casa de lord Avery. En su conciencia solo le pesaba faltar a la promesa que le había arrancado Ramsey unos días atrás, pero la desfachatez del lord, junto a su último acercamiento a Grace, lo había llevado a aquel punto y no pensaba retroceder ni un paso.

Llamó a la puerta con ímpetu y recibió la escasa cortesía del mayordomo de la familia, que le informó de que el lord no estaba en su casa. Sabía que no tardaría en aparecer y, como si lo hubiera atraído con la mente, cuando se giró sobre sus pasos se encontró con el carruaje de Avery y a este bajando del mismo tambaleándose.

Había bebido más de la cuenta a tenor del hedor que emanaba de su cuerpo y de las pupilas dilatabas que exhibía. Liam no pudo evitar la mueca de asco que apareció en su rostro cuando Avery se acercó demasiado a él

—¿A qué debo el honor de su visita, lord McAlister?

Liam percibió cierto aire de desdén en la pregunta de aquel hombre y apretó los puños.

—Venía a informarle de que lady Russ no está disponible para vos. No desea verlo.

—Ella sabe igual que yo que eso no es posible —afirmó arrastrando las palabras—, vos deberíais tenerlo en cuenta y no interponeros en mi camino.

Liam sintió cómo la rabia recorría su columna vertebral. Traspasó la distancia que lo distanciaba de aquel malnacido y, antes de que él pudiera reaccionar, dirigió el puño derecho a la mandíbula de lord Avery, tomándolo por sorpresa. Trastabilló hacia atrás, pero antes de caer, McAlister siguió lanzándole puñetazos que su coetáneo no fue capaz de esquivar.

Liam había perdido la cuenta de cuántos derechazos necesitó para saciar su sed de venganza, solo se detuvo cuando el lord estuvo en el suelo, escupiendo sangre por la boca y totalmente derruido. Lo observó tirado a sus pies, justo cuando iba a asestar el golpe final y al fin su mente le recordó quién era y cómo debía comportarse.

Resopló, asqueado consigo mismo, con su título y sus obligaciones que le impedían terminar lo iniciado como él consideraba correcto; pero era un caballero, un noble y su oponente ni siquiera podía oponer resistencia.

—Mi próxima advertencia no será tan benevolente, milord.

Liam no esperó respuesta, se giró y comenzó a caminar rumbo hacia su carruaje. No estaba satisfecho del todo, ni siquiera su labio se arqueaba ligeramente hacia arriba.

Unos pasos apresurados a su espalda lo pusieron sobre aviso, estaba a punto de virarse cuando el sonido de un disparo y el lacerante dolor en el costado izquierdo lo asaltaron sin piedad, derribándolo. Todo se volvió negro y su último pensamiento le presentó el entrecejo fruncido de Grace.



La humeante taza de té calentaba las manos de la joven, no podía dormir, se había despertado sobresaltada por una pesadilla y empezaba a tener la sensación de que aquello podía alargarse durante mucho tiempo. Así que estaba sentada en la cocina con el

cabello enmadejado y el corazón acelerado aún, tratando de entender el libro que Iara le había prestado, era imposible. Las letras se amontonaban frente a sus ojos y cuando conseguía leer alguna frase, parecía carecer de sentido.

Resopló, molesta consigo misma y con su mente poco colaboradora. Cerró el libro con fuerza, haciendo un gran esfuerzo para no estrellarlo contra la pared y dio un sorbo a su bebida. No le gustaba sentirse fuera de lugar y cuanto más trataba de encajar en el mundo de Iara, más absurda se sentía.

—¿Qué hacéis aquí, niña?

La voz de Jana le hizo alzar la cabeza y sonreír al ver a la mujer ataviada con su camisón, mirándola con cariño.

—Llevo la última hora dando vueltas en la cama, pensé que si leía un poco, podría coger el sueño; pero es en vano, aún estoy un poco asustada. Han pasado dos días desde que ese hombre trató de atraparme y todavía sueño con ello.

Jana se sentó frente a ella y apoyó una mano sobre la de la joven, que reposaba encima del libro inteligible.

—No sé qué estoy haciendo con mi vida —comentó ante los ojos comprensivos de aquella mujer que le recordaba tanto a su madre—. Desde que ellos aparecieron y… —la voz se le quebró y un sollozo se escapó entre sus labios.

—Os entiendo, aún estas acostumbrándote a todos los cambios y…

—¿Y si no quiero acostumbrarme? —cuestionó con impulsividad, evidenciando la angustia que estaba sintiendo en aquel instante.

—Entonces tendrás que tomar una decisión, mas te ruego que no te precipites. Esperad un poco, dejad que Simon encierre a esos hombres y no puedan volver a llegar hasta ti. Me quedaría más tranquila sabiendo que estas a salvo.

No pudo evitar que las lágrimas corrieran por sus mejillas al escuchar aquellas palabras. Se sentía afortunada y menos sola de lo que cabría esperar.

Un golpe fuerte en la puerta las sobresaltó. Ambas se miraron sin comprender quién podría llamar a esas horas y Jana se levantó, ante la insistencia de los golpes.

Nada hubiese preparado a Grace para lo que se encontró frente a ella segundos después: Kaine sujetando a un Liam inconsciente, que sangraba por el costado izquierdo.

En menos de diez minutos, todos los habitantes de la casa de los Blackwood se enteraron de lo ocurrido y se apresuraron para atender a lord McAlister lo mejor posible, mientras esperaban que el médico apareciese.

Entre Ramsey y Kaine lo subieron a una de las recámaras de la primera planta, retiraron el cobertor y lo tumbaron boca abajo sobre las sábanas blancas, que con rapidez se tornaron púrpuras. Grace se acercó temblorosa, con un puñado de sábanas blancas, las colocó encima de la cama, cogió una y la apretó contra la herida abierta en la espalda del lord.

Liam soltó un resoplido evidenciando el dolor que sentía en el costado, pero había que parar la hemorragia. Lo único que Grace podía hacer era apretarla para que dejara de sangrar, mientras rezaba en voz queda porque el médico no tardara demasiado en acudir a socorrerlo.

El paso de los minutos se le antojó eterno y, cuando al fin el doctor apareció, acompañado por el cochero de la familia, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar todas las maldiciones que conocía. Había tardado demasiado, a su parecer.

Soltó el agarre de las vendas, observando cómo el hombre de cabellos canos y rostro cansado tomaba el control de la situación, instándolos a salir de la recámara. Grace se retiró arrastrando los pies. No llegó muy lejos, sino que se paró en el pasillo, apoyada contra la pared, esperando una respuesta que alejara la tormenta que se arremolinaba sobre su cabeza.

—¿Por qué no te retiras a descansar, Grace?

La cálida voz de Iara la hizo reaccionar, secarse las lágrimas que habían mojado su mejilla sin que pudiera detenerlas y esbozar una forzada sonrisa.

—No creo que pueda dormir, necesito saber que está bien.

Iara asintió ante aquella respuesta tan reveladora y se quedó junto a ella a esperar. Jana y Marie no tardaron en proporcionarles un par de sillas para que pudieran sentarse. Una hora después, el

médico, seguido de Ramsey, salió de la recámara, ambos con gesto serio.

—Es un hombre fuerte, sobrevivirá —afirmó el doctor antes de marcharse acompañado por Jana—, pero no permitan que se levante en unos días.

—Se recuperará.

Aquella frase de Ramsey serenó un poco a Grace, que no podía evitar observar la puerta entreabierta de la recámara, ajena al cruce de miradas de los condes.

—He cambiado las sábanas, las otras habrá que tirarlas —informó Marie saliendo de la habitación junto a Kaine, que había tenido a bien ayudarla.

Iara asintió hacia la muchacha y esta se retiró, llevándose las telas que iban a desechar.

—¿Qué aconteció? —cuestionó Grace mirando alternativamente a Ramsey y a Kaine.

El lord hizo un asentimiento de cabeza y el hombre de confianza de Liam tomó la palabra.

—Fue a enfrentarse con Avery y le dispararon por la espalda.

Grace estaba anonadada ante la concisa explicación y lo que significaba. ¿Por qué Liam haría aquello?, ¿en qué estaba pensando para ponerse en peligro por ella? No tenía sentido.

—Saldrá adelante —afirmó Ramsey con tanto convencimiento que la joven no pudo menos que creerlo.

Miró hacia la puerta entreabierta de la habitación. Una parte de ella le gritaba que era su deber cuidarlo, pero no sabía cómo plantearlo frente a su familia.

—Creo que…

Grace detuvo su frase, enrojeciendo ante lo que había estado a punto de decir, ella no era nadie y no tenía derecho a solicitar aquello que su cabeza no paraba de repetirle.

—¿Por qué no lo acompañas un rato?

Grace asintió, agradecida con Iara y su ofrecimiento. No contestó, traspasó la puerta sin despedirse para encontrarse frente a un Liam tranquilo, dormido, pero tan pálido como las sábanas sobre las que descansaba.

Tuvo que reprimir el impulso de acercarse demasiado para no posar la mano sobre su mejilla y comprobar el calor de aquel hombre que parecía tan indefenso. Tan diferente a como era él.

Cogió una pesada silla de madera y la llevó con cuidado hasta colocarla junto a la cama. Se sentó y dio gracias a Dios por poder verle, por oír su acompasada respiración y…

«¿Qué me pasa?», se preguntó mientras el palpitar de su corazón se aceleraba y la incertidumbre la asaltaba. Días atrás lo quería fuera de su camino y, sin embargo, en ese instante de locura, su mente estaba imaginando escenas que jamás se atrevería a nombrar en voz alta.

Se amonestó por sus erráticos pensamientos, no podía obviar la realidad: eran dos extraños compartiendo un tiempo que pronto acabaría, no debía perderse en ensoñaciones.

Se recostó sobre el respaldo acolchado de la silla, comenzando su vigilia, dispuesta a cuidarle.

Dos días con sus noches estuvo velando su sueño, ayudándolo a beber algo de agua, escuchando murmullos enfebrecidos que carecían de sentido. El cansancio tras tanto tiempo en vela la hizo cabecear un rato. Cuando abrió los ojos, unos tímidos rayos de sol iluminaban la habitación y el pausado respirar del lord.

Estaba agotada, le dolía el cuello y le picaban los ojos. Se enderezó y un sentimiento de furia la asaltó.

—Estoy tan enfadada con vos —murmuró Grace mientras observaba a Liam dormir desde su incómoda silla—, prometisteis que no lo haríais y faltasteis a vuestra palabra. ¿Acaso no sois un lord?, ¿un hombre honorable?

No esperaba respuesta alguna, se levantó ignorando el tirón de espalda que estuvo a punto de doblarla y se acercó a la cama. Era más fácil estar airada con él que temer por su suerte.

Colocó las mantas con cuidado mientras lo observaba sin ocultar su enojo, el cansancio ya era inmenso y estaba afectándola. Tenía tantas cosas que decir, le quemaba cada una de ellas en la punta de la lengua. Sabía que cuando Liam se despertase no podría hacerlo, dejaría atrás aquella vulnerabilidad en la que se hallaba y volvería a atacarla impunemente, desarmándola con su sofisticada dialéctica.

—Creí que os habían asesinado.

Se le hizo un nudo en la garganta al decir aquello y tuvo que forzarse a respirar, aquietando ligeramente sus emociones.

Alargó la mano y la posó sobre la frente del lord, la fiebre había desaparecido al fin.

—Quise mataros yo misma cuando os vi sangrando —Grace no pudo evitar que sus ojos se anegaran de lágrimas—. ¿Por qué sois tan inconsciente? Sé que no tengo derecho a reprocharos nada, que no me debéis ninguna explicación, pero no puedo evitar deciros todo esto —señaló notando la tensión en todo su cuerpo, la furia que la corroía—. Sois una tortura, un inconsciente, un insensato y…

—No más que vos, milady.

Grace no pudo contestar, menos cuando los ojos de Liam se abrieron y la miraron con tal intensidad que le temblaron las piernas ante su escrutinio. Apartó su mano con precipitación y trató de componerse sin mucho éxito.

—Podéis seguir, milady. Quiero saber qué más cosas os molestan de mi persona.

—No debo… —respondió azorada, la ira había dado paso a la vergüenza, nunca sabía cómo iba a reaccionar aquel hombre, ni que grosería tendría preparada para ella.

—No dejéis que os intimide, estoy convaleciente. Es el mejor momento para aprovecharos de mí.

—Sois incorregible —masculló ante aquel tono irónico que él tanto adoraba utilizar—, pero os diré que vuestro hermano está realmente preocupado por lo acontecido. Creo que no se merece eso.

Grace se arrepintió en cuanto aquellas palabras salieron de su boca, una parte de ella quería herirlo y hacerle comprender lo errado de sus acciones.

—Hablaré con él —aseguró el lord, mostrando preocupación en su rostro—, dudo mucho que no entienda por qué lo hice.

Su propia afirmación perturbó a Liam, no quería admitirse a sí mismo, ni a nadie, el porqué de sus actos, ni la satisfacción que había sentido al humillar al lord, dándole su merecido.

—Bien, ahora seguid descansando, milord —si le había dicho algo más, Liam se lo había perdido, inmerso en su propio desasosiego, pero la joven no pareció darse cuenta—, yo debo retirarme.

Grace se giró, dispuesta a marcharse, pero la profunda y modulada voz de Liam la detuvo.

—Pensé que seguiríais acompañándome como lleváis haciendo estos días.

—¿Cómo lo sabéis? —interrogó extrañada, pues mientras lo estuvo cuidando no percibió que él se despertase en ningún momento.

—Os vi, observé vuestro sueño, disfruté de cada uno de vuestros cuidados, incluso de vuestra exacerbada lengua. Sois muy elocuente cuando nadie os interrumpe.

Liam disfrutó al ver cómo las mejillas de Grace enrojecían ante sus palabras.

—Consideré que en vuestro estado necesitabais atención constante —contestó la joven, turbada por el rumbo de aquella conversación—, mas veo que no es así.

—Eso es discutible, sigo convaleciente.

La sonrisa de Liam la molestó, parecía burlarse de ella. ¿Acaso no se daba cuenta de lo cansada que estaba por cuidarle?

—Me alegra que esté mejor, milord —respondió Grace, conteniendo a duras penas su impulsividad, una parte de ella quería amonestarlo por su actitud—. Esta noche no necesitará mis cuidados.

Sus miradas se entrelazaron. Liam no quería admitir lo mal que se había sentido ante aquella declaración, deseaba que estuviera ahí, en su recámara, donde podía asegurarse de que no le pasaría nada.

—¿Puede acercarme el vaso de agua antes de marcharse?

Grace asintió sin contestar, molesta con él y consigo misma, deseando salir huyendo de aquella habitación que se le antojaba tan pequeña. Se acercó a la mesilla de noche, cogió el vaso y se lo tendió al lord, pero este no hizo ni siquiera el intento de sujetarlo por sí mismo.

—¡¡Será posible!! —exclamó la joven al ver la poca colaboración de Liam, estaba convaleciente, pero no manco.

Se acercó a la cama, se inclinó hacia el lord y le ofreció el vaso para que pudiera beber sin necesidad de sujetar él el recipiente. Liam bebió sin apartar la mirada de la de Grace, que volvió a enrojecer, para su gozo. El lord no perdió detalle mientras ella volvía a dejar el vaso sobre la mesilla de noche y lo rellenaba.

Antes de que pudiera retirarse, Liam la sujetó por la muñeca y tiró de ella con fuerza medida, pero suficiente para que acabara sentada en la cama, más cerca de lo que las normas de la alta sociedad permitirían, su pierna rozaba la de él.

Grace estaba atónita, tanto que apenas reaccionó cuando el lord se incorporó ligeramente, acortando aún más el espacio que los separaba. Liam alzó la mano que tenía libre y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Anoche mientras dormíais al lado de mi cama solo podía imaginar cómo sería teneros en ella.

Grace abrió la boca, sorprendida ante aquella frase. ¿Qué le quería decir con aquello? Desechó de su cabeza cualquier pensamiento incómodo, inspiró hondo y alzó la barbilla.

—Eso no va a acontecer, milord —concluyó la joven, incapaz de moverse, luchando contra ella misma para no corresponder a aquel cortejo que estaba consiguiendo desestabilizarla.

—¿Estáis segura de que podríais resistiros?

—¿Acaso debo hacerlo con más convencimiento? —interrogó la joven a la defensiva, sorprendiéndolo—. Os creía más parecido a vuestro hermano. Conozco la historia que Iara y él comparten. Es de admirar lo respetuoso y atento que es y fue con ella, vos deberíais imitarle.

—En ese caso os ruego que os mantengáis fuera de mi camino —respondió Liam con acritud, molesto por sus palabras, incluso consigo mismo, porque en el fondo de su alma sabía que no sería capaz de hacer nada que ella no quisiera… tan solo le gustaba llevarla al límite.

—Eso trato, pero os empeñáis en implicaros en lo que no os concierne, en poneros en peligro, en sucumbir ante la ira sin pensar

en las consecuencias.

—No podéis cambiar cómo actúo, milady.

—¡Maldita sea! —exclamó Grace tan harta que se sorprendió hasta ella misma de su exabrupto—. Dejad de usar esa palabra, cada vez que me la tiráis en la cara siento que os reís de mí.

Grace dio un tirón para liberarse de su agarre y se levantó con precipitación, enredándose con la colcha. Maldijo entre dientes, desenredó su pie y trató de marcharse, pero, para su sorpresa, una cálida mano se posó sobre su cadera y la hizo girarse sobre sí misma.

Frente a ella estaba él de nuevo. Alzado como si no tuviera una herida aún abierta en el costado, sujetándola con un gesto que no era capaz de interpretar. La iba a volver loca con su actitud.

Grace notó que su respiración se aceleraba ante aquel contacto, su corazón latía cada vez más rápido.

—Lord McAlister, no sé qué pretende, pero es el momento de comportarse como un caballero y apartarse de mí —señaló tratando de hacerlo reflexionar.

—¿Quién dice que yo soy un caballero, milady?

Grace se revolvió, pero la mano del lord no se separó de ella y una sonrisa asomó a sus labios.

—Os ruego que me soltéis, ahora mismo.

Como respuesta, Liam la acercó un poco más a él.

—Lo único que frena mi avance es recordar quién sois. Ese título que os hemos concedido y despreciáis con tanta convicción.

Grace no podía rebatirlo, no perdida como estaba en su mirada y las sensaciones que la recorrían al estar en sus brazos.

—Mas si obvio el papel que desempañáis en esta casa, no podré detenerme. Sucumbiré a mis instintos, esos que tildáis de bajos, los mismos que hacen que vuestro corazón se acelere al sentirme cerca.

—Milord…

—Hace menos de una semana gritasteis mi nombre, Grace —la joven se estremeció ante el tono seductor que estaba empleando para dirigirse a ella—. Me gustaría oírlo de nuevo de vuestros labios.

—No es posible.

El lord tuvo que hacer un gran esfuerzo para escuchar aquella negativa.

Sonrió complacido ante las reacciones de la joven, pues el cuerpo de esta respondía a su cercanía.

Liam alzó la mano y acarició ligeramente su mejilla, acercándose peligrosamente a la comisura de aquella boca que estaba deseando probar. Deseaba traspasar el límite. Grace suspiró sin poder evitarlo.

—Sé que lo anheláis tanto como yo.

El lord se inclinó hacia ella, hasta que el espacio que los separaba estuvo a punto de evaporarse. Grace tembló al sentirlo tan cerca de ella, él siguió acariciando la sedosa piel de su barbilla, induciéndola a la rendición.

—No sigáis negando lo que ambos sabemos.

Aquella frase susurrada despertó a Grace de su ensoñación, dio un paso hacia atrás y el miedo se reflejó en su mirada. Las palabras de sus padres se colaron en su mente, recordándole lo importante que era el decoro y la rectitud.

Negó con la cabeza, alzando las manos para impedir un nuevo acercamiento.

—No soy ese tipo de mujer, no sigáis con esto pues ambos sabemos que lo único que podríamos provocar sería un problema mayor, y ya tengo demasiados. Aléjese de mí y le garantizo que no tendrá que ocuparse de nada que me concierna.

—Grace… —la llamó tratando de sujetarla, pero ella no se lo permitió alejándose de él todo lo que pudo.

—No, jamás debió acontecer esta conversación.

Antes de que él pudiera reaccionar, Grace salió de aquella habitación como si estuviera huyendo de un incendio, así se sentía. En su precipitación se chocó contra alguien que se quedó perplejo al verla.

—Milord, disculpe mi torpeza, no quería importunarlo —balbuceó la joven azorada, pues no esperaba encontrarse con nadie en el pasillo.

—Buenos días, señorita Grace, el único lord de esta casa es mi tío, bueno y también su mejor amigo. Yo no ostento ese cargo, ni

deseo hacerlo —comentó Oswald, el sobrino del conde, con una sonrisa en el rostro.

—Recuerdo nuestra primera conversación antes de que me hicierais bailar con vos —respondió Grace componiendo una sonrisa.

—No hemos seguido practicando, estoy a vuestras órdenes cuando deseéis hacerlo.

—Desistí de esa idea —contestó ella tratando recuperando la calma—, vuestra tía fue tan generosa al ofrecerme una oportunidad así, que mi raciocinio se nubló. Por suerte ya estoy recuperada de mi inconsciencia.

—No sé si mi tía estará muy de acuerdo, es una mujer persistente y astuta.

—Ya veo que la adoráis tanto como ella a vos.

—Tengo mucha suerte con la familia que me tocó y… —Oswald miró hacia la puerta de la recámara donde descansaba Liam—, si disculpa mi indiscreción, ¿podría decirme por qué huía con tanta premura?

Grace notó como sus mejillas se incendiaban ante aquella pregunta tan bienintencionada.

—Lord McAlister tuvo a bien recordarme por qué mi paso por este hogar debe ser lo más breve posible.

Oswald frunció el entrecejo ante esa respuesta que era más elocuente de lo que cabría esperar. Sin duda, algo estaba pasando entre su tío y la señorita Grace, pero aún ninguno de los dos estaba listo para afrontarlo como se debía hacer.

—Sabe que se ha ganado un lugar en esta casa y, aunque haya inconvenientes, no debe precipitarse en sus decisiones.

La sabiduría de aquel muchacho, que pronto sería un hombre tan bueno como el lord Blackwood, la abrumó.

—No lo haré.

—Os felicito por ello.

—Me vendría bien pasear —dijo desviando la conversación antes de que él quisiera seguir interrogándola——, tomar el aire y quizás ir a ver a la modista, pero…

—Tal vez pueda ayudaros… si me lo permitís, claro —el rostro de la joven se iluminó, agradecida—. Os acompañaré, tengo que hacer

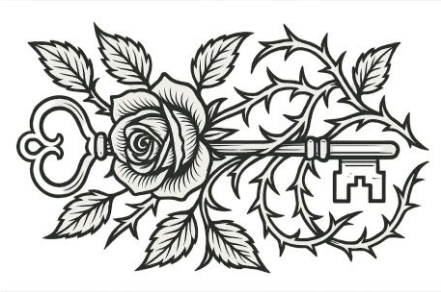
unos recados por la zona junto a Robert, el hermano de Iara.

—No sabéis lo agradecida que estoy ante vuestro ofrecimiento, pero…

—Avisaré a Jana, merecéis un descanso —respondió Oswald anticipándose a sus objeciones—. Id a cambiaros, os esperamos abajo.

Grace asintió deseosa de alejarse durante un rato de aquella casa y se retiró a su recámara en busca del más sencillo de sus vestidos de paseo, era gris y abrigado. Se hizo un recogido y bajó las escaleras en busca de sus acompañantes.

9



El frío de aquella mañana parecía haber alejado a los viandantes, las calles no estaban concurridas, salvo por las muchachas como Grace haciendo recados para sus señoras y algún que otro caballero caminando con prisa rumbo a una reunión de negocios.

Una bocanada de viento gélido la golpeó en el rostro cuando bajó del carruaje ayudada por el sobrino del lord. Este, sin perder la sonrisa, le ofreció su brazo, Grace no tuvo ánimo de desairarle y aceptó el galante gesto dejándose guiar hacia el lugar al que quería ir.

Robert y Oswald la dejaron en la puerta de la tienda de la modista, asegurando que no tardarían, pero que si ella acababa antes podía refugiarse en un bello café que estaba justo en la acera de enfrente.

Grace se despidió de los jóvenes y empujó la acristalada puerta de aquel paraíso de telas y encajes.

La modista la saludó desde la parte trasera de la tienda. Estaba tomando las medidas a una joven postulante que no paraba de hablar, con una cháchara incesante y aburrida sobre todos los bailes a los que había acudido hasta ese instante. Los minutos pasaron lentos, pero en aquel lugar, entre rollos de seda, organza y puntillas, su mente se fue serenando y se sintió un poco más cerca de su madre.

Cuando Gillian terminó de atender a sus clientes y estas se marcharon, se giró hacia ella, con una sonrisa cálida en su rostro y una pregunta asomando a los ojos.

—Señorita Russ, no recuerdo que tuviera algún encargo para lady Blackwood o para vos.

—Tenéis razón —Grace notó cómo enrojecía—. Ignoro qué me ha traído hasta aquí, necesitaba escapar de esa casa y este es el único lugar que conozco gracias a mi prima.

Casi se atragantó al decir aquella mentira y de alguna forma intuía que la modista conocía la verdad de su condición, pero la mujer asintió y no hizo ningún comentario que la incomodara.

—Siempre es agradable coincidir con vos.

—Me encanta vuestra tienda —afirmó la joven sintiéndose un poco más cómoda—. Si mi madre la hubiese conocido… casi puedo imaginarla aquí.

—Gracias, he puesto en cada rincón toda la pasión que siento hacia mi profesión.

—Se percibe en cada detalle.

Gillian la observó con detenimiento mientras que la joven rozaba con la punta de los dedos algunas telas, admirando cada detalle. La vio perderse en sus recuerdos hasta que volvió al lugar donde ella estaba.

—Es maravillosa.

—Agradezco tanto que la apreciéis de esta forma —afirmó la modista —. Quizás pueda tomarme un descanso y me vendría muy bien su compañía, si le parece adecuado.

Jamás lo haría con otra persona, pero de alguna forma aquella joven le inspiraba confianza y sabía por Iara que había sufrido demasiado.

—Me encantaría.

Gillian indicó que la siguiera hacia la parte de la tienda donde estaba el taller, puso agua a hervir mientras Grace tomaba asiento en un cómodo sillón gris frente a una mesilla de té. Unos minutos después daba vueltas al terrón de azúcar que había echado en la taza de fina porcelana.

—Si mi mente no falla, esa es la tela que os vendí para confeccionar vuestro vestido —Grace asintió notando que sus mejillas enrojecían, cuando lo había elegido del armario ni siquiera

pensó en lo que hacía—. Ha creado una pieza maravillosa. Tiene que estar orgullosa de su habilidad.

—En realidad cuenta con varios fallos —señaló la muchacha, que no estaba acostumbrada a ciertos halagos.

—Es normal, pero le aseguro que un ojo inexperto ni siquiera repararía en ellos y a mí me cuesta hacerlo. La felicito por su logro.

—Os lo agradezco.

Grace sonrió y bajó la mirada hacia la taza que tenía entre las manos, el líquido de su interior empezaba a templarse.

—Os noto preocupada.

—Ese parece mi tortuoso destino después de todo lo que ha pasado —comentó la joven sin deseo de profundizar más en aquello, pero manteniéndolo muy presente.

—Os entiendo, a veces la vida se impregna de una crueldad arrolladora.

Grace asintió levemente y se llevó la taza a los labios, dio un pequeño sorbo, estaba caliente pero no tanto como para quemarle la lengua.

—Estoy sintiendo algo por lord McAlister —confesó en un susurro ahogado, liberándose de aquella carga que sostenía sobre sus hombros.

—Un caballero muy apuesto, sin duda.

—Pero es inadecuado, somos de mundos tan diferente y…

Grace detuvo su explicación, dejó la taza sobre el platillo con tanta fuerza que estuvo a punto de romperla y se levantó con las mejillas enrojecidas. «¿Qué estás haciendo?», le gritaba su mente, molesta ante su falta de sentido común.

Gillian se alzó con calma, sin demostrar ninguna emoción que pudiera ofender a la joven, y colocó una mano sobre el antebrazo de esta, deteniendo su huida.

—Nada de lo que me contéis saldrá de mis labios.

La firmeza en la voz de aquella mujer fue suficiente para que Grace la creyese.

—Os suplico que así sea —solicitó la joven con voz temblorosa.

—Por supuesto, lady Blackwood también confió en mí hace tiempo, solo ella y yo sabemos lo que hablamos. Jamás traicionaría

su confianza, ni tampoco la vuestra. Es agradable encontrar personas que son capaces de ir más allá de mis manos o mis vestidos.

—No podría verla de otra manera —afirmó Grace mientras su mente imaginaba las dificultades que podía haber enfrentado Gillian al abrir aquella tienda.

—No es lo común ni lo usual, pero ya me he acostumbrado y a veces hasta lo agradezco, no todas son como lady Blackwood o como vos.

—Iara es maravillosa —comentó Grace mientras Gillian le ofrecía sentarse de nuevo.

Las dos mujeres volvieron a tomar asiento y Grace tardó unos segundos en volver a retomar el hilo de sus pensamientos.

—¿Hay algo que os preocupa?

—¿Tan evidente es? —cuestionó la joven y Gillian asintió.

—Noto lo angustiada que estáis, ¿no habéis hablado con vuestra prima?

—No quiero trasladarle mi zozobra, ni mis miedos.

—Ni vuestros sentimientos —añadió la mujer un poco más consciente del dilema que se le estaba presentando a aquella muchacha.

Era joven e inexperta, al menos en temas de amor. Tenía que ir adquiriendo experiencia en la vida.

—¿Cómo he podido abrir mi corazón a alguien tan complejo como lord McAlister? —preguntó Grace más para ella misma que para su acompañante—. Es de trato difícil, irrespetuoso e imperativo, desea dirigir todo a pesar de no tener que hacerlo.

—El amor no entiende de inconvenientes, Grace. No es racional ni medido, solo aparece y produce una sacudida tan fuerte que no podemos detenerlo.

—Quizás solo sea agradecimiento lo que siento —comentó la muchacha sin ocultar el desasosiego que le producía los sentimientos que albergaba por Liam—. Él me salvó.

—El agradecimiento no produce deseo, no te hace suspirar ni te eriza la piel. No te mantiene en vilo durante las largas y solitarias

noches mientras su imagen se cuela en tu mente sin que puedas evitarlo.

Grace se estremeció ante la exactitud de las palabras de Gillian, había hecho una descripción exacta de cómo se sentía y de todo lo que le estaba pasando.

¿En qué momento había permitido que la locura se instaurara en ella? No sabía cómo, pero estaba dispuesta a hacerle frente y a acabar con cualquier pretensión romántica que pudiera tener.

—No luches contra lo que sientes.

—Gillian, él jamás podrá casarse conmigo, y yo lo acepto. Cuando tenga la fuerza necesaria me marcharé de la casa de Iara y… —Grace inspiró hondo, estaba a punto de hacer una petición extraña que suponía que sería rechazada— me preguntaba si vos me acogeríais durante un tiempo, trabajaré, seré la mejor ayudante que podáis tener, pero requiero encontrar una salida.

La modista era consciente del estado de nervios de aquella joven,

—Si lo necesitáis, no dudéis en venir a verme —afirmó la mujer con sinceridad, deseando ayudarla—, me será muy útil contar con una ayudante como vos, aunque intuyo que ese no será vuestro camino.

Grace se deshizo en agradecimientos ante aquella mujer que le estaba abriendo una posibilidad que estaba dispuesta a escoger. Pasaron la siguiente media hora hablando de telas y organzas, Gillian le enseñó el esbozo de unos modelos que estaba creando y ella se imaginó recortando la suave seda para crear los detalles.

La conexión entre ambas era intensa y cuando la joven se despidió de la modista, salió de la tienda con una sonrisa en los labios, rumbo hacia el lugar donde había quedado con Oswald y Robert.

Estaba a punto de cruzar la calle cuando un chiquillo de unos diez años apareció frente a ella y la llamó por su nombre. La muchacha lo miró asombrada.

—Sus familiares me pidieron que la indicara otro lugar donde debía esperarlos.

Grace frunció el ceño ante la atropellada explicación.

—¿Estás seguro?

El chico asintió y comenzó a andar antes de que Grace pudiera preguntarle nada más. Sin pensarlo, la joven lo siguió calle abajo, mirando alrededor por si veía el carruaje de lord Blackwood para preguntar a su cochero, pero no lo encontró.

Tras diez largos minutos caminando entre las calles, la ciudad pareció transformarse. Las casas eran más viejas, el arrastrar de pies de las personas con las que se cruzaban era más pronunciado, la suciedad parecía cubrirlo todo… Grace comenzó a respirar de manera entrecortada. La imagen que veía ante sus ojos le estaba poniendo nerviosa.

Cuando el muchacho que la guiaba giró rumbo a un callejón oscuro que parecía no tener salida, Grace se detuvo, temblando sin poder evitarlo.

—No pienso entrar ahí —anunció lo suficientemente bajo para que solo su acompañante la oyera.

—Pero ahí están sus parientes —contestó el chico.

—¿Qué aspecto tenían esos parientes? —cuestionó mientras las dudas se colaban en su cabeza y la sensación de peligro aumentaba —, ¿parecían nobles? —insistió en un susurro mientras su mirada se dirigía al final de callejón. Tres hombres de complexión corpulenta la observaban.

—No.

No necesitaba aquella respuesta, pero fue la que activó su instinto de supervivencia. Grace se recogió la falda y salió corriendo rumbo a ninguna parte, no conocía Londres, mucho menos sus bajos fondos, pero no pensaba ponérselo fácil a aquellas personas.

Sintió que la seguían. Aceleró el paso todo lo que pudo. Iban a por ella. Los sentía cada vez más cerca. La iban a atrapar. Zigzagueó por las calles entre las personas que se encontraba, oyendo maldiciones y gritos a su espalda. Esperaba encontrar la forma de volver a la tienda, pero cada vez estaba más perdida. Corrió todo lo que pudo mientras su mente le reprochaba su inconsciencia una y otra vez.

Liam había perdido la noción del tiempo, no sabía cuántos días llevaba allí, mas ya se sentía lo suficientemente fuerte como para levantarse, así que, desoyendo las indicaciones del médico, se vistió con mucho esfuerzo y fue en busca de Ramsey.

Lo encontró detrás de su escritorio, revisando números. Se llevó una mirada de reproche cuando traspasó las puertas de su despacho y tomó asiento frente a él.

—Estoy bien —afirmó incapaz de reconocer que desde que se había puesto la chaqueta y debido a un mal movimiento, notaba un dolor intenso en la herida.

Ramsey apoyó la pluma en el soporte del tintero y recostó la espalda en el respaldo de su sillón, sin dejar de mirar a aquel hombre terco que consideraba su hermano. Quería hacerle entender la gravedad de los hechos, arrancarle un juramento para que jamás volviera a hacerlo, pero algo le decía que sería en vano.

Había algo muy importante en juego, aunque Liam no estuviera dispuesto a asumirlo aún.

—Han estado a punto de matarte.

Liam jamás le había visto tan serio y preocupado. Aguantaría los reproches con estoicismo, pues sabía que tenía razón.

—Asumo mi error —afirmó con humildad, algo impropio en él—, le di la espalda confiando en…

—Debiste cumplir tu palabra —lo interrumpió Ramsey con la furia reflejada en sus palabras—. Liam, eres importante para mí, para esta familia y aunque entiendo tus motivos…

—No sé qué crees comprender, pero no es así —se defendió al intuir que él se refería a Grace—. Ese hombre se atrevió a venir a esta casa. Podía haberos hecho algo y mi deber siempre ha sido protegeros.

El conde estaba decepcionado con su negativa. «No es posible que sea tan ciego», pensó, pero aquella respuesta era suficiente

para no continuar con su conversación. No iba a conseguir nada, al menos no por el momento.

—Soy consciente de tan noble labor, pero te ruego que tomes los cauces legales la próxima vez.

—No te prometo nada.

—Será mejor que empleemos nuestro tiempo en algo productivo —afirmó Ramsey conteniendo las ganas de seguir discutiendo—: a trabajar.

Ambos hombres emplearon buena parte de la mañana en revisar el último negocio que habían emprendido, los números eran buenos y podrían sacarle una gran rentabilidad. Estaban tan concentrados, que no oyeron el alboroto que se había formado en la entrada de la casa, hasta que Jana vino a advertirles seguida de Oswald.

La entrada atropellada y sin anuncio de ambos en el despacho, les hizo soltar las plumas y ponerse en alerta.

—He perdido a Grace.

No había terminado de decir el nombre cuando Liam se levantó exaltado, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no zarandear al que consideraba su sobrino.

Se acercó a él con furia, situándose a una distancia amenazadora.

—¿De qué hablas? —preguntó, jadeando por el dolor que le había producido levantarse de manera precipitada.

—Ella me pidió que la llevara a la modista —la explicación balbuceante de Oswald lo estaba haciendo enfadar aún más—, tenía que hacer unos recados y la dejé allí, quedamos en que nos veríamos en el café de la acera de enfrente, cuando volví no estaba…

—¡¡¿Cómo se te ocurre dejarla sola?!!

El grito de Liam fue ensordecedor, enmudeciendo al joven, que no pudo evitar temblar ante la furia del hombre.

—No sé qué pasó, hablé con la modista, me dijo que salió de allí quince minutos antes de que llegáramos, pero en el café no la encontré, ni siquiera entró. Robert y yo la buscamos, preguntamos y alguien vio a una dama correr hacia el puerto, es el único dato que tenemos. Lo siento, tío.

—¿Por qué iría hacia allí? —inquirió Liam mirando a Ramsey, confuso.

Liam respiró hondo, repasó su última conversación. No, no lo había amenazado con irse y si eso pretendía, no hubiese estado en la tienda de vestidos media mañana.

—Creo que algo le pasó —contestó lord Blackwood—, dudo mucho que sepa hacia dónde se dirige. Por lo que me dijo Iara, no conoce Londres.

—Iré a buscarla.

Salió de allí antes de que Ramsey comenzara a exponerle los motivos por los que no debía montar a caballo. Sabía el riesgo que corría, pero eran mayores aquellos a los que estaba expuesta Grace y no permitiría que sufriera daño alguno.

No tardó en tomar rumbo al puerto más cercano que conocía, seguido por el carruaje de su hermano. Pronto los perdió, pues podía avanzar más rápido entre los carruajes, parecía que todo Londres estaba en las calles que llevaban al puerto. El camino se le hizo eterno, su mente no dejaba de repetirle imágenes horribles sobre Grace y lo que podían hacerle.

Estaba sola, vestida como una dama, a merced de quien quisiera herirla.

Cuando llegó al lugar, había barcos atracados, marineros que iban y venían cargando los pescantes, comerciantes y mujeres cerca de las tabernas esperando el turno de entretener a los aguerridos aventureros que no temían el mar.

Bajó del caballo, por un instante la duda lo asaltó: había otros puertos en Londres, tan solo había deducido que ella podría estar en el más cercano a la zona en la que se encontraban, pero si no era así… Notó una presión en el pecho que era desconocida para él.

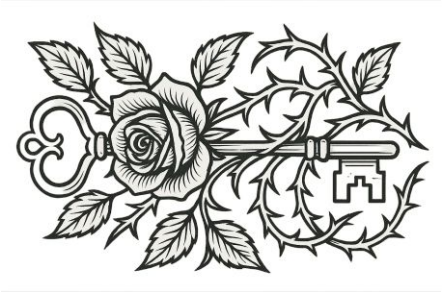
«Voy a encontrarte.»

Observó a su alrededor y le hizo una seña a un chiquillo para que se acercase a él. Le ofreció unas monedas a cambio de cuidar a su caballo. El andrajoso muchacho apretó su botín y asió las riendas con tanta fuerza que era imposible soltarlas.

Miró alrededor, como si de un solo vistazo pudiera encontrar a Grace. Fue inútil. Con el desasosiego metido en el cuerpo, comenzó

a buscarla.

10



La imagen del puerto la dejó sin palabras, los grandes barcos atracados, el bullicio y trasiego de ir y venir de la gente que allí estaban. Por un instante se sintió segura entre tantas personas. Si seguían persiguiéndola, seguramente no intentarían atacarla estando rodeada de gente.

Comenzó a caminar entre los bultos de mercancía y los comerciantes, tratando de decidir su próximo paso. ¿Cómo iba a volver a casa de los Blackwood? Aquella incertidumbre la hizo temblar, no sabía en quién confiar ni hacía dónde dirigirse.

Se detuvo a observar la oscuridad del Támesis, estaba embravecido y la sobrecogió la fortaleza que despedía contra el rompeolas. Estuvo unos minutos hipnotizada con aquella visión, ajena a lo que ocurría a su alrededor hasta que unos pasos tras ella la hicieron salir de su ensoñación. Se giró dispuesta a marcharse, alzando la barbilla, tratando de parecer una dama respetable para impedir que alguien la atacara.

Los silbidos y gritos llegaron hacia ella, pero los ignoró, pasó a varios metros de tres marineros, uno de ellos se adelantó y la sujetó por el brazo.

—Miren lo que nos trajo la marea. Un lindo ejemplar —voceó el hombre ante una aterrada Grace.

—Debo irme —informó la joven.

—Estás un poco desarreglada, ¿qué te ha pasado, muñeca?

—Le suplico que mantenga la distancia conmigo —Grace trataba de mostrar fortaleza, pero se iba desinflando entre las risas de los

amigos de aquel hombre que estaba sobrepasando los límites con ella.

—Vamos, princesita, debajo de esa falda tienes algo que me interesa, solo será una miradita.

—¡¡Suélteme!! —chilló Grace, tratando de librarse de la mano de ese hombre. No lo consiguió, el agarre se volvió más firme y la sonrisa socarrona de su captor desapareció.

El rudo marinero la atrajo más hacia él, haciendo que el cuerpo de la joven chocara contra el suyo con violencia.

Grace se revolvió sin saber que eso hacía que su captor se envalentonara. Cada tirón que ella daba él lo acompañaba de un apretón aún más fuerte en sus brazos, hasta que la joven no tuvo ni la fuerza ni el espacio necesario para seguir luchando.

—Así me gusta, tranquila y sumisa. Eso te conviene, muñeca —dijo el hombre soltando sobre ella el rancio aroma del alcohol que había estado bebiendo segundos antes de verla—. Voy a llevarte a un sitio solo para nosotros dos y te mostraré todo lo que Dave puede darte.

—¡¡No!! —chilló Grace volviendo a intentar soltarse, tironeando con el fin de deshacerse de su agarre, pero no consiguió nada.

El hombre de pelo castaño y una larga cicatriz en la mejilla izquierda, hizo caso omiso de su negativa. Apretó su brazo clavándole las uñas, ignorando el chillido de dolor de la joven. Comenzó a arrastrarla detrás de él, rumbo al hospedaje donde se alojaba. Ya estaba saboreando el momento de hacerla suya. Iba a ser muy excitante colocarse entre los blancos muslos de una dama.

Por su parte, Grace se resistía sin mucho éxito. Dave la empujaba cada vez que ella trataba de detener la marcha, instándola a continuar, notando como su erección crecía ante su resistencia.

—Por favor —rogó tratando de apelar a la bondad de aquel despreciable ser—. No quiero esto.

—Te haré desearlo, lo disfrutarás y me pedirás mucho más.

Cinco minutos después habían llegado a su destino sin que nadie hubiese hecho caso a los gritos de auxilio de la joven, para los hombres con los que se habían cruzado era invisible. Dave empujó la sucia puerta de madera y la profunda voz de un hombre los detuvo.

—Suéltela.

Su captor se volvió, furioso, capaz de enfrentarse a quien estaba privándole de su diversión.

—¿Quién osa…? —comenzó a decir enrabietado, hasta que reparó en quién tenía frente a él—. Sí, señor.

Dave agachó la cabeza, soltó a Grace con tanta fuerza que esta trastabilló hacia atrás y estuvo a punto de caerse. Murmuró algo que nadie entendió y se perdió dentro de la hospedería en la que se alojaba.

Grace no entendía qué había pasado, ni porqué aquel hombre intervino a su favor. Su gesto adusto y el ceño fruncido le impidió preguntarle nada.

—Gracias, milord —dijo, limitándose a ser cortés, notando la riqueza de sus ropajes negros.

—Un placer, milady —Grace se estremeció ante la manera en que aquel hombre arrastró las palabras—. Lo que trato de entender es qué hace una dama como vos en un lugar como este.

—Me perdí, tuve que escapar de unos hombres que querían apresarme y al salir corriendo me desorienté.

Grace se asustó cuando su interlocutor dio un paso hacia ella, algo en su interior la mantenía en estado de alerta. Solo quería volver a casa de Iara y no salir de allí en los próximos meses.

La mirada inquisidora del hombre la ponía nerviosa, más de lo que debería. ¿Por qué parecía querer hacerle daño?, retrocedió tropezando al hacerlo con el bordillo de la calle, chocando contra la pared de una vivienda.

—Ha estado extraviada demasiado tiempo, yo la ayudaré a encontrar el camino.

Aquello sonaba a amenaza, Grace negó con la cabeza con vehemencia mientras el hombre seguía acercándose a ella.

—No es necesario, milord —contestó la joven en un balbuceo que no sonaba todo lo bien que ella quería, pero que detuvo el avance del lord—. Si me disculpa, debo marcharme.

—Estoy en posición de socorrerla, milady, y…

El hombre alzó la mano, dispuesto a agarrarla por el brazo. Estaba acorralada, perdida y de nuevo a merced de otra persona con

dudosas intenciones. Quería gritar, pero el nudo que se había formado en su garganta se lo impedía. ¿Por qué tenía que pasar por aquel calvario?

Negó con la cabeza y trató de apartarse al máximo de su interlocutor, obviando lo que le decía. Estaba a punto de echar a correr cuando escuchó su nombre.

—¿Liam? —respondió sorprendida, alzando la mirada para buscarlo, y quien la acompañaba maldijo.

Lord McAlister estaba ahí, delante de ella, con gesto serio y los puños cerrados, dispuesto a asestar el primer puñetazo, pues la escena que tenía frente a él no le gustaba. Avanzó hasta quedar junto a la joven, se giró hacia la persona que estaba con ella y el tiempo se congeló.

—Padre.

Aquella palabra quedó suspendida en el aire, ondeando entre los tres. Grace observó el alivio en el rostro de Liam, también el saludo contenido de ambos, mientras su corazón se aceleraba.

Aquel hombre de aspecto regio y media sonrisa la había hecho sentir en peligro. No dudaba ni por un instante de su percepción, pero el cambio en él era evidente. No parecía el mismo que había tratado de sujetarla segundos antes. Inspiró hondo, prohibiéndose decir ni una palabra, Liam no la creería si le manifestaba sus miedos.

—Acabo de desembarcar —aseguró George con gesto tranquilo, ignorando a Grace deliberadamente—. Estaba a punto de volver a casa cuando me tropecé con esta joven en apuros, no pude evitar ayudarla.

—Inesperado y oportuno, os lo agradezco, padre—contestó Liam, dejando a un lado la sorpresa.

Lo había echado tanto de menos que encontrarse con él de esa manera lo pilló desprevenido. Algo tan extraño para él que aún estaba tratando de asimilarlo.

—Ya veo que no recibiste mi última misiva donde te informaba de mi vuelta, llegará en unos días.

—Lo importante es que estáis aquí —Liam no podía evitar agradecer el tener frente a él a su padre y a su lado a Grace— y

tenéis muchas cosas que contarme, hace más de un año que partisteis por última vez.

—Sí, el tiempo pasa raudo cuando uno se echa a la mar. Los meses parecen días —aseguró George con cierta nostalgia, como si quisiera volver a embarcarse en ese mismo instante.

Grace observaba la escena, escuchaba el intercambio de opiniones pegada a la pared. Podía ver la emoción en el rostro de Liam, también en el de su padre, pero la oscuridad que había percibido en este no se disipó al aparecer su hijo. No, ella sabía bien lo que había visto.

La muchacha perdió el hilo de la conversación cuando Liam tomó su mano, sin importarle quién pudiera ver aquel gesto, y este la guio al lugar donde había dejado el caballo. Grace palideció al ver el carruaje de lord Blackwood y a este junto a Kaine esperándolos… Jamás hubiese imaginado que irían tantas personas a buscarla.

Se apresuró a subir al coche de caballos con la ayuda de Kaine mientras los hombres hablaban. Lo último que pudo ver fue a un emocionado Ramsey dando un afectuoso abrazo a George.

—¿Os encontráis bien? —la preocupación en la pregunta del hombre de confianza de Liam la sorprendió, bajó la mirada hacia él y le sonrió.

—Ahora sí, agradezco tanto que no me abandonarais a mi suerte.

—Eso jamás sucederá.

Kaine cerró la puerta y Grace se recostó contra el respaldo del carruaje. Respiró hondo, tratando de tranquilizarse. Estaba a salvo, repetía su mente con insistencia, pero no podía evitar que las imágenes de lo vivido se colaran entre sus pensamientos positivos para atormentarla. El recorrido de vuelta al hogar de los Blackwood se le hizo eterno. Frente a ella se había sentado Liam con gesto serio, sin mirarla ni dirigirla la palabra. Ramsey estaba al lado de su hermano y Kaine llevaba el caballo que lord McAlister había usado para llegar al puerto.

Grace esperaba el primer envite, no llegó. El carruaje se detuvo y Ramsey la ayudó a bajarse del mismo con una sonrisa tranquilizadora en el rostro. Iara y Marie la recibieron con mil preguntas que no pudo responder, aún estaba en shock, solo quería

esconderse en algún lugar seguro y llorar, la congoja que sentía estaba a punto de hacerla estallar.

Por suerte, ambas mujeres entendieron su sentir y solo la acompañaron hasta su recámara.

Le dolían los brazos, más de lo que quería admitir. Se sentó en la cama y dejó que las lágrimas corrieran libres por sus mejillas.

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Se levantó y se apresuró a abrir. Frente a ella, Marie acompañada del doctor de la familia.

—Milady, el doctor viene a examinarla.

—No entiendo por qué debería hacerlo —señaló mirando alternativamente a ambos.

—Lord McAlister insiste —dijo el doctor con un deje de resignación—, no me dejará examinarlo hasta que no la atienda.

—No es necesario, él requiere sus servicios mucho más que yo, se excedió al ir a buscarme. Solo siento dolor en los brazos porque un hombre me agarró muy fuerte y… —su voz se desvaneció tratando de contener las lágrimas al recordar aquel evento.

El hombre de aspecto serio y pelo canoso asintió.

—Veo que no ha errado el lord. La daré algo para el dolor, señorita, bastará con una pomada. Le ruego que la use durante una semana sobre la piel lastimada y si tiene algún otro síntoma, deberé estudiar la zona.

—Gracias.

El hombre abrió su maletín, buscó su pluma y anotó algo en un pedazo de papel, después se lo entregó a Marie junto a las indicaciones para conseguir la pomada. La sirvienta asintió y se apresuró a obtener el remedio. Grace vio al médico marchar por el pasillo rumbo al lugar donde se encontraba Liam.

No le había hablado y no sabía cómo interpretar su silencio. Cuando Marie regresó, dejó que la ayudara con la parte de arriba del vestido, sacó el brazo de la camisa blanca de hilo y al fin fue consciente del daño que aquel ser inmundo le había provocado.

Su antebrazo estaba amoratado y le dolía con solo rozar ligeramente la piel. Marie ahogó un grito al ver aquello, murmuró unas palabras que Grace no entendió, esta se limitó a asentir y esbozar una sonrisa que no iluminó sus ojos.

Marie estaba desenroscando la tapa del frasco de crema cuando la puerta de la habitación se abrió. Las dos mujeres se giraron hacia el intruso y enmudecieron. Liam estaba en el vano de la puerta, con gesto indescifrable.

—Yo me encargo.

Antes de que Grace pudiera negarse, Marie salió de la recámara y Liam cerró la puerta a su espalda. Se acercó a la cama con paso firme, tomó el tarro de pomada y lo abrió.

Grace contuvo el aliento cuando él se sentó junto a ella en aquella inmensa cama. No podía apartar la vista de sus fuertes manos con los nudillos aún magullados por la pelea con lord Avery, de cómo impregnaba los dedos en la blanca crema y después los apoyaba en su piel con ternura.

Su mente se revolvió ante aquella irreal idea. Dio un respingo y quiso apartarse, pero él se lo impidió, sujetándola ligeramente el brazo para que no se moviera. Con movimientos circulares aplicó el medicamento, estaba frío, pero su piel ardía ante el pausado contacto del lord.

—Deberíais descansar, milord —balbuceó atrayendo la mirada de Liam sobre la suya, complicando aún más la concentración de esta —. ¿Cómo está vuestra herida?

—Mal.

—Lo lamento —la parquedad de su respuesta había roto cualquier deseo de conversación que ella tuviera—, jamás quise…

—¿Huíais de mí? —preguntó Liam, interrumpiéndola y tomándola desprevenida.

—No, ni siquiera sé cómo llegué hasta el puerto.

Su apresurada respuesta tranquilizó al lord, por un segundo había llegado a pensar que su marcha correspondía a cómo la había tratado aquella mañana.

—¿Entonces?

—Me engañaron. Un chiquillo me dijo que Robert y Oswald querían verme en otro lugar, confié en él. Lo seguí, callejeamos y cuando quise darme cuenta estaba a merced de unos hombres que…

La intensa mirada que Liam la dirigió interrumpió su apresurada explicación, sintió que enrojecía ante su escrutinio.

—¿Los reconocerías?

—No, el callejón estaba oscuro y salí corriendo.

—¿Seguro?

La desconfianza en la voz del lord la molestó, aunque lo entendía, ya lo había mentido antes.

—Por supuesto. Os ruego que confiéis en mí, aprendí la lección.

Liam no contestó, se limitó a observar su antebrazo lastimado, durante tanto tiempo que Grace se sintió confundida ante su mutismo. Después de varios minutos, el lord alzó la vista hacia ella, la tristeza y el miedo en los ojos de la joven lo sobrecogieron.

—Os dije que Londres es peligroso para vos —comenzó a decir Liam con seriedad—, un maldito desalmado os quiere y está dispuesto a obteneros, pero no es el único peligro, como habéis podido comprobar. No podéis volver a salir sin protección.

—Lo sé. No volverá a ocurrir, os lo aseguro.

Odiaba la congoja en su voz, saberla en peligro y no haber estado allí para ayudarla, su furia aumentaba por momentos y debía hacer un gran esfuerzo por controlarla.

—Déjeme su brazo izquierdo.

—Daos la vuelta —solicitó la joven con las mejillas enrojecidas, dándose cuenta de que no estaba convenientemente vestida para estar en su presencia.

—No.

Aquella negativa la pilló por sorpresa, ¿por qué no lograba entender a aquel hombre ni saber cómo iba a contestarle? Era demasiado complicado, y Grace estaba agotada de tratar de comprenderlo.

Agarró la tela que tenía sobre el corpiño con precaución para que no se deslizara y sacó el brazo con sumo cuidado, pues el menor roce le hacía daño. Una maldición salió de los labios de Liam al ver el estado de su brazo, estaba mucho peor que el derecho.

—No pasa nada —contestó la joven, asustada ante la expresión severa del rostro del hombre.

—Voy a matarlo con mis propias manos.

Aquella frase en un murmullo quedo la asombró.

—No podéis hacer eso—aseguró Grace y para sorpresa de ambos, se atrevió a rozar su mentón e incitarlo a mirarla a los ojos —. No lo consideréis ni por un momento, os detendrán y juzgarán por ello.

—No encontrarán su cuerpo —afirmó el lord con tal convicción que por la expresión de Grace supo que no dudaba de sus palabras —, es un ser despreciable y merece una muerte deshonrosa. Se metió con la dama equivocada y pagará por ello.

—Yo no…

Grace se detuvo al observar el enojo en el rostro del lord, no era momento para discutir su condición, ni su empeño de elevarla a una posición que nunca alcanzaría.

—Nada de lo que digáis me hará cambiar de idea.

—Milord, os ruego que no sucumbáis a vuestra ira —Grace colocó la mano sobre el puño cerrado de Liam—. Os he causado demasiados problemas, os dispararon por mi culpa, se abrió vuestra herida al venir a rescatarme. No quiero que sigáis exponiendo vuestra integridad por una simple sirvienta.

Liam se inclinó hacia ella hasta que el espacio que los separaba se convirtió en un suspiro que cualquiera de los dos podía traspasar.

—¿Deseáis protegerme? —preguntó conmovido, nunca una mujer había tratado de salvaguardarlo y ese hecho le provocaba una emoción extraña que no lograba identificar.

—Sí —contestó Grace sin un atisbo de duda. Debería separarse de él, pero no lo hizo, estaba perdida en la inmensidad de su mirada.

—Estoy dispuesto a dejarme convencer, milady.

—¿A qué os referís? —interrogó la joven, temerosa de lo que él pudiera pedirle.

—Esta mañana huisteis de mis brazos, de mis pretensiones… sabéis lo que deseaba, lo que vos impedisteis al alejaros. Solo eso hará que no salga ahora mismo a buscar al tal Dave para matarlo.

—¿Por qué haríais eso?

—Se atrevió a tocaros, mientras que yo llevo semanas conteniendo las ganas de hacerlo.

Liam le acarició la mejilla con una delicadeza tal que Grace tuvo que contener un gemido. Los ojos del lord se posaron sobre sus labios, humedecidos y con una tonalidad rojiza que lo estaba enloqueciendo.

—Grace. Dadme una tregua, algo a lo que aferrarme. Solo os pido el ligero roce de vuestros labios sobre los míos.

La muchacha estaba a punto de acceder, se inclinó hacia él y cuando sus labios estaban a punto de unirse se alzó con tanta rapidez que estuvo a un jadeo de presentarse frente a él solo con el corpiño y las enaguas.

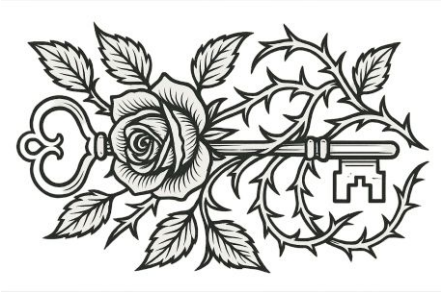
—Lord McAlister —balbuceó temblando, sin apenas poder mirarlo a los ojos—, siento no poder hacerlo, vos y yo sabemos que eso solo nos creará problemas. Le ruego que salga de mi recámara y olvide todo lo que ha ocurrido aquí.

Liam no pronunció ni una sola palabra, se alzó, dejó el frasco de pomada sobre la cama y salió de la habitación con paso firme, dejándole un vacío inmenso.

Quería detenerlo, en el fondo de su alma deseaba ser tan fuerte como para entregarle su corazón a pesar de saber que él no parecía corresponderla. Una parte de ella anhelaba a ese hombre que podía vislumbrar entre la desconfianza y las ironías. El mismo que la había salido a buscar a pesar de su propio dolor y de cómo se encontraba.

Pero no podía olvidar todo lo que los separaba y la certeza de que él no sentía nada por ella, tan solo la deseaba y no estaba dispuesta a faltar a sus valores para satisfacer el anhelo de un lord, aunque lo amase.

11



Liam llevaba una semana sin aparecer por la casa de los Blackwood, pasaba los días trabajando y las noches vagando de taberna en taberna, buscando algo que no alcanzaba a encontrar.

Se le escapó un «Grace» mientras llegaba al clímax con una joven tabernera que llevaba meses insinuándosele. Había sucumbido a sus encantos en un intento infructuoso de olvidarse de ella y, sin embargo, parecía tenerla más presente que nunca.

Maldijo entre dientes al darse cuenta de su desliz. Se separó de la muchacha y se acostó a un lado. La joven de pelo rizado era discreta y prudente así que no le preguntó nada, aceptó las monedas que él le ofreció y, tras recolocarse la ropa, salió de allí siguiendo las órdenes del lord. Dejándolo solo con su mutismo.

Sabía que de cumplir escrupulosamente con las mismas, se aseguraba de que lord McAlister siguiera buscándola y no pensaba perder la oportunidad que él le ofrecía: pagaba bien y no era excéntrico en la cama, suficiente para no desaprovecharlo.

Liam se levantó, se aseó y salió de aquel deprimente lugar, asqueado y con su mente llena de imágenes de Grace. No, aquello no lo ayudaba en absoluto, pero el rechazo de ella se había clavado en su alma. No alcanzaba a comprender por qué lo trataba así.

Subió en su coche de caballos rumbo a su casa y el camino de regreso se le hizo eterno, sobre todo cuando pasó frente al hogar de los Blackwood y el impulso de verla lo asaltó. Era noche cerrada, podría escabullirse entre las sombras y… Golpeó el techo del carruaje y este se detuvo a pocos metros de la casa.

Se bajó y caminó hacia la puerta de entrada, con la mano en el bolsillo, aferrando la llave. Cuando estaba a punto de abrirla las dudas lo sobrecogieron. ¿Tenía derecho a hacer aquello que su mente se imaginaba una y otra vez? No, pero no estaba dispuesto a comportarse con cordura ni decencia.

Introdujo el frío metal en la cerradura y el amplio vestíbulo apareció frente a él. Entró con sigilo y cerró la puerta a su espalda. Eran cerca de las cuatro de la mañana. La mullida alfombra amortiguaba sus pasos. Frente a él la escalera lo invitaba a subir, con su elegante balaustrada, pero ella no estaba ahí, se negaba a ocupar el lugar asignado… Un sonido fuerte y metálico lo detuvo.

Provenía de la cocina y enseguida su instinto de protección lo llevaron a averiguar quién estaba allí. La tenue luz de una vela iluminaba la estancia, agachada de espaldas a la cocina había una persona recogiendo un montón de galletas que estaban esparcidas por el suelo.

Apoyó la palma de la mano en la puerta y la empujó con lentitud hasta que quedó abierta del todo, agradeciendo que no chirriara evidenciando su presencia.

—Mierda.

Podía reconocer aquella voz en cualquier parte, justo la persona que quería ver. Entró en la cocina con sigilo, sabía que la iba a asustar, pero el nudo de su garganta le impedía decir nada.

La había extrañado demasiado y eso lo aterraba tanto como dejar de verla.

Estaba confuso, perdido, incómodo con sus reacciones ante ella.

Observó cómo se alzaba con la bandeja en las manos tras recoger el estropicio, la dejó con cuidado sobre la encimera y se giró en busca del escobón.

Grace gritó, asustada, pues no esperaba que nadie estuviera en la cocina, pero antes de que pudiera despertar a toda la casa, Liam se acercó a ella con premura y selló sus palabras con la presión de su mano. Atrapándola entre la encimera y su cuerpo.

Los ojos de la joven revelaban su asombro, respiraba de manera agitada y su pecho se elevaba una y otra vez, atrayendo la mirada

del lord. Su ropa de cama era delicada, sedosa y Liam no pudo evitar acariciarla con los dedos que tenía sobre su cintura.

—Buenas noches, milady, anhelaba observaros, mas no despierta —comenzó a decir Liam apartando poco a poco la mano de su boca —. Agradezco que no lo estéis.

—¿Qué hacéis aquí, milord? —preguntó Grace recuperando poco a poco el ritmo normal de su respiración—. Vuestro hermano y su mujer llevan horas dormidos, no creo que deba molestarlos.

—Vos no, yo tampoco. Suficiente.

Grace se revolvió, pero Liam no se apartó de ella, disfrutando de su incomodidad. Aquello no estaba bien, no era decente tratarla así, lo sabía, mas no estaba dispuesto a soltarla. No todavía. No cuando podía notar como su corazón se aceleraba ante su roce.

«¿Qué fuerza la impide abandonarse al ardor que nos corroe?», se preguntó atrayéndola hacia él, disfrutando el respingo que dio al sentirse entre sus brazos.

—Me habéis embrujado, jamás me comporté como un insensato frente a una mujer —le dijo en un murmullo junto a su oreja— y aquí estoy, allanando la casa de mi hermano, sucumbiendo a mis anhelos…

—Os ruego que os detengáis —solicitó Grace, notando como su resistencia iba cayendo a medida que él hablaba—. Ambos sabemos que esto no es posible.

Liam ignoró las palabras de la joven y posó sus labios en el cuello de esta. El suspiro de Grace le hizo sonreír.

—Os lo suplico.

Un nuevo beso junto a su oreja la desarmó, su mente empezaba a nublarse a la par que su cuerpo se incendiaba. Se agarró a los antebrazos del lord, consciente de cómo le flaqueaban las rodillas ante aquel contacto. La estaba enloqueciendo con su avance pausado, pero certero.

—No puedes negar que me deseas tanto como yo a ti.

Aquellas palabras despertaron a Grace del trance en el que se encontraba. Trató de apartarlo de ella, colocando sus manos en el pecho de Liam y empujándolo. La mirada de sorpresa del lord no la detuvo y siguió intentado soltarse de su agarre.

—Grace, ¿cuál es vuestra motivación para rechazarme?

Él olía a alcohol y a un olor dulzón que la desagradaba.

—No me convertiré en una más —en cuanto aquellas palabras salieron de su boca, Grace entendió por qué aquel perfume le resultaba repulsivo. Lo había olido antes, de una de las mujeres con las que fue subastada e inmediatamente su mente se había clarificado.

Liam no solo había estado bebiendo aquella noche.

—Grace.

—Soltadme.

La firmeza de su orden fue suficiente para que Liam esta vez sí le hiciera caso, este apartó sus manos de ella y se separó hacia atrás contemplándola, tratando de entender aquel repentino cambio en su semblante.

Unos segundos antes estaba dejándose llevar, pero en ese instante la ira que desprendía su mirada lo sorprendió. Por su parte, Grace trataba de tranquilizarse, consciente de que no tenía derecho a reclamarle nada y que aquello era la realidad de muchos hombres, pero no podía evitar sentir repulsión al saber que él había estado con otra mujer antes de ir a buscarla.

—Grace.

Sonaba bien cuando él usaba su nombre y no aquel *milady* que la hacía sentir una mentirosa.

—Se acabó, milord, esta noche ya habéis compartido la cama con otra mujer, volved con ella y cumplid vuestra palabra conmigo.

—¿Por qué estáis tan segura de ello? —cuestionó Liam con gran agilidad mental, mientras un atisbo de vergüenza se instalaba en su estómago.

—¿Pensáis convertiros en un embustero? No os creía capaz de tal acción desafortunada.

—Grace.

A pesar del tono de censura en la voz de él, la joven no se amilanó, dio un paso hacia él y cruzó los brazos bajo su pecho, alzó la cabeza y soltó su afilada lengua.

—No os lo consiento —aseguró con tanta rotundidad que nadie podría dudar de sus palabras—, no me convertiré en vuestro

entretenimiento. No merezco un trato así.

—He buscado la compañía de…

—No deseo saberlo —cortó Grace sin ocultar la ira que sentía ante lo que estaba descubriendo.

Era una tonta o al menos así se sentía, pues en el fondo de su alma anhelaba que él albergase cariño hacia ella. Llevaba días añorando contemplarlo otra vez, para encontrarse en esa situación. Luchando contra sus propios sentimientos, entre el deber y el amor.

Si no hubiese recuperado la cordura a tiempo, quién sabe dónde habrían acabado.

—Grace —dijo el lord, tratando de tomar su mano, sin comprender el torrente de emociones que la hacían temblar frente a sus ojos.

—Acepto que esto no puede ser, milord —señaló observando como el semblante de Liam se oscurecía—. Os ruego que no sigáis usando mi nombre para dirigiros a mí, que volváis a tratarme como al principio, con desconfianza y recelos, que mantengáis la distancia conmigo —aquellas peticiones se clavaron en el corazón de él—. Vos buscáis satisfacer un deseo y yo no estoy en disposición de cumplirlo.

La penetrante mirada del lord estuvo a punto de hacer que retirara sus palabras. Cada vez le costaba más resistirse a él, pero sabía que eso no estaba destinado a suceder.

—Así será, milady.

Jamás aquella palabra la había herido tanto como entonces, Grace esperaba que él la rebatiera, que tratara de convencerla de que la amaba, que no era solo deseo lo que sentía hacia ella, pero de nuevo Liam se convertía en aquel ser frío que conocía a la perfección.

Demostrándola que no estaba errada al rechazarlo. ¿En qué momento su necia mente había imaginado a lord McAlister enamorado de ella?

Lo observó alejarse, con la cabeza en alto y esa elegancia que lo acompañaba. Grace se mantuvo alerta hasta que el ruido de la puerta de entrada le anunció su partida.

Ese sonido, acompañado de la certeza de que se había ido, fue lo único que necesitó para dejar fluir sus lágrimas. Lloró, sentada en el frío suelo de la cocina, rodeada de migas de galletas y con la luz tintineante de la vela que estaba a punto de apagarse.



Liam regresó a su casa, enfurecido consigo mismo por haber caído en aquel intento de seducción. Estaba acostumbrado a que las mujeres mostraran interés por él, incluso las damas que se presentaban en sociedad. Si no acudía a los bailes, era por no lidiar con las madres de las postulantes que estaban dispuestas a tenerlo de yerno.

Era un buen partido, esas mujeres lo sabían, y también un descerebrado. ¿En qué estaba pensando para dejarse arrastrar por sus instintos? No era propio de él actuar así y aquel último desafío de Grace era suficiente para recolocarlo en la posición correcta.

—Esta es la última vez que os busco, milady —murmuró para sí mismo mientras se despojaba de la ropa sin cuidado alguno. Su ayuda de cámara tendría algo que decirle después de eso, pero ¿acaso debería tenerlo en consideración?

Jamás le había importado la servidumbre, más allá de que pudieran realizar su trabajo como correspondía y recibieran un salario digno por el mismo. Aun así, recogió las prendas del suelo y las soltó encima de uno de los sillones de su recámara.

Después se metió en la cama, dolorido y cansado. Renegado de aquella vida que cada día se le antojaba más incompleta.

El dolor de cabeza de aquel día lo mantuvo postrado en la cama hasta bien entrada la tarde. Se dedicó a dormitar, a soñar con ella y a blasfemar en cuanto se despertaba.

¿Por qué estaba tan presente en su vida? Lo ignoraba y no estaba dispuesto a descubrirlo.

Se levantó cerca de la hora de la cena, dejó que su ayuda de cámara lo vistiera y salió de su habitación en busca de su padre. Lo

encontró en su despacho, sentado frente a la chimenea y con un whisky en la mano.

—Pensé que no os vería hoy.

—Mi cabeza estaba dispuesta a ganarme la partida, padre, pero no lo consiguió.

Se sentó en el sillón que había junto a él y rechazó el vaso que le ofrecía. Lo que menos necesitaba era seguir bebiendo, si quería dejar de sentir aquel dolor lacerante.

—¿Qué os tiene tan perturbado? —cuestionó con parquedad George mientras estudiaba sus expresiones.

—Sostengo un cansancio difícil de disimular —señaló Liam con una mueca de disgusto.

George sonrió, bebió un largo trago del líquido color ocre y observó a su hijo, su orgullo. No se equivocó al cederle el título y todas las obligaciones que este conllevaba: había doblado su fortuna, también las propiedades y negocios. Quizás había llegado el momento de contarle todo lo demás.

Era un secreto que le carcomía por dentro y estaba deseando compartir con él, pero desconocía si su hijo estaba preparado para conocerlo.

—¿Hay alguna mujer en vuestra vida? —aquella pregunta tomó por sorpresa a Liam—, desde aquella muchachita que os rechazó…

—¿Lady Miriam?, era un crío y ella una joven postulante que debía encontrar un buen marido —argumentó Liam recordando a la mujer, con la cual unos años después, tuvo sus encuentros clandestinos a espaldas de su marido.

—¿La amaste?

—En aquella época creí que sí, me dolió su rechazo, pero lo entendí —añadió sin contarle lo sucedido tiempo después, era un caballero y aunque estaba frente a su padre, el honor de aquella dama jamás sería mancillado por una frase suya que diera lugar a especulaciones.

—¿Y ahora?, ¿qué hay de esa joven del puerto?

Liam notó como su cuerpo se tensaba y su mente se llenaba de imágenes en las que Grace era la protagonista.

—Ella es la prima de la mujer de Ramsey. Forma parte de la familia.

—¿No sentís nada por ella?

Aquella directa pregunta lo sorprendió.

—¿Por qué me preguntáis eso?

—Llámalo presentimiento, hijo, pero…

—Esta vez erraste, padre. No hay nada entre nosotros, se ha convertido en una tortura que pronto tendrá un pretendiente que se ocupe de ella.

George asintió no muy convencido de lo que su hijo decía, había visto como su semblante cambiaba al interrogarle por esa mujer. Esperaba equivocarse y quería creer en la respuesta de su hijo. Eso facilitaría las cosas.

—Llevo tiempo pensando que deberías venir conmigo en el próximo viaje —anunció el hombre tras unos minutos en los que solo se escuchó el crepitar de la chimenea.

Liam no esperaba aquella proposición, otras veces le había ofrecido a su padre la posibilidad de marcharse con él, pero siempre la había rechazado.

—Me gustaría que lo consideraras. Ramsey puede ocuparse de los negocios junto a tus hombres de confianza y yo estaría dichoso de surcar el mar con mi hijo, de enseñarte nuestros negocios en las colonias.

—Os agradezco vuestro ofrecimiento, pero no sé si podría ausentarme de Londres durante meses ahora que Ramsey va a ser padre.

—Seguís tratándolo como un infante, no lo es… Sabe manejarse solo y es hora de que emprendáis un nuevo camino. Londres se os queda pequeño como me pasó a mí, si no hay una mujer que os ate, es hora de que recorráis horizontes nuevos.

Aquella idea lo mantuvo despierto hasta el día siguiente, cuando cerca del amanecer un muchacho apareció en su puerta, anunciando que la mujer de su hermano estaba de parto. Liam no tardó ni diez minutos en vestirse, tomar su caballo y recorrer las pocas manzanas que separaban su casa de la de Ramsey.

Ramsey lo recibió en la entrada, en su rostro se reflejaba la preocupación que sentía. Liam fue hacia él, incapaz de decir nada ante una situación extraña, era la primera vez que se enfrentaban a algo así.

—Me invitó a marcharme…de mi propia habitación

—Imagino que no la ayudaba notar tu nerviosismo, retirémonos. Esta labor le corresponde a Iara.

Lord Blackwood asintió a su pesar, alzó la mirada hacia el final de las escaleras y le pidió al cielo que protegiera a su mujer. No podía evitar sentir miedo, no soportaría perderla y si eso pasaba…

—Pronto estarás a su lado de nuevo —comentó Liam observando el temor en la mirada de su hermano—. Iara es tremendamente fuerte, no se marchará está noche, os lo aseguro.

—Gracias, ojalá se cumplan tus palabras.

Ramsey siguió a Liam hacia su despacho, el fuego de la chimenea crepitaba caldeando aquel amplio espacio, pero la preocupación de ambos estaba tan instalada en ellos, que no se sintieron reconfortados.

Se sentaron en silencio, contemplando las llamas danzar frente a ellos. La espera se tornó eterna para ambos. Liam sufría por el desasosiego de Ramsey, solo podía acompañarlo pues ninguna de las frases que acudían a su mente le parecían capaces de calmar los temores de su hermano.

Por primera vez lo que acontecía no dependía de ellos y eso les hacía sentir tan vulnerables, como cuando eran pequeños.



Iara, entre contracción y contracción, se sentía tranquila, segura de que, aunque aquello era algo nuevo para ella, todo iba a ir bien, sin embargo, cuando el dolor atravesaba su columna vertebral dejándola sin aire, no podía evitar que las dudas le asaltaran. Solo las palabras de aliento de su amiga lograban reconfortarla y centrarla en lo que estaba viviendo.

Grace asistía a Iara como podía, Mary la despertó sobresaltándola al filo de la madrugada, desde ese instante su lugar estuvo ahí, junto a la condesa, tomándola de la mano y susurrando frases tranquilizadoras.

Jana llegó acompañada del doctor de la familia. La partera, ya llevaba un tiempo allí.

—Milady —comenzó a decir el médico acercándose a la cama e ignorando a las demás personas que allí estaban—, puedo proporcionarla cloroformo, evitará que…

—¡No lo haga! —exclamó la partera, una mujer mayor, de aspecto regio y semblante serio, ganándose una mirada de desdén del hombre—, la condesa está bien. Llevo aquí desde poco después de que se iniciara el trabajo de parto y le aseguro que no lo necesita.

—Es una dama, señora y…

—Grace, no quiero… —masculló entre dientes Iara en medio de una contracción.

La discusión empezaba a volverse más violenta, el doctor estaba siendo irrespetuoso con la partera y esta no estaba dispuesta a ceder. Había visto el desastre de los partos con cloroformo, sabía que Iara había llevado un buen embarazo y lo que menos quería era que el parto se complicara por usar métodos dudosos.

—Disculpen la interrupción —señaló la joven acercándose a ellos —, pero mi prima no acepta ese procedimiento.

—Es por su bien. Lord Blackwood no desea que su mujer sufra, él mismo me pidió que trajera el cloroformo, ¿por qué no habríamos de usarlo?

Grace notó que el doctor se iba enfadando por momentos.

—Ella no quiere y eso es lo que importa —afirmó dispuesta a hacer valer la voluntad de su amiga por encima del ego de cualquier otra persona. Fuera quien fuese.

—Soy el médico de la familia, milady, y…

—Doctor, le ruego que respete la decisión de la condesa, sino tendré que pedirle que se marche.

El hombre enrojeció ante la intervención de Jana, ella era solo una sirvienta, pero sabía que su palabra en aquella casa era tan

importante como la del mismísimo conde. Las observó con una mirada cargada de desdén.

—Estaré esperando que solicite mi ayuda —respondió acorralado por las tres mujeres.

El hombre se apartó de la cama y se sentó en una silla, indignado por la intervención de aquellas mujeres. Jamás había visto semejante falta de respeto hacia su persona en todos sus años de profesión. Farfulló una maldición entre dientes, pero no se animó a marcharse, por deferencia a lord Blackwood.

Iara consiguió relajarse lo suficiente cuando el grupo de mujeres que la acompañaban tomaron el control de la situación. Las contracciones aumentaron y el tiempo entre ellas disminuyó considerablemente hasta que notó como su cuerpo se abría a una nueva vida.

No podría decir cuánto tiempo estuvo de parto, pues cuando el llanto estridente de su hija tapó cualquier otro sonido dentro de la habitación, respiró aliviada y las lágrimas corrieron libres por sus mejillas. Grace se apresuró a secar su rostro mientras Jana colocaba a la pequeña junto a ella.

Iara la contempló extasiada, era tan pequeña y tan parecida a Ramsey, que la amó desde el instante en que la vio. La escena era tan tierna que Grace no podía apartar la mirada de ella, así que no se percató de que la partera terminó de limpiar a Iara junto a Jana, ni del momento en que el doctor se marchó.

—Os agradezco tanto vuestra compañía, Grace.

—Soy yo la afortunada por haber presenciado este momento tan especial, Iara.

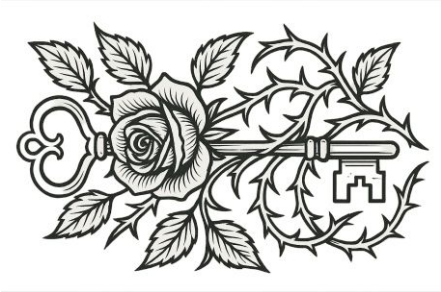
Grace acarició la mejilla de la pequeña justo cuando la puerta de la recámara se abría, alzó la vista y un estremecimiento recorrió su cuerpo. Sintió una opresión en el estómago al ver a Liam frente a ella, al lado de Ramsey, con un gesto indescifrable en su rostro.

Agachó la mirada y se apartó de la cama para que los hombres pasaran a conocer a la pequeña de la familia. Iara los recibió con una sonrisa y Grace no pudo evitar sentir cierta envidia ante aquella escena.

Sabía que era algo irracional, trató de alejar aquel sentimiento de ella centrándose en la bella estampa, pero cuanto más cariñoso estaba Ramsey con su mujer y más halagos escuchaba de boca de Liam, más crecía en ella ese incómodo sentimiento.

Se amonestó mentalmente por su ingratitud, acababa de ser testigo del milagro de la vida. Decidió abandonar la recámara, sin saber a dónde ir, pero con la intención de mantenerse ocupada para que su mente la diera una tregua.

12



La niebla cayó sobre Londres tan densa que apenas se podía ver el contorno de los edificios. La oscura taberna estaba en plena ebullición. En todas sus mesas había hombres bebiendo, algunos hasta perder el sentido, otros aprovechaban la embriaguez de sus acompañantes para obtener información o ganarles a las cartas. Contaba con una sala privada, donde el humo, el alcohol y los olores se mezclaban mientras un grupo de hombres hacían negocios.

Eran cuatro, bien vestidos, sentados a una mesa circular, con gesto serio y dos horas de conversación a la espalda en las que no habían llegado a ningún acuerdo.

—Desde que atraparon a lord Byron, hemos ido de mal en peor —comentó uno de los hombres tras dar un largo sorbo a su bebida.

—Brian habló de más —recordó sin necesidad el más anciano de los cuatro—, les previno contra nosotros y después ese maldito comisario solo tuvo que tirar del hilo. Nos ha cerrado gran parte del negocio, nos ha cercado… deberíamos deshacernos de él.

En cuanto aquella idea se materializó sobre la mesa, los hombres olvidaron los modales y comenzaron a hablar atropelladamente, unos sobre otros sin escucharse. Solo uno se mantuvo en silencio, observando y escuchando retazos de conversación, incómodo ante la falta de cortesía que estaba vislumbrando.

Un golpe seco en la mesa detuvo la incoherente conversación y los tres se giraron a mirar al que había llamado su atención.

—Lo más sensato es desaparecer, señores —la voz profunda y modulada de quien todos conocían como Gio los sobresaltó, no

estaban acostumbrados a que hablara en aquellas reuniones, ni siquiera a que estuviera con ellas.

—Pero…

—Hagamos que Wells se confíe, que nos considere acabados —prosiguió tras dar un sorbo a su bebida y mirarlos con severidad—, eso cree tras cerrar la última casa y no debemos hacerle pensar que no es así.

—Lord Avery aún espera a la furcia que pagó —señaló Theodor, el más anciano de los presentes—. No podemos evadir esa responsabilidad, ya abonó todo el importe y no deja de recordárnoslo. Le he ofrecido otras, pero quiere a su virgen y la quiere ya.

—En ese caso conseguiré que vaya hasta él, dejadlo de mi mano. Por lo demás, de momento no se recogen más encargos, ni peticiones. Mantendremos a las chicas que tenemos —continuó Gio sin esperar que los demás dieran su opinión, a fin de cuentas, no le importaba lo que pudieran decir—, aleccionarlas, recordarlas quién manda y cómo deben desenvolverse si algún policía acude a hablar con ellas. No toleraré más escándalos, ni que diezmen nuestro negocio.

—Espero que así sea —la frase malintencionada de Theodor, encendió a Gio—. No nos falles ahora.

—No está en mi intención hacerlo, aunque tenga que pasar por encima de quien sea.

Ninguno de los presentes, ni siquiera su más acérrimo rival dudó de aquella declaración por parte de Gio. Había rotundidad en sus palabras y un sentido importante del deber.



Grace salió de la recámara de Iara: había estado haciéndola compañía aquella mañana, mientras Marian correteaba por el jardín junto a Marie. Los días desde que la condesa dio a luz eran sencillos y apacibles. La recién nacida era de trato afable y los condes se desvivían por atenderla.

Sin duda se encontraba frente a dos personas muy diferentes a cómo percibía a otros nobles. Iara no se había separado de la pequeña ni un segundo, tampoco requirió una niñera y en cuanto a Ramsey, aunque seguía trabajando, lo hacía de tal forma que pasaba gran parte de su día con su familia.

Grace no podía evitar estar sorprendida ante lo que veía y agradecida por haber ido a parar a aquella casa, era un paraíso.

La joven sonrió, iba rumbo a la cocina para ayudar a Jana a terminar el almuerzo cuando la voz de Liam desde el despacho de lord Blackwood detuvo sus pasos. No debía hacerlo, era consciente de ello, pero una fuerza indefinible la impulsó a detenerse.

—¿Crees que podrías hacerte cargo de todo si me marcho?

Aquella pregunta la hizo estremecer, Liam se iba.

—No estaré solo, Liam, tenemos buenos asesores. Si es lo que necesitas, sabes que no seré quien se interponga en tu camino.

Grace no quiso seguir escuchando, dio media vuelta, tratando de asimilar cada una de esas palabras. Estaba confusa y agotada, tratando de comprender qué le pasaba con ese lord malhumorado, terco y cabezota que la deseaba.

«¿Por qué no puede amarme?»

Era mucho pedir, lo sabía, pero no lograba evitar el dolor que sentía al saber que él elegía irse. Caminó hacia la cocina, ayudó a Jana a disponer el almuerzo y antes de que el resto de la casa se sentara a comer, se excusó con el ama de llaves y salió al jardín trasero.

El cielo estaba encapotado, el tiempo era frío y tras unos minutos comenzó a temblar, así que fue hacia el invernadero, buscando un poco de calor y algo de paz. Sentía una opresión en el pecho que no entendía o quizás no quería comprender.

Ignorando su zozobra, empujó la pesada puerta de cristal y se permitió admirar aquel entorno mágico. Inspiró hondo tratando de que aquel aroma suave consiguiera relajarla, al menos un poco.

Se dedicó a regar las macetas y eliminar las hojas muertas que encontraba, mientras su mente la atormentaba una y otra vez con todo lo ocurrido con Liam. Estaba tan concentrada en aquella tarea

que no escuchó la puerta del invernadero abrirse, ni los pasos que sigilosos se acercaban hacia ella.

Grace terminó de adecentar una peonia y se giró para ir hacia la siguiente hilera de plantas.

—Milord —masculló entre dientes cuando el susto por encontrarlo allí le permitió hablar—, no lo esperaba por aquí —continuó con el corazón acelerado.

Sin duda a aquel hombre le gustaba aparecerse sin anunciarse.

—Pensaba que compartiría la mesa con nosotros.

Grace frunció el ceño ante su percepción, ¿qué podía importarle si comía o no junto a ellos?

—Últimamente no tengo demasiada hambre, prefiero ocuparme de otros menesteres.

—Eso no es cierto y lo sabéis.

Grace se encogió de hombros, quitándole importancia a su afirmación.

—Me alegra contemplarle recuperado de su herida.

—Ya está sanada —afirmó Liam sin perder ni un detalle de la manera en que ella lo miraba.

Era imposible no notar que no le era indiferente, mas se había propuesto no volver a perturbarla, lo prometió. Le resultaba un esfuerzo considerable cumplir con su compromiso, por primera en vez en su vida, quería dejar el orgullo a un lado y comprometerse con esa mujer que lo desafiaba con solo mirarlo.

—Me alegro, temí que la misión de rescate complicase la curación de su costado.

—He sufrido heridas peores, entre ellas una en la cabeza de la que tardé un mes en recuperarme. Quien me disparó no quería matarme —Liam estaba convencido de ello o eso, o su atacante tenía muy mala puntería.

—Tan solo recordarle que no debía intervenir —ella tragó saliva, incómoda ante la idea que se había formulado en su mente.

—Grace —la llamó Liam, sacándola de su perturbación, casi podía leer en su expresión lo que estaba pensando.

—Discúlpeme —se apresuró a contestar, componiendo su mejor sonrisa—, estoy usando su tiempo sin pensar en lo valioso que es.

Seguiré con mis obligaciones.

—Me gustaría aclarar algo con vos.

La muchacha negó con la cabeza. De pronto la conversación se estaba tornando incómoda, por las sensaciones que recorrían su cuerpo cada vez que estaba cerca de él. Se había dejado llevar por su preocupación por él.

—No es necesario —farfulló, enrojeciendo, pues su mente acababa de recordarle lo que había pasado entre ellos la última vez que estuvieron a solas.

—No puedo ignorar lo acontecido, ni dejarlo en el olvido, el otro día…

—¿Quién es Alan? —en cuanto la pregunta salió de sus labios, Grace se arrepintió de hacerla, pero quería distraerlo y evitar que la conversación se tornara aún más incómoda.

El rostro del lord se transformó, había pasado de la calma a la molestia en un segundo, evidenciando que no era un tema agradable para él.

—Él era…

—Lo lamento —masculló la joven, interrumpiéndole con delicadeza, había sido una inconsciente al realizar esa pregunta—, cuando os velé durante vuestra convalecencia, dijiste ese nombre multitud de veces. No debí haber cuestionado nada. No pretendía perturbarlo.

Ese detalle era uno de los que le molestaban de ella y al mismo tiempo la hacía diferente a otras mujeres. Esa muchacha obviaba cómo debía comportarse, ni cuál era su posición, sino que hablaba, cuestionaba, interrumpía… un verdadero dolor de cabeza que lo atraía sin remedio.

—Debo…

—Él era mi hermano pequeño —contestó Liam con la tristeza reflejada en sus ojos—, tenía dos años menos que yo. Una mañana de primavera salimos a montar a caballo, decidimos echar una carrera. Alan estaba deseando ganarme y yo era demasiado orgulloso para concederle esa pequeña satisfacción —el dolor se reflejaba en el tono de voz del lord—. Ambos conocíamos el terreno, nunca perdíamos el sendero y no había peligro, pero aquel día Alan

decidió atajar y… sufrió un accidente, chocó contra una rama de un árbol y cayó del caballo.

»Cuando llegué hasta él, estaba inmóvil, se golpeó contra una roca en la sien. Cuando mi padre llegó nos encontró, él ya estaba muerto y yo estaba cubierto de su sangre.

A medida que la historia avanzaba el corazón de Grace se iba encogiendo, la tristeza en las palabras de Liam era tan grande que por un instante no supo que decir ante ellas.

—Lamento haber traído a vuestra memoria un recuerdo tan triste —señaló dando un paso inconscientemente hacia él, alzó la mano y la colocó sobre la del lord sin pensar en lo que aquello significaba.

Que difícil le resultaba mostrarse distante con él.

—Hacía demasiado tiempo que no rememoraba a mi hermano. La culpa es demasiado grande, me ha atormentado durante años-

—Era solo un infante —afirmó Grace con dulzura acercándose un poco más a él, conmovida.

—Sí y perdí a mi compañero de juegos por soberbio, por querer ganar siempre.

La joven tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las ganas de abrazarlo y consolar a aquel niño que asomaba en las pupilas de un hombre regio, duro e inquisidor.

—Después de aquello no era capaz de salir a jugar —continuó diciendo el lord aliviado por el calor de su contacto—, no hasta que conocí a Ramsey.

—Fue muy afortunado al permitir que irrumpiera en su vida.

—Encontré un hermano.

Aquella confesión era tan reveladora que, gracias a ella, Grace comprendió porque Liam actuaba como lo hacía con Ramsey y su familia. En el fondo de su alma temía perderlos y volver a sentir esa soledad que lo atormentaba.

—Me alegro por vos y agradezco que haya compartido conmigo parte de vuestro pasado.

Grace tuve que hacer un gran esfuerzo para apartarse de él, sin embargo, lo hizo, bajó su mano y retrocedió un paso sin dejar de mirarlo.

Liam estaba un poco aturdido, había sido demasiado fácil contarle a ella aquel episodio de su pasado que tan poca gente conocía. Sin embargo, lo había hecho y se sentía un poco más liviano sin aquel secreto sobre su espalda.

—Debería ir a almorzar —señaló la joven cuando el silencio que inundaba el invernadero se volvió incómodo—. Adiós, milord.

Grace se giró tras despedirse de Liam. No podía seguir mirándolo, tenerle frente a ella hacía que su cuerpo reaccionase de una manera inquietante. No conseguía controlarlo, su corazón se aceleraba ante la cercanía de aquel hombre, su respiración se entrecortaba y su mente comenzaba a imaginarse un escenario muy distinto, un beso que jamás se iba a dar.

Sacudió la cabeza, incómoda consigo misma y con los sentimientos que él le provocaba. Recogió la regadera y se dirigió hacia la siguiente fila de plantas para comenzar a arreglarlas.

Él aún no se había ido, notaba su presencia a su espalda, sus ojos clavados en su nuca. «¿Por qué sigue aquí?», se preguntaba Grace una y otra vez mientras los minutos se volvían horas intensas bajo su escrutinio.

Tembló cuando escuchó el sonido de los pasos de Liam acercándose a ella. Estuvo a punto de derramar toda el agua de la regadera, cuando Liam se la quitó con calma y la apoyó en el suelo. Contuvo el aliento cuando él agarró su cintura y la hizo girarse hasta que sus miradas se fundieron de nuevo.

—Soy el peor crápula que haya conocido, milady. Os veo aquí, frente a mí, con vuestras barreras en alto, recordándome las mías y… trato de actuar como corresponde, mas no puedo.

Grace no supo que responder frente a aquello, ni siquiera entendía bien qué le quería decir. Debía alejarlo de ella por su bien.

—Viniste a buscarme después de abandonar el lecho de otra mujer —le recordó, notando de nuevo aquel enfado que había sentido al saber aquello, anclándose a él.

—Lo sé.

—Me sentí herida, insuficiente —confesó Grace de manera impulsiva, en cuanto aquello salió de su boca se amonestó por

haberlo dicho. No quería que él supiera aquello, pero la cercanía de él la estaba perturbando al punto de no pensar con claridad.

—No lo sois.

—Os ruego que no me toméis por ingenua. Observé todo tipo de emociones en vuestro rostro y pude leer cada una de ellas —continuó diciendo la joven, incapaz de contener su lengua, pues aún se sentía herida ante su ofensa.

—Grace, no estáis disponible —afirmó Liam tan convencido de ello, como del anhelo que sentía por ella—, ni siquiera debería deciros esto y, sin embargo, aquí estoy, faltando a mi palabra, comprometiendo vuestra virtud, dispuesto a desarmaros y enloqueceros si así obtengo lo que deseo.

Grace sintió que en cada una de esas palabras había un pedacito del alma de Liam. La deseaba, lo tenía claro, pero para ella no era suficiente, quería más, aunque no era capaz de pedírselo pues sabía que de hacerlo obtendría un nuevo desplante de su parte.

¿En qué momento habían pasado de repelerse a sentir aquella atracción que los estaba enloqueciendo?

Agitó la cabeza, confusa ante sus propios pensamientos que se entremezclaban con el latido acelerado de su corazón. Una idea se materializó: tenía que huir y debía hacerlo lo más pronto posible.

—Deberíais casaros, milord —afirmó la joven sin percatarse del dolor que reflejaban sus pupilas ante aquella idea—. Estoy segura de que Londres está lleno de bellas mujeres que estarán a su altura, en posición y educación. Esta sirvienta no puede daros lo que necesitáis.

Liam se agitó ante aquellas palabras, notó como una nueva rabia lo invadía, ella no se veía como él la percibía y él no era capaz de decir en voz alta lo que su mente le repetía.

No era correcto, no podía hacerlo, pero su lengua lo traicionó.

—De nuevo os infravaloráis —afirmó con tanta firmeza que estaba seguro de que ella lo creería.

—Recuerdo mi posición y honro la suya

¿Por qué tenía que discutirle hasta el mínimo detalle?, aquella joven voluntariosa y deslenguada no podía imaginar lo difícil que se lo estaba poniendo al retarlo de aquella forma.

—Esto es un despropósito —señaló el lord en voz baja, mientras su mirada caía hacia los enrojecidos labios de la joven.

Estaba perdido, la deseaba con una intensidad tan extraña como aterradora. Jamás había sentido aquella emoción y apenas era capaz de contenerla.

—Lo lamento —la voz de ella en un murmullo apenas audible lo sacaron de su aturdimiento—, Dios mío, perdona mi imprudencia, pero…

Grace se mordió el labio, por un instante se permitió soñar y su mirada se desvió hacia la boca del lord. Para sorpresa de este se puso de puntillas y colocó las manos sobre el pecho del hombre.

Acercó el rostro hacia Liam y apoyó tímidamente su boca sobre la de él. Un roce, un suspiro o eso pretendía Grace, pero en cuanto el lord notó que aquella barrera había caído, no quiso contenerse por más tiempo. La atrajo hacia él hasta que sus cuerpos se fundieron y se apoderó de su boca en un beso largo e intenso que los dejó sin aliento.

Una y otra vez sus labios se encontraron, hambrientos y cálidos, inexpertos los de ella, ansiosos los de él. Las manos del lord se deslizaron por la espalda de la joven, acariciándola. Deseando que aquel instante se prolongara en el tiempo, era tan inocente, tan suave y… ¿qué demonios estaba haciendo?

Grace no esperaba aquello, las reacciones de su cuerpo la confundían, quería seguir resguardada en su regio abrazo, pero, antes de que pudiera deslizar sus manos alrededor del cuello del lord, él la separó de sí mismo, tomándola por los hombros, rompiendo aquel momento de una manera tan repentina que se tambaleó hacia atrás sorprendida.

Liam estaba airado consigo mismo y con la falta cometida hacia ella, estaba claro que no sabía lo peligroso que podía ser atreverse a besarlo, ni las sensaciones que le había provocado.

Estaba a punto de tumbarla en aquel frío suelo y poseerla.

No, no podía hacerlo, separó sus dedos de aquel menudo cuerpo que lo incitaba y dio un paso hacia atrás. Con los puños apretados y un gesto adusto que esperaba fuera tan convincente como para hacerla huir.

—Liam, yo… —se atrevió a decir la joven usando su nombre, pero la mirada iracunda del lord detuvo aquella frase, que murió entre sus labios.

El lord estaba batallando contra sus propios instintos, pero al notar como los ojos de Grace se llenaban de lágrimas ante su dura mirada, todo su autocontrol se hizo añicos.

—Grace —la llamó él, alzando la mano y rozando la delicada piel de su mejilla con los dedos—. ¿Qué voy a hacer contigo?

La mente de Liam estaba en ebullición, apenas podía contener el deseo que lo impulsaba a tomarla entre sus brazos, ansiaba tocar su piel desnuda, descubrir cada recoveco de su cuerpo, besarla con toda la pasión que tenía guardada para ella, hasta que la intensidad de sus caricias los impulsase a un punto de no retorno.

No podía hacerlo, no debía, no tenía ningún derecho a reclamarla para él.

Grace, estaba muy confusa. Tan pronto la miraba con ira contenida, como volvía a percibir la atracción que parecía sentir hacia ella. La joven suspiró mientras su mente rememoraba aquel beso que la había puesto en una situación extraña y comprometedora. Tratando de mantener la compostura sin mucho éxito pues la atención que él mantenía sobre ella la estaba poniendo muy nerviosa.

Estaba a punto de pedirle un nuevo beso, saltándose todas las enseñanzas que sus padres habían volcado en ella, cuando el lord frunció el ceño y se cruzó de brazos. Volvía a parecer inaccesible.

—Milady, os encontraré un marido.

El asombro dio paso a la ira. Aquella declaración de él había conseguido su propósito, que no deseara verle más. El lord se marchó del invernadero, dejándola despeinada, enfadada e incómoda. Con los labios enrojecidos y un anhelo en su alma que jamás se cumpliría.

¿En qué momento pensó que podía besarlo y seguir como si no hubiese ocurrido nada entre ellos? Había sido una pésima idea, la peor que había tenido en los últimos tiempos.

Tardó más de una hora en recomponerse, a ratos las lágrimas brotaban de sus ojos con una intensidad que la asustaba, en otros

momentos maldecía por lo bajo. Trataba de concentrarse en su tarea: hundía las manos en la tierra húmeda, arañando con los dedos sus entrañas hasta llegar a la raíz y cuando estaba totalmente absorta, el recuerdo de lo vivido se materializaba en su mente. Entonces paraba en seco, porque la soledad acudía a devorarla.

Dejándola sentada en el suelo del invernadero, con la frente apoyada en las rodillas y un agujero en su pecho difícil de cerrar.

Debía acostumbrarse a ello, lo sabía, cada día era más consciente de que, cuando su paso por aquella casa terminase, volvería a estar sola. Aunque saberlo no impedía que fuera tan doloroso, ni que dejara de sentirse incapaz de superarlo.

Cuando salió de allí, caminó con pasos cortos y la cabeza agachada hacia la casa, ignorando que alguien la observaba desde el despacho de lord Blackwood.

Liam llevaba mucho rato esperando en la ventana, debatiéndose entre el honor y la pasión. Rebatiendo cada uno de sus propios argumentos en su cabeza como si así pudiera dejar de sentir lo que sentía por aquella joven. No esperaba verla tan abatida cuando al fin salió del acristalado lugar y aquello lo conmovió, estrujándole el corazón.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo de contención para no salir a su encuentro, pero ¿qué podía decirle? Jamás se había planteado el matrimonio como una opción válida y tomarla sin un lazo entre ellos no estaba en sus intenciones. Debía alejarla de él, demostrarla indiferencia, dejar de apostar al peligroso juego que había empezado guiado por un impulso que no comprendía.

No podían estar juntos, lo tenía claro, no obstante, a pesar de su certeza, algo en su interior se revelaba contra él mismo y lo empujaba a buscarla. Estaba enloqueciendo, no sabía bien cómo había caído en las garras de la inconsciencia y la locura, pero pronto pondría remedio y todo sería un vago recuerdo de cuando perdió la compostura por una mujer.

La llegada de Ramsey interrumpió sus erráticos pensamientos. Compuso su mejor expresión de hastío y se dispuso a trabajar. Era el momento de enfocarse en lo importante y olvidar aquel lío de faldas.

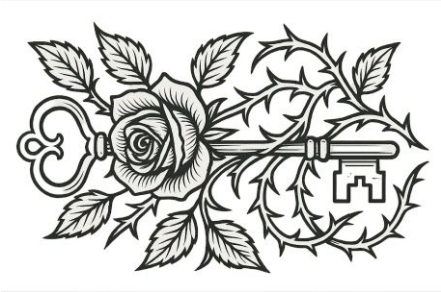
Grace recorrió el largo pasillo hasta llegar a su habitación. Se quitó el sucio vestido y se aseó con esmero, borrando de su rostro aquellas traicioneras lágrimas que había derramado. Debía ser práctica, concentrarse en lo único sólido en su vida: el trabajo y en aquella casa había bastantes cosas que hacer.

Salió de la recámara y buscó al ama de llaves. Pasó el resto de la tarde ocupándose de todas las tareas que Jana le indicaba, encadenando una tras otra hasta la extenuación, pues solo el estar ocupada impedía que fuera a buscarlo. Su traicionera mente no la daba tregua, una y otra vez repetía aquel beso, para acto seguido recordar cómo la había rechazado, apartándola de él como si no fuera más que una molestia.

Notaba como su enfado crecía, mientras la frase de él se repetía en su mente con insistencia. Ignoraba en quién pensaba para casarla, pero fuera quien fuese no iba a aceptarlo.

No cuando su corazón se desbocaba con solo evocarlo en su mente.

13



Ramsey llevaba días observando la extraña dinámica que se había instaurado en su casa. Cuando Grace entraba en una estancia donde se encontraba Liam, este la ignoraba deliberadamente, cuando era Liam el que ingresaba en un lugar donde se hallaba la joven, esta lo miraba airada, para acto seguido excusarse y marcharse de allí con premura.

Estaba seguro de que había pasado algo entre ellos, pero cuando había tratado de preguntarle a su hermano, este se negó a contestar, desviando el tema.

—Esta mañana he vuelto a hablar con mi padre —informó Liam mientras revisaba las últimas cuentas que le había entregado Ramsey.

Estaban en el despacho, sentados junto al escritorio, desde hacía dos horas, enterrados en números y discutiendo la adquisición de una nueva empresa que parecía un buen negocio.

—¿Seguís considerando su petición? —interrogó lord Blackwood alzando la mirada hacia su hermano con curiosidad.

—Cada vez estoy más seguro de ella —aquella afirmación no era lo que Ramsey esperaba obtener.

Colocó la pluma en el soporte, apartó el balance a un lado y se recostó ligeramente contra el respaldo del alto sillón de madera.

—Soy consciente de que no debería inmiscuirme, pero creo que ha llegado el momento de hacerlo —el ceño fruncido de Liam no detuvo las palabras de Ramsey —. Estoy en la obligación de preguntarte esto ¿Qué piensas hacer con Grace?

Liam enrojeció ligeramente ante la directa pregunta de Ramsey. Sabía que aquella conversación tarde o temprano surgiría.

Aquella casa era un refugio para él, el lugar dónde podía comportarse con naturalidad y lo había hecho. Cada vez que sus pasos se cruzaban con Grace, no podía evitar que su cuerpo reaccionara.

—Solo hay un camino correcto —aseguró Liam, aunque la decisión tomada no acababa de convencerlo del todo—. He estado pensando en los posibles candidatos y creo que Wells podría ser un buen marido.

Ramsey no quiso disimular la sorpresa que le había provocado aquella decisión. Lo miró tratando de comprenderlo, siguiendo sus erráticos pasos hacia la chimenea. Buscaba la manera de hacerlo desistir de aquella idea que iba a destrozarlo, sin ser consciente de ello.

—Liam, te recomiendo que…

—Si me marcho quiero dejar todo bien atado —se apresuró a explicar Liam observando el crepitar del fuego, antes de que Ramsey pudiera decir algo que lo hiciera cambiar de opinión—. Wells es un hombre de honor, de los pocos que merecen mi respeto. Por más que he analizado a nuestros coetáneos no he encontrado nadie mejor.

—Ni siquiera sabes si Simon está considerando unir su vida a la de una mujer.

Ramsey se alzó de su silla y se colocó a su lado.

—Pienso averiguarlo muy pronto.

—Liam —Ramsey inspiró hondo buscando las palabras adecuadas para lo que quería decirle, tenía que hacerlo si no quería ver a su hermano cometer un error fatal.

—Es lo mejor.

Aquella afirmación estaba cargada de dudas e incertidumbres Liam miró a su hermano de reojo, en su rostro se reflejaba la incredulidad ante lo que escuchaba.

—Quizás lo consideres así, pero si sientes algo por ella, te recomiendo que no lo hagas —aquella frase fue suficiente para que la determinación del lord se resquebrajase—. Yo no podría soportar

ver a Iara con otro hombre, el solo hecho de pronunciar siquiera estas palabras me hace enfurecer.

Liam no respondió con prontitud como era su costumbre. Aquella idea había materializado unas imágenes incómodas que no quería considerar, pero su condenada mente se empeñaba en mostrárselas una y otra vez.

—No es comparable, Ramsey —señaló el lord en un vano intento de autoconvencerse.

—Así lo consideras, mas no puedo estar de acuerdo. Os he observado: la manera en que la miras incluso cuando ella os ignora es reveladora.

Liam no supo qué decir en contra de aquella afirmación que se instaló entre sus pensamientos durante el resto de la mañana. Tomó uno de los informes que tenían sobre la mesa, dando por concluida aquella conversación y comenzó a leerlo en voz alta, a fin de llenar su cabeza de números y no de esa joven que lo estaba torturando sin piedad.



La hora de la comida llegó demasiado rápido o así lo consideraba Grace. Aquella mañana había esquivado el desayuno, levantándose más temprano y yendo junto a Marian a recoger unos encargos de Iara. No era necesario que fueran las dos, pero Grace se había ofrecido con tanto ahínco que la muchacha no se pudo negar.

Cuando regresaron a la casa de los condes, el desayuno había concluido y ella ganó unas horas de tranquilidad. Para su desgracia la paz tocaba a su fin, entró en el comedor junto a Iara y se topó de bruces con Liam acompañado de Ramsey. Su corazón se paró de golpe cuando vio la censura en su rostro.

Siempre tenía esa expresión cuando sus ojos se posaban en ella.

Entró en la amplia estancia, se acercó a la mesa y, estaba a punto de retirar la silla para sentarse, cuando Liam se materializó a su lado, sujetando el pesado respaldo para ayudarla.

Notó como se ruborizaba ante aquel gesto que había visto mil veces en lord Blackwood hacia su esposa, pero que lord McAlister no realizaba, salvo que tuviera que ayudar a su cuñada. Lo miró de reojo y encontró la misma expresión con la que la había recibido.

—Maldición —masculló entre dientes, tan bajo que estaba segura de que nadie la había oído.

—Milady, debe mantener las formas en todo momento —aquella frase susurrada, junto con el roce del cuerpo de Liam al acercarse a ella, fue suficiente como para que el rubor de sus mejillas llegara hasta la raíz de su pelo.

Se sentó con tanta rapidez que no acomodó como debía la falda y esta quedó aprisionada entre sus piernas y la silla, haciendo que el corpiño se clavase en su pecho.

—Mierda —pensó o eso creía la joven.

—Tiene un rico vocabulario soez, milady.

Grace sintió todas las miradas sobre ella, pues esta vez Liam no había tenido la deferencia de hablar en voz baja. La vergüenza que sentía se incrementó, el ruido de la silla al empujarla hacia atrás fue el preludio de su huida.

Pidió disculpas de forma apresurada y salió corriendo del comedor rumbo al lugar más alejado de Liam que encontrase. Sintió pasos tras ella y maldijo de nuevo. ¿Por qué se empeñaba en torturarla así?

Llegó hasta el *hall* de la casa, abrió la pesada madera y se encontró frente a ella con Simon, que estaba a punto de golpear la aldaba contra la puerta para anunciarse.

—¡Comisario! —exclamó la joven sorprendida ante su llegada.

—Es un placer volver a verla, señorita.

—Wells —la profunda voz de Liam junto a su presencia, hizo que Grace se estremeciera.

Si daba un minúsculo paso hacia atrás se chocaría contra él: estaba acorralada entre la puerta, el comisario y el duque. Trató de adelantarse, pero para sorpresa de la joven, Liam apoyó la mano izquierda sobre su cintura, deteniéndola.

El comisario no podía ver aquel gesto gracias a la puerta, pero si notó como el rostro de la joven palidecía.

—Debe perdonarme, pero aún estoy recabando todas las pruebas para ajusticiar al hombre que…

—Os agradezco vuestra entrega, comisario —farfulló la joven demasiado azorada por el contacto del lord como para pronunciar una frase más elaborada.

—Le aseguro que no descansaré hasta verlo donde corresponde.

Grace jamás se había fijado en el hoyuelo que se le formaba al comisario en el mentón hasta ese instante y tampoco entendía por qué había reparado en ese detalle que daba armonía al rostro del hombre.

Sin duda trataba de distraerse del calor de la mano de Liam sobre su cuerpo.

—Estoy segura de ello —señaló notando como los dedos del lord se tensaban ligeramente contra su piel.

—¿Podemos ayudarle en algo más, comisario? —interrogó Liam, con un tono de voz cortante que no favorecía la comunicación.

No sabía por qué, pero las cortesías que acababa de presenciar entre Grace y el comisario habían nublado su juicio. Estaba conteniendo a duras penas las ganas de cerrar la puerta de un empujón y sacar a Simon de su vista.

Era un sentimiento tan irracional como incómodo, no entendía por qué lo asaltaba sin piedad, ni qué significaba. Solo era consciente de la rabia que navegaba por su cuerpo con libertad

—Venía a presentar mis respetos a los condes —comenzó a explicar el comisario percatándose de la expresión confusa de Grace y la mirada asesina de Liam —y a informarles de cómo avanza la investigación.

—En ese caso, permítame que lo acompañe.

Grace estaba deseando salir de esa situación tan incómoda en la que Liam la había colocado, pero el lord ni siquiera se apartó cuando trató de abrir un poco más la puerta para dejar pasar al comisario.

—Con su permiso, milord —solicitó la joven, esperando que él quitara su mano de su cintura.

—Estoy seguro de que Wells sabe dónde está el comedor, no es la primera vez que nos sorprende comiendo.

Simon los miró alternativamente, se había dedicado a ignorar los pequeños detalles que indicaban que algo estaba aconteciendo frente a sus ojos, aunque había notado cada uno de ellos. Alzó una ceja ante el ceño fruncido de Liam y entró en el vestíbulo justo cuando el lord se separaba de la joven.

Grace resopló, evidenciando cierto alivio y compuso una media sonrisa que apenas iluminaba su rostro.

—Sabré encontrar el camino, señorita. Agradezco su amable conversación.

El hombre hizo una leve reverencia y se giró rumbo al comedor. Grace se separó con rudeza del lord, buscando serenar su alocado corazón, como si una mínima distancia supusiera un gran cambio.

Liam cerró la puerta, mascullando una maldición entre dientes. «¿Qué estoy haciendo?», se amonestó, «¿cómo puedo dejarme llevar por los celos frente al hombre al que pienso entregar a Grace?»

Aquella idea sonaba mejor en su cabeza, incluso cuando la había compartido con Ramsey. Sin embargo, ver la interacción amistosa de Grace y el comisario había sido una agonía lenta, ¿acaso no sería capaz de soportar verlos casados?

Cerró los ojos, mientras su inquietud se disipaba.

Intuyó el siguiente movimiento de Grace cuando escuchó el crujir de su falda y el sonido suave de sus pasos alejándose de él. Ella se marchaba, pero aún tenían algo que aclarar.

—No dé por finalizada nuestra conversación antes de comenzarla, milady.

Grace se detuvo ante sus palabras.

—Su mayor diversión consiste en sacarme de mi papel —lo acusó, notando como el enfado que sentía crecía hasta niveles que nunca había experimentado—, primero me lo impusieron, más tarde entendí la inconsistencia de lo proclamado y lo rechacé, pero no me lo permitió y juro que lo intento cada día, pero llegáis vos y me ponéis en evidencia ante todos por un exabrupto que solo vos habéis escuchado.

La joven se viró con los brazos cruzados, con la rabia y el enojo asomando a sus pupilas.

—Parece que disfrutáis con mis errores.

—Grace, no está en mi intención herirla —señaló el lord acercándose a ella, hasta que la distancia que los separaba se evaporó—, trataba de…

La joven alzó una mano y él detuvo su explicación.

—No os comprendo y no deseo hacerlo, ya no.

—Cómo podríais conseguirlo si ni yo mismo puedo —confesó Liam con tanta sinceridad, que observó como la tensión de ella disminuía.

—En ese caso os suplico que mostréis indiferencia ante mi persona y yo me mantendré alejada de vos.

—Ojalá pudiera corresponder a vuestras buenas intenciones. Pero cuando vuestra mirada se posa sobre mis labios, la razón se disipa. Estoy perdiendo la cordura, milady.

Grace dio solo un paso hacia atrás, pero… no fue suficiente. Liam llevado por un arrebato, alargó el brazo, rodeó su cintura y la atrajo hacia él. El cuerpo de la joven chocó levemente con el del hombre.

—Estoy exhausta, un día estáis deseando casarme y al siguiente me… —Grace se ruborizó ante lo que estaba a punto de decir.

Agachó la cabeza, tratando de entender lo que estaba viviendo, quizás ella también estuviera al borde de la locura.

—Aún creo que es la mejor opción.

Alzó la mirada hacia él, asombrada ante sus palabras. No comprendía cuál era el juego de aquel hombre, pero no iba a permitir que tirara por tierra sus valores, solo por un capricho.

—No vuelva a tocarme.

Grace apoyó las manos sobre el pecho del lord y lo empujó logrando que él la soltara. Liam estaba tan sorprendido que no pudo prever aquella reacción. Unos segundos antes parecía ceder ante su avance.

—Creí que ambos compartíamos la misma decisión. No oí ninguna objeción por vuestra parte.

La confusión en el rostro de Liam, la enojó aún más.

—No me casaré con nadie, no necesito su ayuda en ese menester —afirmó alzando la voz con contundencia.

—Mi propósito es encontrar…

—Nada.

—No os mostréis desagradecida.

—No sois mi padre, milord —señaló la joven con dureza, herida con sus palabras, odiaba cuando la decía aquello, pero más aún que la buscara para rechazarla después—. Por desgracia él está muerto, pero no aprobaría vuestra manera de conduciros, en una confusión constante que ni vos entendéis. No necesito de vuestra ayuda, sé valerme por mí misma.

—Valoro vuestro optimismo, milady —prosiguió él con serenidad, tratando de convencerla—, pero ambos sabemos que requerís de alguien que vele por vuestros intereses.

—Vos no sois el adecuado —la firmeza en su voz lo dejó asombrado—. No sigáis interviniendo, milord. Os libero de cualquier obligación que considere tener conmigo.

Liam no esperaba aquella respuesta y Grace aprovechó para marcharse antes de que aquella conversación se volviera aún más incómoda. Recorrió con rapidez el pasillo que llevaba hasta la cocina y se desplomó sobre una de las sillas de madera.

Allí la encontró Jana media hora después, con las mejillas empapadas por las lágrimas. El ama de llaves le ofreció un pañuelo para que secara su rostro y cuando vio que la joven estaba más tranquila, le hizo un ofrecimiento que no pudo rechazar.

—Te vendrá bien salir de casa, necesitas distraerte.

—Gracias, Jana.

Aquellas palabras fueron las primeras que Grace dijo tras recoger la cocina junto a la mujer, ponerse un sencillo vestido de paseo, montarse en el carruaje y recorrer las calles que separaban el hogar de los condes de la iglesia.

Kaine las ayudó a bajar del coche de caballos con gesto serio.

Jana se apoyó en el brazo de Grace mientras traspasaban las amplias puertas de la Iglesia de St. Michael. El silencio las envolvió. En los bancos había pocos feligreses que estaban concentrados en sus oraciones. La joven observó el lugar, sobrecogida ante la grandeza de aquel inmenso espacio.

El ama de llaves se disculpó con ella y fue hacia las cabinas de madera donde el párroco tomaba confesión.

Grace se sentó en el primer banco que encontró vacío, sacó el rosario del bolsillo de la falda y comenzó a rezar en voz queda con la cabeza agachada, dejando que las conocidas palabras aquietaran su corazón, mientras el tiempo se ralentizaba en aquel santuario.

Unos minutos después, con el alma más tranquila, guardó las cuentas y se disponía a levantarse cuando alguien se sentó a su lado.

Alzó la mirada con curiosidad, pues había muchos bancos vacíos a su alrededor. Su rostro palideció ante la visión que tenía delante y estuvo a punto de soltar un grito al ver quién estaba junto a ella. No lo hizo, pues él se colocó un dedo sobre los labios, incitándola a mantenerse en silencio.

—Es un honor volver a disponer de su atención, milady —afirmó alargando las palabras con un brillo de desdén en la mirada.

Grace no podía pronunciar palabra, jamás hubiese imaginado que ese hombre, que se dedicaba a comprar mujeres, podría acudir a aquel lugar sagrado.

—Cuando atravesé el umbral, pensé que deliraba —continuó disfrutando del miedo que veía en ella—, el sabueso que os acompaña no se percató de mi presencia, tuve a bien esconderme entre las sombras y observarla. Tan casta, tan pura, tan inocente.

Su forma de arrastrar las palabras desbocó el corazón de la joven. Grace negó con la cabeza y se alzó con precipitación apoyándose en el respaldo del banco que tenía enfrente. Era el momento de huir, llegar hasta Kaine y rogarle que no la dejara sola, pero para ello lord Avery tenía que apartarse.

—Debo retirarme —anunció conteniendo una expresión de asco a duras penas.

Para sorpresa de la joven el lord se levantó con lentitud sin apartar su mirada inquisitiva de ella. Apoyó la mano izquierda sobre las de Grace, apretándolas con demasiada fuerza contra la madera del banco. Disfrutando del gesto de dolor que apareció en el rostro de la joven. Deseaba doblegarla, cuanto más se le resistía, más crecía aquel anhelo.

—Jamás había tenido tanta paciencia con una mujer —masculló el hombre inclinándose hacia ella, invadiendo su espacio sin que

Grace pudiera hacer nada para evitarlo.

—Me está lastimando —dijo en un murmullo, esperando que él la soltara, necesitaba esquivarlo, marcharse de allí antes de que alguien se percatara de lo que estaba ocurriendo.

No lo hizo, la agarró con más fuerza, tirando de sus manos, hasta que no pudo evitar tropezar con su mirada perversa y su ceño fruncido.

—Si no fuera por el lugar dónde estamos, haría mucho más que esto —sonrió al ver cómo ella se estremecía, ante su declaración de intenciones—. Aunque debería hacerlo.

El lord miró alrededor buscando algún lugar donde demostrarle lo que era capaz de hacer. Aunque sabía que era imposible, había acudido a esa iglesia acompañando a su madre. No podía desaparecer de allí y mucho menos llevarla con él sin despertar las sospechas de aquella mujer regia y de carácter recto que lo había criado.

—Me debéis vuestra virtud y pienso tomarla —afirmó tratando de encontrar una solución. La tenía en sus manos, solo necesitaba una manera de sacarla de allí.

—No os debo nada, yo no hice el trato con vos —recordó la joven sacando toda la fortaleza que poseía, aunque temblaba ante el escrutinio y la cercanía de aquel desagradable ser.

—Me pertenecéis y haré lo que quiera con vuestro cuerpo —era asquerosa la manera en la que se refería a ella, como si no valiera nada—, cada día que pasa imagino más cosas que pienso haceros, algunas no serán agradables, en algún momento incluso dolorosas. Ansió vuestros gritos tanto como observaros desnuda.

Alzó las manos de Grace, obviando el entorno dónde se encontraban. Quería demostrarla que nada lo haría cambiar de opinión. Sin dejar de mirarla, pasó la lengua húmeda y áspera por la nívea piel de ella, mientras saboreaba su expresión de repugnancia.

Era una rebelde y estaba deseando doblegarla a su antojo, hasta que no quedara nada más que un cascarón vacío que desechar.

—¡¿Qué demonios hace?! —exclamó Grace mientras trataba de poner distancia, ignorando la arcada que subía por su garganta—. Esto no es propio de un…

—¿Pensáis aleccionarme vos? —interrogó con sorna haciendo que Grace se estremeciera, dejando que el terror calara en sus entrañas mediante sonrisa torcida.

La joven trató de soltarse de su agarre, tirando de su mano con fuerza hacia abajo, pero fue en vano. Solo consiguió que un latigazo de dolor recorriera su espalda y una mueca asomara a su rostro.

—Nunca me ha importado que me rueguen en la cama.

—O se aparta de mí o gritaré tan fuerte que toda la iglesia sabrá que me está importunando —aseguró Grace reuniendo el valor que le quedaba.

—Hágalo —la retó el hombre con una sonrisa de victoria en el rostro—. Afirmaré que me ama, que he sido irrespetuoso con vos movido por la pasión que despierta en mí. Mi madre insistirá en una boda, es su mayor anhelo, y la complaceré, solo para deshonraros después y mandaros a las colonias cuando me canse de poseerla. Ni siquiera lord McAlister podría salvarla esta vez.

—Eso es…

—No sería la primera vez que lo hago. Deshacer un matrimonio es sumamente fácil cuando hay suficiente dinero para ello.

—Mi primo no lo permitirá.

—Soy plenamente consciente de quién sois —aquella afirmación desmontó el único argumento que podía esgrimir contra él—. Blackwood se ha inmiscuido demasiado en mis asuntos, algo impropio en él, así que imagino que es McAlister el mayor problema…, pero todo tiene solución. Un disparo certero y él desaparecerá, dudo que después de eso Blackwood quiera seguir con esta invención.

Grace estaba tan asustada que no supo qué decir, ni cómo evitar aquel desastre. Había una clara declaración de intenciones en las palabras de aquel hombre, no solo hacia ella, sino también hacia los que la habían acogido y protegido en las últimas semanas.

—La idea es fascinante y…

—No puede hablar en serio, ¿acaso ha enloquecido? —dijo la joven, más alto de lo que debería y él apretó sus manos con furia—. Ni siquiera puedo creer que…

—Lo pongo en la balanza y se inclina peligrosamente ante esa posibilidad, Grace —el miedo en sus ojos lo envalentonó, había encontrado su punto débil e iba a utilizarlo—. Tenéis la clave para que esa desgracia no ocurra, venid conmigo, ahora.

Estaba aturdida, asustada y tratando de encontrar la forma de defenderse sin lograrlo, las cartas de aquel peligroso juego estaban sobre la mesa. Tarde o temprano debería enfrentarse a su destino, aunque le resultase aterrador, pues lord Avery no estaba dispuesto a permitirla escapar.

Oyó como alguien se acercaba hacia ella de manera apresurada, provocando que él la soltara con un gesto de advertencia en su rostro.

—Milady —la voz de Jana fue como un bálsamo que aquietó su zozobra—, ya he terminado —anunció la mujer mirando inquisitivamente al hombre que acompañaba a la muchacha.

¿Quién era? Y ¿por qué estaba tan cerca de ella? quería preguntarlo, pero la tensión que percibió ante su llegada, era suficiente para guardarse sus apreciaciones. Debían salir de allí cuanto antes.

—Bien —susurró la joven mientras lord Avery se apartaba de su camino para dejarla pasar. —Debemos irnos ya —señaló mientras salía de aquel banco donde la había aprisionado.

Grace se colocó junto al ama de llaves, aferrándose a su brazo como si fuera el único punto estable posible, tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía. Su corazón latía desbocado ante lo que el lord le había dicho. Estaba segura de que él iba a cumplir su promesa y nadie podía evitarlo, ni siquiera Liam.

—Volverá a disfrutar de mi compañía muy pronto, milady.

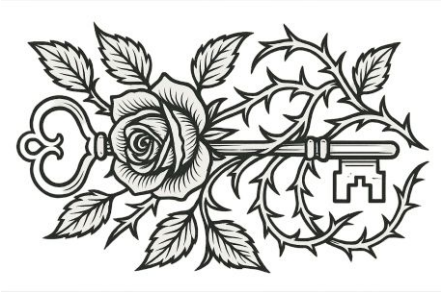
El muy infame hizo una ligera reverencia y se marchó, pero el eco de sus palabras se quedó junto a Grace, en su mente, repitiéndose una y otra vez. No era capaz de hablar, ni siquiera para corresponder con cortesía cuando Kaine la ayudó a subir al carruaje, ni cuando Jana posó su mano en las suyas enrojecidas.

Quería llorar, pero había derramado tantas lágrimas que parecía incapaz de hacerlo. Un trueno avisó de la tormenta que se desató

minutos después, las gotas golpeaban con fuerza sobre el techo del carruaje mientras recorrían las calles de Londres.

Alzó la mirada hacia el cielo encapotado, pidiendo en su mente una ayuda que no iba a conseguir, su destino estaba a punto de arrollarla.

14



La lluvia era muy intensa cuando el carruaje de los Blackwood se detuvo frente a la casa y Kaine se dispuso a abrir la puerta para que Jana y Grace desmontaran del mismo.

El hombre ayudó primero al ama de llaves, que en cuanto estuvo en tierra firme, corrió hacia la puerta principal para abrirla con premura. Después ofreció su mano a una temblorosa Grace, esta la tomó y bajó la escalera de tres escalones con lentitud.

—Ha pasado algo que desconozca, milady

Aquella certera pregunta del hombre de confianza de Liam la sorprendió.

—No, por supuesto que no —señaló tratando de ofrecerle una sonrisa —. Gracias, Kaine.

Grace caminó hacia la entrada sin percatarse de las gruesas gotas que estaban mojándola. Lo hacía por inercia, pues su mente volaba lejos, buscando soluciones, llegando siempre al mismo punto. Traspasó el umbral y se detuvo en el *hall* bajo la atenta e inquisidora mirada de Jana. Frente a ella no estaba la muchacha que conocía. Parecía una sombra, aquel hombre le había hecho algo, estaba convencida de ello.

—¿Quién era él, Grace? —preguntó el ama de llaves y percibió el terror en los ojos de la joven—, ya veo, es ese hombre, debemos…

—Os equivocáis, Jana —contestó Grace aparentando una serenidad que no tenía—. No era lord Avery, dudo que ese monstruo sea capaz de ir a una iglesia —había ensayado tantas veces esa respuesta en el trayecto de vuelta que la dijo con tanta naturalidad

que Jana la creyó. O al menos quiso hacerlo, porque la intuición de la mujer la empujaba a pensar lo peor.

Grace estaba calmada cuando se separaron para ir a confesarse, sin embargo, desde que se reunió con ella estaba intranquila, desmintiendo sus palabras con sus gestos teñidos de desesperación.

—Entonces ¿qué os pasa? Parece que algo perturbó vuestra paz.

—Tan solo recordé algunos pasajes de la Biblia, aquellos que mi padre leía por las noches y me entristecí. Los echo de menos —ni siquiera estaba mintiendo puesto que cada noche rememoraba aquellos momentos con su familia y rezaba por sus almas.

—Lamento que nuestra salida no consiguiera mejorar tu ánimo.

—Agradezco tu invitación y tu compañía, Jana. Iré a cambiarme, no deseo que el doctor tenga que volver a asistirnos.

La joven se giró con rapidez, antes de que la mentira fuera descubierta. Tenía un nudo en la garganta que la oprimía, sentía como la congoja estaba a punto de desatarse en mil lágrimas que no podría explicar. Caminó más rápido hasta que traspasó la puerta de su recámara y se apoyó sobre ella.

Se deslizó lentamente, con la espalda pegada a la madera hasta que estuvo sentada en el suelo y dejó que el miedo y la pena la consumieran. Lloró por sus padres, por el cruel destino al que unos hombres habían decidido abocarla, por Liam, por un amor no correspondido, pero que la sacudía cada vez que sus ojos se posaban en él.

Y, sobre todo, lloró por ella, por su injusta suerte de la que no iba a escaparse por mucho que consiguiera otro lugar donde esconderse.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí, dejándose llevar por la marea de emociones que la asolaban, mientras la humedad de su vestido la hacía tiritar. No le quedaban fuerzas para seguir luchando y en el fondo de su alma sabía que no tenía sentido hacerlo más.

Lord Avery había expuesto sus condiciones y ella no estaba dispuesta a permitir que el hogar de los condes sufriera la ira de aquel hombre. Él la quería a ella, solo eso lo detendría.

Se alzó con lentitud, caminó hacia el armario y lo abrió, buscó entre sus vestidos aquel que había confeccionado ella misma. No era

perfecto, pero si suficiente para lo que se disponía a hacer. Se lo puso tras quitarse el mojado y secarse el cuerpo con una toalla.

Después se sentó en el escritorio, cogió un papel y la pluma. Debía despedirse, pero las palabras que acudían a su mente le parecían vacías. Había llegado a adorar a Iara, a considerarla su familia y llegaba el momento de seguir sola.

Pronto el pedazo de papel se convirtió en un conjunto de frases sin sentido, las palabras no fluían por más que lo intentaba una y otra vez.

Se levantó frustrada, sabía que si no acudía a la cena vendrían a buscarla, así que salió de la recámara con la intención de continuar con su carta de despedida cuando regresara.

Cuando entró en el comedor recibió una larga mirada de Liam. Como aquella mañana, este se apresuró a separar su silla para que pudiera sentarse y lo hizo, con la cabeza agachada y el gesto más sereno que pudo componer en su rostro.

Se sirvió un poco de estofado de carne y dejó que la conversación que mantenía el resto de los habitantes de aquel hogar la envolviera, no sabía de qué hablaban, tampoco se veía capaz de participar en la conversación.

Se alzó por inercia cuando Jana y Marie lo hicieron. Comenzó a recoger sin reparar en que Liam no perdía de vista ninguno de sus gestos ni de sus movimientos.

Hasta que la joven se perdió rumbo a la cocina. Algo le pasaba, estaba seguro de ello por la forma en que se conducía y lo poco que había comido.

—Desconozco qué la tiene tan perturbada —comentó Iara cuando la mirada del lord se posó sobre ella—, pero Jana me contó que la vio hablando con un hombre en la iglesia, un noble.

—¿Avery?

—Al parecer no, o eso afirma ella.

—Acabaré con su existencia —dijo más para sí mismo que para el resto de la mesa—, aunque antes dejaré que Grace me diga de qué habló con ese desalmado.

Sabía que Ramsey quería reprenderlo por la forma en que lo miró, se levantó de la silla y fue hacia la cocina. Estaba llegando

cuando intuyó lo que pasaría, ella le daría la vuelta a sus palabras, huiría de él en cuanto tuviera oportunidad y no conseguiría saber la verdad. Se detuvo antes de llegar a la puerta entreabierta de la cocina y se giró.

No le daría el gusto de esquivarlo, esta vez no. Regresó sobre sus pasos mientras una idea cobraba vida en su cabeza. Sin duda era lo mejor.

Grace terminó de secar los platos que Marie lavaba y los colocó en la alacena. Cuando iba en busca del escobón, Jana lo tomó y la invitó a irse a descansar. Se limitó a asentir y salir de allí rumbo a su recámara.

Su mente la atormentaba una y otra vez repitiéndole lo acontecido con lord Avery, era incapaz de evitar aquel asalto a su tranquilidad. Ese hombre estaba muy cerca de hacerla daño, demasiado.

Apoyó la mano en el picaporte de la puerta de la habitación y la abrió sin apartar la mirada del suelo.

—Buenas noches, milady.

Por un segundo, el miedo la paralizó, alzó la vista encontrándose con Liam que la observaba con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Qué hacéis aquí, milord? —interrogó la joven cuando pudo articular palabra.

—Necesito saber la verdad, Grace.

La joven lo miró sin entender a qué se refería, pero encontrarlo en su habitación con gesto serio y tan cerca de su carta de despedida era más de lo que podía soportar ese día.

—No es apropiado, os ruego que os marchéis.

—Sois consciente de cuánto valoro la sinceridad y, sin embargo, os empeñáis en intentar engañarme.

—No sé a qué os referís, milord.

Liam se acercó a ella y, para sorpresa de la joven, cerró la puerta que ella había dejado abierta al encontrárselo allí.

—Quizás pueda ayudaros —aseguró mientras apoyaba su espalda contra la madera, bloqueando la única salida que había, provocando

que ella se separara de él unos pasos—. Esta tarde, en la iglesia un hombre la ha estado importunando, ¿quién era?

Grace comenzó a temblar, no esperaba que Jana la delatase de esa forma, pensaba que su respuesta la había convencido, pero ahí estaba enfrentándose a ese hombre cuando debería estar planeando su marcha.

—Nadie me molestó, milord —dijo tratando de sonar convincente.

—Os agarró las manos y os lastimó, para mí eso es un límite que nadie debería traspasar.

Grace bajó la vista preguntándose cómo podía saber aquello, a pesar de que le dolían no había signos visibles del daño que ese ser le había producido.

—No sé por qué…

—Tenéis la marca de sus dedos en la muñeca derecha —informó Liam. Aunque no era demasiado visible estaba ahí, se había percatado mientras cenaban, pero no le dio importancia, hasta que su cuñada le informó de lo acontecido.

Liam se separó de la puerta y se acercó a ella, la tomó la mano con suavidad, revisándola. No necesitaba que Grace le narrase lo que había acontecido, tan solo quería prolongar un poco el tiempo junto a ella antes de ir a buscar a ese hombre.

—Milord —musitó, perturbada por su cercanía y el roce de los dedos del hombre sobre su piel.

—Voy a matarlo —aseveró Liam alzando la mirada para comprobar la reacción de la joven, está lo observaba aterrada ante su confesión—, después el Támesis hará el resto.

—Os suplico que desistáis de esa idea.

—Jamás he tenido nada tan claro como esto.

La soltó con delicadeza y se giró dispuesto a terminar con aquella situación; no pensaba tolerar por un segundo más que ese malnacido hiriéndola.

—Liam.

El nombre de él quedó flotando entre ellos, el lord hizo un gesto de despedida, se giró dispuesto a marcharse y cumplir con sus palabras.

Grace negó con la cabeza, aterrada. Se apresuró a agarrarlo por el brazo y se colocó frente a él para impedir que se marchara, consiguiendo que se detuviera, pero ambos sabían que si Liam se lo proponía nada lo podría frenar.

—Volveré antes de que añoréis mi ausencia.

—No lo permitiré —la firmeza en la voz de la joven no admitía discusión alguna.

—Grace, no deseo lastimaros, mi compañía no es apropiada en este instante.

—Recapacitad, os lo ruego, vuestra familia os necesita.

—Vos también, quizás más que todos ellos —señaló con ferocidad, ante la angustia que percibía en ella.

—Os lo suplico.

Liam alzó la mano y acarició la mejilla de la joven, por un segundo dejó a un lado la venganza y el odio que le provocaba aquel lord. Se perdió en esa mirada preocupada y deseó que su realidad fuera muy distinta a la que estaban viviendo.

—Nada de lo que podáis decir me hará cambiar de opinión —aseguró con ternura y determinación. Era una decisión tomada y antes o después la llevaría a cabo.

—Piensa mataros, habló también de vuestro hermano. Estáis en peligro —confesó la joven con las lágrimas anegando sus ojos—. Jamás debisteis recogerme aquí.

—¡¡Demonios, Grace!! —exclamó Liam furioso ante su última revelación — y salís de esa iglesia, mentís a Jana y a Kaine, tratáis de faltar a la verdad conmigo.

—Solo pretendía protegeros —se defendió Grace ante su acusación.

—No es vuestra competencia. No pienso tolerar por más tiempo este riesgo hacia mi familia.

—Liam, la amenaza soy yo —dijo Grace con la voz rota y las lágrimas recorriendo sus mejillas—. Todo esto es mi culpa.

—Me encargaré de ello.

—No podéis hacerlo, mi destino está sellado, si no es lord Avery, otro vendrá a por mí, el comisario me lo explicó, la organización es más grande de lo que pensamos y…

Liam la observó notando cómo su enojo se incrementaba ante las erróneas afirmaciones de ella. ¿Por qué pensaba de esa forma?

—No permitiré que os hagan daño —señaló intentando tranquilizarla, mientras mantenía a raya su propia rabia—, antes tendrán que matarme y aunque lo hicieran no llegarían a vos, pues siempre contaríais con alguien para protegeros. Os aseguro que mi fortuna puede manteneros con vida hasta la eternidad.

—No continuéis con esto, os lo ruego.

El sollozo de la joven lo conmovió como ningún otro lo había hecho. La acercó a él y la abrazó, no sabía qué decir. Jamás se había enfrentado a las lágrimas femeninas, mucho menos las había acompañado. Se limitó a sostenerla contra él, envolviéndola en su calor y esperó con paciencia a que ella retomara la compostura.

—Liam —el murmullo de ella, aún con el rostro enterrado en su pecho, lo impactó.

Se separó tan solo unos milímetros y la pidió que lo mirase.

—Me agrada como suena mi nombre en vuestros labios —confesó sin un atisbo de vergüenza.

—No me dejéis sola esta noche.

Aquella petición junto a la cercanía de la joven era más de lo que podía contener. La rabia no le había dejado ver lo que estaba haciendo, pero el tiempo que habían pasado abrazados, con el único sonido de las lágrimas de Grace fluyendo libremente contra su pecho, había conseguido calmarlo por el momento.

—No es correcto, milady —anunció mientras una oleada de deseo recorría su cuerpo—, ni siquiera debería haber entrado en vuestra recámara.

—Hoy solo quiero ser Grace para vos.

Tenía las mejillas enrojecidas y la determinación en la mirada, aquella visión era perturbadora para el lord.

Alzó las manos y las colocó sobre las mejillas de aquella mujer. No sabía en qué momento se había convertido en su mayor tortura, pero se sentía tan vivo junto a Grace, que no había fuerza en el mundo que pudiera apartarlo de ella. En el fondo de su alma no quería poner espacio entre los dos.

Observó su rostro sonrojado y sus labios… ¡Demonios! Estaba a punto de besarla, de faltar a su palabra, tumbarla sobre la cama y poseerla. Esa idea se repetía una y otra vez en su mente.

No podía hacerlo, no podía faltar a su honor y al de la joven, aunque el deseo que sentía lo consumiera hasta convertirlo en cenizas. Apoyó sus labios sobre su frente, en un beso fraternal, y apartó las manos de su ovalado rostro con lentitud.

—Debo irme, milady —concluyó muy a su pesar—, si pretendo regresar antes del inicio de un nuevo día.

—No, hoy no.

Aquella rotunda negativa lo sorprendió.

Grace se puso de puntillas, apoyando las manos sobre el torneado pecho de aquel hombre y rozó la boca del lord ligeramente con la suya. Era un beso breve, inexperto, pero audaz que no lo dejó indiferente.

Los brazos del lord rodearon su cintura y la atrajo hacia él hasta que sus cuerpos se fundieron en uno. Liam bajó la cabeza, buscando los labios que ella le había brindado, encontrándolos dispuestos para él. La besó como llevaba semanas deseando hacerlo, saliendo a su encuentro una y otra vez mientras sus manos se movían con libertad por el cuerpo de la joven.

La deseaba con toda su alma.

«¿Qué estás haciendo?», se preguntó en su cabeza mientras sus dedos buscaban la manera de desatar aquel vestido que le impedía rozar su piel.

La soltó con brusquedad y se apartó de ella. Grace estaba atónita, nunca imaginó que los besos pudieran llegar a ser tan intensos, sentía sus labios enrojecidos. El corazón aporreaba su cuerpo con tanta fuerza, que parecía que se iba a salir de su cuerpo y una sensación desconocida jugaba con sus partes nobles.

Liam la observó y fue peor que seguir sin mirarla, estaba tan bella, tan disponible, que tenía que hacer un gran esfuerzo para no asaltarla de nuevo. Se acomodó el pantalón y respiró hondo mientras buscaba la manera de rechazarla. No porque no quisiera hacerla suya en ese mismo instante, sino porque eso no entraba en sus planes.

Grace lo conocía bien, más de lo que el lord podía pensar y, para sorpresa de este, se adelantó a su siguiente movimiento. Corrió hacia la puerta y se apoyó sobre ella obstruyéndole el paso.

—No sois consciente de lo que estáis haciendo, milady.

Grace giró la llave y la sacó de la cerradura.

—Abrid la puerta.

—No.

La joven se separó el vestido del cuerpo y metió la llave en su corpiño un instante antes de que Liam llegara hasta ella y pudiera impedírselo. El lord la miró sorprendido ante aquella decisión.

—Permitiré que la cojáis, Liam —afirmó balbuceando. No sabía que estaba haciendo, pero sí que él reaccionaba ante cada una de sus provocaciones acercándose más a ella y olvidando su venganza.

—Será mejor que la saquéis vos de ahí —solicitó el lord arrastrando las palabras y colocando las manos en su espalda, resistiéndose a la invitación que ella había pronunciado—. Ahora.

El lord se giró pues dudaba de poder presenciar cómo ella introducía la mano, justo donde quería meterla él, sin ayudarla. Se separó unos pasos de ella, hasta situarse a una distancia prudencial.

—Avisadme cuando la hayáis recogido, milady.

Grace temblaba mientras observaba la figura del lord, era la última idea que le quedaba, si eso no funcionaba, él saldría de allí y cometería una locura. Desabrochó los botones de su vestido y lo dejó caer alrededor de sus pies.

—Ya tengo lo que buscáis —anunció.

Liam se giró despacio alargando la mano, pensando que ella había cumplido con su orden. No era así, se presentaba frente a él ataviada con las enaguas, la camisola blanca y el corsé, con un intenso rubor en las mejillas y las manos en las caderas.

—Así os será más fácil cogerla —susurró la joven en una clara invitación a traspasar todos los límites del decoro.

—Cubríos, milady.

Ella no lo hizo, lo miró desafiante sin entender lo peligroso que era presentarse ante él así. Avanzó hacia Grace con paso firme, hipnotizado ante la visión de aquel cuerpo que tantas veces se había colado en sus sueños y se detuvo frente a ella.

Mudo, sin saber qué decir ni cómo convencerla de que aquello no era propio de una dama.

Grace percibió sus dudas y en un impulso agarró su mano y la acercó hasta sus senos, la dejó ahí, a solo un milímetro de su piel, anhelando que Liam terminara de tomar las riendas pues ya no sabía que más hacer salvo quedarse desnuda frente a él. Algo que la daba demasiada vergüenza.

Notó cómo sus mejillas se enrojecían ante la intensa mirada del lord.

—No os imagináis lo que estáis provocando en mí.

—Estoy segura de que es semejante a lo que yo percibo. No sé en qué momento nublasteis mi cordura, pero anhelo vuestras caricias, vuestros besos. Hace muy poco querías imaginarme en vuestra cama, hoy os invito a la mía.

—Grace —masculló entre dientes mientras su mano se posaba sobre el pecho de la joven.

Un gruñido de satisfacción salió de su garganta. La tela era tan fina que casi podía imaginar que no existía entre ambos. La sensatez quedó a un lado cuando sus labios volvieron a unirse en un beso eterno que, junto a las caricias del lord, la enloquecieron.

No sabía por qué, pero la ropa que él llevaba la sobraba, mientras él recorría su cuerpo con libertad ella trató de quitarle la chaqueta. Liam, percatándose de aquello, abandonó su cuerpo y desabrochó los botones para después quitársela sin dejar de besarla ni por un instante.

La camisa de lino del lord era fina, podía notar su calor contra las palmas de sus manos, pero también la estorbaba. Empezó a desabrochar los botones, pero el lord la apartó y sin una pizca de cuidado desgarró la tela y la tiró al suelo.

Después alzó a Grace en brazos y la colocó sobre la cama, deshaciéndose de los pantalones con presteza. Tumbándose junto a ella después y atrayéndola hacia él.

Había percibido un conato de duda en su rostro, aquello era algo que jamás había experimentado. Se maldijo por dejarse llevar y estaba a punto de separarse de ella cuando la joven rodeó su cintura con el brazo y alzó el rostro en busca de sus besos.

Saboreó su boca, conteniendo su deseo hasta incendiar de nuevo el de Grace. Sus caricias se volvieron suaves, sensuales. Poco a poco volvió a oírla jadear y sintió como se acercaba más a él, buscándolo instintivamente.

Acarició su espalda y trató de desatar la intrincada prenda que llevaba.

No podía, al menos no así. La giró con suavidad, separó los labios de los de ella y deshizo el lazo que sujetaba el corsé muy lentamente. Cautivado ante la delicada piel de la joven.

Ella contuvo el aliento cuando él se deshizo de la prenda y sus senos quedaron expuestos bajo sus ojos. Quizás ese era el momento de parar, al menos su madre jamás le había dicho que debía desnudarse para yacer con un hombre, pero estaba fascinada, dispuesta a descubrir todo lo que el lord quisiera mostrarle.

Sobre su ombligo estaba la llave de la puerta. Liam la recogió y se la mostró.

—¿Estáis segura de esto o preferís que me marche?

Un atisbo de duda asomó a los ojos de Grace, alzó la mano y acarició la barbilla del lord con una delicadeza tal que este quedó extasiado.

—Solo sé que… —no pudo evitar que un titubeo se colase entre sus palabras.

—Grace, pedidme que me separe de vos. Os lo ruego, salvadme de vuestro embrujo.

La joven lo observó con detenimiento, notando como su estómago se encogía, como su piel se erizaba ya que él no la calentaba con sus caricias. Quería más, aunque no entendía bien qué era eso.

—No puedo —masculló mientras la amenaza de lord Avery se colaba en su mente—. No pienso retractarme.

—Provocadora e inconsciente.

—Os quiero aquí —afirmó con contundencia y las mejillas enrojecidas ante su osadía—, junto a mí, necesito que apaguéis el fuego que me consume y del que sois responsable.

Liam asintió, dejó sobre la mesilla de noche la llave y regresó junto a ella. Tocar su piel fue como rozar el cielo con la punta de los

dedos. Sus caricias se volvieron audaces, no hubo ni un pedazo de piel que no las recibiera. Después su boca continuó el camino, besando allí donde antes sus caricias habían despertado suspiros.

El1iempoo se detuvo en aquella habitación. La poca ropa que quedaba sobre ellos desapareció y Grace contuvo un pequeño grito cuando él se atrevió a tocarla entre las piernas. Se las abrió con suavidad, mientras rodeaba uno de sus pezones con su lengua, acarició sus muslos y llegó hacia el clítoris, que reclamaba atención.

—Liam —profirió ella sorprendida ante la reacción de su cuerpo bajo aquella caricia inapropiada, mientras aferraba las sábanas con sus manos.

El lord se alzó para poder mirarla a los ojos sin apartar sus dedos de donde los tenía, haciendo un movimiento circular que la dejó sin aliento.

—Déjate llevar, Grace —la dijo olvidando los formalismos pues ya no tenían sentido alguno—. Rodéame el cuello.

La pidió mientras besaba la comisura de su boca e incidía en las caricias que la estaban enloqueciendo. Aferrarse a él fue su salvación y justo cuando un latigazo de pasión la recorrió el cuerpo, Liam acalló su grito con sus labios.

El hombre apoyó la frente contra la de ella. Era el momento, aún no la había mancillado irremediablemente, debía separase de ella, estaba reuniendo el valor para hacerlo cuando una caricia traicionera acabó alrededor de su erección.

—No hagas eso —masculló entre dientes, pero ella no le obedeció, sino que cerró la mano alrededor de su pene, asombrada y sin saber qué hacer, pero dispuesta a seguir explorando.

—¿Por qué, milord? —interrogó la joven disfrutando de ese segundo en que él había soltado el control de la situación de nuevo.

Liam sujetó la mano de Grace que rodeaba su miembro, era tan placentero sentir aquel contacto que fue incapaz de contestar aquella pregunta.

—Sé que hay mucho más que caricias —aquella confesión en un susurro ahogado estuvo a punto de matarlo —. Vivía en una granja, Liam.

—Eres una brisa de aire en el desierto, Grace. —afirmó el lord totalmente aturdido ante la confusión que le generaba la forma de conducirse de la joven.

—Lo demás solo alcanzo a intuirlo, pero quiero que me enseñéis vos lo que ocurre entre un hombre y una mujer.

Aquella invitación, junto al ligero apretón de sus dedos sobre su miembro erecto y dispuesto, hicieron añicos cualquier intento de caballerosidad que él pudiera tener. Se colocó entre sus piernas e incrementó sus caricias hasta que la vio dispuesta para recibirlo y la penetró, notando su resistencia, acallando sus temores. Gentil y apasionado, hasta que el ritmo de las embestidas los llevó a ambos al éxtasis más primario que existía.

Grace se dejó llevar, aferrándose a él como si fuera lo único confiable en su vida.

Cuando el lord salió de su interior sintió un deseo de obligarlo a quedarse ahí, pero se conformó con los brazos que la atrajeron hacia el calor del cuerpo masculino. Liam los tapó a ambos con las gruesas mantas y besó la coronilla de la joven.

El silencio se instaló entre ellos. La mente de Grace era un hervidero de pasión y desazón pues había faltado a las enseñanzas de sus padres, pero ¿acaso no la invitaron siempre a buscar el amor? Ella lo amaba con todas sus fuerzas.

Era su último regalo, al día siguiente su vida se tornaría un infierno y podría aferrarse a ese recuerdo para sobrevivir.

—Liam, no me dejes sola esta noche —rogó tratando de contener las lágrimas mientras pensaba en la despedida. Era inevitable y, aun así, una parte de ella se aferraba a la idea de que tuviesen una oportunidad juntos.

—No hay poder ni humano ni divino que me lleve a alejarme de ti.

El corazón de Grace brincó ante aquella confesión acompañada de suaves besos. Cerró los ojos y suspiró.

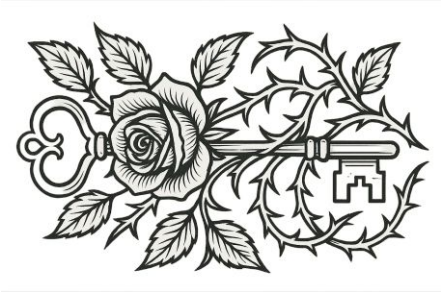
—Descansa, mañana tenemos mucho de qué hablar.

Liam era un hombre de honor, sabía lo que tenía que hacer y nada podría impedir que cumpliera con ello. Al día siguiente lo

primero que haría sería buscar a lord Avery y asegurarse que no volviera a molestar a… su mujer.

Aquello sonaba mejor de lo que esperaba. Cerró los ojos y por primera vez en muchos años se durmió plácidamente a una hora decente.

15



Grace se despertó dolorida y sola. Cuando alargó la mano hacia el lugar donde la noche anterior estaba Liam, no lo encontró. Aquello la decepcionó, deseaba mucho más. En realidad, no quería que terminara, pero eso era imposible.

El nuevo día llegó arrastrando con él los vestigios de un amor inalcanzable. Se levantó de la cama mientras el cúmulo de emociones que sentía la asaltó sin piedad, pasando de la alegría a la tristeza en segundos.

Miró a su alrededor, la ropa del lord ya no estaba sobre el suelo de su habitación, nada parecía haber cambiado salvo ella misma. Se sentía distinta y tenía la sensación de que cualquiera que la mirara notaría el cambio que había experimentado tras pasar la noche en los brazos de Liam.

Suspiró y una tímida sonrisa asomó a sus labios.

Se aseó con diligencia pensando en él, pero cuando cogió su vestido, aquel que ella misma había confeccionado, la realidad de su situación se materializó frente a ella. Tocaba despertar de aquel sueño y enfrentar su oscuro destino.

Tras vestirse, arregló la habitación, retiró las sábanas y colocó unas limpias. Abrió las ventanas y dejó que el aire frío de la mañana le golpeara el rostro.

Después fue hasta su escritorio. Sobre la madera ya no estaban sus papeles arrugados, ni siquiera la pluma y el tintero. Solo un papel doblado a la mitad con su nombre pulcramente escrito y una peonía junto a él.

Sabía lo que significaba aquello: Liam había leído su nota de despedida. Tomó la carta y la abrió despacio.

He tenido que marcharme, ha llegado el momento de colocar a lord Avery en el lugar que se merece.

Regresaré muy pronto, antes de que empieces a extrañarme.

No te muevas de aquí.

Tuyo. Liam.

Las manos de Grace temblaban mientras leía una y otra vez aquella minúscula nota. No podía leer entre sus líneas si él estaba enfadado o simplemente había recogido el pergamino anterior sin leerlo. Aunque dudaba que así fuera, estaba segura de que él conocía sus intenciones y al salir de la recámara, la presencia del hombre de confianza de Liam frente a su dormitorio, se lo confirmó.

—Buenos días, Kaine.

—Milady.

—¿Qué hace aquí parado?

—Tengo nuevas órdenes y quería informarle que durante el día de hoy deberá permanecer en esta casa.

—Yo…, no… —balbuceó Grace incómoda ante el escrutinio del hombre—. ¿Por qué?

El hombre alzó una ceja, evidenciando que ambos sabían la respuesta, pero él era lo suficientemente discreto para no manifestarla en voz alta.

—Mierda —masculló entre dientes sobrepasada por la situación.

Grace enrojeció, agachó la cabeza y pasó al lado del hombre sin volver a mirarlo. Estaba avergonzada, no tanto por lo acontecido con Liam, sino porque se hubiera tomado la libertad de anunciarlo, aunque solo fuera a su hombre de confianza.

Kaine la observó marchar, con la cabeza gacha y las mejillas sonrojadas. Había procurado ser lo más respetuoso posible, pero su tiempo era escaso y no podía perderse en explicaciones ni enredarse en las emociones femeninas. Su mente bullía de preocupación.

Temía que Liam se hubiese metido en una situación irreversible, de la que no pudiera salvarle. Cuando una hora antes se había presentado frente a él, percibió la irracional ira que lo consumía. Escuchó con atención el plan de su jefe y trató de detenerlo, mas fue en vano.

Debía frenarlo, al menos hasta que volviera a actuar con frialdad y raciocinio.

Salió de la casa de los Blackwood con precipitación y cogió el primer carruaje que encontró rumbo a la casa de lord Avery. Nunca un recorrido tan corto se le hizo tan largo.

Desmontó del pescante diez minutos después cerca, de la casa de Lord Avery. Recorrió los metros que lo separaban de ella y buscó alrededor hasta que encontró a la persona que debía de proteger de sí misma.

Liam ya estaba allí, en la acera de enfrente, tratando de decidir cómo actuar, solo tenía claro una cosa: lord Avery debía desaparecer de la faz de la tierra. Su muerte traería paz no solo a Grace, sino a todas sus posibles víctimas.

Aquella idea era tan poderosa que lo había arrancado de la cama justo cuando amanecía.

Sin embargo y, a pesar de su firme decisión, algo refrenaba sus pasos. Llevaba una hora oculto tras un carruaje desvencijado y maloliente que había alquilado, después de salir de la casa de Ramsey. El cochero era un borracho que lo observaba con curiosidad mientras seguía bebiendo. Esperaba que el alcohol nublase sus recuerdos lo suficiente como para no poder decir nada coherente sobre lo que iba a acontecer.

Cuando Kaine se colocó a su lado se limitó a asentir sin ni siquiera mirarlo, perdido en sus elucubraciones.

Era más fácil pensar en la muerte de un hombre despreciable que pasar a la acción. Un paso en falso, una ligera sospecha de que era el culpable del asesinato de aquel ser mediocre y su futuro se tornaría oscuro.

—Liam, hay otros métodos —le recordó Kaine sin necesidad.

—Lo sé y sería sumamente sencillo emplear a algún desgraciado para ello —afirmó en un murmullo apenas audible para su

interlocutor—, pero…

—Recapacitad, os lo ruego.

Liam lo miró asombrado por su petición, no esperaba aquello de su hombre de confianza y no tenía claro cómo trasmitirle la importancia de su decisión. Solo la muerte de lord Avery aliviaría el peso que tenía sobre sus hombros.

—Vuestra mujer no lo aprobaría.

La imagen de Grace apareció frente a él, con el rostro desencajado por la preocupación y rogándole que se quedara a su lado, añadiendo más dudas a las que ya tenía. Paralizando sus pasos por el momento.



A unos minutos de dónde se encontraba Liam, Grace se enfrentaba a su propia zozobra.

Tras hablar con Kaine, se había refugiado en la recámara que solía utilizar Liam. No había sido una decisión medida, pero parecía aliviarla un poco hasta que su cabeza comenzaba a lanzarla preguntas incómodas.

«¿Cómo voy a mirar a Iara a la cara?, ¿se lo habrá contado también a Ramsey?»

Se sentó en la cama y se tapó la cara con las manos, agotada y aterrada ante la posible reacción de la condesa. No podía enfrentarse a ella, quería esconderse en algún lugar y dejar que todo aquello se evaporase, mas por mucho que consiguiese hacer eso, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a lo sucedido entre el lord y ella. Se había entregado a Liam consciente de lo que hacía y, aunque no estaba orgullosa de ello, en el fondo de su alma quería creer que no había hecho nada malo.

Sus padres censurarían su entrega si estuvieran vivos, pero… «Liam, ¿dónde estás?». Tan solo esperaba que Ramsey lo hiciera entrar en razón y no consintiera que volviera a pelearse con lord Avery.

La amalgama de emociones la tenía totalmente bloqueada. Jamás hubiese imaginado que podía sentir tantas cosas en un espacio de tiempo tan pequeño.

Mas no podía seguir así. Había llegado el momento de actuar y enfrentarse a sus propias decisiones.

Se alzó sin mucho convencimiento y salió de la recámara con paso inseguro. Llegó a la cocina, mientras el olor del pan recién hecho flotaba por el largo pasillo, se detuvo unos segundos en la puerta para llenarse de valor y entró con expresión serena. En la mesa estaba Iara junto con Jana, desayunando.

—Buenos días —farfulló entre dientes esperando una mala reacción de parte de la condesa.

—Grace, te estábamos esperando.

Iara la recibió con la misma sonrisa de siempre, como si no supiera lo acontecido y… quizás así era, pues Jana tampoco mostraba ninguna expresión extraña hacia ella.

—Os lo agradezco, aún estoy un poco adormilada y me ha costado comenzar con mis tareas. No he dormido demasiado bien —mintió, justificándose.

—Disfrutaremos de estas primeras horas con calma —contestó Iara con una sonrisa—, a veces hay que hacerlo, aunque a mí me cueste.

Grace se sentó en su silla y rellenó su taza con café, necesitaba algo fuerte para soportar aquel día. Jana y Iara continuaron hablando de los quehaceres del hogar. Al menos ellas no eran conscientes de su falta todavía. Eso la ayudó a serenarse lo suficiente como para tomar un pedazo de queso junto a una rodaja de pan para acompañar su café.

La mañana transcurrió tranquila, en una serenidad que chocaba con el nerviosismo de Grace; fuera donde fuese allí encontraba a un hombre vigilando sus movimientos. Eran dos, pero parecían estar en todos lados, aunque Kaine no se había vuelto a presentar frente a ella.

No tenía escapatoria y sentía que el tiempo que estaba perdiendo allí repercutía en su contra. Debía encontrar una salida y hacerlo cuanto antes, pero cuando sus pasos la llevaban hacia alguna de las

puertas que daban al exterior, alguno de esos hombres aparecía y le recordaba que no podía salir por el momento.



Lord McAlister estaba a punto de sucumbir a su cólera. El tiempo transcurrido y las palabras de Kaine no había conseguido hacerlo cambiar de opinión, tan solo tenía que asegurarse de que nadie lo pudiera reconocer, para ello debía hacerlo antes de que la calle se llenara de transeúntes.

Durante su vigilancia se había percatado de que la puerta de servicio permanecía abierta. Sabía que lord Avery estaba allí, durmiendo, aún embriagado por el alcohol que había ingerido durante la noche anterior.

—No hay nada más que valorar.

Salió de detrás del carruaje antes de que Kaine pudiera detenerlo, resuelto a terminar con aquella situación de una vez por todas.

—Milord, os ruego que…

—No deis un paso más.

Liam se giró, furioso con la interrupción y el tono autoritario que desprendía la orden que acababa de recibir. Frente a él, estaba el comisario Wells junto a Ramsey. Miró alternativamente a ambos, mientras su mente formulaba la mejor de las excusas.

—Milord, estamos a punto de desentrañar esta trama. No permitiré que tiréis por la borda el trabajo de las últimas semanas.

—¿Estáis seguro de lo que afirmáis?

—Jamás bromearía con esto.

—Wells, este final no puede demorarse más —respondió Liam apretando los puños, mientras miraba alternativamente la casa y al comisario.

—Soy consciente de ello —el comisario reflexionó durante unos segundos, sabía que Liam era capaz de cumplir con la amenaza que asomaba a sus ojos—. Os propongo algo, acompáñeme junto a mis hombres, deberá cumplir escrupulosamente con mis indicaciones.

Están a punto de secuestrar a otra mujer, tenemos varios hombres infiltrados que nos ayudarán a sorprenderlos in fraganti.

—Lord Avery…

—La joven que van a raptar es para él, no podrá librarse del peso de la ley.

Liam sopesó las posibilidades. Podría enfrentarse a Wells, quizás derrotarle y entrar en esa casa, haciendo que el plan del comisario saltara por los aires o comportarse de forma honorable y acompañar a aquel hombre, asegurándose de que no solo Avery obtenía su merecido.

La encrucijada era grande, o al menos lo sería para otro hombre, pero Liam tenía claras sus prioridades: el honor siempre estaba por encima de cualquier otra consideración.

—Hermano, vayamos con él —Liam asintió ante aquella petición de su hermano desde la serenidad, pues Ramsey sabía que ya estaba convencido—, no solo cogeremos a Avery, también a todos sus secuaces.

—Acabemos con esto —afirmó—. Asumiré sus órdenes, comisario. Tiene mi palabra.

En el rostro de Wells se reflejaba la desconfianza, a fin de cuentas, él no lo conocía tanto como para intuir lo que estaba pensando.

No deseaba enfrentarse a la furia merecida de Liam, la situación se había alargado demasiado en el tiempo y eso solo podía empeorar las cosas. Hizo una indicación a los tres hombres, para que se alejaran de la casa. Cuando ya estuvieron en un lugar seguro, se dispuso a ponerles al corriente de todo lo que habían averiguado gracias a dos de sus agentes que se habían infiltrado en casa de Lord Avery.

Estaban en un momento crucial de la investigación.



Una hora después, Grace acabó en el salón sentada junto a Iara, tratando de aparentar una calma que no sentía mientras removía el

té con una minúscula cuchara de plata y procurando mantener una conversación coherente con la condesa. Esta parecía no darse cuenta de la incomodidad de su amiga, sus ojos volaban de Marian que jugaba sobre la alfombra a Elisabeth que dormitaba en sus brazos.

Un gran estruendo llegó desde el vestíbulo de la casa. Las dos mujeres, se miraron sin entender qué pasaba. La intensidad de los sonidos aumentaba por segundos.

Iara se alzó con su bebé en brazos y notó el temblequeo de las manitas de Marian en su falda, con cada nuevo ruido la pequeña daba un respingo. Grace también se levantó, colocándose al lado de la condesa, conteniendo a duras penas el temor que sentía.

—Escondeos —murmuró Grace hacia su amiga, pero esta se limitó a negar con la cabeza.

Antes de que la joven pudiera decir algo para convencerla, los culpables de perturbar su paz aparecieron frente a ellas. El más alto y rudo sujetaba a Jana por el brazo, zarandeándola sin ningún tipo de cuidado.

—Suéltela —ordenó Iara, dando un paso hacia delante, dispuesta a enfrentarlos a pesar de que llevaban media cara tapada con una tela negra y sus expresiones eran aterradoras—, ahora.

—Milady, la daré el gusto en deferencia a su posición. —El hombre la soltó con brusquedad.

Jana trastabilló hacia atrás chocándose con uno de los grandes sillones de madera que había en la sala. Quedándose sentada sobre la mullida alfombra, demasiado aturdida para levantarse.

Iara la miró preocupada, deseaba acudir a ayudarla, pero intuía que cualquier movimiento por su parte podría desatar el caos que traían consigo aquellos hombres.

—Se lo agradezco —dijo con excesiva cortesía, sabiendo que estaban en peligro—, ahora deben abandonar esta casa, nada de lo que hay en ella les interesa —aseguró con toda la firmeza de la que fue capaz mientras se preguntaba dónde estaban los hombres de Kaine o este mismo.

—Se equivoca, llevamos tiempo tras la mujer que la acompaña — notó cómo Grace comenzaba a temblar aún más y se acercó un poco

a ella, hasta que sus costados se rozaban—, es hora de que dejemos de perseguirla y venga con nosotros por su propia decisión.

Grace inspiró hondo, ni siquiera la había sorprendido aquella respuesta, algo en la postura de aquellos hombres, en su forma de irrumpir en la casa, incluso de hablar la había anunciado que venían a por ella.

Había llegado el momento de enfrentarse a Lord Avery y su obsesión por ella.

—Lamento tener que informarles de que eso no va a ser posible.

La firmeza en la voz de Iara estuvo a punto de hacerla flaquear. Ojalá ellas tuvieran algo que decir, pero no era así, si esos hombres se empeñaban…

—No hay otra opción —afirmó el hombre con frialdad, dando un paso hacia ellas—, no estamos negociando, condesa.

—No permitiré que entren en mi casa a amedrentarnos, mi prima no va a marcharse con ustedes y…

—¡Tía!

La intervención de Oswald desató el caos. Un par de armas aparecieron dirigidas directamente al pecho del joven que observaba la escena con estupor.

—¡¡No!! —gritó Grace asustada.

Uno de los dos hombres que empuñaba una pistola se acercó a Oswald, que había levantado las manos al verse encañonado. El corpulento encapuchado lo agarró por la chaqueta, retorciendo la tela con desdén y lo empujó hacia donde estaban las mujeres.

—No hagas el tonto o esta vez nadie te salvará de morir

Grace desconocía a qué se refería, pero Iara se estremeció a su lado. Oswald estaba sobrepasado por la situación, por un recuerdo ingrato de un asalto sufrido unos meses antes. Marian sollozaba con la cara enterrada en la falda de su madre y Jana parecía perdida en su indefensa posición.

La situación era tan horrible que Grace tomó una decisión precipitada: dio un paso hacia delante, decidida a sacar a aquellos hombres de allí antes de que cometieran alguna atrocidad.

—Es hora de irnos.

La joven asintió, pero Iara la impidió avanzar, colocándose delante de ella.

—No pienso permitir que cometáis esta atrocidad. Ella no va a ir con vosotros a ningún sitio.

El hombre la miró con el ceño fruncido y se acercó a ellas, con cada paso que daba podía saborear el miedo que les producía. Era tan satisfactorio ver a esas pobres mujeres resistirse.

—Condesa —la llamó deteniéndose frente a ella—, tengo órdenes de no hacerla ningún daño, pero mi paciencia tiene un límite y está a punto de sobrepasarlo —siseó entre dientes aquel desagradable ser que olía a almizcle y sudor.

—En ese caso, márchese de una vez y llévese a sus amigos.

La sonrisa de él se ensanchó, enseñando la dentadura imperfecta y grisácea.

—Milady, nadie podrá impedirme que me lleve a esta maldita perra, aunque quizás prefiera cambiarla por sus hijas —la condesa tembló ante aquella amenaza—, le aseguro que hay hombres que pagarían…

—No será necesario —afirmó con precipitación Grace, colocándose frente a Iara y sus pequeñas—. Es a mí a quien quieren, aquí estoy.

«Maldito seas, Avery. Vas a pagar por esto», pensó mientras alzaba la cabeza y miraba a los ojos negros de su secuestrador.

—Grace —el susurro de Iara a su espalda estuvo a punto de detenerla, no lo hizo. No podía poner en peligro aquel hogar.

—Gracias por todo, milady.

El hombre la sujetó por el brazo por si se la ocurría huir, después hizo un gesto hacia los que lo acompañaban y dos de ellos se adelantaron con un pedazo de cuerda en las manos.

—¡No! —exclamó Grace cuando vio cómo les ordenaban sentarse en el sofá y alargar las manos para atárselas—. ¿Quién se encargará de las niñas? —inquirió revolviéndose para tratar de soltarse del agarre del hombre.

—¡¡Basta!! —voceó el hombre que la sujetaba mientras la apretaba el antebrazo y la rodeaba el cuello con la otra mano—. Ese no es tu problema, si no fuera por lo que vales, acabaría con tu vida

ahora mismo —respondió el hombre con tanta rabia que ella se estremeció—. Me has causado demasiados problemas, así que cerrad la boca si no queréis que ellos paguen las consecuencias.

El hombre soltó su cuello con brusquedad y Grace jadeó, observando cómo apartaban a la pequeña de los brazos de Iara. No podía hacer nada más que mantenerse en silencio, mientras aquella horrible escena sucedía ante sus ojos. Oswald, Iara y Jana acabaron con las muñecas atadas sentados en el amplio sofá.

Las niñas estaban sobre la alfombra, Marian acurrucada contra las piernas de su madre, escondiendo la cara de aquellos hombres que la asustaban y Elisabeth llorando al no estar en brazos de Iara.

Los dedos de aquel hombre se clavaron en su piel, la hacía daño, pero no emitió sonido alguno por el bien de la que había llegado a considerar su familia. Intercambió una última mirada con Iara y formó una muda disculpa, un instante antes de que la arrastraran fuera del salón.

En el brillante *hall* los dos hombres de Kaine yacían inconscientes, maniatados y amordazados, bajo la vigilancia de cuatro maleantes más. Cuando pasaron junto a ellos, el hombre que sostenía a Grace les dio una orden para que abandonaran su posición.

El extraño grupo salió de la mansión. Los destartalados carruajes, que hacían de parapeto, aguardaban en el exterior de la mansión.

El malnacido que sostenía a Grace la empujó dentro del coche de caballos que estaba frente a la puerta y se montó tras ella. En pocos minutos la calle quedó despejada, como si jamás hubiese acontecido nada reseñable.

El viaje se le hizo largo, el paisaje iba cambiando frente a sus ojos hasta que no reconoció nada, tan solo el salitre del mar la informaba de que estaban cerca de la costa. El hombre que la acompañaba se mantenía en silencio, su mente estaba en plena ebullición, adelantándose a lo que iba a pasarla, recordándole las torturas que podían infringirle.

Notó cómo su corazón se aceleraba y su respiración se tornaba menos profunda e insuficiente. El miedo se estaba apoderando de ella y no podía hacer nada para impedirlo.

El carruaje se detuvo de golpe y estuvo a punto de caerse del asiento. Antes de que pudiera reaccionar la empujaron fuera del mismo. Frente a ella se alzaba una casa muy parecida a aquella en la que una vez estuvo encerrada. No se resistió, dejó que la llevaran a donde quisieron y pronto estuvo en una habitación húmeda con las paredes destartaladas y un sencillo catre.

El sonido de la puerta al cerrarse hizo que se derrumbara, comenzó a llorar sin consuelo en aquel sórdido lugar. Era consciente de que lo que la esperaba a manos de esos hombres sería muy diferente al encuentro que había mantenido con Liam

Su sollozo se intensificó al pensar en él. ¿Dónde estaría?, ¿qué pensaría de ella al saber que se había entregado sin resistencia?

Solo esperaba que su sacrificio sirviera para mantenerlo a salvo, pero sabía que él había ido en busca de lord Avery, que su deseo de venganza era más fuerte que la propia cordura.

El dolor se instaló en su pecho mientras rezaba por Liam, rogando a Dios que lo protegiera.

No sabía cuánto tiempo pasó allí encerrada, hasta que escuchó unos pasos en el pasillo, las lágrimas se secaron sobre sus mejillas, el dolor en la boca del estómago se intensificó y los temblores aumentaron. No solo por el frío, sino también por su mente, que no paraba de pensar en lo que iba a ocurrir, anticipándose y poniéndola cada vez más nerviosa.

La puerta se abrió sin delicadeza y una mujer de avanzada edad, pelo canoso y aspecto cansado se acercó hasta ella. Se detuvo frente a ella y la miró con desdén.

—Junta las muñecas en tu espalda.

La orden seca y el gesto adusto de aquella persona hicieron que Grace obedeciera sin pensar.

La mujer sacó una cuerda blanca del bolsillo de su delantal y se apresuró a atarle ambas manos juntas.

—No… yo….

—Callaos.

La mujer terminó de cerrar el último nudo, luego la sujetó por el antebrazo y la condujo fuera de la habitación. Grace notaba la presión de los dedos sobre su piel, la hacía daño, la sujetaba con

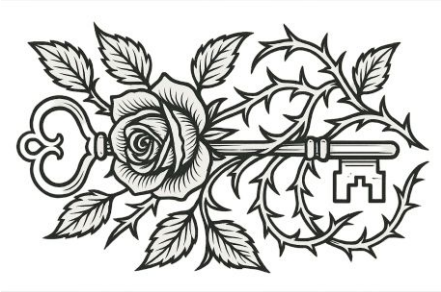
más fuerza de la necesaria pues, aunque saliera corriendo, aquel lugar estaba infestado de seres inmundos que no la permitirían llegar muy lejos.

La llevó hasta una amplia estancia. Los muebles antaño costosos, presentaban un deterioro provocado por el paso del tiempo y la negligencia en su cuidado: la tela de los sofás estaba oscurecida, las maderas, mohosas y las cortinas, ajadas. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la joven.

La chimenea apenas tenía lumbre, pero aquella mujer se limitó a dejarla ahí, parada en medio del salón, sin decirle ni una sola palabra más. Miró alrededor y buscó la silla más apartada de la puerta que encontró. Fue hasta ella y se sentó, tratando de fundirse con el mobiliario que la rodeaba. Sabía que era en vano.

No podía evitar que sus piernas temblasen, estaba aterrada, más de lo que había estado en ningún momento.

16



El tic tac del reloj de pared incrementaba su nerviosismo. No podía evitar mirarlo, ver lo lento que pasaba el tiempo no la estaba ayudando. Se estiró cuando escuchó unos sonoros pasos que se acercaban hasta donde ella estaba.

Entró la mujer que la había guiado hasta allí con una bandeja llena de vasos, seguida por otra muchacha más joven que lucía un ojo morado y portaba varias botellas de licor en sus manos.

Las colocaron sobre una mesa auxiliar que había junto a los sofás. Después se marcharon, dejándola sola. Ni siquiera la miraron, haciéndola sentir insignificante.

Inspiró hondo y a duras penas contuvo las lágrimas. Era consciente de su situación, sabía lo que iba a acontecer y estaba dispuesta a asumirlo con la mayor dignidad posible.

Se levantó de la silla con torpeza, la cuerda que le habían puesto se clavaba en su piel y empezaban a dolerle los brazos al tenerlos en una posición incómoda. Miró a su alrededor buscando un lugar donde esconderse mientras unos ruidos en el pasillo anunciaron que su tiempo de tranquilidad llegaba a su fin.

Se giró justo cuando un grupo de cuatro hombres entraba en aquel terrorífico lugar, encabezados por la última persona que esperaba ver en un lugar como ese.

—Nos volvemos a encontrar.

Grace enmudeció, frente a ella estaba el padre del hombre que amaba, que la miraba con una mezcla de desdén y desagrado que la sorprendía.

¿Qué hacía en aquel lugar y con esos maleantes?

—Habéis sido un verdadero dolor de cabeza —siguió diciendo George ante el estupor de la joven—, mis hombres se han esmerado por llegar hasta vos de mil formas distintas. Lo que menos deseaba era perturbar la paz del hogar de Ramsey, pero no ha sido posible conseguiros de otra manera.

—Milord, yo no busqué esto —se atrevió a decir Grace, alzando la cabeza con dignidad.

—Lo sé, ninguna lo elige, somos nosotros los que decidimos a quién queremos. A ti te escogió Paul —afirmó señalando a uno de sus hombres. Grace lo miró y, en cuanto lo hizo, los horribles recuerdos de la muerte de sus padres la asaltaron.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar y lanzarse contra él sin nada con qué golpearlo, ni siquiera sus manos. Suponía que aquel hombre estaría en la cárcel, lo había deseado con toda su alma, pero estaba claro que no era así, pues la observaba con una sonrisa de suficiencia en el rostro.

—Os aborrezco —dijo, a pesar del miedo que sentía, sin poder contener su lengua.

George chasqueó la lengua, molesto por su falta de decoro, ¿acaso no sabía cómo debía conducirse una mujer?

—Eras una presa fácil o eso parecía —continuó diciendo aquel hombre que deshonraba el apellido que compartía con su hijo—, pero por alguna razón que desconozco tienes un efecto extraño en las personas, tienden a protegeros.

—Ese hombre mató a mis padres —lo acusó con fiereza, como si aquello pudiera hacer reflexionar a George.

El hombre se encogió de hombros, indiferente al dolor de la muchacha.

—Lo lamento, aunque su muerte no ha supuesto ningún cambio sustancial en la vida de nadie. —La crueldad de aquellas palabras fue más grande de lo que podía aguantar Grace.

—¡¡En la mía sí!! —voceó la joven, justo cuando otro grupo de hombres, junto a lord Avery, entraba en el salón.

Grace los miró con repulsión.

«¡¡Cobardes!!, ni siquiera ante una mujer maniatada son capaces de mostrar su rostro», gritaba su mente, mientras se mordía la

lengua para no empeorar la situación. Jamás se odió tanto por tener que mantenerse callada.

Lord Avery tuvo el descaro de sonreírla, haciendo que su estómago se revolviera.

—Su vida no es importante —prosiguió George, obviando la turbación de aquella insignificante muchacha—. Fue elegida y ahora debe cumplir con lord Avery, después decidiremos qué hacer con vos.

—Sois despreciable… Si Liam supiera esto…

—Lord McAlister para vos, sirvienta estúpida —la corrigió George, acercándose a ella con la mano en alto para golpearla.

—No me quitaréis la satisfacción de corregirla yo mismo —señaló lord Avery impidiendo que George la lastimara, este se detuvo a poca distancia del rostro de la joven—. Llevo demasiado tiempo esperando por ella, yo la disciplinaré y conseguiré que agache la cabeza frente a todos nosotros. Pronto comprenderá cuál es su lugar.

—Eso espero, devuélvamela mansa y os aseguro que la próxima virgen será para vos sin coste alguno.

Lord Avery se adelantó, colocándose frente a ella con una sonrisa desagradable en su rostro. Pasó la mano por detrás de su cabeza con rapidez y la agarró por el cabello, enredando los dedos en él, sin preocuparse de si le hacía daño o no.

Grace se revolvió incómoda, pero antes de que pudiera reaccionar el hombre se inclinó hacia ella y asaltó su boca con sus labios húmedos. El roce fue solo el preludio de lo que le esperaba. Grace trató de separarse, pero solo consiguió que él le hiciera aún más daño, tironeando de su cabello.

—Te arrodillarás ante mí —dijo con su rostro a menos de un centímetro del suyo.

Grace no contestó, temiendo que él pudiera hacerle más daño, pero no apartó la mirada de la de aquel odioso hombre. Lord Avery la soltó y ella se tambaleó ligeramente hacia atrás.

Quería correr, huir de ahí. La alternativa que tenía frente a sus ojos era aterradora y no sabía cómo proceder, ni cómo escapar.

—Llevadla a mi carruaje —ordenó el lord mirando hacia sus hombres—. Gio, te la devolveré cuando me canse de ella.

—Es tuya por derecho.

—No esperaba menos de vos, he pagado una fortuna y llevo demasiado tiempo sin recibir mi beneficio.

—Antes de que os vayáis, permitidme que os obsequie con una de las mejores ginebras que podréis catar.

Lord Avery hubiera preferido negarse, estaba tan ansioso por ocuparse de Grace que tuvo que hacer un esfuerzo para corresponder a la cortesía de aquel hombre.

Lo siguió hasta la mesa auxiliar donde descansaban los licores y lo observó rellenar el vaso para ofrecérselo unos segundos después. Lo tomó con brusquedad y dio un largo sorbo, notando que el fuerte brebaje recorría su garganta y aquietaba su desasosiego.

Ya la tenía en sus manos.

—He ordenado que la subáis al carruaje —recordó al ver que ninguno de sus secuaces había cumplido con su orden.

Uno de los hombres se adelantó, acercándose a Grace, y William pareció tranquilizarse. Regresó sobre su copa y la conversación animada de su anfitrión. «Ya es mía», se repitió con suficiencia.

Grace se encogió cuando aquel maleante se colocó a su espalda. Contuvo el aliento cuando él rozó su espalda, sus ojos se anegaron de lágrimas. Aquel sencillo gesto le había recordado a Liam. Esa situación iba a ser mucho más horrible de lo que imaginaba.

Notó que el hombre sujetaba sus manos y manipulaba la cuerda que las ataba. Se quedó paralizada, cuando sintió que era liberada de su atadura y aquel hombre deslizaba sobre su mano derecha un pequeño cuchillo.

Aquello no tenía sentido alguno. ¿Quién estaba detrás de ella ayudándola?

De nuevo aquel desconocido rozó su espalda, con tanta delicadeza que estuvo a punto de soltar un grito cuando una idea se materializó en su cabeza. No era posible que…

—Todo va a acabar muy rápido

Grace apretó los labios para no contestar a aquel murmullo apenas audible que le había devuelto la esperanza: Liam.

El lord miró hacia donde su padre y el hombre al que odiaba se codeaban como buenos amigos. La furia irracional que sentía desde que había llegado a aquel lugar y había visto allí a Grace lo estaba consumiendo. Había tenido que contenerse con todas sus fuerzas y la mano de Ramsey sobre su antebrazo, pero había llegado el momento.

Miró hacia donde estaba el comisario y este asintió ligeramente con la cabeza, dándole vía libre para desatar su ira.

—Ahora, agachaos.

En cuanto Grace lo hizo, el sonido atronador de un disparo la dejó aturdida. Liam la apartó de la línea de fuego de un empujón. Los gritos y derechazos se sucedieron mientras los hombres de lord Avery atacaban a este y a los de George.

El caos se desató ante la atónita mirada de Grace, que estaba acurrucada junto a un enorme sillón. Reconoció a Kaine: era tan alto que sobresalía por encima de los hombres de George, y sus puñetazos, tan certeros que quienes los recibían no volvían a levantarse. Creyó intuir quién era lord Blackwood, pero no lo imaginaba metido en aquellos farragosos terrenos solo por salvarla a ella, y Liam… Se le encogió el alma al verlo.

Lord McAlister solo tenía un objetivo. Se deshizo de la tela que cubría su rostro, apretó los puños y avanzó corriendo hacia William, quien, con el vaso aún en las manos, observaba lo que acontecía, temblando sin ser capaz de empuñar el arma que llevaba. La sorpresa y la desazón aparecieron en la cara de aquel horrible ser.

Antes de que pudiera sujetar a aquel malnacido, Liam recibió un empujón que lo tiró al suelo. No lo esperaba y cuando se giró se encontró con la mirada airada de su padre que lo apuntaba con una pistola. Parecía decidido a matarlo.

—¿Qué haces aquí, inconsciente? —ladró George sin ocultar el enfado que le producía la actitud de su hijo.

—Debería preguntarte lo mismo, padre —afirmó Liam—, pero no será necesario. He escuchado lo suficiente como para entender por qué estás aquí. Estos eran tus negocios en el extranjero —señaló sin ocultar la decepción que sentía por ello.

Liam no se amedrentó ante la amenaza que pendía sobre él. Se alzó con agilidad, apretó los puños y buscó a Avery con la mirada. El muy canalla había salido de su campo de visión. No había llegado lejos en su huida rumbo a la puerta, Kaine lo interceptó, sujetándolo y estaba esperando su orden.

Los hombres de George habían sido reducidos con rapidez y estaban custodiados por los del comisario.

Liam ignoró a su padre y se adelantó para enfrentarse con Avery, había tenido que hacer un gran esfuerzo para no atacarlo mientras fingía que era uno de sus hombres, después tuvo que soportar que se atreviera a besar a Grace delante de él, pero había llegado el momento de colocarlo en su lugar.

—¿Cómo es posible? —balbuceó Avery.

—Debería pagar mejor a sus hombres.

Se dirigió hacia él sin reparar en nada más y en cuanto estuvo a su altura, su hombre de confianza lo soltó y Liam le propinó un puñetazo directo a la mandíbula que hizo que lord Avery cayera al suelo.

—Levántese —ordenó Liam, con los puños apretados, deseando que aquel ser opusiera algo de resistencia, se merecía un digno rival.

Lord Avery lo miró desde el suelo, derrotado. Sabía que tenía pocas opciones contra la fiereza de Liam; aun así, se alzó, recogiendo el poco orgullo que le quedaba e imitó el gesto de Liam. Este sonrió, complacido ante la actitud del lord, pues había pensado que le rogaría por su vida.

Willian trató de golpearlo y Liam lo esquivó sin esfuerzo, para segundos después estrellar su puño contra el abdomen de su oponente, que se cayó al suelo de nuevo.

Liam lo sujetó por la chaqueta, alzándolo con brusquedad.

—Os ordené que la dejarais en paz— comentó entre dientes, pero el sepulcral silencio que había en aquella sala hizo que todos los presentes lo escucharan.

Liam lo empujó con fuerza hacia una mesa, que se astilló debajo del cuerpo del lord, dejándolo dolorido y exhausto.

Grace estaba petrificada, sin saber qué hacer ni qué sentir. Por un lado, sabía que aquel hombre se merecía cada uno de los golpes de

Liam, no solo por lo que le había hecho a ella, sino por todas las jóvenes a las que había herido. Por otro, deseaba que todo acabase… No soportaba ni un segundo más tanta violencia.

Se levantó lentamente para no desconcentrar a Liam. Aún sostenía el cuchillo que él le había dado. Estaba a punto de dejarlo sobre el sofá cuando un movimiento a su derecha la alertó.

Al mirar hacia allí, vio a George amartillando el arma a unos pasos de ella, apuntando Liam, que estaba demasiado concentrado en lord Avery como para percatarse de lo que ocurría a su espalda. El odio que desprendía la mirada de aquel hombre era inmenso. ¿Cómo podía pensar en hacer daño a su propio hijo?

El corazón de Grace se encogió. Asió con más fuerza el cuchillo que tenía en la mano derecha. Se giró y apartó toda la cordura que le quedaba a un lado.

—¡¡No!! —gritó abalanzándose contra el hombre justo cuando este apretaba el gatillo. Clavándole la afilada hoja del cuchillo en el antebrazo, haciendo que la trayectoria de la bala cambiase.

Un chillido de dolor atravesó el aire. La pistola salió volando junto a un improperio de George hacia ella.

—Ramera desagradecida —rugió, agarrándola por el brazo y zarandeándola.

—Suéltela. —La profunda voz de Kaine resonó por encima de los murmullos y los gritos del hombre que había recibido el disparo.

Liam se giró, para ver cómo dos de sus hombres reducían a su padre. Su hombre de confianza sujetó a Grace por un brazo y la colocó detrás de él.

—¿Kaine?

—Está ilesa.

Los pasos apresurados detrás de él lo alertaron. La rata huía del barco, no pensaba permitirlo. No volvería a caer en el error de dejarlo libre para que siguiera atormentando a Grace. La misma que acababa de arriesgar su vida para salvarlo de su propio padre.

Sacó su pistola, apuntó a la cabeza del lord y disparó.

—Liam, no. ¡¡Maldición!!

La advertencia de Simon llegó muy tarde. El mal estaba hecho: lord Avery jamás volvería a amenazar a su familia y él no temía las

consecuencias de sus actos.

—Tenía que hacerlo —afirmó Liam con parquedad.

—No era necesario —dijo el comisario con un deje de censura, acercándose hacia él y quitándole la pistola sin que el lord opusiera resistencia alguna—. Señores, escolten a estas escorias hacia su nuevo hogar.

En pocos minutos, los hombres de Simon despejaron el salón. Tan solo Ramsey, que no salía de su estupor, permaneció allí junto a Wells.

George, escoltado por Kaine, se acercó a su hijo. En la mirada del hombre había pesar y decepción.

—Siempre pensé que un día tomarías las riendas de todos nuestros negocios, incluido este y ahora…

—Padre, no soy como vos y fuisteis el responsable de ello —dijo Liam impidiendo que George dijese en voz alta lo que todos sabían —. Me regalaste una familia y de ellos aprendí todo lo bueno que hay en mí, jamás podría decepcionarles convirtiéndome en un desalmado como vos.

—Todo por una…

—Luché contra esta lacra antes de conocerla.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hijo?

—Podría preguntaros lo mismo —respondió con indiferencia—, mas son irrelevantes vuestros motivos. Adiós, George, estáis muerto para mí.

Kaine apretó con más fuerza el brazo de aquel hombre y lo escoltó fuera.

Liam sabía lo que le esperaba; la mirada de Wells era elocuente y no pensaba oponerse a su suerte.

—Necesito un minuto —rogó justo cuando el comisario se colocaba a su lado.

Si por Wells fuera, haría la vista gorda, Liam era un buen hombre que había sido sometido a mucha presión en poco tiempo, pero su sentido del deber era más fuerte que sus deseos. No podía favorecerle, al menos no en ese instante. Asintió y se apartó hacia un lado.

Entonces Liam se permitió mirarla: Grace temblaba, aún con la sangre de su padre en la mano. Se acercó a ella y alzó el mentón de la joven para perderse en la inmensidad de su mirada.

—Grace, jamás volverán a hacerte daño. Ahora tengo que partir.

—No debiste hacerlo —lamentó la joven, con las lágrimas corriendo libremente por sus mejillas—, no era necesario y ahora…

—Mi honor nunca me permitiría obviar mi deber. Nadie amenaza a mi familia y vive para contarlo.

Para sorpresa de la joven, Liam inclinó el rostro hacia ella y la besó con tal intensidad que la dejó sin aliento. Fue un beso breve, pero que no dejaba lugar a dudas de sus sentimientos hacia aquella joven.

—Cuida de ella —le pidió a Ramsey justo cuando Wells se acercaba a él para escoltarlo a la salida.

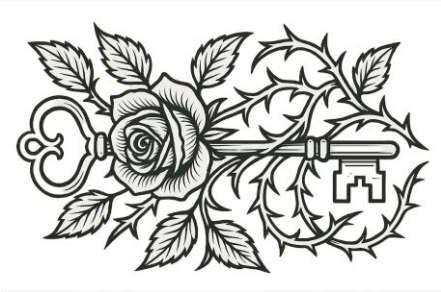
Poco a poco Grace iba tomando consciencia de lo que estaba por venir: Liam tendría que responder ante la justicia, había matado a un hombre frente al comisario de policía y gran parte de sus hombres. No había manera de eludir su responsabilidad.

—Milord —se giró hacia Ramsey esperando que él pudiera hacer algo para liberar a Liam.

—Estará bien, Grace. Vayamos a casa,

A pesar de las palabras de lord Blackwood, algo en su semblante indicaba que la situación era más compleja de lo que parecía.

17



Ramsey escoltó a Grace al exterior. A pesar de que su rostro no mostraba ninguna emoción, su cabeza era un hervidero de preguntas sin respuestas. La más importante era cómo estaba su familia, esperaba que no hubiesen sufrido ningún daño, pero cuanto más tiempo pasaba alejado de ellos, más grande era la incertidumbre que lo asolaba.

Por su parte, Grace temblaba mientras su cabeza repetía en bucle las últimas palabras que le había dicho Liam antes de que el comisario se lo llevase. Tenía que volver a verlo, estaba dispuesta a ello, aunque tuviera que soltarse de la mano de Ramsey que agarraba con delicadeza su antebrazo.

El caos de carruajes, hombres y órdenes que encontraron fuera de aquella terrorífica casa los golpeó a ambos y durante unos segundos no fueron capaces de decidir hacia dónde moverse.

—¿Dónde se encuentra Liam? —cuestionó Grace mirando alrededor, perdida entre tanto jaleo.

A su derecha divisó al comisario Wells. Trató de dirigirse hacia él sin esperar respuesta, pero Ramsey no la soltó y, antes de que pudiera siquiera quejarse, Kaine apareció frente a ellos y los escoltó hacia uno de los coches de caballos con gesto tan serio que le fue imposible no hacerle caso.

Diez minutos después estaban alejándose de aquel lugar. El carruaje tomaba el sendero con demasiada rapidez, como si el mismo cochero deseara alejarse de aquel aterrador escenario, ajeno a los pensamientos de Grace.

Esta tiritaba en un movimiento constante que no podía controlar, como si todo el miedo que había sentido intentara salir de su cuerpo. De vez en cuando miraba al lord que la acompañaba. Tenía la mandíbula apretada, también los puños, la tensión era tan enorme que parecía estar a punto de estallar.

—Milord —lo llamó Grace, captando la atención del hombre que se retorcía las manos frente a ella.

Ramsey la miró ligeramente incómodo, estaba tan perdido en sus pensamientos que no era capaz de controlar las señales que evidenciaban el miedo que sentía de encontrarse a Iara herida.

—Cuando me fui de su hogar, su familia estaba bien, estoy segura de que así seguirán cuando regresemos —afirmó la joven bajo la mirada interrogativa de Ramsey.

—¿Os fuisteis por propia voluntad? —cuestionó el hombre al notar la duda en el tono de voz de la joven.

—Iara trató de defenderme, pero esos hombres estaban dispuestos a cometer una atrocidad mayor que entrar en vuestra casa si no los acompañaba. Amenazaron con llevarse a vuestras hijas —un ligero sollozo escapó de sus labios—. No tuve elección, no podía permitirlo y no me arrepiento de haberlo hecho.

Por un instante, sus miradas se cruzaron y el dolor que ambos exhibían pareció disminuir ligeramente.

—No les hicieron daño, tan solo las ataron. Traté de impedirlo, pero…

—Os agarraron por el cuello —la certeza en la voz del lord la impresionó. Grace se llevó la mano a la garganta—. Os saldrán varios moratones allí donde esos impresentables hicieron presión.

—Carece de importancia.

—Valoro vuestro sacrificio, Grace. Estaré en deuda con vos toda mi vida —Ramsey vio como el rostro de ella se enrojecía—. Necesito respuestas, ¿qué más ocurrió?

—Les supliqué que no lo hicieran, pero fue en vano. Maniataron a Jana, a Iara y a vuestro sobrino. Después nos marchamos, ninguno de esos malnacidos se quedó allí. Tienen que estar bien —masculló entre dientes con los ojos anegados en lágrimas sin derramar—. Tenían orden de no causarles daño alguno.

—Estoy seguro de que así será.

Ramsey sintió una sensación de alivio. Por un instante se permitió pensar en George, agradeció que él estuviera detrás de todo y protegiera a su familia.

—Necesito saber, ¿cómo supisteis que estaba allí? —cuestionó Grace tras unos minutos de silencio entre ambos.

—No éramos conscientes de ello, solo sabíamos por Wells que iban a secuestrar a una joven, pero jamás pensamos que fuerais vos. Cuando os vimos ahí… —la voz de Ramsey se quebró recordando lo que había sentido al verla.

Saber que no podía moverse hasta que Simon diera la orden, entender que su esposa y el resto de su familia podían estar en peligro o haber sufrido algún mal a manos de esos malnacidos. Había tenido que hacer acopio de todo su autocontrol para no estallar y, con él, la misión que tenían entre manos.

Jamás volvería a tomar partido en algo así. Había aprendido la lección, él era un hombre de familia, los actos heroicos debían quedar atrás.

—Kaine me avisó de lo que pensaba hacer Liam y corrí a detenerle junto al comisario. Wells, al ver la turbación de mi hermano, nos invitó a participar en la operativa —prosiguió Ramsey bajo la atónita mirada de Grace—. Entre los hombres del lord ya había infiltrado a tres de los suyos, que lo mantenían informado. Tan solo tuvimos que sobornar a seis más, fue fácil, estaban mal pagados y cansados de seguir a un jefe nefasto.

»Tan solo seguimos los pasos de Avery como si fuéramos sus esbirros, ni siquiera se cuestionó por qué llevábamos la cara tapada, pero cuando os vi allí…

Ramsey se rompió, detuvo su explicación y se giró hacia la ventana, conteniendo como podía las ganas de llorar.

—Lamento tanto vuestra angustia por Iara y…

—No solo fue por ellos, también por vos. Tuvimos que sujetar a Liam hasta que Wells dio la orden de actuar. Os aseguro que ni siquiera sé qué lo detuvo cuando os vio ahí, maniatada y en manos de su padre.

Aquella frase quedó flotando en el aire entre ellos. La traición de George era demasiado grande para asimilarla en pocos minutos. Aquel hombre había sido un referente en su vida, su figura paterna cuando no le quedaba nada. Lo admiraba y quería a partes iguales.

Cuando lo había visto allí, manejando el lugar, entregando a una joven a un ser desalmado como si de un pedazo de carne se tratara solo por unas cuantas monedas. Su admiración por él se había evaporado, era tan innecesario como abominable.

La avaricia era el mal que asolaba a sus pares, haciéndoles creer que podían obtenerlo todo, incluso la vida de las personas. Una parte de él aborrecía a sus coetáneos y su comportamiento censurable.

—Siento tanto todo lo que he provocado —el tono ahogado en aquella frase hizo reaccionar al lord.

El miedo y la desesperación de aquella muchacha inocente asomaban en sus pupilas.

—Vos no habéis cometido esas atrocidades —aseguró Ramsey con una firmeza que era imposible rebatir aquella afirmación—, ni sois responsable de las decisiones de esos lores. Al contrario, agradezco vuestra heroicidad anteponiendo la seguridad de mi familia a la vuestra y me alegra haber llegado a tiempo para liberaros.

Una lágrima rodó por la mejilla de la joven ante la sinceridad que percibía en las palabras del hombre. Ramsey sacó su pañuelo blanco bordado con sus iniciales y se lo entregó.

—Odio mi condición —señaló Grace cuando fue capaz de hablar, sorprendiendo al lord—. Soy huérfana, pobre, mujer… No valgo nada en este mundo. Me siento tan sola y desamparada.

Ramsey alargó la mano y sujetó la de la joven con delicadeza.

—Estáis muy equivocada, Grace —aseguró con una firmeza tal que nadie podría discutírselo—. No estáis sola. Formas parte de nuestra familia y siempre será así. Somos muy afortunados por tenerte junto a nosotros.

Grace se estremeció al escuchar aquellas palabras, no estaban huecas. Había sentido aquella pertenencia desde que Iara la había

sostenido por primera vez: acogiéndola en su casa, secando sus lágrimas y acallando sus miedos.

En esos momentos aquel lord que la observaba con sinceridad y aprecio la reconfortó. Quería agradecerle aquellas palabras, pero el nudo en su garganta se lo impidió. Se recostó en el asiento y estrujó entre sus manos el pañuelo de él, mientras trataba de serenarse.

El carruaje se paró frente a la casa de los Blackwood media hora después de aquella conversación a la que luego siguió un silencio menos incómodo que el que la había precedido. Ramsey bajó del coche de caballos sin esperar a Grace ni ayudarla. La urgencia por saber cómo estaban lo había asaltado en cuanto sus ojos se posaron en su hogar.

Corrió hacia la casa sin importar quién pudiera verlo y se encontró con Oswald en el *hall* junto a uno de los hombres de Kaine con una escoba en la mano.

—¡¡Tío!! —el muchacho se abalanzó hacia él para abrazarlo y Ramsey no dudó en estrecharlo entre sus brazos—. Estamos bien todos.

A pesar de las palabras de su sobrino, el corazón de Ramsey no dejó de latir con temor. Lo soltó con una última palmada en la espalda y miró hacia los lados, decidiendo dónde buscar a Iara primero.

—Está arriba, en vuestra recámara.

Los pies del lord volaron por las escaleras hasta llegar a la primera planta. Se detuvo un segundo frente a la puerta de su alcoba, resopló, con la respiración agitada y el corazón desbocado. El sonido de la melodiosa voz de Iara entonando una nana llegó hasta sus oídos, aquietando sus temores al fin.

Abrió la puerta con cuidado y se encontró frente a su mujer, sana y salva, ilesa, como si horas antes no hubiese estado atada y desesperada en el salón de su hogar.

—Se han llevado a Grace —masculló Iara con los ojos anegados en lágrimas al verlo—. Vinieron a buscarla, nos ataron, pero Marie se quedó escondida, esperó a que se fueran y nos desató.

—Bendita sea —murmuró Ramsey acercándose a ella y abrazándola con cuidado mientras miraba hacia la cuna donde

descansaba su hija.

—No estuvimos mucho tiempo así —le aseguró Iara en un murmullo apenas audible—, pero Jana está herida. La he hecho acostarse.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó con precipitación Ramsey, apartándose ligeramente para observarla.

—Uno de esos hombres la tenía agarrada y al soltarla no lo hizo con delicadeza. Se golpeó en la espalda contra uno de los sofás. Ya vino el médico y le ha mandado reposo unos días. Por suerte, solo ha sido una contusión, se recuperará —Iara sollozó superada por todo lo que habían vivido, el miedo aún corría libre por sus venas—, pero Grace…

—Ella está aquí, está bien.

Iara lo miró asombrada ante sus palabras mientras trataba de controlar las lágrimas sin mucho éxito.

—Wells nos llevó hasta ella —explicó Ramsey antes de que su mujer pudiera acribillarlo a preguntas—, nos enfrentamos a esos hombres, conseguimos reducirlos, pero Avery ha muerto.

—¿Liam está con Grace? —Ramsey negó con la cabeza y la sombra de tristeza que nubló los ojos de su marido la hizo estremecerse—. ¿Dónde está tu hermano?

—Debe responder por la muerte de lord Avery.

Aquella afirmación encogió el corazón de Iara. Ramsey la estrechó un poco más fuerte contra su pecho y le dio un beso en la frente. Inspiró hondo su olor y se repitió mil veces que estaba bien, a salvo de nuevo.

—¿Por qué lo mató? —cuestionó Iara, apartándose de él tras unos minutos en que el silencio les abrazó, sosegando sus corazones.

De alguna forma intuía la respuesta de Ramsey, pero necesitaba que él se la dijera.

—Trataba de protegernos, como siempre, pero esta vez no tuvo en cuenta las consecuencias de sus actos. Estaba sobrepasado.

—Pensó en Grace —confirmó Iara, que no era ajena a lo que ocurría con su cuñado y esa joven—, llevaba mucho tiempo conteniendo una rabia que lo ha consumido.

—No sé si podré salvarlo.

La impotencia en el rostro de su marido hizo que las lágrimas corriesen libres por las mejillas de Iara. Ambos adoraban a Liam, el salvador de su familia. Les tocaba ahora ayudarlo.

—Lamento que mi petición provocase esto —afirmó Iara con la congoja alojada en su pecho—. Jamás imaginé que desmantelar ese negocio…

—Gracias a ello, salvó a muchas mujeres, entre ellas a la que hoy llamas hermana.

—Pero Liam se enfrenta a… —Un nudo en su garganta la impidió seguir hablando.

—No permitiré que eso ocurra, estoy dispuesto a todo, incluso a poner mi fortuna a los pies de la reina si así consigo salvarlo.

—¿Crees que te escuchará?

—No cejaré en mi empeño hasta que lo consiga.

Iara enterró la cabeza en el pecho de su esposo y sollozó, cansada de intentar contener el torrente de dolor que la asolaba. Frente a ellos tenían una batalla que librar por el bien de su familia; pero, sobre todo, porque no imaginaban la vida sin Liam a su lado.



Podía oír su nombre en el ulular del viento que se colaba entre las piedras de la prisión de Pentonville, como si Grace se hubiera pasado las últimas semanas llamándolo incansablemente.

La echaba de menos con una intensidad que jamás creyó posible, pero la esperanza de volver a verla se desvanecía con el paso incesante de las horas en la oscuridad de aquella celda. Al menos no tenía que compartirla con ningún delincuente, unas pocas libras habían bastado para obtener algún privilegio en aquel lugar sórdido e inmundo, pero nada podía librarle del hedor que estaba impregnado en las rocas de la prisión, ni de los lamentos del resto de presos.

Las ratas corrían libres y por las noches se subían a los destrozados camastros en busca de un apetitoso bocado al que

hincarle los dientes. No sabía cómo se había librado de un mordisco, pero era consciente de las fiebres que producían a los incautos que elegían.

—Milord —la voz de Simon lo sacó de su ensimismamiento, no lo había oído llegar.

Alzó la mirada desde su catre y se puso de pie. La seriedad en la mirada de aquel hombre era suficiente para entender que no traía buenas noticias.

El comisario dio la orden para que abrieran la celda y entró en el pequeño espacio. Después esperó a que el hombre que le acompañaba se marchase antes de poder hablar con quien consideraba su amigo.

—Lo siento, McAlister —dijo con gesto serio—. Ramsey está intentando tener una audiencia con la reina, pero no hemos recibido aún respuesta. Parece no querer tomar partido, después de que todo Londres descubriera lo que ocurría con esos lores.

—Debí intuirlo… La Corona siempre busca su beneficio.

—Se ha convertido en un gran escándalo y quieren dar un mensaje contundente a toda la alta sociedad.

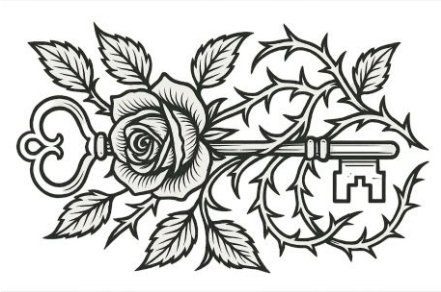
—Habla claro, Wells.

—Prepárate para lo peor.

Aquella frase era suficiente para entender la gravedad de lo que estaba enfrentando. Estaba a un paso de la muerte y aunque podría recurrir a algún lord bien posicionado y con influencias con Su Majestad, no lo haría. Siempre pensó que moriría joven, el tiempo parecía confirmar esa sospecha.

Al menos esperaba que su padre le sobreviviera unos días, que sufriera por lo que indirectamente había provocado con sus negocios turbios y su infame manera de ganar un dinero que ninguno de los dos necesitaba.

18



Un mes después…

Londres amaneció lúgubre acompañando el sentimiento de soledad que Grace arrastraba desde hacía días o ¿quizás semanas? No lo sabía; había perdido la noción del tiempo esperando, buscando el regreso de Liam.

Aún podía sentir los labios del lord sobre los suyos. Su último beso llevaba el sabor amargo de la despedida en el peor momento: cuando más necesitaba que la acogiera entre sus brazos y acallara sus temores. Se tuvo que ir y no podía evitar echarlo de menos con una intensidad que la abrumaba.

Al cerrar los ojos, ingratos recuerdos rodeaban su corazón como un alambre de espinos: lord Avery desangrándose sobre la ajada alfombra, la mano del comisario Wells en el brazo de Liam… ¿A dónde lo había llevado? Y ¿por qué no había vuelto aún?

Lo extrañaba con toda su alma, rezaba por él. Cada día preguntaba a Ramsey sobre su paradero y recibía una nueva evasiva, haciendo que el dolor y la desesperación se acrecentase.

Se apartó de la ventana de su recámara, recogió su chal, se lo colocó sobre los hombros y salió de allí rumbo a ocupar su mente trabajando, era lo único que podía hacer. Eso o acabaría cayendo en la locura.

La mañana pasó con una lentitud apabullante hasta que Ramsey apareció frente a ella con gesto serio mientras estaba colocando la mesa para la comida.

—Grace, debo hablar con vos —aquellas palabras fueron suficientes para que su mente comenzara a hacerse preguntas.

Contuvo su lengua como pudo, tratando de mantener las formas y acompañó al lord hasta su despacho. Se sentó en uno de los cómodos sillones de la sala mientras un sentimiento de desasosiego la envolvía sin piedad.

—Lamento ser quien tenga que comunicaros esto —comenzó a decir Ramsey sentándose frente a ella—. Liam os ha dejado esta misiva a fin de explicaros la situación que atraviesa.

Ella alargó la mano, temblorosa, y tomó el sobre que le ofrecía el lord. Miró su nombre pulcramente escrito en él y un estremecimiento recorrió su espalda. Deslizó las yemas de los dedos sobre los bucles de tinta. Imaginó la mano de Liam realizando aquellos trazos… y su mente voló al instante compartido: esas caricias que atesoraba en lo más de hondo de su alma.

«¿Por qué no vienes a enfrentarte a mí?, ¿qué te lo impide?», se preguntó mientras trataba de reunir el valor de abrirla.

Inspiró hondo, tratando de tranquilizar el errático latido de su corazón.

—No me veo capaz de leerla —masculló entre dientes, rogando porque Ramsey se apiadara de ella y decidiera contarle lo que pasaba—. ¿Dónde está Liam? —inquirió alzando la mirada hacia el hombre que la acompañaba—, le necesito a mi lado.

Su confesión hizo que las mejillas de la joven se incendiaran. El rostro de Ramsey se mantuvo sereno, accesible.

—Os ruego que me lo digáis, no soporto más esta incertidumbre que me corroe.

—No va a volver en un tiempo, Grace —afirmó de manera calmada y cercana, conmovido ante el dolor de ella—. He tratado de disuadirlo, pero no ha querido escucharme y ha tomado una decisión que no comparto, mas debo respetar.

—¿Por qué?

—No quiso compartirlo conmigo—el dolor en la mirada del lord rivalizaba con el suyo—, tan solo sé que su barco zarpa en unas horas.

Aquella afirmación no tenía sentido, ¿por qué se marchaba? Llevaba días suspirando por verlo aparecer y la primera noticia que tenía de él… era aquello.

Bajó la mirada y rasgó el lacre burdeos que sellaba el sobre que tenía en sus manos. Sacó el pergamino con cuidado y leyó las palabras de Liam.

Grace.

Soñé un mundo diferente para vos y lo hice posible. Lord Avery jamás podrá alcanzaros y mi presencia no volverá a importunaros.

Me consta que Simon alberga un sentimiento genuino hacia vos y pronto pedirá vuestra mano a Ramsey. No temáis aceptarlo, sin duda es el mejor hombre que podría acompañaros en este futuro que se abre frente a vuestros ojos.

Os deseo una vida plena.

Su fiel servidor.

Liam

Grace alzó la mirada y se encontró con el rostro sereno de Ramsey. Inspiró hondo, mientras las lágrimas anegaban sus ojos.

—¡Me entrega a otro hombre! —exclamó con los ojos vidriosos, sin ocultar el dolor que sentía ante lo que consideraba una traición por su parte.

—Llevaba tiempo considerándolo.

—Pero después de lo acontecido… —Grace se tapó la boca con la mano, había estado a punto de confesar su indiscreción y desconocía cómo podía recibir aquella información el lord que estaba junto a ella.

—Grace, ¿hay algo que deba saber?

Aquella pregunta consiguió que la joven perdiera el poco autocontrol que le quedaba.

Un torrente de lágrimas se desató mientras trataba de buscar una respuesta. ¿Algo? Había un mundo entre Liam y ella, pero él se marchaba, la desechaba como un objeto viejo y ajado.

Un sollozo escapó de sus labios sin que pudiera contenerlo. Releyó las letras pulcramente escritas, tratando de encontrar algo a lo que aferrarse, pero fue en vano: Liam había elegido por ella, abandonándola a su suerte, rechazándola como si no valiera nada.

—Liam ha dispuesto todo para que no tengáis que trabajar —aquella frase de Ramsey hizo que lo mirase, sin entender a qué se refería—. Cada mes recibiréis una asignación a través de Simon y…

—¡No!

La rotundidad en la respuesta de Grace lo sorprendió, pero Ramsey necesitaba llegar al fondo del asunto y entender qué pasaba entre su hermano y aquella joven.

¿Acaso habían tenido algún contacto más allá de un beso? De ser así, Liam debería responder frente a ella de otra manera, a pesar de las circunstancias que estaba viviendo.

—Grace, entiendo vuestro desasosiego, lamento la actuación de Liam, pero ahora no está en disposición de ayudarte, aun así…

—No pienso aceptar ni un chelín. Jamás —señaló dirigiendo la mirada hacia el lord, limpiándose las mejillas con las manos con fiereza—. Tal vez no lo entienda, Ramsey, pero entre Liam y yo surgió algo, un sentimiento que no puedo explicar o quizás sí, pero ya no tiene sentido hacerlo. ¿Cómo podría corresponder a otro hombre si mi corazón…?

Grace no fue capaz de terminar su alegato, su voz se fue apagando con cada palabra y un sollozo escapó de sus labios sin que pudiera contenerlo.

—Lo lamento.

—No puedo casarme con el comisario —añadió cuando fue capaz de hablar de nuevo—, no lo acepto y os ruego que no me obliguéis a ello.

—Jamás cometería semejante atrocidad, Grace —la firmeza en la voz de Ramsey calmó su inquietud—. Respetaré vuestra decisión y no dudo de que Simon lo entenderá.

—¿Ya habéis hablado con él? —cuestionó escandalizada por la rapidez de aquella acción.

—Liam lo hizo —Grace creyó intuir la censura en la voz del lord, pero no lo conocía tanto como para estar segura de ello—. De ser conocedor de vuestra franca negativa lo hubiese impedido, pero soy consciente de la honorabilidad de Simon, no se ofenderá ante vuestro rechazo.

—Gracias.

Grace no esperaba aquello, en realidad nada tenía sentido para ella, menos después de la noche que habían compartido. Sintió cómo le faltaba el aire con solo pensar en intimar con otra persona que no fuera Liam.

Lo amaba y era un sentimiento que no podía borrar de la noche a la mañana por mucho que él no la correspondiese.

Se levantó del sillón con la arrugada carta en su mano derecha, intentando en vano comprender lo que estaba pasando. El crepitar del fuego en la chimenea fue el único sonido de aquel despacho durante los siguientes minutos, mientras trataba de recomponerse.

—Quiero verlo, milord —afirmó con contundencia mientras se giraba hacia Ramsey—. Requiero que él me parta el corazón con su indiferencia.

Por un instante, el rostro de aquel hombre se ensombreció, parecía a punto de negarse a sus deseos. Grace estaba dispuesta a suplicar, era lo último que le quedaba y tenía derecho a intentarlo. De alguna forma pensaba que, si Liam la veía frente a él, este cambiaría de opinión.

Era absurdo, tanto que aferrarse a aquel pequeño resquicio de esperanza la mantenía sin desmoronarse.

Antes de que pudiera comenzar a rogarle, Ramsey resopló y asintió sin demasiado convencimiento. Se alzó del sillón y la instó a ir a recoger su capa antes de partir. Cuando la joven salió del despacho, rauda y veloz, el ceño del lord se intensificó.

Su hermano le había mentido, entre aquella muchacha y él existía algo que se le escapaba, pero Liam no estaba en disposición de aguantar sus reproches y él necesitaba concentrar toda su energía en ayudarle. Ya habría tiempo de afearle sus decisiones.

El viaje transcurrió en el más absoluto silencio: tenso y cargado de emociones negativas que estaban ahogando a Grace. No sabía cómo iba a reaccionar al verle, pero necesitaba hacerlo.

El bullicio del puerto sorprendió a la joven todavía más que la primera vez que había ido hasta allí. Algunos barcos estaban preparándose para partir y sus marineros se afanaban en cargar las provisiones que necesitarían para su viaje.

Los comerciantes se agolpaban por las calles, voceando y ofreciendo sus baratijas. Ramsey se alzaba a su lado como el mástil de un mercante, soberbio y dispuesto a llevarla hasta Liam. Detrás de ellos, Kaine y uno de sus hombres los seguían, vigilando cada movimiento de las personas que los rodeaban.

Ese despliegue la hizo sentir segura en aquel espacio. Avanzó con paso firme y pronto tuvieron frente a ellos el naviero en el que Liam iba a embarcar.

—Estáis seguro de que tiene que… —su voz se quebró cuando Lord McAlister salió de la taberna que estaba a unos pasos de donde ellos estaban.

Verlo ahí, a unos metros de ella, tan tranquilo y afable con los marineros con los que iba a embarcarse, la paralizó. Se limitó a mirarlo, incapaz de interrumpir aquella escena. No recordaba haberlo visto así desde que lo conocía, como si ningún problema lo atormentase.

Inspiró lentamente mientras los pasos de Liam se dirigían hacia el barco, alejándose de ella. Sin verla siquiera.

A su lado, Ramsey se mantenía en silencio, respetando su quietud.

Las lágrimas bañaron sus mejillas, un sollozo se escapó de entre sus labios. Si en algún momento había pensado que él la amaba, solo era una mentira que deseaba creerse con toda su alma.

Dejó que la rabia y el dolor se apoderaran de ella y apenas se resistió cuando Ramsey la tomó por el brazo y la guio con delicadeza hacia el carruaje… que no tardó en ponerse en marcha cuando ambos subieron al mismo.



El tiempo parecía haberse ralentizado tras aquella visita al puerto. La vida avanzaba, mientras las lágrimas se secaban en el rostro de Grace y su corazón se iba endureciendo. Hasta que llegó el momento en que tuvo que asumir la verdad de su situación, no podía alargar más su estancia en aquella casa.

Tenía que marcharse.

A los pies de su cama estaba su bolsa de viaje junto a un baúl en donde había empacado los vestidos que Iara la había comprado. Las paredes que la rodeaban parecían molestas con su partida, pero cada día que pasaba allí, la presencia de Liam en cada rincón se tornaba en un recuerdo insoportable.

Tenía que huir.

Así lo había decidido la noche anterior, cuando la nostalgia la había hecho llorar durante horas mientras el día daba paso a la noche. No podía seguir compadeciéndose de ella misma, no se lo merecía.

—Adiós, Liam —murmuró en un suspiro ahogado, notando cómo la angustia anidaba en su garganta y la desesperación amenazaba con alcanzarla—. Adiós, mi amor.

Era la primera vez que se permitía llamarlo así y sabía que sería la última, desde ese momento cerraba la puerta a ese hombre que le había marcado el alma con su desprecio.

Una parte de ella lo odiaba, la otra lo amaba.

Tan solo esperaba que los meses borrasen su recuerdo y alejasen aquellos sentimientos de ella.

Agarró la bolsa de viaje y salió de la recámara rumbo a la entrada donde Iara, la extraña condesa que se había convertido en su hermana, la esperaba.

Si alguien podía entenderla, era ella, y cuando le comunicó su decisión, la aceptó sin reproches ni malas caras, pero con tristeza en aquellos ojos que la observaban con cariño.

—Te voy a echar de menos —comentó Iara cuando tuvo a Grace frente a ella y, para sorpresa de la muchacha, la abrazó con efusividad.

Grace la correspondió mientras las lágrimas volvían a anegar sus ojos. Una parte de ella quería quedarse junto a Iara.

—Yo también, mas prometo que no dejaré de visitaros.

—No permitiré que faltéis a vuestra promesa.

—No esperaba menos de vos.

Se separaron lentamente, como si al hacerlo así, la separación no fuera a producirse.

Grace alzó los ojos hacia lord Blackwood, que la observaba sin un atisbo de enojo en su mirada. Agachó la cabeza e hizo una pequeña reverencia hacia él.

—Milord, lamento que mi presencia en esta casa… —comenzó a decir, pero Ramsey la interrumpió.

—Llegasteis para convertiros en la hermana de mi mujer, por tanto, también sois la mía. Esta es vuestra familia, Grace. Lo será siempre y podréis recurrir a nosotros cuando lo necesitéis.

—Me siento tan agradecida que… —la voz de la joven se quebró mientras los miraba y Jana se adelantó para abrazarla a su vez, librándola de seguir hablando.

—Cuídate mucho, pequeña.

—Eso haré —contestó la joven separándose del ama de llaves y sonriéndola con ternura—. Gracias por acogerme cuando más sola me sentía.

Marcharse era más difícil de lo que había pensado, sobre todo cuando Marian, la pequeña hija de Iara, se acercó a ella corriendo y se tiró sobre sus piernas.

Grace se agachó junto a la niña y la envolvió entre sus brazos, justo cuando llamaron a la puerta. Ramsey se adelantó para abrirla y saludó al comisario Wells con afabilidad.

—Grace, ¿estáis lista? —preguntó Simon colocándose frente a ella y recogiendo de sus manos su bolsa de viaje, cuando la joven se alzó para mirarlo.

Inspiró hondo y dio un último vistazo a esa familia que el Señor le había regalado tras perder a sus padres. Se sentía afortunada y

apenada a partes iguales, pero no podía proceder de otro modo.

—Es el momento —afirmó con firmeza. Una media sonrisa se formó en su rostro mientras se secaba las lágrimas que habían empapado sus mejillas con la mano.

Le dio un último abrazo a Jana, a Marie y a Iara, acarició con cariño el rostro de Marian y se dejó guiar por el comisario hacia su nueva vida. Salieron de la casa de los Blackwood uno junto al otro, sin hablar.

Simon abrió la puerta del carruaje y le ofreció su mano para ayudarla a montar en él. Ella no dudó en agradecer el gesto y, sujetándose el ruedo de la falda con la otra mano ascendió por la escalinata y se acomodó en el asiento, tapizado en burdeos.

El comisario se sentó frente a ella, expectante, esperando que la joven iniciara una conversación cordial que ambos pudieran disfrutar…, pero Grace se limitó a mirar por la ventana, absorta en sus pensamientos, conteniendo la tristeza a duras penas.

Bajo su atenta mirada, las calles conocidas se tornaron desconocidas y poco después Londres quedó atrás. Tan cerca, pero a la vez tan lejos.

No era consciente de que estaba conteniendo la respiración hasta que el carruaje se detuvo frente al hogar de sus padres. Había pasado un mundo desde que la secuestraron, meses en los que había perdido su inocencia, su ingenuidad y su corazón.

Simon esperó paciente a que ella reuniese las fuerzas para bajar del coche de caballos. Cuando estuvo preparada, se apresuró a desmontar para ayudarla.

Recorrieron el pequeño sendero hasta la casa en silencio y cuando estuvieron frente a la puerta, el comisario la abrió, haciéndose a un lado para dejarla pasar.

Los recuerdos asaltaron a Grace sin piedad alguna. Miró hacia la cocina, como si aquellos hombres estuvieran ahí, agazapados esperándola, mas sabía que no era posible, el comisario había cumplido con su palabra y todo estaba completamente limpio.

—Os agradezco tanto que os prestarais a acompañarme, temía entrar en este lugar y… —señaló con voz entrecortada mientras miraba a su alrededor.

—Me aseguré de que todo estuviera en orden.

El cochero trajo el baúl y lo metió en la recámara que le indicó Grace, junto a su bolsa de viaje.

Grace observó aquel lugar, era el mismo, por un segundo esperó que su padre apareciera o que su madre canturreara desde la cocina. En su cabeza lo hacían, pero no estaban ahí.

—¿Estáis segura de vuestra decisión? —Aquella pregunta la devolvió a la realidad, Grace se giró hacia el comisario con los ojos anegados de lágrimas y un nudo en la garganta—. Yo podría…

—Simon —lo interrumpió antes de que la conversación se tornase incómoda—, creí que acordamos que me daríais tiempo para sopesar vuestra propuesta de matrimonio.

El comisario se acercó a ella, sacó un pañuelo blanco del bolsillo de su pantalón y secó las lágrimas que habían corrido libres por sus mejillas. Lo hizo con tanta delicadeza que consiguió el efecto contrario, Grace comenzó a llorar más fuerte.

—Eso lo he entendido, milady —la firmeza en la voz del comisario no admitía discusión alguna—, lo acepto y no está en mi intención insistiros, siempre que me permitáis mantener el contacto con vos.

Grace se limitó a asentir, incapaz de pronunciar ni una sola palabra, mientras recuperaba la compostura. Desde que Liam se había marchado, no conseguía dejar de llorar con las cosas más nimias.

—Tenéis mejores posibilidades que esta casa, ¿por qué volver a este lugar pudiendo estar junto a los Blackwood? —había preocupación en las palabras del comisario y un atisbo de algo más que Grace se negaba a admitir.

Dio un paso hacia atrás para aumentar la distancia que él había acortado. Se sentía incómoda bajo su escrutinio, agradecida por su dedicación y deseosa de que él se mantuviera en su sitio, sin reclamarle algo que no podía darle.

—Este es mi hogar —contestó, aunque era algo obvio para ambos—, el lugar al que pertenezco y, aunque me duela el corazón, tengo que adaptarme a él de nuevo. Jamás debí perder de vista mi verdadera naturaleza.

—Vuestro pasado no os define, Grace —rebatió el hombre—. Sois una mujer increíble que ha sufrido demasiado, y esta vida…

—Saldré adelante —respondió, mordiéndose la lengua antes de cometer una indiscreción que la hiciera herir a aquel buen hombre.

—No dudo de vuestra capacidad y aunque entiendo vuestras reservas, espero que pronto os permitáis ser feliz a mi lado. Estoy en posición de ayudaros.

Grace negó con la cabeza, cada vez estaba más convencida de que el comisario había sido empujado a plantear aquel compromiso. No estaba atraído por ella. Actuaba por honor, seguramente Liam le había orillado a aquel punto sin darle opción a pensarlo siquiera.

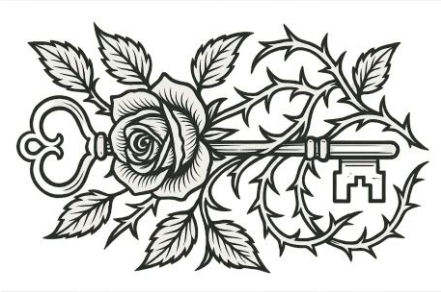
—No puedo prometeros nada, al menos no ahora.

—¿Cuándo creéis que llegará ese momento?

Grace no respondió, no tenía esa respuesta o al menos no la que el comisario esperaba recibir a su deseo de salvarla. Esperaba su insistencia, su enojo, pero no obtuvo nada de eso. Wells dejó el tema a un lado, ayudándola a acomodar algunas cosas en la cocina que Jana le entregó para los primeros días.

Lo observó marchar minutos después, agradecida por sus gestos caballerosos y también por su capacidad para respetarla a pesar de no conseguir lo que él deseaba.

19



Ramsey llevaba días sin dormir. Había perdido la cuenta, tan solo las ojeras y el cansancio en su rostro evidenciaban el sufrimiento que llevaba por dentro.

Ninguno de los esfuerzos que realizaba daban sus frutos. Sobre la mesa del despacho reposaba el amplio informe que el comisario Wells había redactado sobre el caso Byron. Así lo habían llamado, puesto que, gracias a las indiscreciones de aquel lord, la policía consiguió desmantelar una red de trata de mujeres. Londres debería estar escandalizado por ello, las matronas de sociedad tendrían que hablar de todos los lores que participaban en ese atropello y, sin embargo, ni una palabra salía de sus bocas.

Era como si no supieran nada o lo justificaran. Era más importante el último escándalo de salón que afear el comportamiento de hombres respetables.

Ramsey estaba asqueado y herido.

Podría entender el secreto si a Liam no le hubiera salpicado el asunto. El tiempo corría en su contra, muy pronto sería juzgado y entonces… Un golpe en la puerta lo sacó de sus nefastos pensamientos

—Adelante.

Frente a él apareció el comisario Wells con un gesto que no le gustó en absoluto.

—¿Qué terrible noticia traes, Simon? —preguntó mientras el hombre se acercaba hasta la mesa y se sentaba frente a él.

—He intentado solucionarlo, he hablado con todas las altas esferas de la policía. Lo siento.

El ceño de Ramsey se fue intensificando mientras su mente se preparaba para el golpe que iba a recibir.

—Han dado la orden, Liam será ejecutado mañana por la mañana.

—No es posible —aseguró Ramsey con incredulidad, pero la gravedad en el rostro de su interlocutor era mucho más elocuente que cualquier otra palabra—. ¡Ni siquiera Byron ha sido ajusticiado aún!

—La sentencia es firme.

—No ha podido explicar su versión en un juicio justo —estalló Ramsey alzándose con rabia, tirando el tintero de un manotazo y causando un estropicio encima de los papeles que estaba tratando de leer—. No compareció ante la Corte, no lo interrogaron, se limitaron a enumerar los cargos y ahora...

—No sé qué está pasando —afirmó el comisario, agotado. Llevaba semanas en las que había tenido que compaginar otros casos con la defensa de Liam sin que ese esfuerzo diera sus frutos.

La desesperación asomó a los ojos de Ramsey, necesitaba un destello de luz al que aferrarse, algo que le dijese que debía seguir adelante con su intento de salvar a su hermano, pero el futuro de este parecía tan negro como al principio.

—Deberíais ir a verle, debemos comunicárselo.

—¿Cómo voy a informarle de que está a punto de morir?

Aquella pregunta quedó en el aire, ninguno de los dos tenía una respuesta para ella.

Las tazas que llevaba en la bandeja se tambalearon. Jana comenzó a temblar en el momento en que Ramsey anunció la muerte de Liam. Se giró y caminó por el pasillo con premura segundos antes de que los dos hombres salieran del despacho para ir a ver a Liam.

Jana llegó hasta la cocina, apoyó la bandeja del café aún humeante en la mesa y corrió a buscar a Iara para informarla de lo que había averiguado.

—Solo queda una opción —aseguró la joven tras escuchar lo que pasaba—. No sé si funcionará, pero te necesito.

Jana asintió sabiendo a lo que se refería.

—Iré a por las cosas.

—Yo avisaré a Kaine, espero que nos ayude.

Un cuarto de hora después, estaban montadas en un carruaje rumbo a tratar de salvar a Liam.



Iara se paseaba nerviosa en el largo y marmolado pasillo de palacio. Estaba utilizando su última baza. Mientras Ramsey visitaba a Liam en la cárcel, ella se presentó en palacio y pidió hablar con la reina de un asunto de vida o muerte. Utilizó su apellido de casada, pero también el de soltera, el de su madre, ese que esperaba que la reina reconociera.

Los minutos pasaban lentos, sin que nadie saliera a responder a su súplica, y su desasosiego crecía por momentos. Estaba a punto de cometer una locura cuando un sirviente muy bien vestido se acercó a ella.

—Lady Blackwood, la reina no puede recibirla hoy.

Su estabilidad se tambaleó al escuchar aquello, al día siguiente estaba prevista la ejecución de Liam. No había más tiempo.

—¿Le ha dicho quién soy? —inquirió con precipitación

—No tiene tiempo, retírese pues está terminando de arreglarse para salir rumbo a una recepción importante.

El hombre se marchó sin ningún tipo de miramiento, con un deje de desdén en su mirada.

Iara se quedó petrificada, esperando que aquello solo fuera un mal sueño. No era así, había recibido la misma respuesta que Ramsey cuando este había intentado hablar con la reina sobre la situación de Liam, a ella tampoco querían recibirla en palacio.

Giró sobre sus talones y recorrió el inmenso pasillo hasta el *hall* principal. Salió de allí, bajando con cuidado los treinta escalones y se dirigió con paso firme hacia su carruaje, sopesando lo que iba a hacer.

Era una locura, lo sabía. Aun así, estaba dispuesta a cometerla si así conseguía inclinar la balanza a su favor.

Iara subió al carruaje tras abrir la portezuela por sí misma. Jana y Kaine se encontraban en el interior, esperándola. Ambos con gesto serio, más aún cuando notaron el desasosiego de la mujer.

—Kaine, ¿conocéis a alguien en palacio que pueda ayudarme a entrar sin invitación? —La urgencia en la voz de lady Blackwood era suficiente para saber que no había conseguido su objetivo inicial—. Voy a…

Ante el plan de Iara, Kaine frunció el ceño.

—No puedo aprobar lo que pensáis hacer.

—No os pido eso, tan solo necesito entrar ahí y llegar hasta la reina. Está en sus aposentos en estos instantes —contestó mientras se desprendía de la capa, las escasas joyas que llevaba y los elegantes guantes de piel—. Es la última oportunidad que tenemos para salvarlo.

—Si os encuentran en palacio…

—Jana, ayúdame, no hay tiempo que perder —afirmó y el ama de llaves se afanó en abrir el bolso que llevaba y sacar algunas cosas que podrían ocultar el verdadero estatus de Iara.

—Podrían considerarlo alta traición; si piensan que pretendes matar a la reina, nada podrá salvaros —dijo Kaine sobrepasado por la situación.

Se debatía entre protegerla o ayudar a Liam, jamás se había encontrado en una encrucijada de tal magnitud.

—Kaine, esto va a salir bien —aseguró mientras Jana le colocaba una cofia blanca y le ataba un delantal alrededor de la cintura—. No puede ser de otra manera, de ello depende la vida de un hombre al que ambos consideramos familia. ¿No es nuestra obligación procurarle un salvoconducto?

—Lord Blackwood me matará si os ocurre algo —afirmó el hombre con voz grave sin un atisbo de duda.

—Entonces compartiremos la misma suerte y velaremos por ellos desde el cielo. Solo hay una oportunidad para hacer lo correcto. Lo haré con tu ayuda o sin ella, pero antes de que la reina salga de palacio hablaré con ella y le contaré lo que está sucediendo.

El hombre asintió no muy convencido del precipitado plan de aquella mujer. No le quedaba otra opción que prestarla su apoyo,

quizás de esa forma podría devolverla a su casa sin daño alguno.

Dio dos golpes al techo del coche de caballos y este comenzó a moverse. Rodeó el palacio, deteniéndose unos metros más adelante, justo donde Kaine y el cochero habían determinado hacerlo cuando estudiaron la zona.

Bajaron del carruaje y caminaron hacia la parte trasera del palacio, tratando de no llamar la atención. En una de las puertas del servicio, Kaine se detuvo y dio tres golpes cortos.

Una muchacha joven apareció en el vano, le temblaban las manos y su sonrisa apenas era una mueca que trataba de parecer amistosa, pero necesitaba las monedas que aquel hombre le había prometido.

—Dese prisa —murmuró hacia Iara, apurándola.

Si le quedaban dudas, no pensaba dejarse llevar por ellas. Siguió a la esbelta joven, con la cabeza gacha, conteniendo los nervios cuando algún guardia se cruzaba con ellas. Nadie parecía reparar en dos sirvientas con una bandeja de té en las manos.

El camino hacia los aposentos de la reina por los pasillos de servicio era angosto, pero rápido. Llegaron frente a la puerta y la joven que la acompañaba apoyó en sus manos la bandeja.

—Os ruego que no me delatéis —masculló en un murmullo quedo la muchacha.

—Jamás podría hacer nada que os perjudique, os lo aseguro. Si alguien sufre una represalia, seré yo y la asumiré con gusto. Agradezco vuestra ayuda.

Iara entró en la recámara con paso firme y la cabeza gacha, buscó con la mirada la mesa de centro y se acercó a ella. Dejó ahí con cuidado la bandeja y se alzó con lentitud, revisando la amplia estancia en la que se encontraba.

De detrás de un biombo salió la reina, con gesto sereno y acompañada de una de las damas de la corte.

Iara se enderezó y dio unos lentos pasos hacia Su Majestad. Cuando esta se percató de ella, se detuvo ante la mirada inquisitiva de la mujer.

—Mi reina. Disculpe la irrupción, pero… —comenzó a decir con precipitación bajo aquel escrutinio.

—¿Quién sois y cómo habéis llegado hasta aquí?

Aquella pregunta en un tono seco, y cierto matiz amenazador, aplacó el temperamento de Iara, haciéndola temblar. Estaba a un paso de salir corriendo muy lejos de allí, sin embargo, no lo hizo. Había demasiado en juego como para sucumbir al miedo.

—Eso es lo de menos, sé que no dispone de tiempo, pero lo que tengo que explicarle merece escucharlo. Soy lady Blackwood, soy consciente de que no he sido presentada como corresponde, pero…

—Os conozco —contestó entrecerrando los ojos—, tenéis el mismo ímpetu que vuestra madre, la reconozco en vos —comentó la reina Victoria, que hizo un gesto hacia su ayuda de cámara para que se mantuviera tranquila—, pero meteros en mi recámara sin ser anunciada es una impertinencia difícil de obviar —prosiguió con un deje de censura en su voz—. Podría solicitar que se ocuparan de vos.

Iara mantenía la cabeza baja mientras recibía la regañina de la reina. Sin lugar a dudas, la mujer tenía razón, había traspasado límites importantes y aún no estaba segura de poder salir de aquella situación indemne.

—Lamento si mi conducta os ha asustado, mi reina. Os aseguro que mi intención no fue actuar de esta manera, mas pedí audiencia, pero me informaron de que no podía ser recibida. Si no fuera algo importante, jamás me hubiese atrevido a tanto.

—Eso no justifica vuestra intromisión.

—Cuando os explique mis motivos, lo entenderá —afirmó con tanta vehemencia que el gesto serio de la reina pareció suavizarse ante el ruego que escuchaba en las palabras de la joven.

—Espero que así sea.

—Solo requiero unos minutos de su valioso tiempo y después estoy dispuesta a ser amonestada si así lo desea Su Majestad —anunció Iara agachando la cabeza en señal de respeto.

La reina se acercó hasta la bandeja que Iara había depositado en la mesa y sirvió una taza de té. Después, para sorpresa de la intrusa, se la ofreció con gracia.

—No tengo motivos para castigaros y no entiendo por qué nadie me anunció su visita. La habría recibido con gusto, aunque quizás en otro momento donde dispusiera de más tiempo para dedicaros.

—Agradezco vuestra comprensión, majestad.

La reina se sentó en el sofá y la invitó a tomar asiento frente a ella.

—La escucho, lady Blackwood.

—Mi marido ha intentado entrevistarse con vos, lleva varios meses pidiendo audiencia, mas no lo ha conseguido…

—No he recibido ninguna notificación de su esposo, siempre atiendo a todos los pares del reino —dijo mostrando la confusión que le producía la afirmación de Iara.

—Vengo a hablarle de Lord McAlister y su próxima ejecución. Será mañana…

La reina la observó con incredulidad.

—¿Por qué han condenado a muerte a lord McAlister?

La perplejidad de la reina Victoria crecía con cada frase de Iara.

—Ni siquiera lo han sometido a juicio —añadió Iara con la desesperación reflejada en el ligero temblor de su cuerpo.

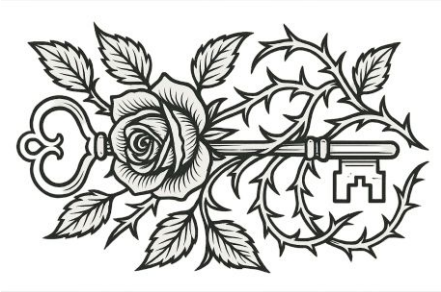
—Eso es inaceptable —respondió la reina, comenzando a entender la magnitud de la situación que se estaba viviendo y de la que no era consciente.

—Déjeme explicárselo desde el principio, desde que Lord Byron se atravesó en mi vida. Ese hecho desató unos actos que Su Majestad debe conocer.

—Soy toda oídos. —En las pupilas de la reina brillaba la determinación, estaba dispuesta a conocer aquello que le habían estado ocultando—. Después de esto tendré que poner orden entre mis asesores, cualquier cosa que afecte a mis lores debe serme comunicada con celeridad.

Iara comenzó a relatar todo lo acontecido sin omitir detalle, tanto de su propia historia como de lo sucedido con Grace. A medida que su relato avanzaba, la mirada de la reina se ensombrecía, manifestando a veces su empatía hacia las víctimas y arrugando la nariz ante los hombres que se dedicaban a cometer esas atrocidades.

20



Liam estaba exhausto después de tantos meses encerrado en aquella prisión. Añoraba su vida de antes, su familia y a Grace, aunque no se permitía pensar en ella durante el día. A estas alturas, ella ya le pertenecería a otro, así lo había dispuesto y estaba seguro de que Simon y Ramsey habrían sido lo suficientemente convincentes para salvar su reticencia.

«Está casada», le recordaba su mente sin descanso.

La punzada de dolor que aquello le provocaba era suficiente para dejarlo cabizbajo durante una semana y no podía permitírselo en aquel lugar.

Durante el día era fácil evitarla, su autocontrol lo ayudaba a ello, mas cuando la oscuridad lo asaltaba y su cabeza rozaba el pedazo de tela que usaba de almohada, Grace se colaba en sus sueños, acompañándolo y atormentándolo a partes iguales. Cuando salía de los brazos de Morfeo la realidad convertida en polvo, humedad, gritos de angustia y escasez lo golpeaba. Entonces se aferraba a lo único que le quedaba: aquella noche que pasaron juntos. Como si así pudiera borrar el infierno que estaba viviendo.

Era una tortura y sabía que tenía una explicación, un sentimiento que no se atrevía a nombrar ni siquiera para él mismo…, pero ya no importaba.

Ella le pertenecía a Simon.

Tras dos meses dejó de contar días y semanas, sabiendo que el encierro no tenía un fin cercano. Se había adaptado a sus circunstancias, o eso le gustaba creer. La soledad se había

convertido en su fiel aliada, hasta que la visita de Ramsey del día anterior había llegado para trastocar la poca paz que le quedaba.

Solo unas horas lo separaban de la muerte.

—Liam, ha llegado el momento

La voz de Simon Wells lo sorprendió, estaba tumbado en su catre y se alzó con rapidez mientras miraba como el comisario entraba en su celda.

El lord lo miró sin procesar lo que le estaban diciendo, se acercó a los barrotes de su celda por inercia mientras el comisario abría la puerta. Se detuvo frente a él y alargó las manos para que pudiera engrilletarle.

—Te acompaño.

En el rostro de Simon no podía intuir qué estaba pensando, pero este negó con la cabeza y le hizo una señal para que saliera del estrecho recinto.

—¿No temes que pueda escaparme? —interrogó el lord al ver que no hacía ademán de sujetarle las muñecas.

—No.

La respuesta del comisario fue tan rotunda y contundente que Liam se limitó a asentir. Recorrieron los largos y fríos pasillos de la cárcel de Pentonville, cada paso que daban era uno más que lo acercaba a la horca. Estaba tan cerca del final que no pudo evitar sucumbir a la tentación de saber de ella.

Se detuvo frente al comisario y lo observó con la súplica reflejada en su rostro

—Me propuse no hablar de ella con vos, sé que no tengo derecho a ello, mas necesito saber cómo se encuentra Grace.

—Ella está bien —afirmó Simon sin que su rostro cambiara y reflejara ninguna emoción—, pero…

—Seguid cuidando de ella —dijo Liam interrumpiéndolo—, al menos sé que a vuestro lado está a salvo.

El comisario no contestó; asintió con la cabeza y le instó a seguir adelante. Unos cuantos pasos después la enorme puerta de madera apareció frente a ellos. Estaba flanqueada por dos guardias que se cuadraron al ver aparecer al comisario.

Uno de ellos levantó la mano hasta la argolla donde pendían las llaves. Las tomó, introdujo en la ranura la que habría la inmensa puerta y tras girarla, esta se abrió.

El sol golpeó el rostro de Liam haciendo que cerrara los ojos, deslumbrado. Llevaba tantos meses encerrado que le costó un poco adaptarse a esa luminosidad.

Agachó la cabeza, observándose las manos, que deberían estar atadas, a un paso de la libertad. Si no fuera un hombre de palabra, saldría corriendo, aunque, tal y como estaba, sabía que no llegaría muy lejos. Su dignidad estaba por encima de su deseo, así que negó con la cabeza.

La expresión de Simon mientras observaba al lord no reflejaba el calvario que estaba pasando por dentro. No quería hacer aquello, había luchado junto a Ramsey con todas sus armas para detenerlo, incluso habló con su superior para que intercediera, pero todo fue en vano.

Ninguno de sus esfuerzos consiguió que, al menos, escucharan a Liam en un juicio justo.

Por primera vez desde que inició su carrera profesional, se sentía asqueado y molesto por la injusticia cometida. Ni siquiera había conseguido que lo trasladaran a la cárcel de la Torre de Londres.

—No demoremos más esto —solicitó Liam, rindiéndose a lo que iba a suceder.

Estaban a punto de tomar el camino que iba hacia una pequeña plaza en el lateral de la prisión, donde se llevaban a cabo los enjuiciamientos, cuando el relincho de los caballos y el sonido de un carruaje avanzando a gran velocidad los detuvo.

—¡¡Hermano!!

Aquella palabra sacó a Liam de su aturdimiento. Alzó la cabeza en busca del culpable, dispuesto a encontrarlo entre las hordas de ciudadanos que acudían a las ejecuciones como si fueran al teatro, pero frente a él solo halló a lord Blackwood sofocado y con gesto de alivio.

—Ramsey, marchaos de aquí —suplicó en un último intento por cumplir la máxima de su vida: proteger a su familia—. No podéis ser

testigo de esto, no lo permitiré, aunque deba enfrentarme a vos. Yo…

Cada una de sus palabras estaba impregnada del dolor que sentía y la angustia que estaba a punto de consumirle.

Apretó los puños con fuerza, tratando de controlar las ganas de acercarse a Ramsey y empujarlo dentro del carruaje para que se marchara. No podría soportar observar a su hermano segundos antes de que la muerte lo acogiera en su seno.

—Fuera, no faltes a vuestra palabra, prometiste que no aparecerías por aquí.

—Tengo un motivo de peso.

—¡No quiero escucharlo! —exclamó airado—. No puedo enfrentarme a esto sabiendo que lo estás presenciando.

—Hermano…

Ramsey trató de acercarse a él, tratando de traspasar las barreras para contarle lo que necesitaba decirle, pero Liam no quería escucharlo.

—McAlister, sois libre.

Aquellas palabras de Simon lo dejaron tan sorprendido que no pudo reaccionar. Miró hacia el comisario esperando encontrar algún gesto de burla en su rostro, mas no lo halló.

¿Qué estaba insinuando?

Era absurdo: había matado a una alimaña, era suficientemente horrible como para pagar por ello.

—Liam, nos vamos a casa, por eso he venido.

Se giró hacia su hermano, que lo observaba con el rostro sereno y los ojos ennegrecidos por las ojeras

—Carecen de sentido tus palabras, ayer pendía sobre mi cabeza la guadaña de la muerte y ahora…, ¿cómo es posible?

—Solo Iara lo sabe, ella fue el artífice de esto —explicó Ramsey acercándose a él con pasos lentos—. Consiguió hablar con la reina y fue lo suficientemente convincente como para que tu condena se conmutase por una menor.

Aquellas palabras poco a poco calaron entre el dolor y el desasosiego del lord, alimentando su esperanza.

—Esto es algo tan inesperado —murmuró más para sí mismo que para los hombres que lo observaban con detenimiento—. Ayer nos estábamos despidiendo, era inevitable y…

—Mientras nosotros hablábamos ayer en estas paredes tan lejos de Londres —explicó tanto a su hermano como al comisario, que lo escuchaban con atención—, Iara se adentró en palacio y llegó hasta la reina. Nos contará los pormenores cuando regresemos a casa, hace menos de una hora llegó el indulto.

Ramsey metió la mano en su bolsillo, sacó la misiva y se la entregó a Wells, que la leyó con rapidez, devolviéndosela después con una sonrisa.

—Triunfó allí donde nosotros no pudimos —comentó con admiración Simon, con el cansancio reflejado en el rostro—. Bendita sea.

Liam caminó hacia Ramsey aún con la incertidumbre reflejada en sus pupilas. Era libre después de meses sabiendo que su única opción era la muerte.

—Os agradezco infinitamente todo lo que me habéis ayudado —le dijo Ramsey al comisario.

—No hubiese podido actuar de otra manera. Ahora debéis marcharos a descansar, todos lo necesitamos.

Ramsey se despidió de Simon con un abrazo fraternal y después instó a su hermano a subir al coche de caballos.

Liam aún estaba aturdido, tratando de entender lo que había pasado. Tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla, mientras recorrían los parajes campestres. Cuando Mayfair se materializó frente a él, todavía no se creía su suerte.

El carruaje se detuvo delante de la mansión de Lord Blackwood y Liam se permitió mirar hacia su hermano, que lo había estado observando con preocupación ante su mutismo.

—Bienvenido a casa, Liam.

Esas palabras consiguieron derribar la barrera que lo había acompañado durante todo el viaje, todo era real.

Desmontó con la ayuda de Ramsey y arrastró los pies hasta la conocida entrada, apoyado ligeramente en él.

Iara los recibió en el vestíbulo, nerviosa ante su llegada. Llevaba ahí desde hacía una hora, había calculado el tiempo que tardarían en volver y desde ese momento no se separó de la puerta. Verlos llegar se convirtió en uno de los mejores días de su vida.

Liam se acercó a ella con curiosidad y euforia contenida.

—¿Qué ardid utilizasteis, cuñada? —interrogó cuando se paró frente a ella.

Sujetando el impulso de abrazarla, pues no quería perturbar a su hermano, pero Iara se adelantó, estrechándole entre sus brazos, haciendo que todas sus barreras se desmoronaran en un segundo.

Notó cómo sus ojos se empañaban por las lágrimas y enterró la cabeza en el hombro de su cuñada. Cuando se separaron, ambos estaban emocionados y al borde del llanto.

—Me había comentado Ramsey de vuestra condición, mas creo que fue benevolente al extremo —aseguró Iara contemplando la delgadez de Liam.

Tenía los ojos con unas profundas ojeras y un olor a humedad que haría que cualquier otra persona se alejase de él con hastío. Iara contuvo un sollozo, no quería perturbarlo.

—Pasad a la mesa —lo invitó Iara con un gesto de la mano—, Jana os ha preparado un buen almuerzo, lo necesitáis. Allí responderé a vuestras preguntas.

El lord asintió, agradecido y enfiló la marcha rumbo al comedor con paso lento. Estaba agotado, como si su cuerpo hubiese conseguido relajarse después de meses de encierro. La sensación era horrible, pero no se permitió mostrarla, alzó la cabeza, se irguió y continuó caminando tambaleándose ligeramente.

Ramsey se acercó a Iara con una media sonrisa asomando a su rostro, también parecía exhausto. Posó un beso en su sien y la agarró por la cintura para atraerla hacia su costado.

—Estás temblando —murmuró la mujer con cariño, acercándose más a él. Sujetándole, temiendo que en cualquier momento pudiera desplomarse.

—Temía que Su Majestad cambiara de opinión —el susurro quedo de su esposo la sorprendió. Verlo tan vulnerable, tan sobrepasado

por las circunstancias había sido una dura prueba para su matrimonio.

Ramsey llevaba semanas sin compartir su lecho, se pasaba las horas nocturnas en el despacho, tratando de encontrar un hueco en los libros de leyes para lograr sacar a Liam de la cárcel. Durante el día se afanó por encontrar la forma de llegar a ello, codeándose con cualquier lord que pudiera ayudarlo.

Jamás se había visto tan involucrado en la vida social de Londres, excesiva para él. En aquellos meses había tenido más reuniones de las que podría tolerar en cinco años. No volvería a ir a un acto, baile o reunión después de aquello.

—Ya se acabó todo —afirmó Iara, recibiendo otro beso cariñoso de su marido.

Enfilaron el pasillo hacia el comedor y tras entrar en él se sentaron cada uno en su sitio. Jana y Kaine tomaron asiento junto a ellos mientras Liam atacaba un plato de comida enorme que la primera le había puesto frente a él.

—Fallé en mi propósito —afirmó Kaine antes de que ninguno de los presentes pronunciase ni una sola palabra.

—Gracias a vuestra ayuda pude llegar a la reina.

La defensa apresurada de Iara junto a la afirmación de Kaine fueron suficientes para que Liam dejara de comer y los mirara a ambos alternativamente.

—¿Entraste en palacio sin invitación? —Las mejillas de ella enrojecieron ante su pregunta—. Y, por supuesto, Kaine te ayudó —continuó, observando a ambos alzando una ceja.

Su hombre de confianza asintió, esperando la amonestación por parte de los lores a los que servía.

—Era mi deber —aseveró Iara con firmeza—, jamás me hubiese perdonado de no haberlo intentado. Conozco las consecuencias…

—Aun así, te arriesgaste por mí.

—Es lo que hacen las familias, Liam —prosiguió la condesa bajo la atenta mirada de su cuñado—. Durante años te has empeñado en cuidar y proteger a todos. Esta vez te tocó ser el protegido. No me arrepiento, menos después de conseguir tu liberación y si no logras entenderlo, no es…

—Creo que Liam aún está abrumado por todo lo acontecido —le defendió Ramsey al ver la mirada perpleja de su hermano.

—Un poco… Debería estar muerto y, sin embargo, me encuentro rodeado de la gente que quiero —confesó Liam sin avergonzarse por su revelación—. ¿Qué fue lo que le dijiste?

—Tan solo le conté la verdad, Su Majestad no sabía nada de tu situación. Ramsey intentó hablar con ella multitud de veces, y no lo recibió —explicó Iara con gesto serio—. No porque no quisiera, sino porque nos estaban impidiendo llegar a ella.

Todos los presentes escuchaban a Iara con estupor ante lo que estaba desvelando.

—Estaba contándole todo cuando se giró hacia su dama de compañía y le pidió que vinieran una serie de personas. En ese momento pensé que estaba perdida —prosiguió Iara—. Los interrogó delante de mí: desfilaron pajes, sirvientas, damas de compañía… Es implacable.

»Gracias a nuestra intervención, y mi osadía al colarme en palacio, descubrió que tiene una serie de asesores que no estaban cumpliendo con sus funciones. Ellos fueron los que te condenaron, ahora le toca al comisario Wells averiguar por qué han traicionado a su reina.

Ramsey estaba mudo ante las explicaciones de su mujer, por un lado, quería amonestarla por ponerse en peligro, por el otro, agradecía que lo hubiese hecho.

—Tuvo que ser desgarrador para ella conocer lo que estaba ocurriendo —comentó Liam, procesando todo lo que Iara acababa de contar.

—No se sintió dichosa —corroboró Iara, recordando el momento en que la reina Victoria entendió lo que le estaba contando y la implicación que eso llevaba respecto a su propio personal.

—Me lo puedo imaginar.

—Me pidió que fueras a verla cuando estuvieras recuperado —continuó explicando Iara—. Ramsey ya entregó los títulos de propiedad de las tierras esta mañana y…

El gesto de extrañeza de Liam impulsó a Blackwood a intervenir.

—La reina impuso una multa por tus acciones. Tres propiedades que pasarán al heredero de Lord Avery. No quería demorarlo más, ni dar pie a que se arrepintiera. En cuanto llegó el indulto fui al abogado y le obligué a redactar el traspaso.

—Tengo más tierras de las que necesito —afirmó Liam con calma — y es un justo pago por el agravio cometido a esa familia. Ahora solo queda decidir qué hacer con el patrimonio de George.

Liam se había jurado no volver a llamar *padre* al hombre que le dio la vida. Descubrir su traición, entender el ser humano en el que se había convertido por unas cuantas monedas más, era suficiente para preferir considerarse huérfano.

—Aunque revisen todo lo acontecido, dudo que George…

—Merece lo que le suceda, Ramsey. Su vida no vale nada para mí desde que descubrí la verdad que escondía.

El silencio se instaló en la estancia, cada uno en su forma particular daban las gracias por haber salido bien de aquella situación peliaguda.



La calma se instauró en la casa de los Blackwood. Los condes disfrutaban de sus hijas, lord McAlister se recuperaba y volvía a aparecer su carácter huraño y controlador. Aunque había momentos en que asomaba a su mirada un deje de nostalgia que no le pasó desapercibido a Iara.

Una mañana, tras dejar a Marie a cargo de las dos pequeñas de la casa, Iara fue a buscar a su cuñado. Lo encontró en la recámara que Grace había ocupado mientras vivía en aquella casa. Estaba cabizbajo, perdido en sus recuerdos, aferrándose a la voluntad férrea de no hacer nada que pudiera perjudicar a la única mujer que consiguió llegar hasta su corazón.

—Liam, has recuperado el color en tus mejillas —comentó Iara desde la puerta de la habitación.

El lord la miró y compuso una sonrisa que no iluminó su rostro.

—La comida de Jana obra milagros.

—Ramsey me dijo que no deseas volver a vuestro hogar, estoy dichosa de tenerte aquí.

—Odio cada una de esas paredes, tengo la sensación de que se construyeron gracias al sacrificio de mujeres inocentes como… —el nombre de Grace murió entre sus labios. Había decidido que jamás volvería a pronunciarlo.

Aunque había obtenido su libertad, se sentía vacío sin aquella mujer capaz de cuestionarlo y sacarlo de sus casillas. Anhelaba verla, sostener su mano, fundirse en sus labios.

Cada vez que su imagen se materializaba en su mente, un sinfín de pensamientos comprometedores lo asaltaban. No, aún no estaba preparado para llegar hasta ella.

Confiaba en que el paso del tiempo lo ayudara a dejar de considerarla suya.

—Desde que llegaste no me has preguntado por ella.

—No tengo derecho a hacerlo —afirmó con rotundidad—. Tan solo os ruego que si algún día viene a visitaros, me avises para evitar encontrármela.

—Ramsey me habló de vuestro beso y, sin embargo, ahora te muestras indiferente, incluso desagradable. No lo comprendo.

El reproche de su cuñada lo tomó desprevenido, ¿acaso no entendía que él quería proteger a Grace incluso de sí mismo?

No podría soportar verla del brazo de Simon, ni siquiera sabía si sería capaz de saludarla con frialdad mientras la deseaba con todas sus fuerzas. No solo eso, la amaba y era muy consciente de ello. Ya no podía seguir negándolo.

«La he perdido», le recordó su mente por enésima vez aquella mañana.

—Es una mujer casada con un hombre al que respeto y admiro —explicó alzándose de la cama y acercándose a Iara, que no se había movido de su posición—. Me muero por verla, por compartir mi tiempo a su lado, por descubrir el mundo bajo sus ojos, pero jamás podría faltar a su honorabilidad.

Iara le sostuvo la mirada, mordiéndose la lengua. Había interpretado mal la indiferencia de Liam, él no había preguntado ni hablado de ella en ese tiempo, y ella respetó su silencio.

—Comprendo y, aunque suene extraño, si yo fuera vos, iría a verla.

Liam la evaluó sorprendido ante sus palabras, algo en ellas le hizo dudar, no de Iara, sino de su propia convicción sobre cómo y dónde se encontraba Grace.

—¿Hay algo que deba saber sobre Grace? —cuestionó con la duda inundando sus pupilas, tratando de encontrar la respuesta en la expresión de Iara.

—Es probable, pero ha de ser ella la que os cuente la verdad de su condición.

Liam asintió mientras su mente recordaba la única vez que había reunido el valor de preguntar a Simon sobre Grace, no se refirió a ella como su mujer y el comisario tampoco lo había hecho.

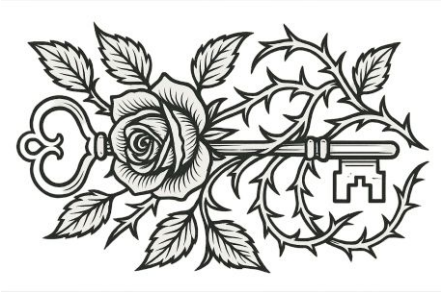
¿Cabía la posibilidad de que Grace no se hubiese casado?

No, descartó aquello por improbable. Sin duda ella estaba donde debía estar y él tenía que mantenerse al margen.

—Si decides encontrar las respuestas, te aconsejo que acudas a la tienda de la modista Gillian Smith.

Aquella afirmación fue suficiente para entender al fin que algo no encajaba. Se disculpó con Iara y salió de aquella casa rumbo a la que le había comprado a ella y a Simon como regalo de bodas. Tenía que estar allí, ese era su sitio, el que había dispuesto para ella con ayuda de Ramsey mientras estaba encerrado en la prisión.

21



La llegada del buen tiempo, con sus bailes y encuentros sociales previos al momento en que las familias se retiraran al campo, había hecho que el trabajo de Gillian Smith se incrementara casi al doble. La modista se afanaba con realizar los diseños más elaborados, mientras recibía la inestimable ayuda de Grace.

Esta llevaba unos meses trabajando junto a ella. La modista la había ido a buscar a su casa dos meses después de que dejara de vivir con los Blackwood: la encontró demacrada, con unas enormes ojeras y las lágrimas a flor de piel.

No le costó convencerla para que trabajara con ella. Tras una larga conversación frente a un buen café, Grace sucumbió a la idea de abandonar el hogar de sus padres con sus deprimentes recuerdos y establecerse en la ciudad.

La joven estaba tan agradecida con la modista que cada día se esforzaba por demostrar su valía, sin entender que Gillian ya la consideraba un buen activo para su tienda. Hacía unos trabajos preciosos, aprendía con rapidez, era diligente y servicial.

No podía tener mejor ayudante que ella.

—Ya lo tengo todo listo —aseguró Gillian unos segundos después de abandonar la parte de atrás de la tienda con varios paquetes en las manos—. Voy a entregar estos encargos y nos vemos en un rato.

—Claro, ve tranquila.

Grace observó que Gillian salía de la tienda y volvió a la trastienda a seguir recortando las telas que tenía que preparar para las camisas que estaba confeccionando.

Notaba cómo sus manos se iban acostumbrando a aquel trabajo, y la confianza de Gillian en ella, impulsaba la suya propia. Ya no tenía miedo a malograr una tela; había adquirido la destreza necesaria para hacer las piezas que le encargaba y se sentía orgullosa de sí misma cada vez que acababa una.

El sonido de la puerta la informó de que tenía clientes. Dejó a un lado las tijeras, se levantó de la silla con cierta torpeza y salió de la trastienda.

La sorpresa anudó su garganta cuando estuvo frente a la persona que pensó que no volvería a ver jamás. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para colocarse un poco más cerca, con el alto mostrador de madera entre ambos. Su primer impulso había sido huir, pero no podía hacerlo.

—Grace.

Su nombre en los labios del lord activó sus defensas, no iba a caer de nuevo, no cuando sabía las consecuencias de sucumbir.

La intensa mirada de Liam la abrasaba, parecía que no había pasado el tiempo desde aquel último beso antes de que su mundo se desmoronara. Apartó los ojos de él mientras trataba de recobrar el aliento sin mucho éxito. Era una tortura, ¿qué hacía ahí, mirándola de esa manera?

Tomó un pedazo de pergamino y la pluma con manos temblorosas, se apoyó ligeramente en el mostrador, después inspiró hondo y se concentró en el inmaculado papel que tenía frente a ella.

«¿Cómo debo proceder?», se cuestionó mientras su corazón aceleraba sus latidos.

Él no había dejado de mirarla ni un segundo. Lo sentía, pero no estaba dispuesta a demostrar lo perturbada que se encontraba ante su incesante escrutinio.

—Milord, ¿qué desea encargar? Madame Smith no se encuentra, pero yo tomaré su pedido y podrá recogerlo la semana que viene —afirmó con tanta rapidez que las últimas palabras apenas pudo entenderlas.

—Grace.

La joven notaba la furia en su nombre. Inspiró de nuevo, alzó la cabeza mordiéndose el labio y lo observó tratando de parecer

tranquila, mientras todo su cuerpo reaccionaba a él.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Liam estudiando su rostro, tratando de encontrar la información que requería en la profundidad de sus ojos.

—Trabajar.

La parquedad de su respuesta molestó al lord, que se acercó un poco más hacia ella y maldijo la madera de caoba que los separaba.

—No es necesario —masculló entre dientes, rumiando la furia que sentía al verla allí y no dónde debería estar—. Dejé todo dispuesto para vos y para Simon, ¿por qué él permite esto? Con su sueldo y vuestra asignación tenéis suficientes recursos para vivir dignamente.

—Milord, si no desea realizar un pedido le ruego que se marche. Tengo mucho trabajo que hacer —aseguró la joven con firmeza—, no puedo perderlo con asuntos personales, o madame Smith tendrá un motivo para amonestarme.

—No pienso irme hasta que no contestéis a mis preguntas.

Grace resopló sonoramente y dejó la pluma sobre el papel, que recibió una mancha de tinta negra.

—No tenéis ningún derecho a interrogarme, lo perdisteis cuando os marchasteis, entregándome a otro hombre como si no fuera más que un mero objeto. ¡Fuera de aquí! —gritó Grace perdiendo el poco control que le quedaba.

En su corazón se había convencido de que él jamás volvería, lo había llorado durante semanas hasta que el dolor por su pérdida había dado paso a la resignación. Él no la amaba, aquellas palabras en el lecho compartido solo fueron fruto de la pasión del momento y se lo había demostrado con creces.

Tenerlo frente a ella de nuevo, era una prueba que no deseaba asumir.

—¿Dónde está vuestra alianza?

Grace alzó la mirada hacia él, airada ante su intensidad y el cambio del tema. «¿Quién os creéis que sois?», gritó su mente ofuscada por el comportamiento del lord.

Agitó la cabeza confusa y cansada de aquello. No quería hablar con él. No deseaba sentir pena y alegría por verlo. No iba a permitir que la chispa de una ilusión se prendiera en ella.

Llevada por un impulso, salió de detrás del alto mostrador, fue hacia la puerta y la abrió con gesto serio.

—Milord, os invito a marcharos.

Liam no pensaba ceder. Siguió su movimiento, estudió cada uno de sus pasos y se percató de aquello que Grace seguramente no pensaba decirle. Caminó hacia ella recorriendo su figura con avidez, mientras su mente evaluaba la realidad que tenía frente a él.

—Lleváis a mi hijo en vuestro vientre. —Notó cómo Grace empalidecía ante su afirmación, confirmándoselo. Se colocó frente a ella, con la certeza dibujada en su rostro—. No estáis casada con Wells.

Liam asió la puerta, quitándosela de la mano con delicadeza y la cerró, sin dejar de admirar su belleza. ¿Cómo había podido obviar aquella posibilidad? La imaginó casada, conviviendo con el comisario, sufrió por haberla perdido. Tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para no volver y romper una familia ya creada. Sin ni siquiera considerar que ella podía haber tomado otra decisión.

La había subestimado.

—Milord —dijo ella con firme determinación, alzando la cabeza—, mi hijo es solo mío.

—Grace, si no es de Wells, entonces…

—¿Quién os asegura que no ha habido otro hombre después de vos? —Grace intuía cómo iba a tomar aquella pregunta Liam, pero aun así la hizo, motivada por el dolor y el deseo de herirlo—. No sabéis nada de estos últimos meses y no tengo intención de otorgaros ninguna información.

—Sé que es mío. —No había ni un atisbo de duda en el rostro del hombre.

Grace se cruzó de brazos, tratando de protegerse de aquel hombre, ¿por qué su mirada se había tornado dulce y amorosa al saberla embarazada?

Tenía que huir, poner distancia entre ellos, pero temía que él la agarrase. No podría soportar sus caricias, su cuerpo las deseaba con una intensidad que la estaba ahogando.

—Eso poco importa —aseguró la joven.

—No puedo estar más en desacuerdo con vos.

—Os ruego que no continuéis por ese camino.

—No lo negáis. Grace, yo… —Liam alzó la mano con intención de acariciar su mejilla, pero la joven reculó, manteniendo la distancia entre ellos—. ¿Por qué rechazasteis a Wells? Contestad a eso y prometo que me marcharé.

Grace inspiró hondo, sopesando su ofrecimiento. Necesitaba tranquilizarse, pensar, barajar opciones, y con él interrogándola… sabía que no lo conseguiría.

—No podía engañar a Simon —afirmó tras unos minutos de un silencio incómodo entre ambos—. Le conté lo que pasó entre nosotros, lo que yo sentía por vos, y me comprendió. Retiró su propuesta de matrimonio y se lo agradezco tanto. Es un buen hombre y un gran amigo. Os agradezco que lo pusierais en mi camino.

El rostro de Liam se ensombreció ante aquella última frase, sabía que Grace estaba herida, podía verlo en cómo rechazaba sus avances, esquivaba su mirada cuando él hablaba. En sus brazos cruzados y sus resoplidos. No podía culparla, tan solo quería borrar esas incómodas emociones y llegar hasta ella.

—Jamás me lo dijo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —cuestionó Grace con impulsividad —. Vos estabais lejos, en alta mar.

Liam se encogió ligeramente ante aquella mentira que le habían hecho creer, pero tendría tiempo de explicarse en cuanto la sacara de aquella tienda.

—Incluso así, no entiendo por qué estáis aquí, dejé el dinero suficiente para…

—¡¡No soy una ramera!! —afirmó la joven, sintiéndose insultada de nuevo, como cuando Ramsey le dio la carta de Liam

—Jamás he insinuado eso —se defendió él, molesto ante su insinuación.

—No, nunca lo haríais; al fin y al cabo, sois un caballero. Los hombres como vos tan solo dejan las monedas encima de la mesa.

Aquella lapidaria frase echó sal en las heridas del lord: la había mentido, la apartó de él, la subestimó y dejó en manos de otro hombre. No, no podía culparla por querer resarcirse en él.

—Grace, comprendo vuestro dolor, pero hay muchas cosas que debo explicar. Permite que os escolte hacia un lugar más acogedor y resolveré todas las incógnitas.

La joven negó con la cabeza y dio otro paso hacia atrás, alzando las manos para detener su avance. Necesitaba aumentar la distancia con él cuanto antes. Requería que la dejara sola.

—Ya no duele, milord. Lo que pasó entre nosotros no es significativo…

La puerta de la tienda interrumpió la conversación justo cuando Liam quería rebatirla. Grace compuso su mejor sonrisa hacia la mujer que entraba en el local y le aseguró que la atendería enseguida.

—Mandaré el pedido a su casa personalmente, milord.

—Vendré a recogerlo en pocos días —sentenció Liam con una férrea determinación reflejada en su rostro.

Grace se estremeció.

—No será necesario —contestó, incómoda ante la advertencia del lord y lo que dejaba entrever con su respuesta.

—No puedo estar más en desacuerdo. Buenas tardes, milady.

Liam no quería marcharse, aborrecía que lo despachara como si fuera alguien ajeno a ella, pero salió del lugar con paso firme y sin demostrar los sentimientos encontrados que bullían en su interior.

Grace estaba embarazada de él, trabajando, llevando una vida que no le correspondía. Rechazando su asignación y la bella casa que había comprado para ella y su esposo. Su dote.

«No ha sido desposada», un sentimiento de euforia recorrió su cuerpo al constatar aquello. Había estado demasiado cerca de perderla.

Se detuvo y miró por el escaparate, observó cómo sonreía con amabilidad a la mujer que había entrado a la tienda, mientras le enseñaba algunas telas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no entrar de nuevo, agarrarla y arrastrarla fuera del lugar.

Debía arreglar la situación y estaba dispuesto a hacerlo. Tan solo lo frenaba el odio que asomaba en sus pupilas cuando lo miraba. ¿Acaso había dejado de amarlo? No era posible, se negaba a ello.

«¿Aborrece mi presencia? O ¿solo trata de protegerse de mí?»

Le costó un gran esfuerzo separarse de aquel amplio ventanal, desde donde podía verla, y regresar a casa con miles de preguntas atormentándolo. Pero había una para la que podía obtener respuesta.

En cuanto llegó a la casa de los Blackwood la urgencia por saber la verdad lo llevó hasta la cocina. Buscaba a Iara y allí la encontró junto a Jana. Se detuvo en el vano de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho. Respiró hondo, tratando de calmar su genio antes de soltar su incógnita al aire.

—Os ruego que me aclaréis algo.

Iara se giró para mirarlo con las manos dentro de una masa de pan. Hacía mucho que no percibía en Liam aquel halo de amenaza, al menos no hacia ella, aun así le sostuvo la mirada y le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—¿Habéis ido a ver a Grace? —cuestionó al ver que él no acababa de realizar su pregunta.

—Sí.

—Entonces ya sabéis que no está casada —prosiguió Iara ante la parquedad de su respuesta—. Simon y ella jamás estuvieron comprometidos, Grace lo rechazó desde el primer momento.

—Iara, ¿por eso querías que fuera a buscarla?

—Debías saber la verdad. Ramsey y yo hemos respetado tus tiempos, tenías que recuperarte, pero ahora ya estás mejor. No queríamos seguir ocultándotelo. Pensé que sería oportuno que la vieras por ti mismo.

Liam comenzó a comprender que quizás estaba errado en su pensamiento, no conocía a una persona más leal que su cuñada, se lo había demostrado de múltiples formas. La última, cuando arriesgó la libertad a cambio de la suya. Resopló y se recostó en la jamba de la puerta, notando que parte de la tensión se evaporaba.

—¿Hace cuánto tiempo que no os visita? —interrogó Liam.

Iara reflexionó su respuesta. En verdad, el caos y la angustia de las últimas semanas había sido suficiente como para no reparar en ese detalle.

—Lo desconozco —admitió la mujer mirando a Jana, interrogativamente, mientras sacaba las manos de la masa de pan e

iba a la pila a lavárselas.

—Diría que hace dos o tres meses —añadió el ama de llaves—, vino a contarnos que iba a trabajar con madame Smith.

—¡Cierto!, ese día volvió a recuperar el brillo en los ojos —recordó la condesa, secándose las manos con un gran trapo de cocina—. En las visitas anteriores se mostraban tan herida y vulnerable.

—Después ha ido rehusando las invitaciones de Iara —continuó Jana sin un ápice de duda en sus palabras—. La última vez, Marie se acercó a entregarle en persona la invitación, pero se excusó alegando el volumen de trabajo.

Liam se sentó frente a la mesa de la cocina, mientras su mente hilaba las respuestas de las dos mujeres con lo que acababa de descubrir. Todo tenía sentido, Grace no quería que nadie supiera de su condición.

«¡Es una testaruda!»

—¿Qué acontece?

—Grace está embarazada.

Las dos mujeres lo miraron sorprendidas, pero no tanto como Ramsey, que en ese momento ingresaba en la cocina y se había perdido el resto de la conversación.

—Por eso se negó al compromiso con Wells, lleva a mi hijo en su vientre —afirmó Liam por si quedaba alguna duda de su participación en aquel tema.

Ambos hermanos se miraron, en el rostro de lord Blackwood había comprensión. Apartó la silla y se sentó junto a su hermano: al fin entendía las lágrimas de Grace, su precipitado intento por detener su marcha, el rechazo a Simon…

—Liam, debiste…

—No me lo reproches todavía, hermano —rogó con un deje de desesperación en su rostro—. Sé que lo merezco, mas mi aturdimiento es tan grande que no puedo procesar nada más.

—Es hora de que toméis una decisión —dijo Ramsey con tono tranquilizador.

—No podéis obligarla a… —comenzó a decir Iara, pero Liam la interrumpió.

—Lo que no es de recibo es que se extralimite en aquel lugar, trabajando de sol a sol, ¿cuánto se supone que trabaja?, ¿cómo se alimenta?, ¿dónde habita? —con cada pregunta se hacía más latente la angustia del lord.

Eran demasiados factores los que había que tener en cuenta, tenía que averiguar cada detalle y tomar una decisión cuanto antes. No podía permitir que pasase algo que la pusiera en peligro a ella o a su hijo.

—Deberías hablar con Kaine.

—¿Qué tiene que ver él en esto?

—Tiene la respuesta a todas las preguntas. —Liam lo miró confundido—. Jamás me confirmaste tu interés por esa muchacha, pero os conozco lo suficiente como para saber que ella os importa. No ha perdido detalle, pero el último mes que pasaste en prisión no fui capaz de leer sus informes.

Liam asintió agradecido, notando cómo la culpa se aligeraba. Si bien ninguno de los presentes había descubierto el embarazo de la joven, no la dejaron a su suerte y siguieron velando por ella.



Habían pasado varias horas desde su encuentro con Liam, pero la joven aún no se había repuesto de la sorpresa de su llegada, ni de que él supiera de su embarazo. Fue muy cuidadosa, cuando empezó a notarse, aumentó la presión de su corsé ligeramente para poder seguir yendo a ver a Iara.

Eso funcionó hasta que la presión del corsé fue demasiado intensa y temió por la vida de su hijo. En ese instante, comenzó a declinar las invitaciones de la condesa con el fin de que no supieran de su estado. Ya lo sabían, Liam en una sola visita lo descubrió y temía cómo podía reaccionar, ni qué pensaba hacer.

Gillian notó su mutismo cuando cerraron la tienda y Grace se limitó a excusarse mientras recorrían los pocos pasos que las separaban de la casa de la primera. Esta se había convertido en una

hermana, ayudándola, dándola un techo y apoyándola cuando su embarazo se volvió evidente.

—¿Estáis bien? —preguntó la modista mientras abría la puerta de la casa que habitaban.

—No —afirmó, derrumbándose en una de las sillas del pequeño y modesto salón.

Las lágrimas empezaron a correr libres por sus mejillas. Gillian se sentó frente a ella y le entregó un pañuelo de lino. Esperó paciente a que el torrente de tristeza se calmase y volvió a preguntarla qué le pasaba.

—Mientras estabas entregando los paquetes, recibí una desagradable visita.

—¿De quién?, ¿os hicieron daño?

Negó con la cabeza, mientras nuevas lágrimas anegaban sus ojos.

—Liam ha vuelto —confesó en un murmullo quedo— y sabe lo de mi condición. Parecía feliz por ello, pero… ¿por qué ahora?, ¿acaso no tomó una decisión que no me incluía? Él se marchó, se alejó de Londres y de mí.

—Quizás debas escuchar sus motivos.

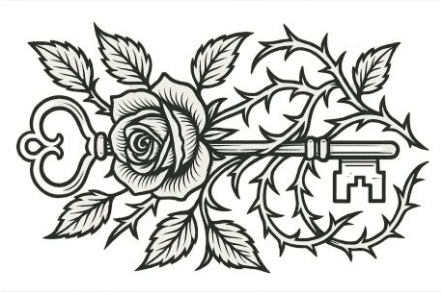
—No puede tener ninguno válido —afirmó con vehemencia y rabia—. Ni siquiera habló conmigo, me entregó a Simon y se marchó. Es un descarado y no permitiré que influya en mi vida ni en mi trabajo.

Se alzó, secándose las mejillas con fiereza.

—Él tomó su camino y yo el mío. Espero que entienda que no deseo verlo, ni hablar con él. Me retiro, necesito descansar.

Gillian la vio entrar en su pequeña habitación sin detenerla. La situación de la joven era más compleja de lo que esta podía imaginar, pero debía ser ella la que lidiara con la misma y con un lord que, dudaba mucho, se diera por vencido en un solo asalto.

22



Una semana después de la visita de Liam, la vida de Grace se había tornado incómoda. Resopló cuando pasó frente a los dos hombres apostados en la puerta de su casa y que instantes después comenzaron a seguirla hasta la tienda. Era muy incómodo saberse perseguida en cada paso que daba, no importaba a dónde fuera, siempre estaban ahí.

Pero aquella mañana, cuando llegó a la puerta de la tienda, Kaine estaba apostado junto a ella con expresión serena.

—Milady —la saludó el hombre de confianza de lord McAlister cuando pasó junto a él.

Se le revolvió el estómago ante esa palabra.

—Kaine, ¿puedo pedirle un favor?

—Estoy para servirla.

—Os lo agradezco. Dígale a lord McAlister que he sobrevivido seis meses sin él y sin sus hombres, no necesito protección, ni la quiero.

—Lamento informarla de que siempre hemos estado aquí, lord Blackwood dio la orden, pero éramos más discretos.

Grace maldijo entre dientes con una expresión que siempre usaba su padre, sacándole una sonrisa a Kaine, que se apresuró a abrirle la puerta para que pudiera entrar y comenzar su jornada de trabajo.

Gillian la saludó desde la parte trasera, donde estaba con una clienta, midiéndola para un nuevo vestido. Grace le sonrió y se sentó en su zona de trabajo.

Pasó el día enfrascada en sus obligaciones, alejando de su mente los pensamientos que la asaltaban de Liam, dispuesta a mantenerse

serena y tranquila. Ese hombre no iba a derribar la vida que había construido con tanto esfuerzo.

—¿Qué nubarrón planea sobre vuestros pensamientos?

—¡Simon! —exclamó girándose con una caja de botones en las manos y una sonrisa sincera en el rostro—. ¿A qué debo esta agradable visita?

Estaba detrás del mostrador, colocando nueva mercancía que había adquirido la modista.

—Quería asegurarme de que todo iba bien.

—Gillian…

—No he hablado con ella, ¿hay algo que desconozca? —preguntó Simon con gesto serio mientras le entregaba una bolsita de papel que contenía sus galletas favoritas.

En aquel tiempo habían forjado una relación de amistad. El comisario sentía que debía protegerla, ya que no había podido cobijarla bajo el abrazo del matrimonio. De alguna forma, la consideraba su hermana.

Grace apoyó la caja de botones en el mostrador, respiró hondo y miró hacia el escaparate, notando cómo la frustración volvía a recorrerla sin piedad.

—Lord McAlister ha regresado, llegó hace siete días hablando incoherencias y… —detuvo la explicación mientras se acariciaba la barriga.

—Intuía que lo haría, yo…

—¿Les informaste de mi estado? —cuestionó bajando la voz de golpe justo cuando entraban nuevas clientes—. Te pedí que no…

—Me mantuve en silencio, jamás te defraudaría, Grace, pero ambos sabemos que él no iba a mantenerse lejos de ti. Lamento que te haya tomado de sorpresa. No pude avisarte, he estado fuera unos días.

—Podías haberme dicho que sabías que había vuelto.

—Lamento no haberlo hecho, pero ambos sabemos que eso no habría impedido que Liam llegara a ti.

Aquellas palabras de Simon lograron que ella se mantuviera cabizbaja durante la tarde.

—Grace, debo salir a entregar unos vestidos, ¿quieres acompañarme? —preguntó la modista media hora antes de que se acabara el tiempo de trabajo.

—No, prefiero acabar este encargo.

—Bien, nos vemos en casa.

Terminó de coser la última manga de un pedido de camisas de seda un rato después. La dobló con cuidado y, junto a las otras ya preparadas, las envolvió en papel de organza. Colocó el pedazo de pergamino con las indicaciones del propietario del pedido y lo colocó junto a otros que mañana se entregarían.

Al levantarse de la silla, un dolor seco en la espalda la impidió avanzar. Se apoyó con las dos manos sobre la mesa e inspiró hondo tratando de contener el malestar, era imposible y cada vez más frecuente por las horas que pasaba cosiendo. Notaba que su cuerpo se resentía día a día, pero no estaba dispuesta a decírselo a Gillian, no quería que tuviera una excusa para contratar a otra persona y prescindir de ella.

Necesitaba cada centavo que ganaba para mantenerse.

Poco a poco el latigazo se evaporó y pudo enderezarse Terminó de recoger sus utensilios de costura, colocando cada uno en su lugar, después apagó los candiles que iluminaban la estancia. Cogió la llave y salió. La tienda estaba oscura, apenas se veía. Un grito escapó de sus labios cuando reparó en la sombra que había frente a la puerta.

—Ya está cerrado —balbuceó mientras tanteaba la mesa que había bajo el mostrador en busca de las cerillas para encender el candil.

—Lo sé.

—¡¡Maldita sea!! —soltó la joven al reconocer la voz de Liam, se apresuró a encender la lámpara y observarlo con detenimiento—. ¿Queréis acabar conmigo?

Grace notaba su corazón palpitar apresuradamente, ni siquiera había oído la puerta al abrirse mientras terminaba su labor. ¿Por qué tenía que ser tan extremadamente silencioso?

—Madame Smith olvidó cerrar con llave —el reproche asomaba en las palabras del lord—. Un descuido imperdonable.

—Eso no os da derecho a entrar aquí sin avisar. Márchese, la tienda está cerrada y no tengo nada que hablar con vos.

Grace apagó la luz y guiándose por la poca luminosidad que llegaba desde la calle, llegó hasta la puerta y la abrió para que él saliera. Liam no protestó e hizo justo lo que ella esperaba de él, sin perderse ni un detalle de sus movimientos.

—Kaine me transmitió vuestro mensaje.

—No tengo claro que lo hayáis entendido. No deberíais estar aquí.

Grace tiró de la puerta y metió la llave en la cerradura. Como pasaba a veces, esta fallaba y ese día era una de esas ocasiones. Refunfuñó para sí misma, mientras trataba de girarla, pero fue en vano.

—Permite que me ocupe de este menester.

La intervención de Liam llegó a salvarla porque estaba al borde de la desesperación al ver que no conseguía hacer algo tan simple.

Él giró la llave después de dos intentos e hizo un gesto hacia Kaine, que esperaba en la sombra. Antes de que Grace pudiera parpadear, el duque entregó a su hombre de confianza la llave y la sujetó por el brazo, sorprendiéndola.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó, tratando de recomponerse y soltarse de su agarre.

Sus miradas se cruzaron. En la del lord había determinación y en la de la joven, sorpresa; mezclada con una pizca de miedo. Su corazón se aceleró cuando el carruaje negro del lord se detuvo frente a ellos.

—Os llevo a casa.

—No es necesario —aseguró la joven mientras Kaine abría la portezuela del coche de caballos y le ofrecía su mano para subir—. Vivo muy cerca de aquí y acostumbro a ir andando. Suélteme.

Liam la acercó hacia él hasta que sus cuerpos quedaron fundidos en uno. Grace se revolvió ante aquel contacto, pero fue en vano: el lord ya había tomado una decisión y nada lo haría cambiar de opinión.

—Puedo subiros a la fuerza si lo preferís.

—Milord, se está comportando de una manera irrespetuosa e irracional. No pienso ir a ningún sitio con vos. —Trataba de sonar firme en sus palabras, pero no lo conseguía.

—Grace, no le estoy preguntando lo que desea, es una orden —respondió con seriedad—, pero si prefiere montar un escándalo y que todo Londres sepa lo que está pasando, no tengo ningún problema en darle gusto. Estoy seguro de que disfrutarán del espectáculo —concluyó con una leve sonrisa de suficiencia.

La joven tembló anticipando el desastre mientras daba un paso hacia atrás. El sol se había puesto, pero aún había gente en la calle, trabajadores de negocios cercanos, doncellas haciendo algún que otro recado, nobles volviendo a sus casas tras sus compras.

Estaban llamando la atención, notaba las miradas curiosas sobre ellos. Ambos eran conocidos, ella por trabajar con una de las modistas más relevantes de la ciudad y él como duque.

—Soy una mujer respetable, milord —le recordó la joven tratando de hacerle recapacitar.

—Quizás porque aún no saben vuestra condición —aquella alusión descarada a su embarazo la molesto de una forma inimaginable—. Tiene dos minutos para tomar una decisión, milady. O sube a ese carruaje o todo el mundo sabrá lo que hubo entre nosotros.

Aquella advertencia en un susurro quedo se instaló en su alma. Lo miró con furia desmedida, trató de soltarse del agarre del lord y lo único que recibió fue una sonrisa irónica de su parte. Estaba dispuesto a obtener lo que deseaba aún a cuenta de su reputación y la de su familia. Sin duda alguna, Liam había enloquecido.

No parecía él.

Grace inspiró hondo tratando de calmarse lo suficiente, sin embargo, su corazón estaba desbocado. El contacto abrasador de la mano del lord sobre su brazo se le tornaba una tortura y la intensa mirada de él con la que la estaba retando aumentaba su enojo. Trató de soltarse, pero él ni se inmutó.

Liam se acercó a ella más de lo que el decoro permitía. Estaba decidido a llevársela y sabía que solo tenía que forzarla un poco más para que cediera.

—Grace, estoy a punto de besarla frente a todos los presentes.

Las pupilas de la joven se agrandaron ante aquel susurro junto a su oreja. «No puedo permitir semejante asalto a mi integridad moral», pensó mientras dejaba de luchar para soltarse.

Lo que menos deseaba era que aquel encuentro desafortunado se convirtiera en el tema de conversación de la sociedad londinense al día siguiente.

Farfulló algo que ninguno de los dos hombres entendió, se giró hacia Kaine y tomó su mano. En cuanto lo hizo, Liam la soltó, observando cómo ascendía al carruaje con cierta dificultad debido a su condición.

Liam subió tras ella con agilidad y cerró la portezuela del carruaje tras sentarse.

—Kaine, lleve la llave a madame Smith. Anúnciele que Grace no volverá al trabajo.

El coche se puso en marcha antes de que la joven pudiera reaccionar ante lo que el lord había afirmado. Aquellas palabras se repetían en su mente hasta que explotó.

—¡¿Cómo osa…?! ¡¡No es posible que cometa semejante desfachatez!!

Su grito no asustó a Liam, pues esperaba esa reacción por su parte.

—Milady, os ruego que os tranquilicéis, pronto llegaremos a casa.

—No…, no podéis…, ¿cómo os atrevéis? Es mi trabajo, lo que me sustenta—comenzó a decir Grace mirando a Liam, que no mostraba ningún tipo de emoción en el rostro ante su agitación—. No pienso dejarlo.

—Ya lo habéis hecho.

La calma que exhibía la enervaba aún más. Sintió que la rabia la consumía, quería golpearlo, aunque dudaba que pudiera hacerle daño de conseguirlo. Llevaba meses luchando para sobrevivir, esmerándose por aprender y dar su mejor versión. Estaba orgullosa de sus logros, y ningún lord arrogante tiraría por el suelo todo su esfuerzo.

—¿Con qué derecho os tomáis esa atribución? —cuestionó la joven tratando de entenderlo.

—Siempre habéis estado bajo mi protección.

—Os marchasteis —le recordó, cruzando los brazos bajo su pecho —, y ahora venís a estropear mi vida, no pienso permitirlo.

—Mantened la calma —solicitó Liam con tono condescendiente—, tenemos mucho tiempo para conversar. No es negociable que sigáis extralimitándoos trabajando de sol a sol.

Grace no podía creer la situación a la que él la había orillado.

Tenía que salir de ahí, aquella certeza se repetía en su mente una y otra vez. Miró alrededor: el espacio era cuadrado, pequeño, claustrofóbico. Le faltaba el aire, tenía la mente nublada por la cólera. Solo había una opción y una única oportunidad. Trató de acercarse a la puerta con intención de abrirla, pero antes de que su mano pudiera rozar el pomo, Liam la sujetó con firmeza.

—Os recuerdo que lleváis a mi hijo en vuestro vientre —dijo Liam sin ocultar su enfado por aquella descabellada idea que ella pretendía llevar a cabo—, no os vais a poner en peligro mientras conserve la capacidad de respirar.

—Entonces permitid que me vaya.

—No.

Aquella rotunda negativa se convirtió en un eco, mientras sus miradas se retaban. El enfado que bullía en el interior de Liam parecía a punto de estallar. Grace se amedrentó, se soltó de su agarre lentamente y se sentó hacia atrás, poniendo entre ellos la máxima distancia posible.

—Lord McAlister —lo llamó tras unos minutos en que el silencio lo cubrió todo—, yo…

—Anhelo escuchar mi nombre de nuevo en vuestros labios.

Grace contuvo el aliento ante aquella frase en un murmullo ronco. ¿Por qué la torturaba de esa manera tan cruel? Quería gritárselo a la cara, pero se contuvo.

—Eso no es posible —masculló entre dientes, tratando de mantener la calma.

—Llegará.

—¿Pensáis retenerme contra mi voluntad? —Grace no necesitó una respuesta. En los labios del lord se formó una sonrisa que

confirmó sus intenciones—. ¿Cómo osáis cometer semejante infamia? No pienso dejar el trabajo, ni estar con vos… ¡Me escaparé!

—Gracias por avisarme, milady, aunque ya contaba con ese inconveniente. No tendréis oportunidad de cumplir vuestra amenaza.

—Milord, os ruego que no sigáis con esto.

—Tan solo acabamos de empezar, Grace

La mente de la joven estaba en plena ebullición, buscando una manera de salir de aquel problema. Antes de que pudiera encontrar algo que decir, estaba siendo arrastrada dentro de los dominios de lord McAlister. Su casa era tan majestuosa como la de Ramsey, con un aire más oscuro y un batallón de sirvientes que aparecieron en cuanto sus pies tocaron el *hall*. Ninguno de ellos parecía asombrado ante la presencia de la joven.

Se vio conducida hacia una de las habitaciones de la primera planta. Cuando entraron, Liam ordenó a los dos sirvientes que los seguían que se fueran y cerró la puerta tras ellos.

—Espero que estéis muy cómoda aquí, milady.

Grace miró alrededor reparando en pequeños detalles: como la bata de terciopelo negro y las zapatillas que había junto a la cama.

—No pienso compartir vuestra recámara —afirmó la joven cruzándose de brazos en actitud desafiante.

—Grace, no estoy negociando, no está en mi naturaleza hacerlo. Os quiero en esta casa, bien alimentada, cuidada y protegida, sin hacer esfuerzos ni nada que pueda afectaros. Esta es la mejor recámara y es la que ocuparéis conmigo o sin mí.

La firmeza con la que se conducía Liam estaba afectándola, cuanto más seguro estaba él, más crecía la incomodidad en ella, pero parecía hallar el modo de hacerle entender que aquello no era correcto.

—Milord.

—Cada vez que me llamáis así siento que os reís de mí.

—Yo…, no… —balbuceó Grace con incomodidad.

Liam avanzó hacia ella, hasta que la tuvo a solo unos centímetros de distancia.

—Usad mi nombre.

—¿También es una orden? —cuestionó la joven cruzando los brazos y alzando la cabeza para enfrentarlo.

Se sentía indefensa ante el giro que acababa de experimentar su vida. Quería volver al pasado, antes de que él apareciera, mas no sabía cómo hacerle entrar en razón.

—Grace, no soy una persona paciente. Esta es vuestra recámara, vuestra casa y yo soy…

—El que me ha arrastrado hasta aquí en contra de mi voluntad. Jamás pensé que caeríais en esto.

Liam se giró, incapaz de seguir aquella conversación. Aborrecía el tono de reproche que percibía en cada frase de la joven. Salió de la habitación sin despedirse y cerró la puerta tras él.

En pocos minutos, todo el personal estaba al corriente de quién era Grace y lo importante que era para el lord. Las normas eran claras, concisas y estrictas sobre el trato que debían darle, incluida la prohibición de dejarla salir de aquella casa sin Kaine o sin los hombres que este asignara para su cuidado.

Tras ello, se retiró a su despacho, cogió la botella de whisky y un vaso, se sirvió y se sentó frente a la chimenea. Confundido y exhausto, tratando de entender por qué Grace estaba tan enfadada con él, ya estaba donde debía estar, esperaba que se acostumbrase pronto a su nueva condición.

«Os protegeré incluso de vos misma.»

Aquel era su hogar, el lugar que le correspondía a ella y a su hijo. Sin duda pronto se daría cuenta y correría a agradecerle su gesto.

«Es mi mujer, se entregó a mí y… aborrece mi presencia», se mesó el cabello, superado por la situación.

Se recostó en el sofá y dio un largo sorbo al licor que se había servido. Notó un pinchazo en la sien derecha, pronto empezaría a dolerle la cabeza. Era consciente de que le pasaría, después de la tensión que había experimentado con Grace.

Tenía que entrar en razón y esperaba que lo hiciese cuanto antes.

Grace no pudo dormir en toda la noche. El amanecer la sorprendió sentada en la cama, rodeada de todas las cosas del lord, tratando de comprender en qué se había convertido ella, ¿en otro objeto más?

Su indignación se acrecentaba cuanto más vueltas le daba a esa pregunta. Su mente volvía una y otra vez sobre ella, hasta que se rindió a la evidencia. Eso era, una simple pieza de ajedrez que el lord podía mover a su antojo.

«Me empujó a los brazos de Simon sin importarle mis objeciones. Tramó un engaño que desconozco. Me usó.»

Se levantó con la rabia como nueva aliada. Abrió la puerta con excesiva fuerza, encontrándose con dos guardias apostados frente a ella. Estaba atrapada de nuevo, aunque cuando salió de allí no la detuvieron.

—Indíqueme dónde se encuentra lord McAlister —dijo dirigiéndose al más alto, dando por hecho que sería el que ostentaba mayor rango.

Él solo asintió y le pidió que lo acompañara.

El despacho del lord apareció frente a ella tras recorrer unos cuantos metros detrás de aquel hombre. La casa le recordaba a la de los Blackwood: las estancias parecían estar dispuestas de la misma manera, pero todo carecía de ese calor de hogar que caracterizaba la vivienda de Iara y Ramsey, o quizás fueran ellos los que hacían aquel lugar especial con su forma de ser, con la espontaneidad de Marian corriendo por el pasillo o las charlas animadas del sobrino del lord sobre caballos.

Al pensar en aquel lugar, que durante meses se había convertido en su hogar, un halo de tristeza se instaló en su pecho.

Entró en el despacho sin anunciarse, sus pasos sobre la amortiguada alfombra burdeos la llevaron hacia donde estaba el lord. Liam estaba recostado en un sillón, se alzó precipitadamente del amplio sillón y la observó. Tenía los ojos enrojecidos y un rictus de dolor que jamás había visto en su rostro, ni siquiera cuando lo dispararon por la espalda.

Ella estaba dispuesta a discutir, a echarle en cara todo, a protestar, pero al verlo así, los reproches se quedaron en su garganta, la preocupación creció y sintió el deseo de ayudarlo.

—¿Qué os ocurre? —se interesó en un susurro ahogado que recibió un gruñido de parte del lord.

—La cabeza me va a estallar.

Su respuesta parca, junto al gesto de dolor del lord, hizo que Grace entendiera la situación.

—Sentaos, milord.

Era un verdadero milagro que él accediera a una de sus peticiones. Liam se acomodó en el sillón mientras Grace se dirigía a la puerta. Solicitó que le trajeran lo que tuvieran para el dolor de cabeza. Después volvió junto a él, retiró el vaso y la botella medio vacía de la mesilla de centro y la colocó sobre la bandeja de los licores.

Minutos después entraba una joven sirvienta con lo que había pedido. Liam bufó, molesto por el ruido que esta hizo.

Grace agradeció su atención, tomó el vaso y se lo tendió al lord junto al medicamento. Liam no protestó y tras tomarse toda el agua, le devolvió el recipiente, recostándose contra el respaldo del sillón, cerrando los párpados.

—Si no bebierais tanto no os dolería así la cabeza —murmuró Grace observando a Liam, que mantenía los ojos cerrados y la expresión de dolor en el rostro.

«¿Cómo debo proceder?», se preguntó molesta, tratando de tomar una decisión, mientras miraba alrededor.

Caminó hacia los enormes ventanales y cerró las enormes cortinas lo más despacio que pudo, aunque fue imposible no escuchar el sonido que hizo el cortinaje al rozar la barra de hierro. Después fue hacia la amplia y pulcramente recogida mesa, se sentó tras ella apoyando la espalda en el respaldo. Estaba agotada.

Notaba cómo el cansancio, la furia y la rabia se llevaban la escasa energía que le quedaba para mantenerse fiel a sí misma, quería herirlo tanto como ella estaba.

«Lo siento», murmuró acariciando su barriga, con los ojos empañados.

Sí Liam hubiese regresado a su vida unos meses atrás, cuando el embarazo no era visible y la hubiese buscado por sí misma, lo habría aceptado sin dudarlo, comprendiendo la decepción sufrida por lo ocurrido. Mas en ese instante estaba convencida de que solo le interesaba por el fruto de lo que ella consideró amor.

Cuán equivocada estaba al pensar que él la amaba a su manera. Una parte de su alma se arrepentía de haberse entregado a él, de haber sucumbido a sus encantos, perdiendo sus valores y creencias en el camino.

Si sus padres vivieran, estarían muy decepcionados de ella y de cómo había permitido que la tomaran sin un matrimonio previo. Solo le quedaba el consuelo de saber que se había entregado por amor y que, de aquella unión, iba a nacer su pequeño.

Sacó la carta que él la dejó antes de marcharse del bolsillo de su vestido, la observó sin abrirla. La había leído tantas veces que podía recitarla de memoria sin obviar una palabra. Herida ante cada una de ellas. Era el fiel reflejo de lo que el lord sentía que ella había sido: un pasatiempo que podía entregarse a otro hombre.

Tomó un pedazo de papel en blanco que había sobre la mesa y la pluma, abrió el tintero con cuidado de no derramar nada y miró aquel pergamino en blanco. Dispuesta a volcar todo lo que sentía hacia Liam. No le hacía bien verlo, ni siquiera que él le hablara, pues confundía a su corazón y atentaba contra su cordura.

Tardó una hora en encontrar las palabras exactas para despedirse de él. De fondo, oía la respiración acompasada del lord: solo mientras dormía parecía vulnerable y accesible.

¿En qué momento había permitido que él se colara en su corazón? No lo sabía, intuía que sería un mal que la acompañaría toda la vida, sobre todo cuando tuviera a su bebé en brazos, pero era su realidad y estaba dispuesta a vivirla de la mejor manera posible.

Apoyó la mano sobre su vientre y notó cómo se movía. Lo hacía no solo por ella, sino también por aquella criatura no nacida. ¿Qué vida le podía esperar encerrada en una casa a merced de un hombre caprichoso que no las amaba?

Releyó la misiva por tercera vez y suspiró, a pesar de todo el dolor que sentía había conseguido ser comedida y certera en sus palabras. Era todo lo que quería decirle, el resto, lo que no plasmó en aquellas líneas, lo guardaría en su interior como la lección de vida más importante que había recibido.

Dejó su carta encima de la mesa, guardó los útiles de escritura y se levantó de la enorme silla. Caminó hacia la puerta con el mayor sigilo posible para no despertarlo. Necesitaba huir, salir de allí antes de que una nueva discusión los asaltara.

Salió del despacho del lord con la cabeza en alto y la certeza de que estaba haciendo lo correcto. Se acercó a los dos hombres y pidió hablar con Kaine. No se negaron e instantes después estaba junto a este pidiéndole que la llevara al único lugar al que estaba segura que podía ir por orden del lord.

No se equivocó, conocía a Liam lo suficiente como para saber que no le impediría regresar junto a la familia que le quedaba.



Lord McAlister se despertó cuando anochecía, descansado y dispuesto a hablar con Grace. Había soñado con ella, no deseaba que la furia se convirtiera en la única manera de comunicarse que tuvieran. Quería volver a sentirla cariñosa y dispuesta para él.

Se levantó y la buscó con la mirada, decepcionándose al ver que no estaba. Recordaba la visita de ella, la manera en que lo había cuidado, incluso su reproche por beber en exceso.

Se dirigió hacia la mesa de su despacho; sobre ella, un pergamino cuidadosamente doblado con su nombre lo esperaba. Lo recogió con curiosidad y lo abrió para leerlo.

Liam.

Desde que te fuiste, me llené de odio hacia ti. Fui a buscarte al puerto y no conseguí reunir el valor de detenerte. Después tus palabras en esa carta me acompañaron, fueron mi refugio y también mi condena pues me recordaban que no era suficiente para ti.

Me voy porque sé qué os impulsa solo cuidarme, por nuestro hijo. Os aseguro que no será necesario, que permitiré que os ocupéis de él, pero no me quedaré allá donde no me quieren.

No soy un objeto que puedas encerrar en una habitación, no te pertenezco, tan solo sufrí un mal: amarte antes de ser correspondida. Espero que algún día conozcas la bendición del amor, así como mis padres me enseñaron a mí.

Os agradezco el tiempo compartido y os ruego que, si valoráis en algo mi tranquilidad, no sigáis importunándome. No pienso regresa a vuestra casa. Yo necesito un hogar.

Grace

Liam releyó la carta dos veces, estaba impregnada de dolor y pasión en igual medida. Se detuvo en el último párrafo, en él había vuelto a alzar la barrera de la formalidad, aumentando la distancia entre ellos. Cada una de sus palabras se le clavaban en lo más profundo de su alma.

Sabía a dónde había ido, a casa de los Blackwood.

Cuando llegó a ella, lo recibió Ramsey con gesto serio, lo esperaba. Ninguno de los dos habló hasta que estuvieron en el despacho de su hermano con un café en las manos.

—¿Dónde se encuentra? —interrogó Liam tras dar un sorbo al oscuro líquido.

—En su recámara, se negó a ocupar cualquier otra. Durmiendo, al parecer no lo hizo anoche —explicó el conde con severidad—. Nos contó todo lo acontecido y después Iara la insistió para que se echara a dormir. Creo que no despertará hasta mañana.

La respuesta de Ramsey consiguió tranquilizarlo.

—No pienso irme sin ella, hermano.

—Y ¿por qué no se lo decís? —interrogó Ramsey perdiendo la paciencia, no lograba comprender por qué su hermano estaba errando en sus acciones una y otra vez—. Solo necesita estar segura de que correspondéis a su amor.

—Es la madre de mi hijo.

Ramsey suspiró sonoramente ante la insensatez de su hermano. Estaba claro que no era consciente de lo importante que era para

una mujer conocer los sentimientos que un hombre albergaba por ella.

Grace necesitaba estar segura de Liam. Pensaba que todo lo acontecido era un enredo dispuesto por este para confundirla. Aún no la habían informado de lo acontecido en los últimos meses.

—Necesita respuestas —aseguró pasándose la mano derecha por el pelo—. Prohibiste que le dijéramos lo que pasaba… Ha llegado el momento de que seas sincero con ella.

El rostro de Liam se había ido oscureciendo mientras su hermano hablaba, saltó de la silla

—Qué mayor muestra de compromiso que liberarla de un trabajo agotador y entregarle mi casa. Le he puesto todo mi patrimonio a sus pies.

—No creo que Grace necesite eso. Rechazó tu dote, durante meses vivió en la granja de sus padres, todo ello sin ayuda…

—¿Cómo permitiste eso? —reprochó, molesto ante lo que le contaba.

—No tenía argumentos para no consentirlo. Jamás me dijiste que la amabas, tan solo que la protegiera, y lo hice.

—Eres demasiado bueno, Ramsey. Debiste obligarla a permanecer aquí —censuró Liam, ajeno a la desesperación que se reflejaba en cada una de sus palabras.

—Ella estaba bien —afirmó Ramsey con firmeza—. Mantuve varios hombres para protegerla, me aseguré de que poseía lo indispensable para subsistir, intervine en alguna ocasión de manera indirecta para ayudarla, pero su deseo fue respetado. Debiste contarme lo que sentías.

—Ni yo estoy seguro de eso, ¿cómo puedo poner con palabras esta sensación que me desborda? —cuestionó el lord con la angustia en sus pupilas—. Mi corazón se acelera cuando estoy cerca de ella, pero su desprecio me corroe el alma y me hace ponerme a la defensiva, incluso atacarla, como si así pudiera hacerla cambiar de opinión.

—Liam, no tengo ninguna duda de que albergáis sentimientos hacia ella.

—¿Acaso eso supone una diferencia? —cuestionó, alzándose incapaz de estar sentado por más tiempo—. Ha huido de mí, me ha abandonado —señaló arrojando sobre la mesa la carta que ella le había dejado antes de marcharse.

Ramsey alargó la mano, tomó la misiva y la leyó. Notando la desesperación de la joven en cada una de sus palabras.

—Ella necesita comprenderos y saber la verdad.

Aquella afirmación lo golpeó sin piedad.

«¿Cuántas veces requerí su sinceridad?», se amonestó mientras paseaba de un lado a otro del amplio despacho.

La mintió, él que aborrecía esa actitud con todo su ser. La mantuvo lejos de él, haciéndola creer que la abandonaba. No era para menos que ella creyese lo peor de su comportamiento. A fin de cuentas, se habían separado tras la noche compartida. Podía imaginar lo que estaba pensando en aquel momento y entendía el odio que le tenía.

—Durante todo este tiempo he tratado de mantenerme al margen, pero ya no puedo hacerlo —dijo Ramsey atrayendo su atención—. Liam, la amas. La adoras tanto como yo a Iara. Os he visto salir a buscarla, pelearos por ella, sufrir con su dolor…

—La abandoné —respondió abatido—, la dejé a su suerte… y ya estaba embarazada.

—Ninguno de los dos sabíamos de su estado. Antes de que esa verdad se revelase, ya fuiste a buscarla. No sigas enredando algo que parece tan sencillo. Confiésale tus sentimientos.

—Dudo que me crea.

Esa revelación la había arrancado del fondo de su alma, no sabía cómo llegar a ella y se sentía impotente.

—Es probable —refutó Ramsey mirándole fijamente—. La heriste y, lo que es peor, la hiciste creer que no te importaba.

Liam se sentó en el sillón y miró la puntera de sus zapatos. Hizo fuerza con los dedos para comprobar si el suelo seguía firme bajo sus pies, pues desde que había estado en prisión lo notaba quebradizo e inestable.

«Grace tan impulsiva. Siempre llevándome la contraria. Quizás nunca supe ver cómo era en realidad».

La imagen de ella se coló en su mente, airada y despectiva ante su acercamiento.

—Al menos sé que no le soy indiferente, su desprecio hacia mí es palpable y… —se detuvo incapaz de seguir regodeándose en su desgracia.

Ramsey se levantó, recorrió los pasos que los separaban y se apoyó en la mesa de café que estaba frente al sofá donde reposaba Liam. Observándolo y calibrando lo que iba a decirle. No quería aumentar su zozobra, pero tampoco podía permitir que siguiera errando en su intento de someter a Grace.

—Hermano, ¿no has pensado que, con su rechazo, está tratando de protegerse de ti? La dejaste en manos de Simon sin contar con su opinión, la engañaste y me hiciste jurar por mi honor que no le diría lo que pasaba. Lamento decirte que lo hiciste muy mal, todos erramos con ella y es hora de enmendarlo.

Liam alzó la cabeza y observó al hombre más sabio que conocía, al que admiraba con devoción y por quien daría la vida.

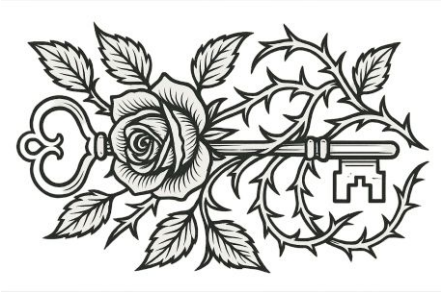
—Soy consciente de ello, mas…

—Sabrás hacerlo si pones tu corazón en sus manos.

El silencio se instaló entre ellos, tenía mucho que pensar y decidir. De vez en cuando, las palabras de Ramsey se colaban entre sus propios pensamientos y azotaban su tranquilidad, tirando por el suelo su elaborado plan. Dejándolo confundido y desanimado.

«Tengo que hacer algo… ¿pero el qué?»

23



Iara y Grace compartieron una temprana cena compuesta por estofado de cordero y patatas mientras hablaban de trivialidades. Cuando acabaron, Iara se alzó y recogió la bandeja, dispuesta a dejarla descansar; pero aún le faltaba algo por hacer, uno de los motivos por los que acudió a verla y no podía retrasarlo por más tiempo.

—Debo decirte algo —comentó Iara, haciendo que la joven la mirase con curiosidad y temor—. Liam está aquí, llegó horas después de que tú lo hicieras.

—No me sorprende, aunque no creo que se quede durante mucho tiempo.

Grace quería sonar despreocupada, pero hasta ella se había estremecido ante el temor reflejado en sus palabras.

—Discrepo, se ha instalado en su recámara y no tiene intención de salir de aquí.

Grace resopló. Esperaba aquello, pero en su fuero interno había deseado que su carta fuera tan concisa y clara que se convirtiera en un muro entre ellos que le impidiera abordarla de nuevo. Estaba en sus manos, en cualquier momento podía entrar por esa puerta y perturbarla.

Apartó las sábanas y la colcha que la cubría. Se levantó con cuidado de la cama, para sorpresa de la condesa.

—No tratarás de marcharte, ¿verdad?

—No, tan solo cerraré la puerta con llave cuando salgas —afirmó con resignación—, será lo mejor, Iara. Así evitaré que él me pille desprevenida. Necesito descansar —se justificó.

—Te comprendo —respondió la condesa, obsequiándola con una sonrisa.

—Necesito tiempo para pensar, para saber qué decirle. Dudo mucho que él intente comprenderme y todavía no sé cómo proceder…

—Tan solo descansad, el alba y el sosiego te traerá claridad.

Grace asintió y vio marchar a Iara, después se apresuró a cerrar la puerta con llave. Dos vueltas y la pesada puerta de madera la resguardaban del acecho de Liam. Eso y hallarse en la casa de su hermano, lo que frenaría cualquier impulso de asaltar su recámara.

Regresó a la cama, se acomodó sobre la suave almohada tapada hasta la barbilla y cerró los ojos mientras sentía los movimientos de su bebé en el vientre. Apoyó la mano ahí donde lo notaba más y una solitaria lágrima rodó por su mejilla al imaginar que Liam jamás podría experimentar aquella sensación. Ese pensamiento la golpeó, haciendo que sus lágrimas se intensificaran.

Una parte de ella lo echaba de menos, chocando con su deseo de no volver a verlo. Lloró porque necesitaba soltar aquel tsunami de emociones que la llevaban de un lado a otro, zarandeándola sin piedad. Hasta que el sueño la venció.



La luz de un nuevo día golpeó en el rostro a Grace. Abrió los ojos con lentitud, adormecida y cansada. Frente a ella había un nuevo amanecer y un reto: alejar a Liam de ella.

Pensar en él le hacía daño. Saberlo en aquella casa, tan cerca de ella, le recordaba lo que sentía, incluso su corazón se aceleraba en cuanto su mente indiscreta le presentaba su imagen. Notaba cómo se contraía su estómago e incluso, cuando lograba obviar lo ocurrido, la certeza de su amor por él se volvía la única verdad posible.

Hasta que su mente volvía al calvario de aquellos meses, al recuerdo de él subiendo a ese barco, a sus palabras desafortunadas en esa maldita carta, a sus «monedas en la mesa».

Inspiró hondo y percibió el aroma a sándalo de él en su habitación. «Estoy enloqueciendo».

Soltó una maldición entre dientes y posó la mano sobre su vientre, notando los movimientos de su criatura. La vida era mucho más simple cuando tenía la certeza de que él no volvería, ¿por qué tenía que haberlo hecho tan pronto?

No poseía respuestas, solo una certeza: no quería verlo, no podía enfrentarse a él con ese vaivén de emociones o perdería la poca dignidad que le quedaba.

Con esa idea bullendo en su cabeza, se giró en la cama hacia la derecha y contuvo un grito al encontrar a Liam sentado en una silla al lado de la misma. Su corazón se desbocó mientras sus miradas se enredaban. Apretó las sábanas sobre su pecho y trató de reaccionar, pero fue en vano.

Estaba paralizada.

¿Cómo había entrado ahí? Recordaba haber cerrado con llave la puerta a fin de evitar sorpresas como aquella.

—Le robé a Jana la copia de sus llaves —afirmó Liam respondiendo a la pregunta que rondaba a la joven—. No iba a permitir que un pedazo de madera me impidiese veros.

Aquella confesión fue suficiente para que Grace se estremeciera, la determinación en la mirada del lord era feroz. Si había atisbado algún tipo de vulnerabilidad en él los días pasados, había desaparecido sin dejar rastro.

Sujetando la ropa de cama contra su cuerpo, se incorporó, hasta que apoyó la espalda contra el respaldo de la cama, sosteniendo la mirada de Liam. Iba a presentar batalla, no solo por ella, sino también por su hijo. Lo protegería de aquel hombre que un día podía mirarla con amor y al siguiente tratarla como una simple posesión de la que disponer.

—Ya habéis satisfecho esa necesidad.

En su mente sonaba mucho mejor, se afianzaba en sus ideas, pero cuando hablaba titubeaba como una niña a la que estuvieran regañando.

—Tan solo una parte de ella, hay mucho más que requiero saber.

—Os ruego que salgáis de aquí cuanto antes —solicitó mientras negaba con la cabeza, no solo por las palabras del lord, sino por la ternura que vislumbraba en sus ojos, no tenía derecho a seguir jugando con ella.

—No estoy en disposición de satisfacer vuestra petición.

—No es decoroso que un hombre se encuentre en la habitación de una joven —recordó Grace como si eso pudiera hacerle cambiar de opinión.

Liam alzó una ceja y miró brevemente su vientre redondeado, recordándole con sutileza que no eran dos desconocidos. Las mejillas de Grace enrojecieron.

—No puedo marcharme, cuando hay tanto que aclarar. Debéis escucharme.

La intensa mirada del lord la paralizó, tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar el hilo de sus pensamientos. Rechazarlo no era fácil, su insistencia estaba consiguiendo que la coraza que había erigido a su alrededor se fuera resquebrajando.

Se amonestó mentalmente por sucumbir ante él, pero no podía evitarlo. Una parte de su alma anhelaba lo que vislumbraba en esa mirada cálida con la que él le obsequiaba.

—Grace.

Se estremeció ante el susurro de su voz.

—No tengo ninguna obligación de hacerlo —respondió con firmeza.

—Mas os interesa —afirmó Liam con convencimiento—, lo veo en vuestra expresión y no podéis negarlo.

Grace se revolvió nerviosa ante su escrutinio, aferrando aún con más fuerza la tela que la cubría, mientras sus mejillas enrojecían.

—¿Qué clase de ardid es este, milord?

Su pregunta no lo sorprendió, había llegado el momento de sincerarse con ella y estaba decidido a ello.

—Esto no es un juego, jamás lo ha sido y requiero que lo entendáis, después, si así lo deseáis, podéis juzgarme por mis fechorías. Os creísteis mi estratagema y…

—¿De qué habláis?

—De mi supuesto viaje.

En cuanto aquella palabra apareció entre ellos, la sorpresa abandonó la mirada de Grace, no así el dolor.

—¿Os atrevéis a negarlo? ¡Os vi con mis propios ojos! Muy dichoso subiendo a ese bergantín sin importaros que yo… —Grace se detuvo, tratando de calmar el torbellino de reproches—. Os ruego que si os interesa en algo el hijo que compartimos, os marchéis de aquí de una vez por todas.

Liam negó con la cabeza, mientras el desconsuelo de ella se clavaba en su alma.

—No puedo concederos ese deseo, no hasta que seáis conocedora de la verdad.

—No deseo saber nada más —le pidió ella con voz acongojada—. Asumo mi culpa, yo misma me entregué a vos. No tengo derecho a reclamar nada, ni me debéis explicación alguna, pero os solicito que dejéis de perturbarme con vuestra presencia.

—Grace, nunca estuve en alta mar —Liam se tomó unos segundos para que ella comprendiera lo que estaba diciendo—. Os hicimos creer eso —prosiguió—, pero jamás salí a navegar. Mi suerte fue muy distinta.

Grace agachó la mirada por un instante, dejando que las palabras del lord calaran en su interior. No tenía sentido lo que él decía, pero había logrado su cometido, quería saberlo todo y entender al fin la actuación del lord más allá del desamor que ella había supuesto.

—¿Por qué cometeríais semejante infamia?

—Para no contaros la verdad de mi situación e inclinaros a casaros con Wells. Consideré que así sería más fácil para vos tomar ese camino.

—No deseo oír nada más —aseguró, dolida ante sus palabras, incapaz de sostenerle la mirada por más tiempo.

Si eso era cierto, él se había comportado como un ser despreciable que, tras obtener lo que deseaba, la abandonaba en las manos de otra persona.

—Grace —la llamó el lord mientras alargaba la mano buscando la suya, pero la joven rehuyó el contacto con gesto airado.

—No hagáis eso y marchaos. Vos elegisteis mi suerte sin contar conmigo. Solo fui un capricho, y la única culpable de ello soy yo. Me

dejé llevar una vez, no pienso volver a cometer el mismo error.

Un rictus de dolor cruzó el rostro de Liam. En otro momento, lo habría refrenado, convirtiéndolo en indiferencia, pero sabía que debía presentarse frente a ella sin artificios ni reservas. Solo así conseguiría su perdón.

—Jamás os traté así.

—No faltéis a la verdad. Me buscasteis para satisfacer vuestro deseo y…

—Y todo cambio cuando fuisteis mía —aseguró Liam obviando que ella había sido el artífice de ese encuentro.

Esa afirmación desarmó a Grace. No esperaba que él hablase de aquel episodio con tanta libertad. Por suerte estaban solos en la recámara, sin oídos indiscretos que pudieran contar aquello. Mas ¿qué importaba si el fruto de aquello crecía en su vientre?

Grace se removió incómoda ante su escrutinio y ante la poca fortaleza que estaba exhibiendo. Se había prometido no volver a caer en ningún enredo y mucho menos si venía de parte de aquel hombre.

—Vuestro cambio fue muy breve, milord, y eso no podéis negarlo —argumentó con el mentón en alto y gesto desafiante.

—Estáis juzgándome sin conocer la verdad de lo acontecido.

—¡En ese caso, hablad de una vez y después marchaos! —Grace no quería, pero había alzado la voz más de lo necesario.

Estaba cansada, aturdida y furiosa a partes iguales. Se presentaba frente a ella y confesaba sin pudor que la había engañado para que se casara con Simon.

Liam sostuvo su mirada airada, le hería observar la rabia que inundaba sus pupilas y de la cual era culpable. Cuando decidió la suerte de la muchacha, solo había un escenario posible en su futuro: la muerte, y no pensaba permitir que ella sufriera por él.

—Veo que no hay nada más que decir —las palabras de Grace lo sacaron de sus pensamientos—. Tan solo deseabais deshaceros de mí. Lo conseguisteis, milord.

El desdén en las palabras de la joven lo atravesaron. Se acercó a ella y sujetó su mano, aunque esta trató de apartarla.

—Estáis formándoos una idea errónea de lo acontecido.

—En ese caso, sed sincero y después alejaos de mí.

El silencio los envolvió durante un instante, los ojos de Grace estaban vidriosos por las lágrimas no derramadas y el calor de la mano de él sobre la suya era abrasador, pero no tanto como sus palabras.

Él, que tanta veracidad la había exigido, la mintió sin remordimiento alguno.

Tiró de su mano con furia, odiaba sentirse vulnerable frente a él, y Liam la soltó muy a su pesar.

—He pasado los últimos seis meses en prisión. Una sentencia de muerte pendía sobre mi cabeza por lo que pasó con lord Avery.

Grace lo observó atónita ante aquella revelación, no era posible lo que afirmaba. Nadie se lo había comunicado. Cerró los ojos, tratando de comprender lo que él insinuaba mientras su mente le repetía una y otra vez lo que le acababa de decir.

«¿En prisión? Es imposible. Está aquí.»

—Nadie se salva de la horca, milord —añadió Grace con gesto serio—. Si esa es vuestra mentira, lamento deciros que no pienso creérmela.

—Visteis como Simon me llevaba con él.

—También subir a ese barco.

—Fue un artificio, un engaño… No tenía escapatoria —aseguró Liam, tratando de volver a entrelazar los dedos con los de la joven, pero ella la retiró—. Grace, no podía permitir que sufrierais por mi muerte. Os prefería airada conmigo, antes que dolida y entristecida por mi suerte.

«Maldito sea.»

Para sorpresa del lord, Grace apartó las sábanas de su cuerpo con excesiva fuerza y se alzó; tan solo ataviada con el grueso camisón que le había prestado Iara el día anterior. Recogió la bata que estaba a los pies de la cama y se la colocó con cuidado bajo la atenta mirada de Liam, que no alcanzaba a entender lo que ella estaba pensando.

«No puede ser verdad.»

Ató el cinturón de la bata por encima de su prominente barriga, se secó las traicioneras lágrimas que rodaban por su mejilla y se giró

hacia Liam con los brazos cruzados bajo su pecho.

—¿Iban a ajusticiaros? —cuestionó con tono firme y un deje de incredulidad en su mirada.

—Sí —la rotundidad de la respuesta era suficiente para que ella le creyera.

—¿Cuándo lo supisteis?

—En cuanto Avery cayó frente a mí —Liam se levantó de la silla y se acercó a ella con pasos lentos para no espantarla—. No soy ajeno a las leyes: si no maté a Avery antes, fue porque no estaba seguro de sortear las consecuencias de mis actos.

«Me mintió», la mente de Grace se llenaba de pensamientos incómodos e inconexos.

—¡No me dijisteis nada!

El lord se encogió ante el dolor de aquella afirmación.

—Trataba de protegeros.

«Siempre el mismo cuento.»

—Ni vos, ni Ramsey, ni Simon, ni Iara…

Poco a poco la verdad de aquella revelación se tornó incómoda, detrás de aquello había mucho más de lo que nadie podía intuir. Era una traición.

—Les prohibí que hablaran contigo sobre ello, apelé a su honor, obvié lo que me unía a ti y…

—Soy tan insignificante para todos vosotros que no merecía la verdad —afirmó arrastrando las palabras, sintiendo cómo la soledad crecía dentro de sí misma, dispuesta a ahogarla.

Se alejó de él con paso inestable, tratando de contener aquella desagradable sensación, hasta que el movimiento de su bebé le recordó que no le estaba permitido caer.

—No quería que os perturbarais —se defendió Liam, tratando de alcanzarla con su razonamiento— y en cuanto a ellos…

—Son vuestra familia, os deben lealtad, mas no a mí. Lo comprendo —la decepción impregnaba cada una de sus palabras.

Se giró incapaz de sostener por más tiempo la mirada de aquel hombre. La verdad sobre lo que acababa de descubrir la estaba consumiendo. Su corazón se astillaba por momentos. Volvía a sentirse sola, más que la primera vez que llegó a aquel lugar.

Lágrimas silenciosas recorrieron sus mejillas.

—No podía volver a veros —confesó el lord con la congoja asomada a sus palabras—. Temía que, si sabíais la verdad, os acercaseis a prisión y sufrierais por mi suerte. Prefería morir en ese instante que veros desolada frente a mí.

Grace se giró hacia él, atraída por sus palabras y por la angustia que las impregnaba.

—Esta familia es tan tuya como mía, Grace. Sois consciente de ello —la joven negó con la cabeza y Liam se apresuró a traspasar el espacio que los separaba y la sujetó por la cintura—. Lo es, no te traicionaron, te protegieron de lo que acontecía.

—¿Por qué?

—Porque tanto Iara como Ramsey sabían que sois importante para mí —confesó el lord sin un atisbo de duda—. No pudimos engañarlos, no a ellos, pero sí a nosotros mismos. Me desbordó este sentimiento que…

—No me creas tan ilusa como para tomar en cuenta vuestras palabras. No soy un entretenimiento más y…

Liam la acalló colocando un dedo sobre sus labios, incómodo ante la manera en que se menospreciaba frente a sus ojos. Si al menos le dejara abrir su corazón sin interrumpirlo…

—Jamás quise que te enojaras tanto conmigo, pero lo entiendo —inquirió sujetando su propia frustración—. Te dejé sola cuando más me necesitabas, te abandoné; pero hoy sé que volvería a protegerte por encima de mí mismo. No me arrepiento de lo que hice: ellos cayeron, jamás tendrán la posibilidad de herirte.

—Ya estáis vos para eso —señaló dolida—. Me entregasteis a Simon y…

—Respeté vuestro matrimonio, cuando salí no corrí a buscarte hasta que Iara me animó a hacerlo. Tuve que hacer un esfuerzo inmenso para sostener mi necesidad de veros.

Sus miradas se enredaron.

—¿Por qué habríais de hacerlo? No soy nada para vos —cuestionó Grace, incómoda ante su cercanía, ante la intensidad de sus ojos, ante el calor que desprendían las palmas de la mano de aquel hombre sobre su cintura.

Su única defensa era el ataque, pues cuanto más tiempo pasaba junto a él, más se intensificaba la necesidad de besarlo.

—Estáis tan equivocada…

Liam alzó la mano y acarició su mejilla, deleitándose en la suavidad de su piel y en la manera en que se enrojecía bajo su atento escrutinio.

—No hagáis esto más difícil, tan solo soy la madre de vuestro hijo y… —Grace se detuvo cuando el pulgar del lord rozó la comisura de sus labios.

—Lamento haberos herido —dijo en un murmullo Liam mientras seguía recorriendo el rostro de la joven con su mano—. Me merezco cada uno de vuestros reproches y os aseguro por mi vida que jamás volveré a dejaros al margen de ninguna situación.

—Milord, yo…

—Me llamo Liam, Grace. Lo sabéis bien.

Para sorpresa de la joven, el lord se inclinó hacia ella y apoyó sus labios suavemente sobre los suyos. No esperaba aquello, no pudo reaccionar, ni apartarse. Tan solo recibir aquel roce que le supo a poco.

—Os ruego que me soltéis.

—No podría hacerlo ni aunque quisiera. Durante las noches en prisión fuisteis mi ancla donde aferrarme. Vuestra imagen se colaba en mi mente, mantenía intensas charlas con vuestro recuerdo, vuestra lengua mordaz era…

Liam no terminó de hablar pues, para su sorpresa, Grace se agitó y se separó de él, saliendo de su embrujo. Mascullando entre dientes maldiciones que enrojecerían al más rudo de los marineros.

—Necesito pensar —se excusó Grace con el corazón acelerado y miles de ideas rondando por su cabeza.

—No tengáis miedo de mí.

—No puedo evitarlo. Volvéis a mi vida, me sacáis a rastras de mi trabajo, me encerráis en vuestra casa y ahora… parece que habláis de sentimientos. No sé qué creer, ni cómo sentirme. Mil veces buscaste mis besos, para luego recordarme que pensabais casarme con otro.

—Me arrepentiré toda la vida de sucumbir al miedo —aseguró Liam con el corazón en la mano, tratando de llegar a ella—. Me equivoqué.

Grace abrió la boca, asombrada ante sus palabras, pero antes de que la comprensión aclarara sus ideas, una nube de inseguridad la llevó de nuevo al abismo de la soledad.

—¡Lo organizaste todo para que me desposara con Simon!

Grace inspiró hondo. No le debía más explicaciones, él había elegido no quererla y no le permitiría destruir la mujer que había resurgido de aquel abismo.

—Trataba de protegerme de lo que siento por vos.

Aquella confesión a media voz hizo que la joven se estremeciera.

—Imagino que os mueve mi hijo y…

—Fui a buscarte sin saber de su existencia —recordó el lord frunciendo el ceño—, dispuesto a descubrir por qué no estabas donde deberías.

—Ni ese era mi lugar, ni Simon erais vos… Veo que aún no sois capaz de entenderlo.

—Discrepo, Grace. Os entiendo mejor de lo que pensáis. Sufro el mismo mal que os asola. Sé que debajo de todo el enfado que sentís, seguís amándome.

Grace negó con la cabeza, molesta por la seguridad que desprendía Liam.

—Eso es muy pretencioso de su parte.

—Solo constato una realidad que ambos conocemos. Que vos me confesasteis en vuestra carta. No habéis dejado de amarme ni un minuto.

—Eso no marca ninguna diferencia —contestó la joven a la defensiva.

—En realidad las marca todas. Grace, ya basta. Sacudiros el enfado y entended que…

Grace negó con la cabeza, cansada, confundida y perdida en aquel mar de palabras que carecían de sentido. Hacía unas semanas su mundo era sencillo, claro y, a pesar del dolor por no estar a su lado, sabía a lo que atenerse.

Toda esa seguridad había volado por los aires con la aparición de Liam. Quería creer que en verdad sentía algo por ella, su corazón se aceleraba al tenerlo cerca y cuando le hablaba con cariño la hacía flaquear. Lo amaba más de lo que le gustaría reconocer, y aquel sentimiento se atoraba en su garganta anhelando dejarlo salir frente a él.

—Necesito pensar, milord. Requiero entender todo lo que me habéis contado. Vuestras palabras me aturden.

Liam traspasó la escasa distancia que los mantenía alejados y tomó la mano de la joven entre las suyas. Refrenando su deseo de abrazarla.

—Grace —pronunció su nombre como si acariciase la palabra, provocando que se estremeciese—, hay mucho más que debo deciros.

—Yo… yo no puedo complaceros —el balbuceo de la joven lo sorprendió, estaba sobrepasada por las emociones—. Os ruego que no os lo toméis a la ligera y salgáis de mi recámara ahora.

Liam percibió los temblores de su cuerpo, la manera en que se balanceaba sobre sus pies y como se habían intensificado sus ojeras. Estaba al borde del colapso.

—Está bien, ¿necesitáis algo?, puedo ayudaros a recostaros.

—No, tan solo quiero estar sola, os lo ruego.

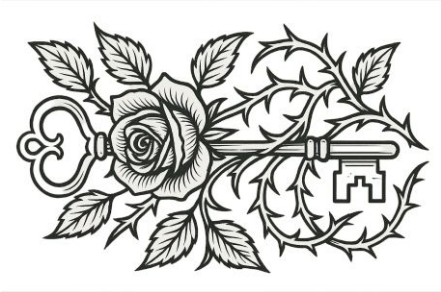
Liam asintió, la soltó con delicadeza tras darle un beso en la sien y salió de la habitación, admitiendo su derrota en aquel primer lance. Esperaba su resistencia, su enojo, pero no la decepción que asomaba a sus ojos cuando lo miró después de saber la verdad.

No sabía cómo llegar a ella, se sentía impotente, incapaz de controlarlo todo y eso era una sensación que aborrecía.

El sonido de la puerta al cerrarse informó a Grace de que él se había marchado. Regresó a la cama arrastrando los pies mientras las palabras de Liam se repetían en su cabeza una y otra vez. La amalgama de emociones que la asaltaba la estaba abrumando.

«¿Qué debo hacer?»

24



El sol se filtraba entre las cortinas. Sol en Londres, el mundo parecía burlarse de su estado de ánimo. Se levantó de la cama, se acercó a la ventana y arrastró la tela que la cubría. Sintió el calor sobre sus mejillas, en ellas aún quedaba el rastro de las lágrimas derramadas por lo descubierto el día anterior.

Aunque no entendía de qué se sorprendía. Liam solo se había comportado tal y como era.

No podía culparlo, tampoco quería hacerlo; pero ni su regreso ni sus actos iban a moldearla a su antojo. Ella era fuerte, más de lo que ninguno pensaba y no iba a desperdiciar su vida al lado de nadie por ningún convencionalismo social, la misma sociedad que le arrebató su tranquilidad y las personas que más la amaban.

Se aseó y se vistió con su propio vestido, descartando los que Iara le había prestado. Se recogió el cabello y salió de la recámara dispuesta a poner las cosas en orden.

El aroma del desayuno guio sus pasos hacia la cocina, pero la halló vacía. Sabía dónde estaban, se detuvo en el vano de la puerta, contemplando aquella que tantas veces había usado para ir a hacer recados. La antigua Grace habría huido, el impulso de hacerlo la llevó a acercarse y colocar la mano en el picaporte.

—No servirá de nada.

Se giró despacio hasta ver frente a ella a Jana. No podía enfadarse con ella, pero una parte de su ser estaba deseando desquitarse, gritar, mostrar la furia que corría dentro de ella.

—Lo imagino —respondió con el cansancio reflejado en sus palabras, bajando la mano.

—Estamos en el comedor.

—No deseo interrumpir un momento en familia —dijo con brusquedad—. Esperaré a que acaben para hablar con ellos.

Se sentó frente a la mesa de la cocina, podía ver la duda bailando en los ojos de Jana, también cierto pesar por su actitud.

—¿Quieres desayunar?

—No —respondió con frialdad—. Debo pedirte algo, Jana, no me trates como alguien que no soy, aún sé servirme un té y puedo hacerlo.

El ama de llaves observó el dolor de la joven, reflejado en sus pupilas. Se acercó a la mesa y ocupó la silla más cercana a Grace, buscando las palabras que la hicieran llegar a ella.

—Lamento que te hayas sentido sola y…

—No, te equivocas, Jana —contestó con impulsividad, no quería compasión, estaba luchando con todas sus fuerzas para que su corazón no se ablandara—. Desde el momento en que supe que estaba embarazada, entendí que tenía alguien por quien luchar, y es lo que he hecho cada día desde entonces.

—Niña, hay tanto que debes saber…

—Lord McAlister hace unas horas me ilustró sobre ello. Ahora sé cuál es mi lugar.

Aquella frase quedó flotando entre ellas. Grace, en el fondo de su alma, sabía que no podía desquitarse con el ama de llaves, a fin de cuentas, ella solo cumplía órdenes. Todos ellos lo hacían. De alguna forma, Liam manejaba los hilos en aquella casa, en su afán por controlarlo todo.

Era perturbador.

—Te hemos echado de menos.

Grace notó la sinceridad en sus palabras y observó la compasión en sus pupilas. Resopló, resignada. No le gustaba estar airada con esas personas que aún consideraba parte de su familia.

—Quizás Marie y tú sí —afirmó tras su reflexión—, incluso Marian, pero…

El sonido de unos pasos detuvo la respuesta de Grace, sintió cómo su espalda se tensaba y, cuando Kaine apareció en el vano de

la puerta, resopló, aliviada. Recibió una mirada evaluativa del hombre mientras se acercaba hasta donde estaban sentadas.

—Han venido a visitaros.

Se alzó sorprendida ante aquella revelación y sonrió aliviada al ver frente a ella a la persona que había sido capaz de ayudarla a salir del pozo en el que se había dejado caer.

—¡Gillian! Me alegro tanto de verte —afirmó mientras se apresuraba a llegar junto a la modista.

—Kaine tuvo a bien decirme dónde estabas y permitidme acompañarle. Te he traído vuestros vestidos.

—No sabes lo que me alegro de verte, necesito hablar contigo. Acompáñame.

Grace salió de la cocina con precipitación, sujetando a Gillian por el brazo como si fuera a volatilizarse y la condujo hasta la recámara que ocupaba. Hasta que la puerta no estuvo cerrada, la joven no la soltó e inspiró hondo, tratando de tranquilizarse.

—No pienso dejar el trabajo —comenzó a decir, apresurada—, solo estoy tratando de arreglar la situación hoy mismo y después…

—Estás un poco alterada. Ven.

Gillian la invitó a sentarse en el sillón y ella lo hizo en la cama, frente a la joven.

—Llevo días esperando este momento. Sabía que lord McAlister no te permitiría seguir trabajando conmigo.

—Él no ostenta ningún poder sobre mí —respondió sin ocultar la indignación que sentía.

—Quizás no todavía.

—Ni hoy ni nunca —aseguró, alzándose con brusquedad y obviando el pinchazo de dolor que le recorrió la espalda—. Sé que no me entiendes, pero me engañó, me hizo creer que se marchaba, mientras se enfrentaba a la horca y…

Grace se detuvo al ver que el rostro de la modista empalidecía ante sus afirmaciones.

—¡¿Lo sabías?!

—Era un rumor persistente —se excusó Gillian, percibiendo su desilusión—, pero nadie hablaba con certeza sobre ello y no quería causarte un dolor innecesario.

La joven se tapó la cara con las manos mientras mil pensamientos la asaltaban sin piedad. Comenzó a respirar de manera entrecortada y, cuando sintió la mano de Gillian sobre su brazo, se alejó de ella con precipitación mientras agitaba la cabeza, furiosa.

—Me siento tan estúpida.

El pequeño mundo de Grace se tambaleó bajos sus pies, no podía confiar en nadie. De una manera u otra, todos habían decidido por ella, como si fuera un ser insignificante que no merecía respeto y consideración.

Desde aquel horrible día en que alguien la eligió por su virginidad hasta ese momento. Lo que vivía era una mentira y no pensaba seguir jugando a aquel juego.

Tomó el paquete con los vestidos que Gillian había traído. Era lo único que le pertenecía, pues cada tela la había pagado con su sueldo, y salió de su recámara con la modista llamándola a gritos.

Llegó al *hall*, pero, antes de poder siquiera rozar el picaporte de la puerta, la voz de Liam la detuvo. Se giró dispuesta a enfrentarlo, aquello no era una huida, al menos ella no lo veía así. Estaba tomando las riendas de su vida, las mismas que había perdido meses atrás, y nadie podría detenerla.

—Grace, debemos hablar.

Liam podía ver la tormenta que la atravesaba, temblaba frente a él y parecía a punto de estallar.

—No, no tengo nada que decir, ni creo vuestras excusas. Las de ninguno —contestó ella con altanería bajo la mirada de todos los habitantes de esa casa—. Me voy, mi tiempo en este lugar ya ha expirado. No pretendo que lo entendáis, ni que lo aprobéis. Si insistís en molestarme, iré a la comisaria. Quizás Simon también me engañó, pero no permitirá que se incumpla la ley.

Sintió cómo se encogía su estómago al entender la veracidad de su apresurado razonamiento, su amigo también se lo había ocultado y él, mejor que nadie, sabía cada detalle. Sofocó un sollozo tapándose la boca con la mano.

Liam no sabía cómo apaciguar su enfado, salvó el espacio que los separaba y trató de sujetarla, pero la joven se agitó, lo esquivó y

chocó contra la puerta de madera.

—Grace —dijo con tono tranquilizador.

—Se acabó, milord —afirmó, retándolo a que la desmintiera—. Imagino que odiáis perder la partida, pero lamento deciros que esta vez no ganaréis. Voy a salir por esta puerta y no me detendréis.

Era un desafió y, en otro tiempo, Liam lo hubiese aceptado, la habría arrastrado a su habitación para que cediera, mas no quería eso. No deseaba obligarla. Era consciente de que Grace no acataría sus órdenes con facilidad. Había llegado el momento de demostrarle que la respetaba por encima de sí mismo.

—Estoy a tu servicio —señaló con gesto sereno.

—No confío en vos, ya me habéis confundido muchas veces. Alquilaré un coche en la calle.

—Eso está fuera de discusión —censuró el lord con tal severidad que hizo que Grace se estremeciera—. Yo o uno de mis hombres te escoltará hacia tu destino.

Grace alzó la cabeza airada por su intervención. «¿Acaso no entiende que no deseo verlo más?»

—Lord McAlister, soy autosuficiente.

—Jamás lo he dudado.

—Entonces dejadme hacer esto a mi manera.

—Lo estoy permitiendo, es más de lo que en otro momento haría.

La mirada del lord la atravesó, era tan intensa que agachó la cabeza para dejar de perderse en ella. Necesitaba ser firme en sus propósitos y no podía hacerlo con su corazón regodeándose ante el interés de él.

—Está bien —cedió, resignada—, Kaine puede acompañarme.

El aludido miró a Liam buscando su aprobación, pero tras un instante de reflexión, el lord negó con la cabeza y ofreció su brazo a Grace.

—Yo mismo asumiré el papel.

—Maldito terco —masculló entre dientes para que solo él lo oyera.

—Soy vuestra única opción. No cederé ni un ápice más.

La joven inspiró hondo, buscando algo que lo hiciera recapacitar, pero era imposible y su mejor opción era creerle. Confiar en que no

la engañaría de nuevo.

—Te aseguro que no me desviaré —respondió Liam, leyendo en su rostro confuso sus preguntas angustiadas—, ni os llevaré a otro sitio que yo disponga. No faltaré a mi palabra.

Grace claudicó, estaba deseando marcharse de allí y dejar de sentir sobre ella las miradas compasivas de los Blackwood. Rehusó agarrar su brazo y salió sin mirar atrás ni despedirse.

Cinco minutos después, montados en el elegante carruaje negro del lord, emprendieron rumbo hacia su casa. Era lo único que le pertenecía y, aunque ir allí podía consumirla, debía aferrarse a ello. Aprendería a convivir con sus recuerdos dolorosos por el bien de su bebé.

Liam observaba la intranquilidad de ella. Bajo la tenue luz que se filtraba entre las cortinas del carruaje podía admirar su belleza. ¿En qué pensaba cuando decidió casarla con Wells?

Se amonestaría toda la vida por esa absurda idea. Casi la pierde y sería un tonto si lo hiciera. Era su ancla, la mujer capaz de sostenerle la mirada y retarlo sin pestañear ni amedrentarse ante él.

—¿Qué os impulsa a hacer esto? —La pregunta de ella lo pilló infraganti mientras admiraba su rostro.

—Grace, siempre estaré velando por ti —aseguró Liam, colocándose al borde de su asiento y alargando la mano para sujetar su barbilla.

—Kaine podría haberme acompañado —dijo Grace sin apartarse, sorprendida ante aquel gesto y la dulzura de sus palabras.

—Es mi deber y no pienso delegarlo en nadie. Ni siquiera en Kaine.

Aquella afirmación le resultó extraña a la joven, creyó atisbar celos en Liam, pero lo descartó al instante. Era absurdo pensar que él pudiera sentir nada. Ya se lo había demostrado de muchas maneras.

Alzó su mano y la colocó sobre la de él para apartársela, pero solo consiguió que Liam la sujetará y la atrajera de un ligero tirón hacia él. Los dos estaban al borde de sus asientos, a unos milímetros de distancia.

—No tenéis ninguna obligación conmigo.

—Cuán equivocada estás, querida.

Había oído mil veces a Ramsey llamar así a Iara, pero jamás imaginó que Liam pudiera decir aquella palabra refiriéndose a ella. Agachó la cabeza y trató de sentarse para atrás, pero Liam no la soltó y apoyó su otra mano sobre su pierna.

Colocó una rodilla en el suelo tambaleante del carruaje y volvió a sujetar su barbilla para lograr que lo mirase. En las pupilas de la joven se agolpaban las emociones que estaba conteniendo a duras penas. Acarició su mejilla con delicadeza y Grace inspiró hondo, sorprendida ante aquel gesto.

—Ojalá mi decisión de protegeros no os hubiese alejado de mí. Jamás pensé que habría una segunda oportunidad. Me condenaron, Grace, estaba a un paso de la horca. El día anterior a mi indulto, el propio Ramsey se despidió de mí. Todo estaba perdido.

Sintió cómo se le revolvía el estómago ante la implicación de aquellas palabras. Una parte de ella quería creerlo, mas su cabeza la mantenía a raya recordando que la habían traicionado de la peor manera posible.

—¿Qué os libró de aquello? —cuestionó, dejando que su curiosidad ganara a su rencor.

—La osadía de Iara, su perseverancia dio frutos y logró hablar con la reina. Le contó todo, le habló incluso de ti y tu historia. No sé cómo lo hizo, mas fue efectivo y al día siguiente era liberado. En un segundo pasé de estar al borde de la muerte a…

—A volver a la vida —concluyó ella, con una lágrima rodando por su mejilla—. Celebro que podáis regresar a vuestro hogar, obligaciones… Jamás quise que pasarais por ese calvario.

Apartó su mano de la de él y se secó la mejilla con delicadeza.

—Soy afortunado.

Grace sonrió, sin saber qué decir. Para ella todo estaba aclarado, él era el padre de su hijo, era consciente de que jamás la desampararía.

El carruaje se detuvo justo cuando Liam estaba tratando de hacer un nuevo acercamiento, su mano quedó suspendida en el aire, a pocos centímetros del perfilado rostro de ella.

—Hemos llegado —anunció Grace.

—Te di mi palabra.

—Ha sido muy caballeroso, milord. Espero que el camino de regreso le sea igual de placentero.

Para sorpresa de Liam, antes de que pudiera añadir nada más, Grace abrió la portezuela del carruaje y bajó con cierta dificultad los dos escalones.

Caminó hacia su casa, con el paquete de vestidos en una mano y su corazón resquebrajado en la otra. Aquel lugar era lo único que tenía, y lo convertiría en el hogar que su hijo y ella merecían. Lucharía día a día por ello.

Subió los escalones del porche y sacó la llave de su bolsito de mano. Abrió la puerta, entró y cuando iba a cerrarla, no pudo. Se giró asombrada y soltó un grito al encontrar en el vano a Liam.

«¿En qué momento se ha bajado del carruaje?», pensó Grace sin saber qué decir ante el escrutinio al que estaba siendo sometida.

Liam observó en su rostro todas las tonalidades de rojo que existían. La vio abrir y cerrar la boca en busca de alguna frase con la que apartarlo de allí, pero se mantuvo quieto, sereno e imperturbable.

—La casa no está en condiciones de ser visitada —anunció Grace tras unos segundos en que ninguna de las excusas que se le ocurrían le parecía correcta—. He estado unos meses fuera, pero si desea visitarla, le informaré cuando esté presentable.

Liam alzó una ceja y dio un paso hacia el interior, logrando que ella se apartara de la madera. El hogar era sencillo, tal y como lo había supuesto. Casi podía imaginar a Grace en aquellas paredes, rodeada por el calor de su familia.

—Milord —lo llamó ella confusa ante la actuación de él.

—Sentía curiosidad —afirmó el hombre al tiempo que observaba a su alrededor, mientras la claridad de lo que debía hacer se filtraba entre sus dudas.

Grace anhelaba un hogar, una familia, un hombre que la amara, no que la obligara a permanecer en un sitio, por muy lujoso que fuera.

—Son solo cuatro paredes y miles de recuerdos vividos y por vivir. Me encargaré de que nuestro hijo sea feliz aquí.

Él no contestó, recorrió el espacio que hacía de salón, mientras reflexionaba sobre lo que había estado obviando. «No merece menos de lo que tuvo en su infancia».

Se desabrochó la chaqueta y, para sorpresa de la joven, se la quitó, colgándola en el respaldo de una de las sillas. Tras ello, se sentó frente a la mesa, apoyó los codos en la misma y la miró evaluando su reacción.

«Te demostraré que te amo por encima de todo», afirmó en su mente con rotundidad.

Ella temblaba, siguiendo cada uno de sus pasos, sin entender en qué momento había perdido el control de la situación. En su cabeza todo encajaba con precisión matemática, pero Liam era experto en hacer saltar por los aires sus expectativas.

Apoyó sobre la ajada mesa su equipaje, sin apartar la vista de la intensa mirada de Liam.

—Milord, agradezco su visita, pero es hora de que se retire.

Liam alzó una ceja, ella era la antítesis de lo políticamente correcto. Lo estaba echando sin contemplaciones ni cortesías.

—Aún no me lo has enseñado.

Notó que Grace se tensaba ante su petición. Se levantó con lentitud y trató de alcanzarla, pero ella lo esquivó con elegancia.

—No hay mucho que ver —afirmó, colocándose de tal forma que la mesa quedaba entre los dos.

—En ese caso no será un problema que me lo muestres.

Grace resopló sonoramente ante la imperturbable tranquilidad de Liam. ¿Acaso no era consciente de lo crispada que se encontraba por tenerle en su terreno?

—Milord, es una casa sencilla: dos recámaras, un saloncillo, una cocina y unos cuantos animales que cuidar. Es un lugar humilde del que jamás debí salir, pero podéis visitarlo a vuestro antojo. Cuando acabéis, os ruego que salgáis de aquí, debo instalarme.

Se giró y, sin esperar respuesta, se dirigió a la cocina. Era la estancia que más recuerdos horribles le producía; pero también la más alejada de Liam. ¿Qué pretendía estando allí?, todo estaba hablado, o al menos eso consideraba ella y, sin embargo, él no parecía estar de acuerdo.

Se apoyó en la encimera y notó cómo el dolor de su espalda se intensificaba. Una duda se materializó en su cabeza, ¿cómo iba a ocuparse de los animales con esos dolores? No eran muchos, unas cuantas gallinas, una pareja de cerdos con sus crías y una oveja. Lo suficiente para ella, pero también suponían un trabajo que dudaba poder hacer. Hasta ese instante, un muchacho del pueblo se ocupaba de ellos dos veces al día a cambio de unas monedas, pero, su situación había cambiado y, hasta que no encontrara un nuevo trabajo, no podría gastar su dinero en eso.

La expectativa era desalentadora, pero los sonoros pasos de Liam recorriendo su casa la impedían encontrar una solución práctica. Se descubrió contando cada uno de ellos, imaginándolo en su sencilla recámara de aspecto anodino en comparación con la casa de él.

Podía intuir su mirada con cierto desdén asomado a sus pupilas, incluso su desaprobación. Su mente comenzó a idear una frase ingeniosa a sus críticas hasta que…

El chirrido de la puerta de entrada al abrirse la sorprendió.

Se detuvo antes de girarse para verlo.

Se marchaba, justo lo que le había pedido, pero… una pequeña parte de ella se sintió desilusionada, herida, traicionada de nuevo. «¿Qué esperabas?», se preguntó mientras se le formaba un nudo en la garganta.

Esa era su cruz.

Amarlo sin ser correspondida.

Apretó los labios para contener un sollozo y apoyó la mano sobre su vientre. A pesar de todo no estaba sola, no lo estaría durante muchos años y su máxima en la vida sería cuidarlo hasta que pudiera volar solo.

Se apartó de la encimera y se acercó a la cocina, se afanó por encenderla y colocó sobre ella una tetera. Necesitaba tomar algo caliente antes de ponerse a limpiar.

Contempló que el vapor comenzaba a salir por el pitorro de la porcelana y, cubriéndose la mano con un paño, la apartó del fuego y colocó el té en su interior hasta que pudo servirlo.

Cuando el líquido estuvo listo, lo vertió en la taza y se encaminó hacia el porche de la entrada. Por un instante, el recuerdo de su

madre, sentada en el balancín mientras su padre le hablaba de su día, la hizo sonreír. El carruaje del lord había desaparecido y él también.

Se apoyó contra el respaldo de madera y sujetó la taza con ambas manos, estaba demasiado caliente, pero la frialdad que había anidado en su corazón necesitaba de ese calor para poder seguir adelante. Perdió la noción del tiempo, regodeándose en su propia miseria.

—¡John! —exclamó al ver aparecer por el sendero al joven que cuidaba a sus animales.

—Señorita Russ —el muchacho la miró sorprendido y subió los escalones del porche—. No sabía que estaba aquí.

—He llegado hace un rato. Hay algo que necesito comentarte —dijo invitándole a sentarse en la mecedora que había frente a ella—, mi vida ha cambiado y he de volver a instalarme en esta casa. Estoy sin trabajo y no podré pagarte lo acordado, así que tendré que ocuparme yo misma de la granja.

El muchacho miró la barriga de la joven y un atisbo de duda se dibujó en su rostro.

—¿Está segura?

—No —contestó con una sonrisa de disculpa—, pero es lo que debe ser, siento causarte un inconveniente al quedarte sin ello.

—No se preocupe por mí, ahora tengo otro trabajo. —La sonrisa del chico iluminó su rostro, orgulloso por sus pequeños logros.

—Espero correr la misma suerte.

—Si me entero de algo, se lo comunicaré.

—Eso me ayudaría mucho. Pásate mañana y te pagaré estos últimos días de trabajo.

—Ha sido un placer.

El joven se levantó e hizo una inclinación de cabeza hacia ella.

—Si me necesita en cualquier momento, no dude en avisarme, sobre todo cuando esté próximo el alumbramiento. No creo que deba hacer trabajos pesados.

—Para entonces estoy segura de que mi vida estará en orden y podré contar con tu ayuda —afirmó Grace, sabiendo que la percepción del joven era correcta—. Gracias, John.

El muchacho se despidió de ella y bajó del porche rumbo a la parte trasera de la casa, donde estaban los animales. Grace lo vio marchar mientras daba un sorbo a su té.

Odiaba la sensación de soledad que se había instalado en su pecho, era tan conocida que parecía fundirse alrededor de su alma y anegaba sus ojos de lágrimas sin derramar. Apoyó la espalda en la mecedora y se dejó llevar por los recuerdos de un pasado en el que fue feliz, tratando de consolarse.

—Grace.

La voz de Liam la sobresaltó, abrió los ojos buscándolo y lo encontró junto a ella con expresión preocupada.

—Os habíais ido.

—Tan solo le di unas órdenes al cochero y fui a ver la granja.

Verlo en la casa de sus padres, despojado de su chaqueta y con los puños de la camisa desabrochados era más de lo que su cordura podía aguantar.

Observó cómo se sentaba con cuidado en la silla de madera que había frente a ella.

—Te escuché hablar con ese joven.

—John se ha ocupado de los animales estos meses.

—Pero vas a prescindir de él.

—Debo hacerlo —afirmó Grace y esperó unos segundos a recibir su crítica mordaz—. Es cuestión de supervivencia —añadió cuando el silencio y el escrutinio del lord se volvió incómodo—, no tengo trabajo y debo asegurarme de que mis ahorros me permitan vivir unos cuantos meses.

Liam no contestó, aunque se moría por hacerlo, por decirle que aquello no era necesario, por arrastrarla de vuelta a su casa y obligarla a aceptarlo. No, sabía que con Grace aquello no funcionaría. Lo había hecho, puso a sus pies todo lo que poseía y ella lo rechazó con contundencia. Explicándole sin palabras que no era eso lo que necesitaba de él.

Su rostro no reflejaba sus erráticos pensamientos, pero su mente era un caos de ideas que descartaba mientras la observaba. Jamás volvería a permitir que se sintiera tan sobrepasada como hacía unas horas.

—Hay té en la cocina —le informó Grace, apartando la mirada de la de él.

No sabía qué estaba pasando, ¿por qué no se había marchado aún?, ¿por qué no reaccionaba a sus palabras y contestaba con su sarcasmo?

En el fondo de su alma, intuía que Liam estaba jugando a algún juego que no comprendía. El silencio de él la estaba perturbando, consumiéndola. Podía lidiar con su ironía, con sus órdenes absurdas, pero no con aquella actitud indescifrable e impropia de aquel hombre.

Tomó un sorbo de té, empezaba a enfriarse y no consiguió aquietar sus nervios. Temblaba, aunque no tenía frío. No sabía qué decir y él parecía no tener ganas de seguir hablando.

Cuando el carruaje del lord regresó, Grace se estremeció. Lo miró de reojo y atisbó una sonrisa en el rostro de Liam que la molestó. Sin duda él estaba deseando marcharse.

Lo vio bajar del porche y caminar hacia el coche de caballos con paso firme y gesto serio. Abrió la puertezuela, recogió unos paquetes, le habló al cochero y regresó a su casa. Sin pedir permiso, ambos hombres traspasaron el umbral.

Impulsada por la curiosidad y el enfado se levantó, entró tras ellos justo para ver cómo colocaba los paquetes en la cocina.

—¿Qué es todo esto? —cuestionó sin poder contenerse por un instante más.

—Imaginé que no tendrías viandas. No puedes residir aquí con solo un poco de té.

—Pensaba acercarme al pueblo mañana —en cuanto salieron aquellas palabras de su boca, se sintió desagradecida con su gesto.

—No será necesario —contestó el lord, colocando cada cosa, junto con el cochero, en su sitio.

—Ya veo.

Unos minutos después, el hombre que acompañaba a Liam recibió una nueva orden que Grace no pudo escuchar y salió de allí.

—¿Qué estáis haciendo? —cuestionó Grace cuando él se aproximó sin dejar de mirarla y tomó su mano antes de que pudiera retirarla.

—Deberías descansar, querida.

Había preocupación en su mirada, y, por un instante, la joven quiso creerlo. Se perdió en sus ojos y contuvo un suspiro a duras penas. Iba a enloquecer si él seguía allí un minuto más.

Sacudió la cabeza, confusa ante sus propios pensamientos, tenía que ser práctica, y trató de soltarse de su agarre sin éxito.

—No puedo hacerlo con vos aquí —afirmó justo cuando él acarició su mejilla, haciendo que su corazón se acelerase—, y vuestro carruaje acaba de marcharse. Esperaré a que vuelvan a buscaros y entonces…

—Ese ha sido su último viaje por hoy

—Eso carece de sentido, milord.

—No pienso irme, has decidido que este será tu hogar y también el mío.

—Debéis regresar a…

Grace detuvo su explicación al ver la determinación reflejada en sus pupilas.

—No hay otro lugar en el mundo en el que deba estar —añadió Liam inclinándose hacia ella—. No cambiaré de opinión sobre esto, querida, así que cuanto antes lo aceptes más fácil será para ambos.

Apoyó los labios en su mejilla y notó cómo ella contenía el aliento. Anhelaba su rendición tanto como sus besos. Rodeó su cintura con el brazo y la acercó a su cuerpo con lentitud estudiada.

Era su momento de seducirla.

—No es decoroso.

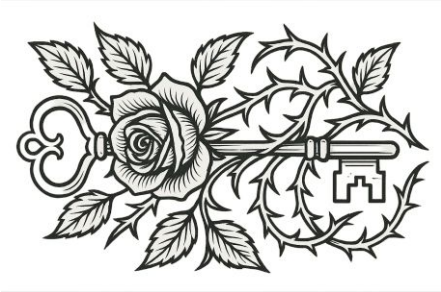
—Nada entre nosotros lo es —susurró junto al oído de la joven—, mis manos conocen tu piel, mi mente ha recorrido tu cuerpo tantas veces que he perdido la cuenta. Puedo sentir tu anhelo, batallando con el mío.

Grace se inclinó hacia él, envuelta en sus palabras, pero justo cuando alzaba su rostro para buscar sus labios, su mente recordó lo ocurrido, se revolvió con fiereza, logrando que él la soltara y la observara con preocupación.

—Os recomiendo que sigáis en vuestras ensoñaciones, solo ahí me tendréis.

Se giró y voló hasta su habitación, cerrando la puerta con un portazo que resonó en toda la casa, ajena a la desesperación que asomó a los ojos de Liam.

25



Tras unas horas dormidas, Grace se despertó sobresaltada. Un ruido se filtró en sus sueños, pero no podía descifrar si era real o no. Se levantó y encendió un candil, salió de su recámara en busca del intruso, pero tras recorrer el salón y la cocina se dio cuenta de que no había nadie.

Abrió la puerta de la calle, aún era de noche, pero Grace sabía que ya no podría volver a dormir. Ese era su mal en aquella casa, no se sentía segura.

—Tiene que funcionar —dijo para sí misma mientras colocaba una mano sobre su vientre.

Era lo único que podía considerar suyo, aquella casa. Su hogar. Se apoyó en la jamba de la puerta y cerró los ojos, dejando que el frío la atravesara. Un eco del pasado se filtró en su mente y por un instante estuvo allí, junto a sus padres, con esos abrazos que duraban horas y las sonrisas que iluminaban sus caras.

Vivían sumergidos en una broma de la que nunca fue participe, pero que la hacía sonreír. Eran felices, se amaban y la adoraban con todo su ser.

Ni pudo ni quiso contener las lágrimas y un sollozo brotó de sus labios. Dolía, cada recuerdo se le clavaba en el corazón con tanta fuerza que la traspasaba.

Unos pasos detrás de ella la alertaron, había despertado a Liam, pero no tenía fuerzas para enfrentarlo de nuevo. Sintió su presencia a su espalda y cuando le rodeó la cintura con el brazo, se estremeció. Estaba tan cerca como para hacerla flaquear.

Liam la sostuvo contra él sin pronunciar palabra y Grace siguió llorando hasta que el torrente de agua salada se secó.

El tiempo se había detenido para ellos. Por un momento, ella se permitió estar a su lado, recibir su apoyo, su calor, su amor…

Inspiró hondo, confusa. Él no la amaba, pero aun así su insensato corazón se desbocaba con su presencia y la manera en que la acariciaba. Iba a enloquecer si permanecía en sus brazos, lo haría también si se separaba de él. Aborrecía aquel baile entre sentimientos opuestos que la confundían y herían sin piedad.

Cerró los ojos y esperó, segura de que él la dejaría sola al verla más calmada. Inspiró hondo y aguantó un suspiro, encerrándolo entre sus labios. Lo había extrañado demasiado.

Liam odiaba verla triste, aborrecía el tiempo perdido, el abismo que había entre ellos. En el fondo se consideraba culpable de todo el dolor de la mujer que amaba. Lo era, la había alejado con la esperanza de no sufrir y no era capaz de descongelar su corazón.

—Deberíais ir a dormir.

Liam se envaró ante su rechazo. Aquellas cuatro palabras buscaban alejarlo de ella, de nuevo.

—No.

—En ese caso…

Grace comenzó a moverse para soltarse de su agarre. Liam no estaba dispuesto a perder esa batalla. La atrajo más hacia él, hasta que su aliento rozó su oreja derecha.

—He descubierto algo en las últimas horas, no habría soportado verte desposada con Simon.

Grace no sabía cómo interpretar aquella confesión; por un lado, se sentía halagada y, por otro, molesta porque él volviera a referirse a ese tema.

—Sé que hubiese caído en desgracia y te habría arrastrado conmigo.

Liam notó cómo temblaba ante sus palabras, acarició su brazo lentamente mientras controlaba el deseo que recorría su cuerpo. Ansiaba su perdón tanto como sus besos, pero no la forzaría a ninguna de las dos cosas.

—Te habría buscado —susurró deleitándose en su proximidad y en la manera en que el cuerpo de la joven respondía ante él—. Te habría comprometido y llevado a mi cama sin pensar en nada más.

—No lo hubiese permitido —afirmó ella con fiereza, saliendo de su agarre y girándose hacia él con los brazos cruzados—, milord.

Liam alargó la mano y cogió la suya, después tiró de ella y volvió a envolverla entre sus brazos. Grace lo miraba aterrada, pero sin apartar la vista de él. Adoraba su mal carácter.

—No hubiese podido contener mi necesidad de ti.

—Jamás hubiese sido desleal a Simon si…

Grace se detuvo, pues la expresión de Liam se había vuelto inescrutable. No podía intuir lo que iba a decir, ni cómo se tomaba su confesión.

—Fui un iluso al pensar que podía controlarte, al no entender lo que estaba pasando entre los dos, al no escuchar lo que mi corazón no paraba de gritarme una y otra vez. Grace, yo… —Liam se detuvo ante el gesto dolido que apareció en el rostro de ella.

La joven comenzó a negar con la cabeza furiosa por aquel juego, tratando de encontrar las palabras precisas para rechazarlo. «¿Cómo podía engañarla así?», parecía a punto de declararle un amor que no sentía.

No pensaba permitírselo, su mente buscaba el argumento preciso para desarmarlo. Tenía que alejarlo de ella cuanto antes y pensaba hacerlo, aunque hiriera su orgullo para siempre.

Antes de que pudiera reprochárselo como merecía, Liam apoyó un dedo sobre sus labios y la atrajo hacia su cuerpo de una manera tan inesperada que Grace perdió el hilo de su alegato.

Su respiración se aceleró, la distancia entre ellos era mínima. Podía sentir la tensión del cuerpo de Liam sobre su pecho. La poca ropa de cama que llevaban era insuficiente y el calor que emanaba de él la sobresaltó.

El lord ya no podía soportar más la distancia impuesta y construida por su propia insensatez. Acalló sus palabras con un beso que los sacudió a ambos. Ninguno de los dos era consciente de cuánto necesitaban aquello.

La suavidad quedó a un lado cuando Liam profundizó en la boca de la joven, instándola a salirle a su paso, provocándola. Acariciando su sedosa piel apenas cubierta con un camisón que le estorbaba.

Quería más.

Grace se aferró a sus hombros, sobrepasada por las sensaciones que él le provocaba con sus insistentes besos y caricias. Se estremeció cuando la mano del lord acarició su muslo con reverencia, alzando su camisón con una lentitud que la hizo estremecer.

No sabía cómo, pero recuperó la cordura antes de sucumbir a él. Apoyó las manos sobre el pecho de Liam y lo empujó ligeramente, saliendo de su embrujo.

—Os ruego que os detengáis.

Suplicó Grace cuando la boca del lord llenó de besos su cuello y su mano acarició su pecho.

Liam paró en seco, como si le hubieran tirado un cubo de agua fría por la cabeza. Apartó sus manos de ella y se separó para poder mirarla. Estaba ruborizada, con la piel enrojecida por sus besos y excitada. Ambos eran conscientes de ello.

—No puedo —aseguró Grace avergonzada, temiendo su reacción a aquel rechazo e incapaz de explicar por qué lo hacía.

Liam acarició su mejilla y colocó uno de sus rebeldes mechones de pelo detrás de la oreja de la joven.

—Aún no he obtenido vuestro perdón.

—No sé si podré hacerlo algún día —confesó.

Y a pesar de la firmeza de su voz, Liam pudo ver un atisbo de esperanza en sus pupilas.

—Me esforzaré cada día para alcanzar la redención. Aguantaré la penitencia que queráis imponerme, no me importa, asumo mi desliz y acojo mi condena con la fortaleza que me da saber que me amáis a pesar de todo.

Grace se mordió el labio, no podía contestar, un sollozo estaba a punto de superarla. Cuando lo oía hablar así, la incómoda idea de que él sentía algo por ella, la asaltaba sin piedad.

Dio un paso hacia atrás, pero la mano del lord se afianzó en su cintura y la acercó a su cuerpo.

—Estáis congelada, es hora de dormir, Grace.

La joven asintió y trató de apartarse de él, pero Liam agarró su mano y, para sorpresa de la joven, tras cerrar la puerta de la casa, la guio hasta la habitación que era de sus padres, esa en la que no había vuelto a entrar desde su muerte.

No fue capaz de negarse cuando él la instó a acostarse en la mullida superficie. Se tensó cuando él se tumbó a su lado. Liam la rodeó con un brazo y la atrajo hasta que su espalda quedó sobre el torso de él.

—Te amo, Grace.

Estaba empezando a quedarse dormida cuando creyó escuchar la voz de Liam haciéndole esa declaración. No era posible y la atribuyó al cansancio que sentía. Cerró los ojos y dejó que Morfeo la acogiera en su seno envuelta en el calor del hombre al que aún amaba.



Se despertó horas después, cansada, confusa y sola. «¿Dónde estás?», se preguntó en su mente, apartando las sábanas de la cama y levantándose de la misma.

Quizás lo de anoche solo fue un espejismo, pero al percatarse de dónde se encontraba: en la habitación de sus padres, supo que era real, que los recuerdos que la estaban asaltando no eran fruto de su imaginación.

Liam la había besado y de una manera extraña la había confesado que la amaba.

Iba a enloquecer si seguía así. Su corazón se aceleraba cuando pensaba en él y en esas palabras susurradas que se habían colado en el primer sueño.

Salió de la recámara con brío para ir a la suya, se aseó y se puso la ropa más vieja que tenía con la determinación de apartarlo de su mente. Liam se había marchado y ella debía seguir adelante.

Se calzó unas botas ajadas y fue a la cocina. Sobre la encimera de madera había un sobre blanco, ribeteado con una tira dorada y el

sello de los Blackwood. Tenía su nombre. No pudo evitar abrirlo y sacar la carta que llevaba en su interior.

A mi querida hermana.

Lamento profundamente haber herido vuestros sentimientos, haciendo que nuestra relación se enrareciera.

Durante el tiempo que Liam estuvo en prisión, apenas era capaz de pensar en nada más que en liberarlo. Todo lo demás estaba bien, incluso tú, a pesar de tu dolor del cual no era ajeno.

No diré que mi hermano tuvo la culpa, dejémoslo a la inconsciencia y a ese irrefrenable sentido del honor que siempre me ha acompañado. Liam me arrancó la promesa de mantenerte al margen cuando aún trataba de entender qué estaba pasando.

Espero que con el tiempo puedas acallar tu enojo y encontrar un lugar en vuestro corazón para perdonarnos a todos, pues has de saber que eres una parte fundamental de esta familia y no cejaré en mi empeño de obtener tu gracia.

Iara os manda buenos deseos y os recuerda que podéis acudir a nosotros siempre que lo requiráis.

Atentamente.

Ramsey

Releyó la carta tres veces, atónita ante las palabras del lord y la sinceridad que desprendían. De alguna manera, con cada una de ellas, había aliviado un poco su dolor por la traición sufrida. Sabía que acabaría perdonándolos: eran su familia.

«Ahora a trabajar.»

Guardó la carta en su mesilla de noche y salió de la casa, rumbo a la parte trasera, donde los animales esperaban sus cuidados. No

era la primera vez que lo hacía, aunque siempre estuvo acompañada por su padre, pero la incertidumbre de no hacerlo del todo bien la preocupaba.

Tuvo que contener un grito cuando, al llegar a la granja, se encontró a Liam de espaldas, embarrado y sudoroso. Destrozando su ropa mientras atendía a los cerdos. Era una visión espectacular. Parpadeó dos veces, tratando de distinguir si aquello era real o no.

—¿Liam?

Hasta ella se sorprendió por haberlo llamado por su nombre.

El lord se tensó al oírla y se giró para mirarla con una sonrisa en los labios.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él alzó una ceja, como si su sola presencia en aquel lugar explicara lo que ella le acababa de preguntar.

—¿Por qué? —cuestionó Grace al ver que él no parecía dispuesto a contestar—. No debes tomarte la molestia de…

—No estarás pensando que iba a permitir que te ocuparas de esto. Te oí hablar con ese muchacho, escuché tus motivos y no permitiré que te ensucies las manos en estos menesteres impropios de…

—No te atrevas a decir esa palabra.

—En cuanto mi anillo adorne tu dedo es lo que serás.

Oyó su resoplido impropio de una dama y su sonrisa se amplió. Salió con cuidado de la mezcla de barro y heces de los cerdos y se acercó hacia ella sin despegar la mirada de la suya.

Vio miedo en ellos, pero también un anhelo que lo impulsaba a acercarse más. Intuía que su barrera se había resquebrajado, sobre todo cuando al acercarse, Grace bajó la mirada a sus labios durante unos segundos eternos.

—Te ruego que no sigas jugando con esto —le pidió Grace con la poca fortaleza que le quedaba—. No puedo soportarlo. Marchaos a casa, vuelve a tu vida perfecta. Todo esto está lejos de ser tu lugar.

—Mi hogar estará siempre donde estés tú. Jamás estuve más seguro de mis decisiones. Solo regresaré si vienes de mi mano, si aceptas lo que soy y lo que puedo ofrecerte. Si vuelves a confiar en mí como un día hiciste.

Grace se estremeció al escuchar aquellas palabras y retrocedió un paso. Deseaba huir y a la vez permanecer ahí para descubrir hasta dónde llegaba el lord para someterla. Pero se conducía de una manera tan diferente que no sabía cómo proceder ante su certero avance.

—No me importa quedarme aquí, Grace —continuó Liam, observando cómo cada una de sus palabras eran bien acogidas—. No me preocupa renunciar a todo siempre que me permitas continuar a tu lado. Si deseas esta vida, me adaptaré a ella.

Grace bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de aquellos ojos y se topó con el pantalón arruinado del lord. Agitó la cabeza, se sentía incómoda por la manera de proceder de Liam, pero también afortunada por tenerlo junto a ella.

Era un mar de dudas y, aunque no quería admitirlo, empezaba a flaquear frente a él.

—Solo soy un hombre, y si debo demostrarte lo que soy capaz de hacer, lo haré cada día, hasta mi último aliento.

Ella palideció, aquellas palabras se parecían demasiado a otras que su padre antaño le había dedicado a su madre. No quería ceder, pero la actitud de Liam la estaba desarmando a pasos agigantados.

—Eres mucho más, tu título…

—Puedo lanzarlo al barro si eso es lo que deseas. Renunciaré a todo si así consigo tu perdón.

—No debes hacerlo —dijo enfatizando la frase con la cabeza—. La reina no te lo permitirá y yo no podría ser tan egoísta de permitir que renunciaras a tu legado.

—Una herencia que aborrezco con toda mi alma. Estoy a un paso de deshacerme de unas cuantas propiedades que George obtuvo tras cederme el título. Estuve tan ciego que…

Todo su cuerpo estaba tenso, el fuego asomaba a sus pupilas y el desdén se filtraba entre sus palabras.

—Es tu padre —recordó ella, acercándose a él, con el deseo de aplacar su dolor.

—Era, dejó de serlo cuando descubrí su engaño —aseguró Liam, mientras su anhelo de abrazarla crecía—, no he sido capaz de llorar su muerte y…

La muchacha se llevó la mano a la boca, sorprendida ante la frialdad de él y lo reveladoras de sus palabras.

Liam se encogió de hombros, restándole importancia a algo que no lo hería, al menos no tanto como para enturbiar sus decisiones.

—Lamento mucho que…

—Yo no, ¿te has imaginado a cuántas mujeres y jóvenes ha lastimado con sus acciones? Era un ser despreciable que no se merecía mi admiración —aseguró lord apretando los puños con rabia contenida.

A pesar de las palabras del lord, Grace podía ver el dolor que sentía por la pérdida de aquel hombre al que había adorado. Alargó la mano y acarició la del lord, notando cómo se relajaba al instante.

Envalentonada por su necesidad de consolarlo.

—Lo siento.

Liam la observó, notando que, poco a poco, el enfado se diluía ante la dulzura de Grace.

—Lo hubiese matado con mis propias manos cuando lo escuché hablarte así, pero Simon dirigía mis pasos y, arrancó de mis labios un juramento que no podía romper. Jamás desee tanto convertirme en un canalla y faltar a mi palabra.

Había tal desesperación en sus palabras que Grace no dudó ni por un segundo que aquel había sido su mayor prueba de honor.

—No más muertes, tú vida vale más que eso.

—No volveré a cometer ese error, ni ese ni otros que me han apartado de ti, orillándote a odiarme.

El dolor se reflejó en las pupilas del hombre al que amaba y estuvo a punto de echarse a llorar, desconsoladamente.

—No te odio, Liam —confesó la joven notando cómo sus mejillas se humedecían—. No podría hacerlo ni aunque quisiera, pero he estado tan enfadada contigo, te he llorado tanto que ya no sé cómo volver a ti. Ni siquiera sé si podría lograrlo.

Las palabras de Grace lo hicieron estremecer, había estado muy cerca de perderla. La había traicionado de la peor manera.

—Permite que te muestre el camino.

Liam dirigió su mano a la cintura de ella y la acercó a su cuerpo. Vio que sus mejillas enrojecían, los ojos del lord volaron hacia sus

labios. Lo fácil sería besarla, enfrentarla a sus propios sentimientos, pero los consejos de Ramsey se filtraron en su memoria.

Había obviado lo más importante e iba a ponerle remedio.

Para sorpresa de Grace, la soltó con lentitud, le guiñó un ojo y dio un paso hacia atrás. Ante la mirada atónita de ella, apoyó la rodilla derecha en el suelo sin dejar de mirarla ni un segundo.

—Grace, hace mucho tiempo os entregué mi corazón y ni siquiera era consciente de ello —comenzó a decir con tal convencimiento que ella no podría rebatirle—. Os amo con tal intensidad que no puedo menos que asustarme de mis propios sentimientos. No creo merecer tu amor, pero no pienso alejarme de ti en lo que me resta de vida.

—Liam, os suplico que os alcéis.

El lord la obedeció sin titubear.

—Sé que me amáis, así como yo os amo, con esta vehemencia que está a punto de quemarme —afirmó acercándose a ella y tomó las manos de la joven entre las suyas.

—Y eso cambia…

—Lamento todo el tiempo que hemos estado separados por culpa de mis decisiones absurdas —dijo con una certeza tal que las dudas de Grace se disiparon—. Primero trataba de protegerte de mí y cuando asumí que estaba perdido en tus sonrisas y tu franca sinceridad, cometí un error que pudo suponer mi muerte.

—Lo sé.

—Tan solo te puedo asegurar que dedicaré mi tiempo a protegeros…

—No, no deseo tu protección, basta ya de eso.

—No puedo cambiarlo, es lo que soy —señaló él, perdido por su petición, sin saber en qué lugar le dejaba aquello.

—Tan solo ámanos —solicitó Grace, acercando la mano de Liam hacia su vientre.

Aquel gesto tan simple era tan significativo para la joven que por un segundo ninguno de los dos habló, ambos miraron sus manos unidas sobre el vientre de ella, notando los movimientos de aquel hijo que los uniría siempre.

—Sé el mejor padre del mundo para nuestro pequeño y…

—Te aseguro que no habrá cometido más importante para mí.

—Eso me llena de dicha.

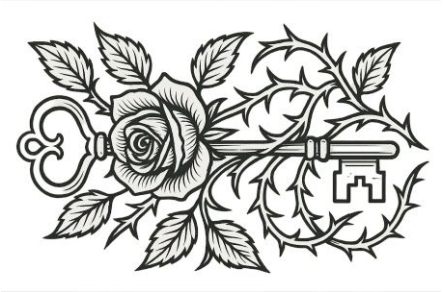
—No quiero ser solo eso, Grace. Me amas y yo te amo a ti, te quiero a mi lado. Conviértete en mi esposa.

Grace contuvo un sollozo, pero, antes de que la cabeza de Liam comenzará a diseñar una nueva estrategia para hacerla sucumbir ante él, la joven asintió.

Liam no necesitó nada más, la abrazó con devoción, murmurando en su oído palabras de amor, promesas que pensaba cumplir cada día. La dicha lo embargaba y, cuando Grace tomó la iniciativa de besarlo, estuvo a punto de desbordarse de felicidad.

Al fin las barreras habían quedado derruidas a sus pies y construirían un futuro, juntos.

EPÍLOGO



Si Grace tuviera que definir la palabra hogar lo tendría claro, pues, después de tanto sufrimiento, al fin alcanzó su mayor anhelo junto a un hombre que aún la hacía rabiar y al que, a veces, no entendía del todo, pero que la amaba con una intensidad tal que jamás volvió a dudar de sus sentimientos.

Los últimos meses habían sido un caos de idas y venidas. Al final aceptó volver a la casa de Liam, se reconcilió con Iara y su familia, dejando que las aguas volvieran a su cauce. Eran felices.

Observó la alianza en su mano y sonrió recordando su sencilla boda. Liam no había perdido el tiempo, en cuanto, tras un mes viviendo en la casa de sus padres, Grace le planteó volver a la suya. Este organizó el traslado en pocas horas, antes de que pudiera arrepentirse estaba entre algodones y cuidados abrumadores, pero necesarios, según su marido.

—¿Qué dibuja la sonrisa en tu rostro, querida?

La pregunta de Liam la sorprendió, dejó de mirar el paisaje a través de la ventanilla del carruaje y dirigió su atención hacia él.

—Aún me sorprende todo lo que hemos vivido.

—Abrumador.

—Mucho. Doy gracias cada día porque no te rendiste.

Liam rodeó con un brazo la cintura de ella y la atrajo hacia él. Apoyó los labios en su sien y se recreó en su perfume. Si no fuera tan inestable y peligroso moverse demasiado dentro de un carruaje, la demostraría de nuevo que dejarla nunca fue una opción.

—Solo la muerte me hubiese alejado de ti y de nuestro hijo.

Grace cerró los ojos, saboreando aquel momento junto a su esposo. La llegada de su pequeño había supuesto cambios en su vida. Había dado a luz hacía dos meses y, siguiendo los pasos de su propia familia y el ejemplo de Iara, era ella la que cuidaba a su pequeño. Era gratificante, pero agotador.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Grace cuando el carruaje enfiló por un camino que conocía a la perfección.

—Es una sorpresa.

La sonrisa pícara de Liam era suficiente como para ponerla en alerta. El lord alargó el brazo y tiró de la cortina, tapando la posibilidad de que ella mirara hacia el exterior.

—Me has hecho dejar a nuestro pequeño y…

—Está en las mejores manos.

—Iara tiene bastante con cuidar de sus propias hijas, y vamos nosotros y le dejamos al nuestro sin necesidad.

—No está sola, sin duda Jana, Marian y el propio Ramsey estarán consintiéndolos —dijo Liam con el orgullo asomando en sus palabras —. Además, no tardaremos demasiado, pero requiero mostrarte algo importante.

—Al menos podrías haberme dicho de qué se trata.

—No arruinaría tu asombro por nada del mundo.

El carruaje se detuvo y Liam bajó del mismo, tras pedirla que tuviera un poco de paciencia. Se le estaba acabando, lo reconocía, se cruzó de brazos y resopló mientras en su mente se imaginaba mil escenarios.

Cuando la puerta del pescante se abrió y Liam le ofreció su mano para bajar, le obsequió levantando la ceja interrogativamente.

—Te va a gustar —afirmó el lord con tal convencimiento que Grace no pudo hacer otra cosa que corresponder a su gesto.

En cuanto sus manos se rozaron una corriente la atravesó, recorriendo su columna vertebral. «¿En algún momento dejaría de sentirse así?», se preguntó recogiendo el ruedo de su falda para no tropezarse mientras bajaba.

Un grito ahogado salió de su garganta cuando sus ojos se alzaron y vio frente a ella el nuevo proyecto de Liam. Estaba sobrecogida y emocionada.

—¿Qué significa esto?

Masculló entre dientes mientras observaba la que antaño fue una pequeña casa de campo. En ese instante, el conservado porche había sido reformado con maderas nobles, la puerta era nueva y sólida, los marcos de las ventanas ya no estaban ajados. El lugar relucía bajo aquella reforma.

Liam tomó su mano y la animó a acompañarlo. Subieron los escalones y su flamante marido se adelantó para abrirle la puerta.

—Has invertido una fortuna aquí y…

Grace se detuvo al ver el cuadro que presidía el salón. Era una pintura que representaba a sus padres, estaba reflejado allí cada uno de los detalles que le había comentado sobre ellos. Durante unos minutos fue incapaz de hablar, conmovida ante aquel gesto, perdiéndose en los recuerdos que formaban parte de su infancia y juventud.

Liam se limitó a observarla, pendiente, por si ella lo necesitaba.

—Es perfecto —musitó Grace girándose hacia él con las lágrimas asaltándola sin que pudiera detenerlas—. Gracias.

Él la envolvió entre sus brazos.

—Pensé en ampliar la casa —explicó Liam sin soltarla—, pero no quería cambiarlo todo, solo asegurarme de que se mantiene en el mejor estado posible por si quieres visitarla en algún momento.

—Es maravillosa.

Grace se separó de él y volvió a observar el cuadro de sus padres, no podía apartar la vista de aquella imagen, el pintor no había errado en ninguno de los trazos. La nostalgia y la pena se entremezclaban en aquel instante con la alegría. Los echaba de menos cada día.

Liam rodeó la cintura de ella con sus brazos y la atrajo hacia su pecho. Envolviéndola con su calor, transmitiéndole su apoyo.

—Me equivoqué.

—¿A qué te refieres? —cuestionó él con curiosidad.

—Mis padres sí hubiesen dado su beneplácito a nuestro matrimonio —afirmó ella con convencimiento.

—No tengo una misión más importante en mi vida que tu felicidad.

Él la besó en la coronilla contemplando a los suegros que nunca conoció y le habían enseñado tanto del amor a través de su hija. Les agradeció en silencio su lección y juró por su honor que nunca les defraudaría.

Grace cerró los ojos y sofocó un sollozo de alegría. Jamás hubiese imaginado que la vida pondría en su camino a un hombre capaz de colocarla en el centro de su universo.

Notó como él rozaba su sien con los labios y se estremeció.

—Gracias por tu presente —dijo ella girándose para poder mirar aquellos ojos que solo la observaban con admiración.

—Aún hay más, mandé hacer dos cuadros y el otro ya está en nuestro hogar. Te amo, milady.

Grace arrugó la nariz, pero ya no podía rebatirlo, se había convertido en una dama y ni siquiera le molestaba siempre que Liam la acompañara en el camino emprendido.

—Te amo.

Su susurro fue acallado por un beso apasionado que la dejó sin aliento y encendió su deseo con avidez.

FIN

PRÓXIMAMENTE

Simon se paseaba inquieto en su despacho de Scotland Yard. Sobre su mesa, descansaba una nueva misiva real, convocándole a una reunión de emergencia.

La reina Victoria se estaba impacientando y cada vez lo mandaba llamar con más frecuencia a fin de conocer sus avances, pero «¿cómo puedo obtener respuestas si ni siquiera están en la ciudad?», pensó, agotado por la presión que estaba sufriendo.

El verano había llevado a los pares del reino junto a sus familias a las casas de campo. La investigación apenas había avanzado en las últimas semanas.

Un golpe en la puerta de madera detuvo su deambular, segundos después, Bernabi, uno de los novatos que mejor se desenvolvía en su puesto, apareció en el vano con gesto serio.

—Ordené que no me molestaran.

—Esto le interesa, jefe —dijo con su habitual deje callejero.

Entró en el despacho cuando el comisario lo invitó, cerró la puerta y resopló, como si hubiese llegado corriendo hasta allí.

—Te escucho.

—No podía creerlo, pero… mañana se anunciará oficialmente.

—No tengo todo el día para diatribas, ve al grano.

El joven se cuadró, tomó aire y soltó la información tan rápido que tuvo que repetirla una segunda vez a petición de su receptor.

—Su Majestad no permitirá que se abran las Cortes, no hasta que aparezcan los culpables de traición.

Simon lo miró asombrado, era imposible, ese acto podría suponer el fin de la credibilidad de la Monarca.

Agradecimientos

De nuevo me encuentro ante esta hoja en blanco. En los últimos años en los que Mi condena eres tú ha ido apareciendo poco a poco no he estado sola y no puedo agradecerlo más.

Gracias a mis hermanas de letras: a Ginnys por apasionarte con Liam, pedirme su historia y regalarme el nombre de Grace, espero haber conseguido crear al Liam perfecto.

A M Luisa BT, como siempre ahí, dispuesta y alerta, con la palabra justa para impulsarme en el arduo camino de la escritura. Y por meter el turbo para darle esa última corrección.

A Marta Oiribot, por atreverte con la romántica, diseccionando cada escena para que quedaran perfectas. He aprendido mucho de este camino y estoy deseando leer tu libro.

A Nerea Martín, llegaste un día de finales de 2024 y revolucionaste todo de muchas formas. Gracias por tu entrega, por las horas dedicadas a la portada y por convertirte en otra hermana más.

A Nadia, mi lectora cero, por tu presencia estable y constante en mi vida.

A mi Generación del 23, porque cuando he flaqueado y he tenido ganas de dejarlo, de una forma u otra, he visto vuestro reflejo y he sabido que aún puedo.

A mi familia, por estar, por ser, por aguantar el arduo camino de la escritura.

Y a todos los lectores, los que están, los que se fueron y los que llegarán, ojalá disfrutéis esta historia tanto como yo lo he hecho escribiéndola.